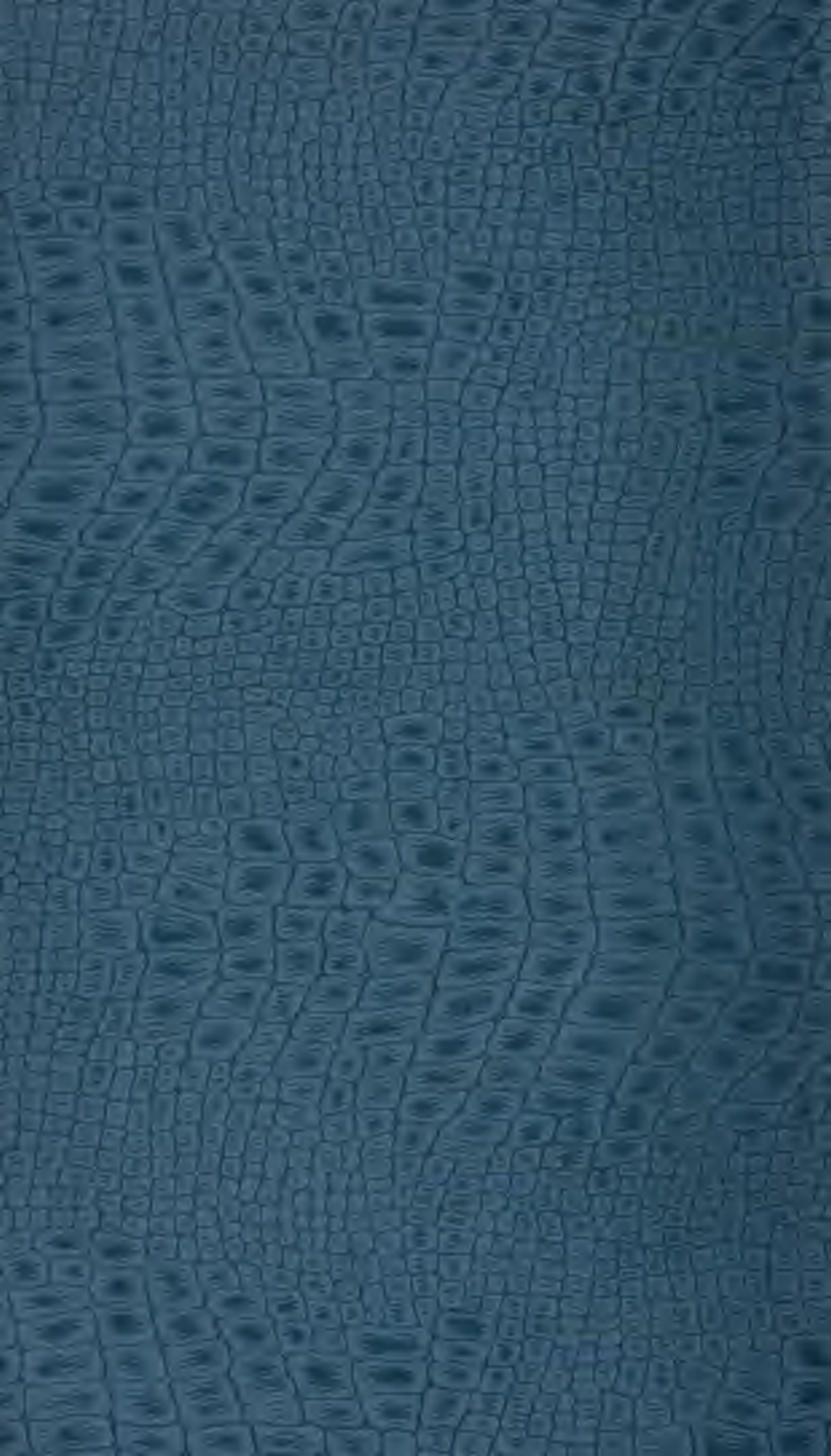
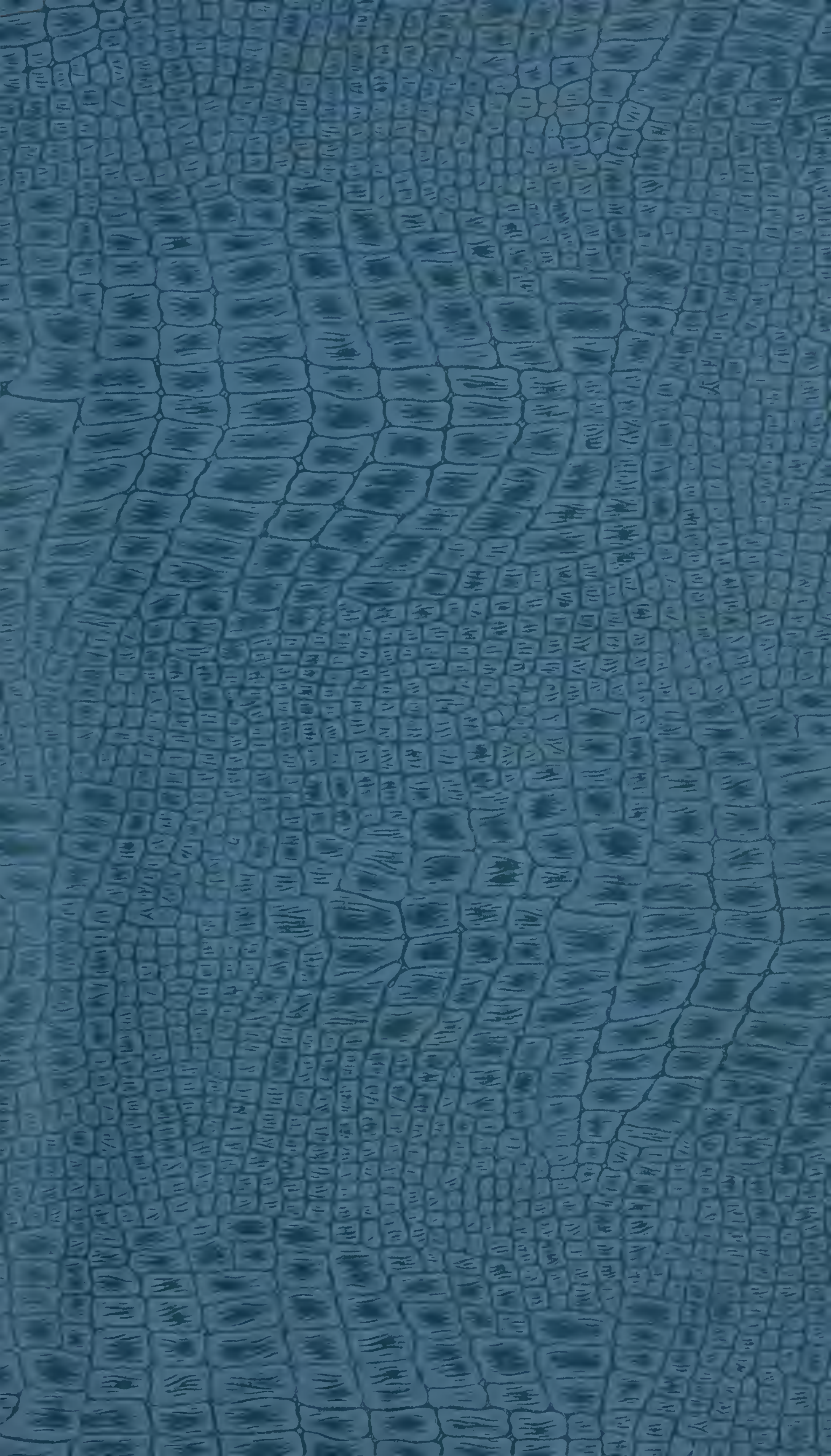




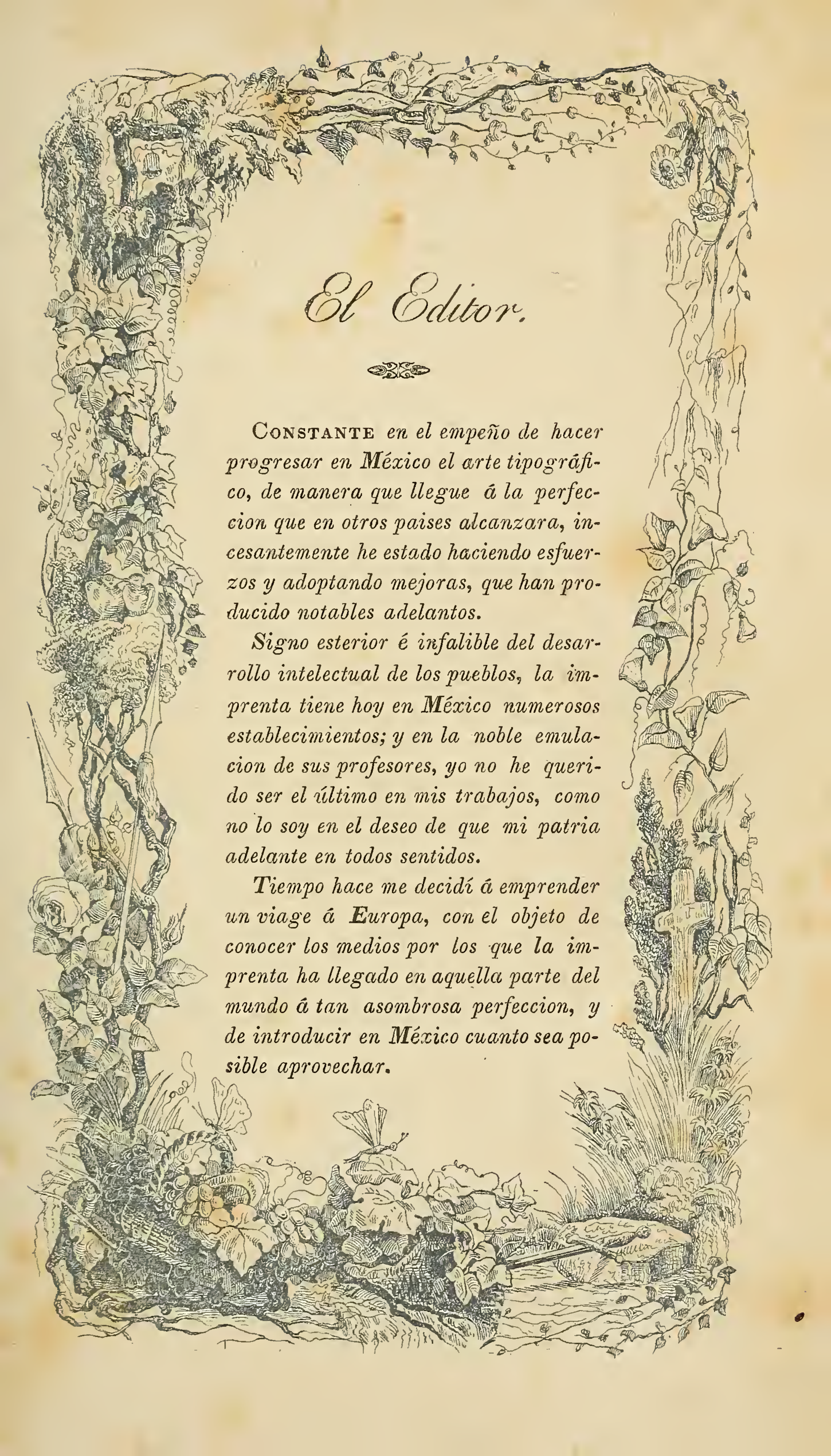





Natalia Navarro




Presente amistoso
DEDICADO
A LAS
SEÑORITAS MEXICANAS
Imprenta Litografica y Tipografica
DE
I. CUMPLIDO.
MEXICO 1847.

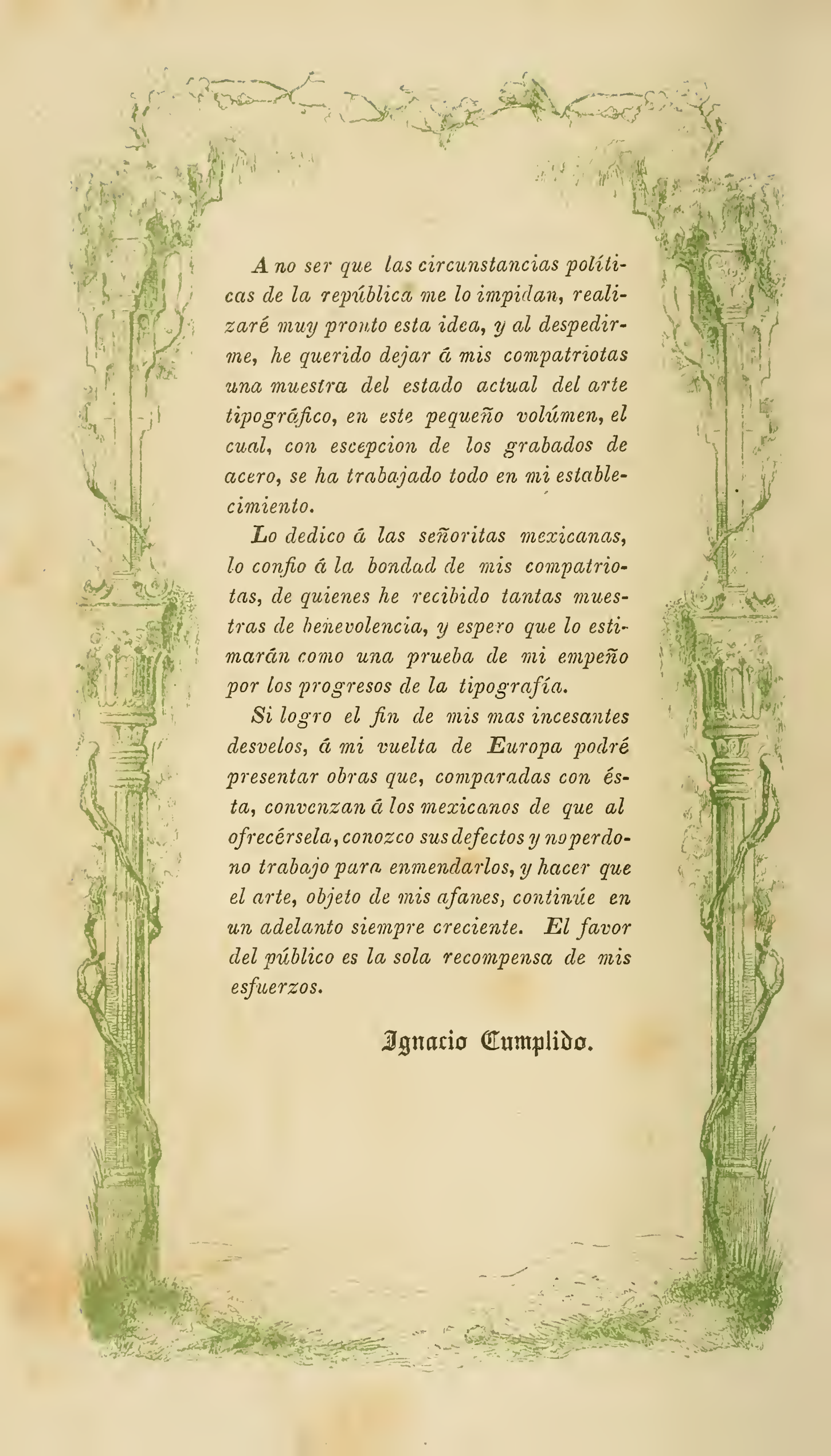


El Editor.

CONSTANTE *en el empeño de hacer progresar en México el arte tipográfico, de manera que llegue á la perfeccion que en otros paises alcanzara, incesantemente he estado haciendo esfuerzos y adoptando mejoras, que han producido notables adelantos.*

Signo esterior é infalible del desarrollo intelectual de los pueblos, la imprenta tiene hoy en México numerosos establecimientos; y en la noble emulacion de sus profesores, yo no he querido ser el último en mis trabajos, como no lo soy en el deseo de que mi patria adelante en todos sentidos.

Tiempo hace me decidí á emprender un viage á Europa, con el objeto de conocer los medios por los que la imprenta ha llegado en aquella parte del mundo á tan asombrosa perfeccion, y de introducir en México cuanto sea posible aprovechar.



A no ser que las circunstancias políticas de la república me lo impidan, realizaré muy pronto esta idea, y al despedirme, he querido dejar á mis compatriotas una muestra del estado actual del arte tipográfico, en este pequeño volúmen, el cual, con escepcion de los grabados de acero, se ha trabajado todo en mi establecimiento.

Lo dedico á las señoritas mexicanas, lo confio á la bondad de mis compatriotas, de quienes he recibido tantas muestras de benevolencia, y espero que lo estimarán como una prueba de mi empeño por los progresos de la tipografía.

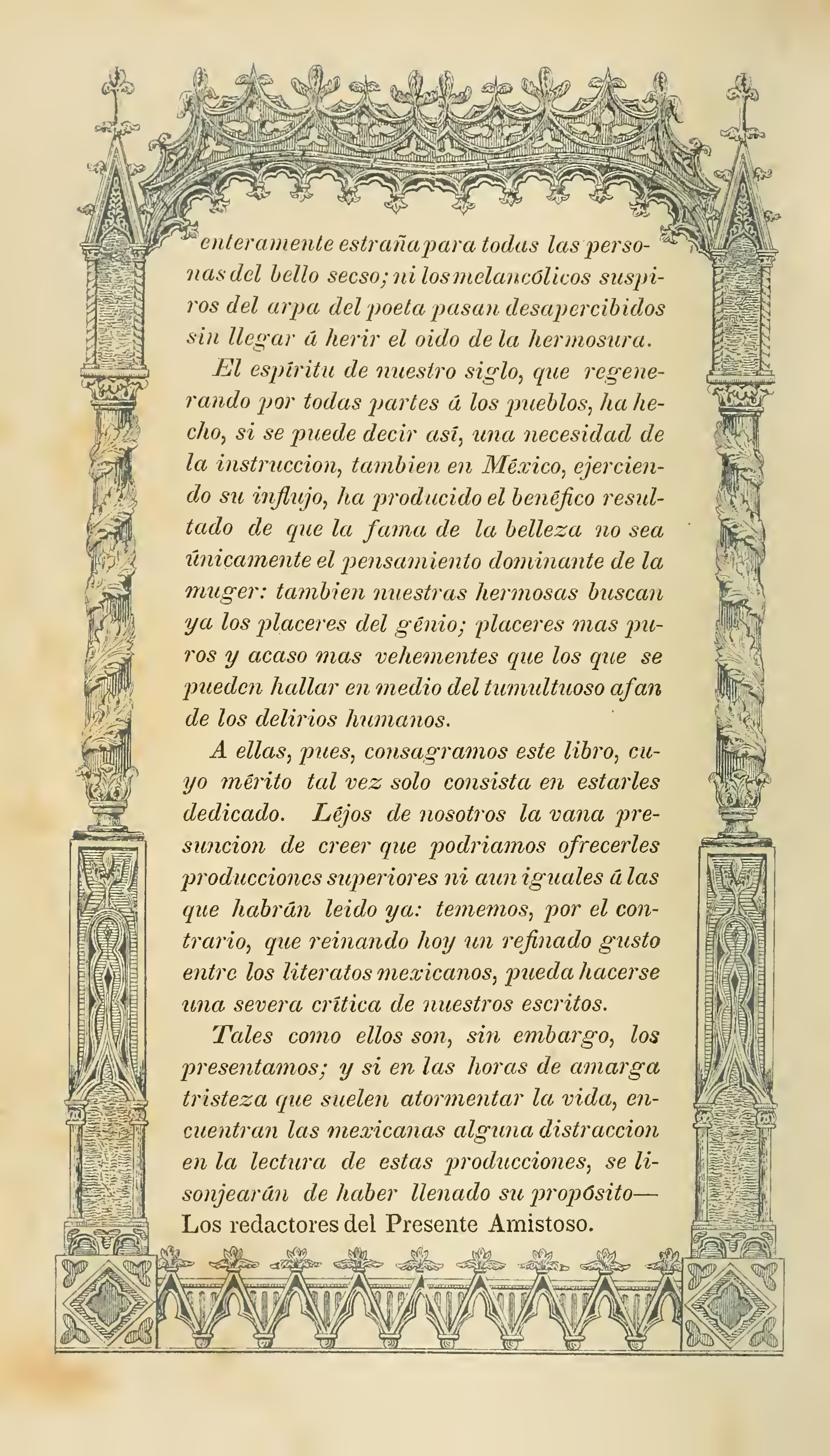
Si logro el fin de mis mas incesantes desvelos, á mi vuelta de Europa podré presentar obras que, comparadas con ésta, convenzan á los mexicanos de que al ofrecérsela, conozco sus defectos y no perdono trabajo para enmendarlos, y hacer que el arte, objeto de mis afanes, continúe en un adelanto siempre creciente. El favor del público es la sola recompensa de mis esfuerzos.

Ignacio Cumplido.



En *la época presente, en que á pesar de las desventuras de nuestro infortunado pais, el influjo de la moderna ilustracion se echa de ver en el naciente progreso de nuestra sociedad, no creemos inoportuna la idea de consagrar una coleccion de composiciones literarias á las interesantes hijas de América, que vieron la primera luz bajo el hermoso y apacible cielo mexicano.*

Hoy que el cultivo del espíritu se reputa como uno de los elementos preciosos que deben influir en la educacion moral de la muger, la lectura de las obras de imaginacion no es



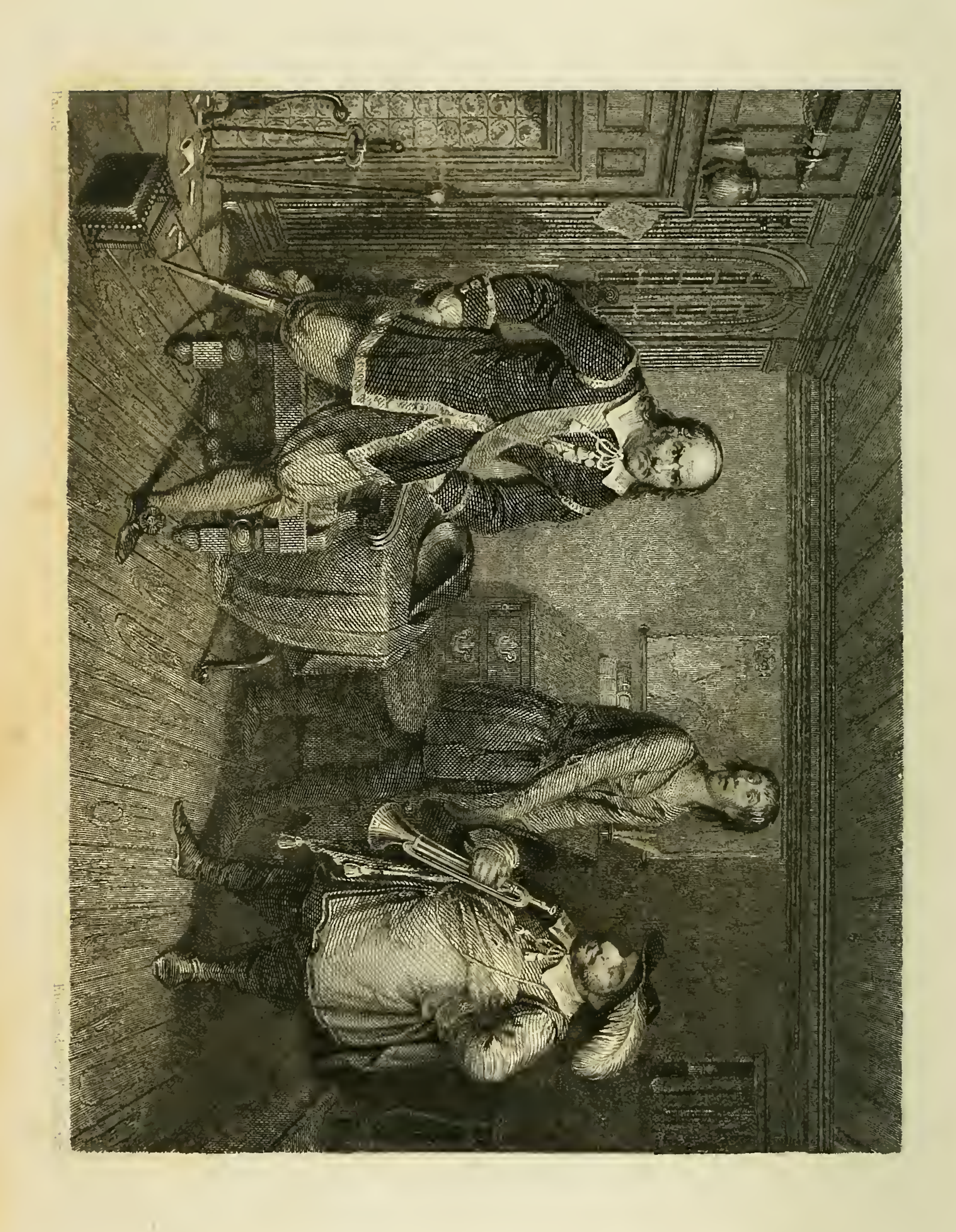
enteramente estraña para todas las personas del bello secso; ni los melancólicos suspiros del arpa del poeta pasan desapercibidos sin llegar á herir el oido de la hermosura.

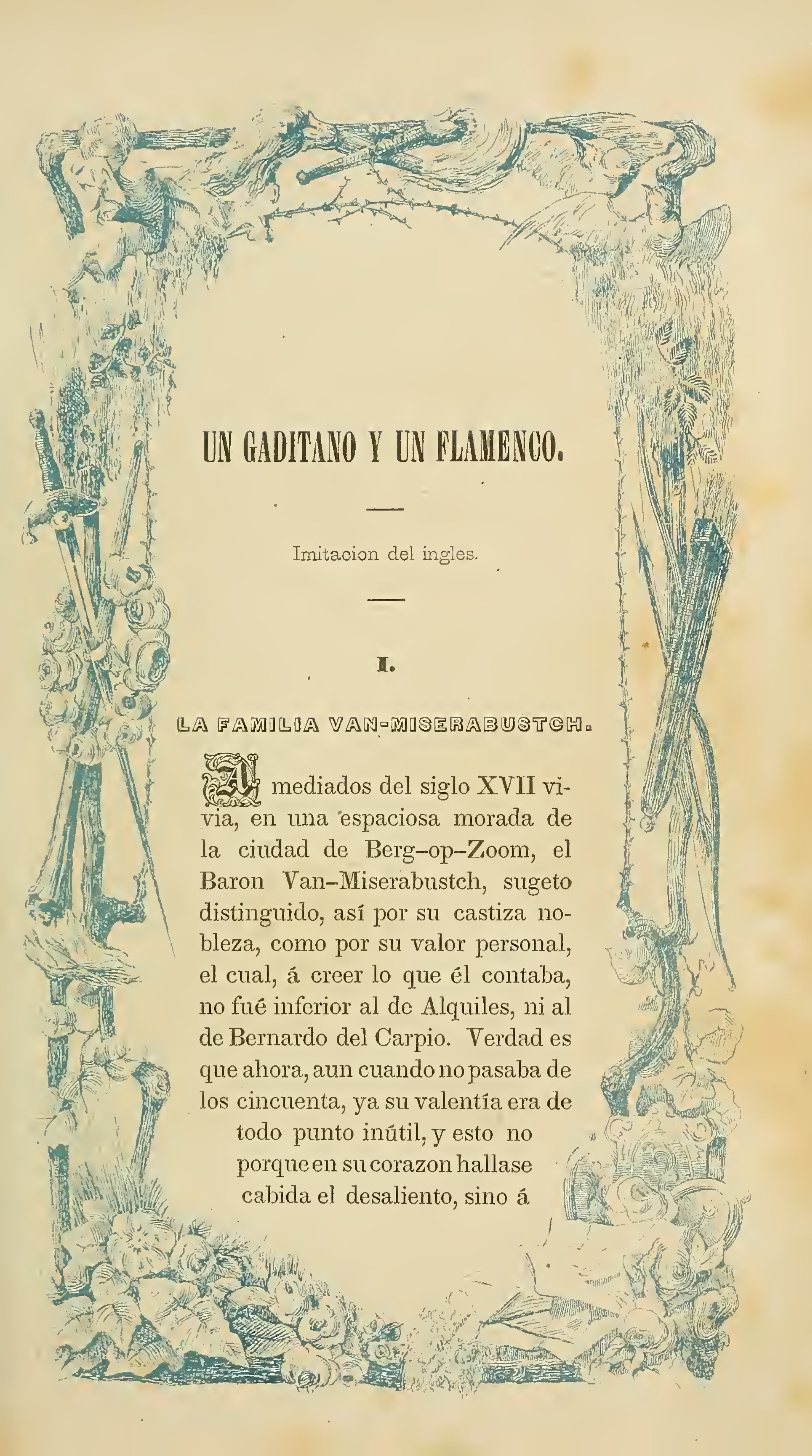
El espíritu de nuestro siglo, que regenerando por todas partes á los pueblos, ha hecho, si se puede decir así, una necesidad de la instruccion, tambien en México, ejerciendo su influjo, ha producido el benéfico resultado de que la fama de la belleza no sea únicamente el pensamiento dominante de la muger: tambien nuestras hermosas buscan ya los placeres del génio; placeres mas puros y acaso mas vehementes que los que se pueden hallar en medio del tumultuoso afan de los delirios humanos.

A ellas, pues, consagramos este libro, cuyo mérito tal vez solo consista en estarles dedicado. Léjos de nosotros la vana presuncion de creer que podriamos ofrecerles producciones superiores ni aun iguales á las que habrán leido ya: tememos, por el contrario, que reinando hoy un refinado gusto entre los literatos mexicanos, pueda hacerse una severa crítica de nuestros escritos.

Tales como ellos son, sin embargo, los presentamos; y si en las horas de amarga tristeza que suelen atormentar la vida, encuentran las mexicanas alguna distraccion en la lectura de estas producciones, se lisonjearán de haber llenado su propósito—

Los redactores del Presente Amistoso.





UN GADITANO Y UN FLAMENCO.

Imitacion del ingles.

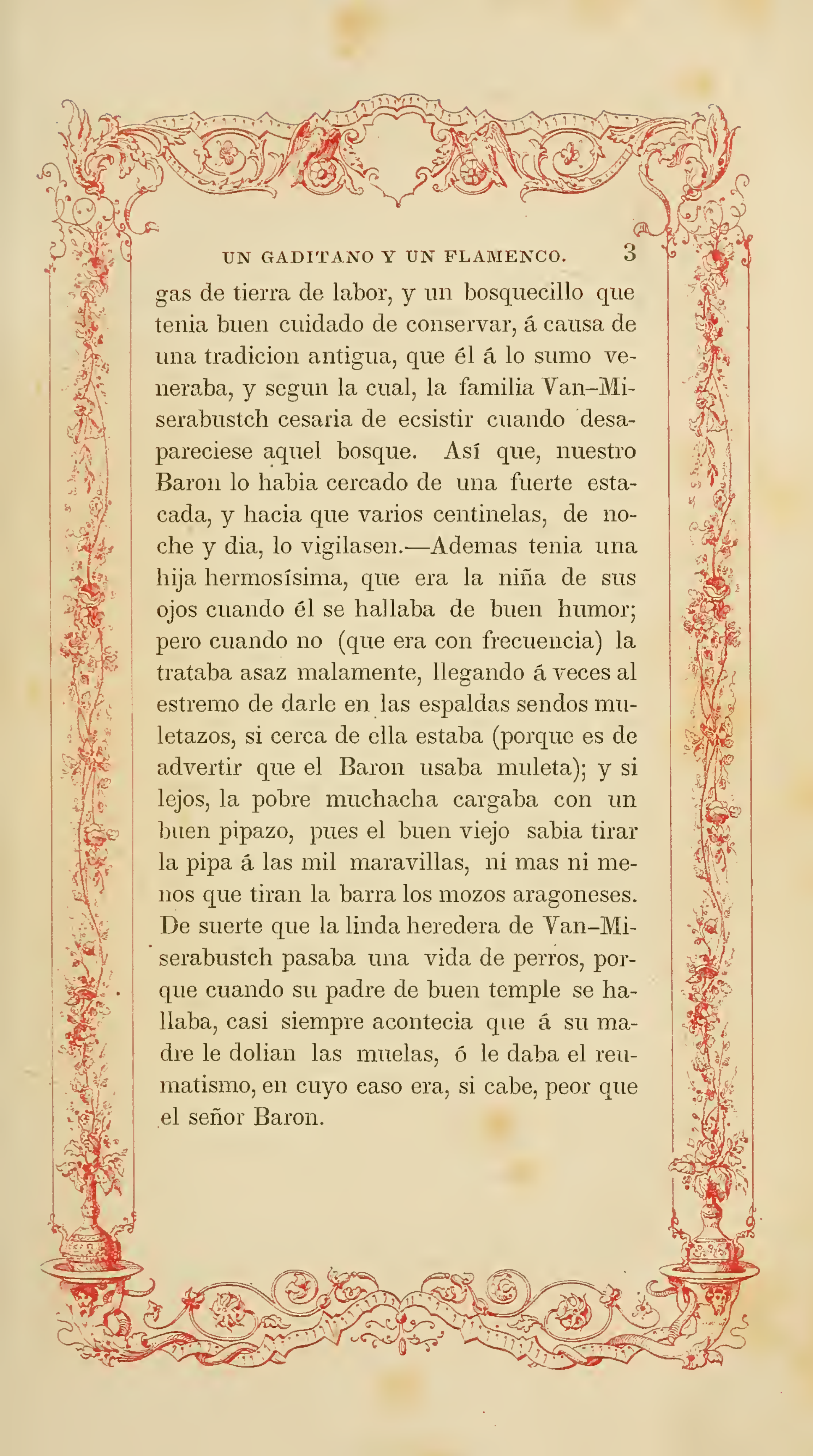
I.

LA FAMILIA VAN-MISERABUSTCH.

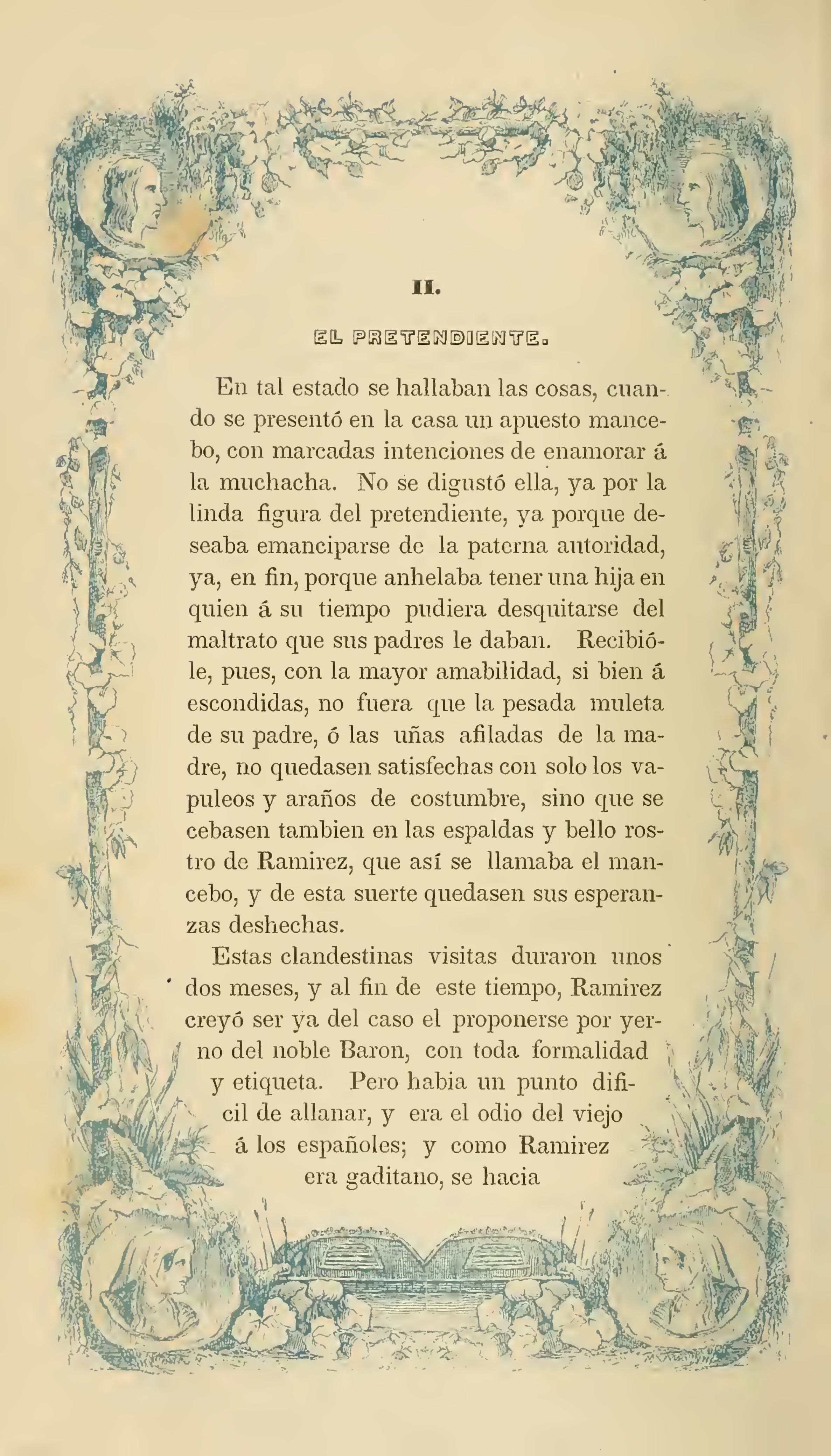
A mediados del siglo XVII vivia, en una espaciosa morada de la ciudad de Berg-op-Zoom, el Baron Van-Miserabustch, sugeto distinguido, así por su castiza nobleza, como por su valor personal, el cual, á creer lo que él contaba, no fué inferior al de Alquiles, ni al de Bernardo del Carpio. Verdad es que ahora, aun cuando no pasaba de los cincuenta, ya su valentía era de todo punto inútil, y esto no porque en su corazon hallase cabida el desaliento, sino á

causa de haberle, un insolente y descortés soldado español, cortado una pierna de un sablazo. Sucedió esto un dia que la division holandesa que mandaba el noble Baron, ha biendo entrado en batalla con una partida de tropa de Felipe II, un alto y malcarado granadero aragones se le acercó, sin duda con no muy buenas intenciones; pero él, que se las conoció, le volvió intrépidamente la espalda, y principió á dar tales saltos por aquel llano, que se parecia muy mucho á una langosta. Y como sus piernas fuesen un tantico largas, las echaba por detras á una buena distancia del cuerpo; y así fué como el dicho granadero, que sin duda no tenia muy ligera la mano, de un tajo le cortó una de ellas á cercen. Desde entónces jamas su odio á los españoles fué inestinguible, y sentia en el alma no poder salir ya al campo; que á poderlo verificar, quizá no hubiese parado hasta conquistar, para los holandeses, el mismo reino de España. En pago de su ardiente patriotismo, el gobierno de aquel pais le confirió el cargo de comisario de la ciudad de Berg-op-Zoom, que desempeñaba en el tiempo que sucedió lo que se refiere en esta verídica historia.

El Baron Van-Miserabustch era uno de aquellos señores que tanto abundan por esa parte del globo. Su baronía no era sino un castillejo medio arruinado; cosa de dos fane-



gas de tierra de labor, y un bosquecillo que tenia buen cuidado de conservar, á causa de una tradicion antigua, que él á lo sumo veneraba, y segun la cual, la familia Van-Miserabustch cesaria de ecsistir cuando desapareciese aquel bosque. Así que, nuestro Baron lo habia cercado de una fuerte estacada, y hacia que varios centinelas, de noche y dia, lo vigilasen.—Ademas tenia una hija hermosísima, que era la niña de sus ojos cuando él se hallaba de buen humor; pero cuando no (que era con frecuencia) la trataba asaz malamente, llegando á veces al estremo de darle en las espaldas sendos muletazos, si cerca de ella estaba (porque es de advertir que el Baron usaba muleta); y si lejos, la pobre muchacha cargaba con un buen pipazo, pues el buen viejo sabia tirar la pipa á las mil maravillas, ni mas ni menos que tiran la barra los mozos aragoneses. De suerte que la linda heredera de Van-Miserabustch pasaba una vida de perros, porque cuando su padre de buen temple se hallaba, casi siempre acontecia que á su madre le dolian las muelas, ó le daba el reumatismo, en cuyo caso era, si cabe, peor que el señor Baron.



II.

EL PRETENDIENTE.

En tal estado se hallaban las cosas, cuando se presentó en la casa un apuesto mancebo, con marcadas intenciones de enamorar á la muchacha. No se digustó ella, ya por la linda figura del pretendiente, ya porque deseaba emanciparse de la paterna autoridad, ya, en fin, porque anhelaba tener una hija en quien á su tiempo pudiera desquitarse del maltrato que sus padres le daban. Recibióle, pues, con la mayor amabilidad, si bien á escondidas, no fuera que la pesada muleta de su padre, ó las uñas afiladas de la madre, no quedasen satisfechas con solo los vapuleos y araños de costumbre, sino que se cebasen tambien en las espaldas y bello rostro de Ramirez, que así se llamaba el mancebo, y de esta suerte quedasen sus esperanzas deshechas.

Estas clandestinas visitas duraron unos dos meses, y al fin de este tiempo, Ramirez creyó ser ya del caso el proponerse por yerno del noble Baron, con toda formalidad y etiqueta. Pero habia un punto dificil de allanar, y era el odio del viejo á los españoles; y como Ramirez era gaditano, se hacia

muy de temer una repulsa. Por lo que valióse de un amigo suyo, que lo era asimismo del Baron, el cual una mañanita muy temprano fué á hacer la formal demanda.

—Buenos dias, señor Baron, dijo al entrar en la casa, y al mismo tiempo hizo tres profundas reverencias: el cielo conserve la preciosa vida de vuescelencia tan largos años cual es menester para la prosperidad de la Holanda.

—Buenos dias, amigo, respondió el Baron con gravedad. ¿Se ofrece algo?

El amigo entónces, despues de mil rodeos y cumplimientos, pidió para Ramirez la mano de la linda hija; y ahí fué cuando el buen anciano comenzó á arrugar la nariz, y fruncir el entrecejo, y mirar de reojo, y abrir tanta boca. Pero cuando oyó que Ramirez era español, soltó la rienda á su enojo, y por poco no atropella al oficioso mediador. En vano se le representó que el pretendiente tenia mas onzas de oro que el Baron piedras en su arruinado castillo, y que Juaneta (que así se llamaba la doncella) estaba de él perdidamente enamorada: esto solo sirvió para emperrar mas al noble Baron, que mandando noramala al pobre amigo, llamó á su hija, y tras de afearle el inaudito atrevimiento de amar á nadie sin pedir para ello permiso á sus padres, la encerró en su cuarto, des-

pues de quitarle de las espaldas el polvo, con media docena de muletazos: item mas, le tiró la pipa antes de cerrar la puerta.

Mohino, por demas, quedó Ramirez al oir el mal recado que recibió su demanda; y como no era hombre que por tan poco se acobardase, resolvió llevar por fuerza ó por maña lo que no quisieron darle de grado.

Con tan buena disposicion, pues, y aprovechando la circunstancia de no ser conocido personalmente, ni del Baron, ni de su portero, se encaminó á su casa, resuelto á llevar á cabo una aventura, que por muchos años diese que hablar á los honrados vecinos de la ciudad de Berg-op-Zoom.

III.

MALAS NUEVAS.

Sentado estaba el Baron en su cocina, departiendo en sabrosa plática con varios amigos suyos, á quienes referia por la milésima vez sus estupendas y nunca vistas hazañas; porque es de advertir, que el prurito del señor Baron era referir sin cesar las batallas en que se halló cuando tenia dos piernas, y si álguien no tenia sufrimiento de oirle, estaba

cierto, ó de reñir con él, ó de alcanzar la corona del martirio.*

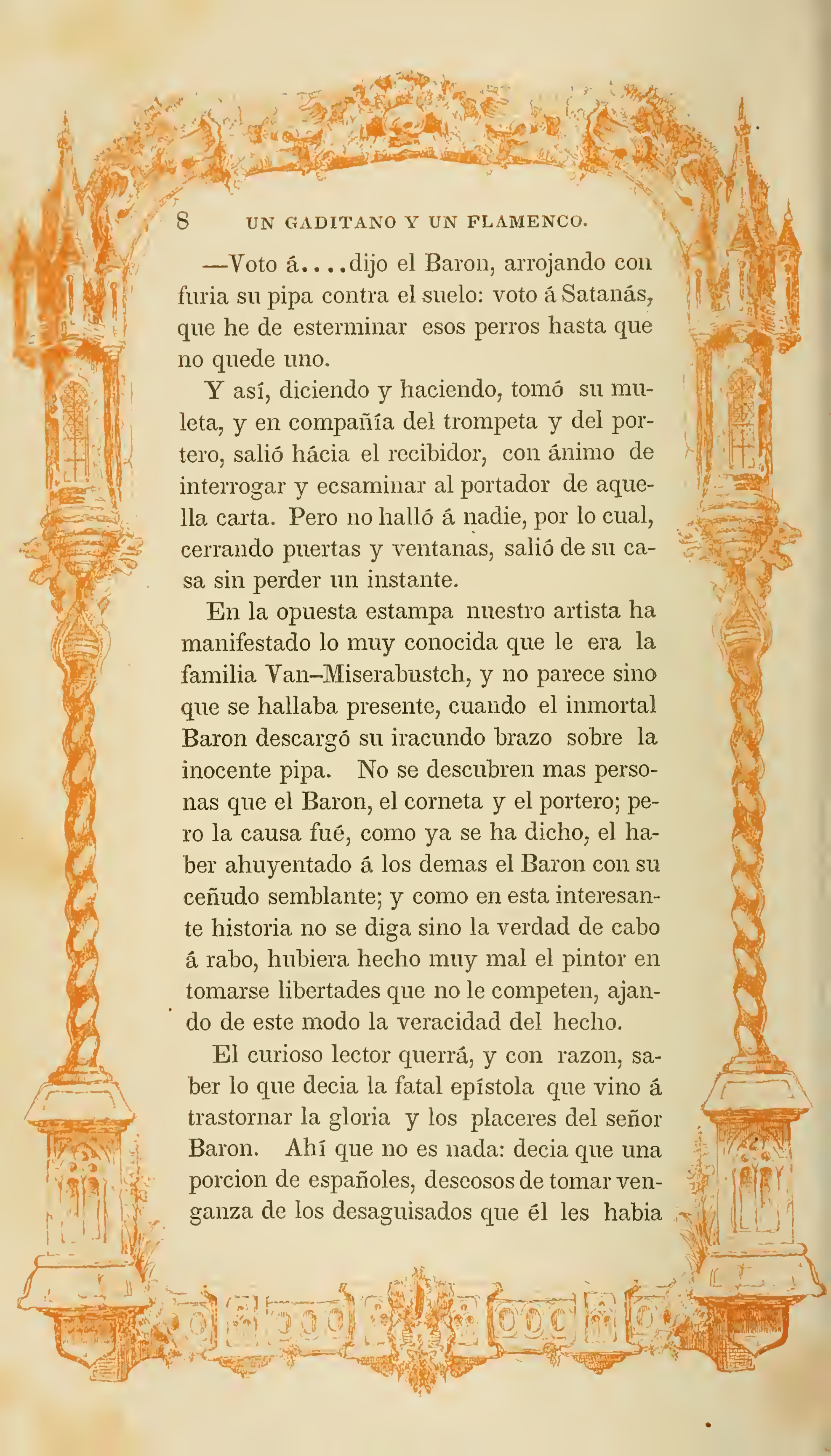
De esta calaña eran los hechos gloriosos que de sí mismo referia el Baron, y parece que al contarlos, ó mejor dicho, al topar con quien tuviese paciencia de escucharle, se hallaba en el colmo de la felicidad. Pero como nada hay durable en este engañoso mundo, cuando mas engolfado estaba gozando de tan inefable dicha, de repente apareció en el salon la alta y descarnada figura del portero, trayendo una carta para él. Leyóla el Baron, y cuando llegó á la firma, se habia verificado en su rostro una revolucion completa; porque pocos minutos atras rebosaba de gozo, y ahora puso una cara de condenado, que ahuyentó de la sala á todos los circunstantes.

—¿Quién ha traido esta carta? dijo al cabo á su portero.

—Un jóven, que, en su trage, parece ser criado de alguna casa distinguida.

---

* Tenia el Baron un criado bajo y rechoncho, hombre de gran nariz y no menores tragaderas, que habia desempeñado el oficio de trompeta de caballería, en la division que su señor mandaba. Este hombre, pues, á trueque de una buena pitanza, desempeñaba el encargo de no dejar mentir nunca al señor Baron; y así cuando á éste se le ocurria algun hecho estupendo de armas, el buen corneta se acordaba de él, y lo acababa de referir con todos sus pelos y señales; y cogiendo su instrumento, repetia los toques que se tañeron durante la accion, y al son de los cuales su noble señor iba derribando españoles, cual pueden derribarse brevas bien sazonadas.



—Voto á....dijo el Baron, arrojando con furia su pipa contra el suelo: voto á Satanás, que he de esterminar esos perros hasta que no quede uno.

Y así, diciendo y haciendo, tomó su muleta, y en compañía del trompeta y del portero, salió hácia el recibidor, con ánimo de interrogar y ecsaminar al portador de aquella carta. Pero no halló á nadie, por lo cual, cerrando puertas y ventanas, salió de su casa sin perder un instante.

En la opuesta estampa nuestro artista ha manifestado lo muy conocida que le era la familia Van–Miserabustch, y no parece sino que se hallaba presente, cuando el inmortal Baron descargó su iracundo brazo sobre la inocente pipa. No se descubren mas personas que el Baron, el corneta y el portero; pero la causa fué, como ya se ha dicho, el haber ahuyentado á los demas el Baron con su ceñudo semblante; y como en esta interesante historia no se diga sino la verdad de cabo á rabo, hubiera hecho muy mal el pintor en tomarse libertades que no le competen, ajando de este modo la veracidad del hecho.

El curioso lector querrá, y con razon, saber lo que decia la fatal epístola que vino á trastornar la gloria y los placeres del señor Baron. Ahí que no es nada: decia que una porcion de españoles, deseosos de tomar venganza de los desaguisados que él les habia

hecho con sus hazañas, iban nada menos que á incendiarle el mimado bosque, aquel de quien dependia la conservacion de la fa-familia Van–Miserabustch. Hé aquí la razon por qué él, y su esposa, y sus criados, y sus perros; en fin, cuanto vicho viviente en su casa habia (esceptuando á Juaneta, que quedó encerrada en su cuarto) salieron corriendo á reforzar los centinelas del bosque, y á rechazar á los desalmados españoles que amenazaban esterminar la familia mas ilustre y distinguida de Flandes.

IV.

LO QUE VALE UNA ESTRATAGEMA.

Desde el dia que comenzó el encierro de Juaneta, la pobre muchacha empezó á quejarse amargamente de la crueldad de sus padres, y á idear de qué modo pudiera sustraerse de su autoridad. A fuerza de ruegos y de promesas logró que el corneta hiciese llegar una carta suya á manos de Ramirez, y desde luego se puso á aguardar con ahinco el momento en que pudiese recobrar la libertad perdida, y proclamar su independencia. No tardó éste en llegar, porque Ramirez, ya está dicho, no era hombre que, una vez resuelto, le sacasen de sus trece á tres tirones.

Aquel dia, pues, en que se hizo la grande espedicion para proteger el bosque, ínterin el señor Baron, con su montante al lado, su muleta en la mano, y cubierto con el uniforme de general, que constantemente usaba, iba mandando la temible cohorte, compuesta de su muger, seis criados, el corneta y cuatro perros; Juaneta oyó del otro lado de la puerta que la llamaba por su nombre una voz, que entraba por el agujero de la cerradura, y que se parecia muy mucho á la de Ramirez. Éralo en efecto, y apenas se hubieron reconocido, sacó él unos fierros de la faltriquera, y con poco trabajo forzó la puerta del aposento.

—¡Querida Juaneta! dijo al entrar, estrechando á la doncella contra su pecho.

—¡Ramirez de mi alma! respondió ella retornándole el abrazo.

—Al fin te veo, añadió él.

—Al fin has venido, repuso ella.

—Sí, he venido, y aquí estoy en cuerpo y alma, pronto á sacarte de tu prision. Vaya, ¿vienes conmigo?....No tenemos un solo momento que perder.

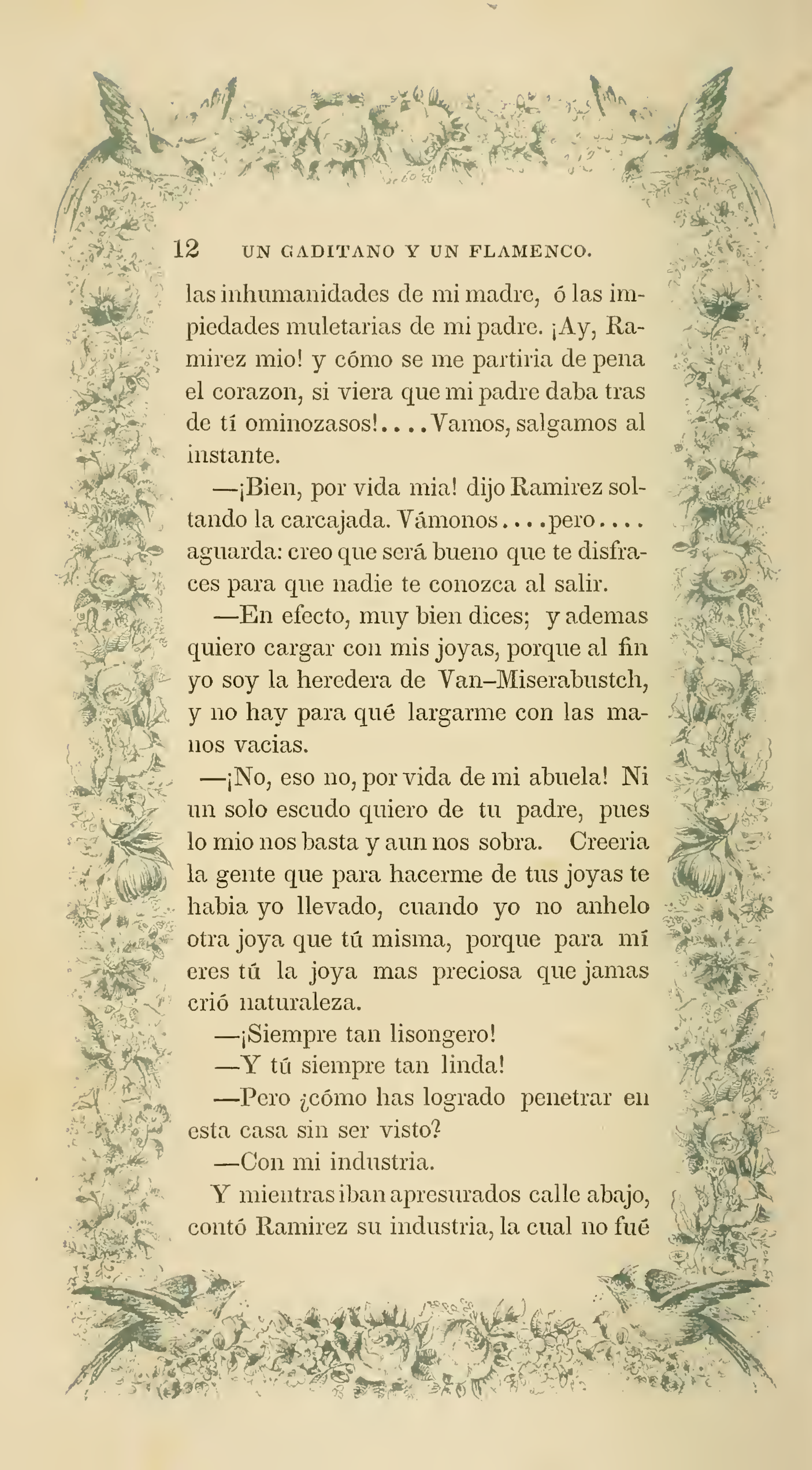
Juaneta, que dias hacia no deseaba otra cosa, quedó ahora indecisa y sin saber qué hacerse. Un buen rato estuvo sin acertar á decir palabra; pero Ramirez, que sabia cuán importante era obrar con rapidez, comenzó á instarla con el mayor empeño; y avínole

bien que mirando todo el rededor, atisbó los pedazos de la pipa del señor Baron.

—¿Qué intentas hacer? decia: ¿quieres continuar consumiendo tu hermosura y tus gracias encerrada en una prision estrecha, y llorando sin cesar?.... Mira, observa esos fragmentos de ominosa pipa; contempla enarbolada sin cesar sobre tus espaldas la impía muleta de tu padre, ó amagando tus bellos ojos las inhumanas uñas de tu madre, y decide tú misma si no es ya tiempo de que cesen tan crueles y no merecidos tormentos.

Juaneta quedó sorprendida á lo sumo, al oir tan elocuente y sentimental arenga. Verdad que no era la vez primera que oia la voz de Ramirez; mas como nunca oyó salir de su boca sino requiebros y palabras de amor, el tono tragi-cómico en que ahora se espresaba, la dejó, como se ha dicho, muy sorprendida. Pero las palabras, sobre todo, que mas picaron su curiosidad, fué aquello de ominosa pipa, inhumanas uñas, y muleta impía; tanto, que le quedaron, como si dijéramos, estereotipadas en la memoria. Convencida, pues, por tan concluyentes razones, á su vez pareció esperimentar en su alma toda la impaciencia que en la suya sentia Ramirez; y procurando imitar el tono y las maneras de su amante, respondió:

—Sí, razon tienes: huyamos, que huir debemos, si no queremos arriesgarnos á padecer



las inhumanidades de mi madre, ó las impiedades muletarias de mi padre. ¡Ay, Ramirez mio! y cómo se me partiria de pena el corazon, si viera que mi padre daba tras de tí ominozasos!....Vamos, salgamos al instante.

—¡Bien, por vida mia! dijo Ramirez soltando la carcajada. Vámonos....pero.... aguarda: creo que será bueno que te disfraces para que nadie te conozca al salir.

—En efecto, muy bien dices; y ademas quiero cargar con mis joyas, porque al fin yo soy la heredera de Van–Miserabustch, y no hay para qué largarme con las manos vacias.

—¡No, eso no, por vida de mi abuela! Ni un solo escudo quiero de tu padre, pues lo mio nos basta y aun nos sobra. Creeria la gente que para hacerme de tus joyas te habia yo llevado, cuando yo no anhelo otra joya que tú misma, porque para mí eres tú la joya mas preciosa que jamas crió naturaleza.

—¡Siempre tan lisongero!

—Y tú siempre tan linda!

—Pero ¿cómo has logrado penetrar en esta casa sin ser visto?

—Con mi industria.

Y mientras iban apresurados calle abajo, contó Ramirez su industria, la cual no fué

otra, como ya lo habrá adivinado el discreto lector, sino ecshibir la carta anónima que recibió el Baron, luego vestirse de criado, llevarla y dársela al portero, y mientras éste fué á entregársela á su señor, esconderse en un rincon, en donde permaneció hasta que la casa quedó desierta.

V.

VENGANZA INAUDITA.

Distribuidas que tuvo sus fuerzas al rededor del amenazado é importantísimo bosque, el Baron y su esposa se sentaron en un excanapé de piedra, que así como la baronía y castillo de Van-Miserabustch, parecia que mejores tiempos habia esperimentado. Empeñados estaban los dos en congeturar de quién hubieran podido recibir la anónima carta que tan saludable aviso les participaba; y quien hubiese tenido paciencia y oportunidad para escuchar la conversacion, se hubiera indudablemente divertido en sumo grado.

—Este aviso nos llega del cielo; no lo dudes, decia el Baron; porque así como Dios salvó á Jonas del vientre de la ballena, y no

permitió que su pueblo pereciese en las mazmorras de Babilonia, así no ha querido tampoco dejar que una familia de sus fieles siervos fuese esterminada por esos perros idólatras, adoradores de leños y de lienzos pintados.

—En efecto, así debe ser, respondia la digna Baronesa, que aquel que protegió á Constantinopla contra el rey Ciro, y defendió los vasallos del piadoso Job contra los famosos ejércitos de Senaquerib, é hizo que la tierra tragase al impío Holofernes, que queria usurpar el sumo sacerdocio que Absalon ejercia; aquel, digo, con su omnipotente diestra nos ha protegido contra las asechanzas de esos ignorantes y fanáticos españoles.

Y de este modo, los dos esposos fueron recitando y adaptando á su caso cuantos pasages de la Biblia se les ocurrieron; si bien es verdad que cometiendo algunas equivocaciones, tales como matar á Aquiles dentro de Jerusalen, y llevar en triunfo á Mardoqueo por las calles de Troya. Seguian, pues, su conversacion á guisa de ensalmo, cuando hete ahí que de repente se les presentó Ramirez, y haciéndoles un profundo saludo, les preguntó si le permitirian disfrutar el envidiable honor de sentarse y conversar con ellos.

El señor Baron, aunque

sumamente soberbio y aristócrata, no supo negar lo que con tanta cortesía le suplicaba un mozo de tanto garbo y tan gallarda presencia. Hízole, pues, lugar en el canapé; y ya se preparaba á envidarle el relato de alguna de sus famosas hazañas, cuando Ramirez le atajó de esta suerte:

—Quizá, nobilísimo señor Baron, os sea impertinente y llegue á mortificar vuestro elevadísimo ánimo con lo que voy á contaros; pero me intereso demasiado por la honra y felicidad de vuestra esclarecida familia, orgullo, honor y lustre de toda Flandes, para que aquella consideracion me detenga. Sabed, pues, señor, que si quereis salvar vuestra honra, es preciso que al punto os trasladeis á vuestra morada, profanada en este instante por el inmundo español Ramirez....

Suspenso se quedó el Baron al oir tales nuevas; y así instó al narrador para que lo sacase de su mortal ansiedad, dando fin á la relacion comenzada, lo cual él hizo en estos términos:

—No hará mas de un cuarto de hora que pasando por junto á la cerca de vuestro jardin, ví á una jóven que á una ventana de vuestra casa asomaba. Habló algunas palabras con un mozo que en el jardin habia, y luego creyendo no ser vista, descolgó por la ventana una escala de cuerda, por la que

subió el dicho mozo, que reconocí por Ramirez. Allí están los dos ahora; y si teneis gana de atraparlos, yo me ofrezco á acompañaros y á vigilar el jardin mientras vos registrareis las estancias.

La admiracion y enojo del señor Baron llegaron al colmo oyendo estas cosas: sus arrugadas mejillas se encendieron de un vivo color de sangre; sus labios le temblaban, y rechinábanle los dientes de un modo que metia miedo. Empuñó su muleta con una fuerza convulsiva, y dijo con voz temblona y demudada por el encono:

—Aguardadme, buen hombre, que voy en busca de mis criados y de mis perros, que están vigilando al rededor de mi bosque; ¡y como hay Dios, que de esta vez no se me escapará Ramirez, ni mi perra hija se habrá holgado con él de balde!

Y así diciendo, esgrimia la muleta, y decia á media voz, *tris*, *tras*, como que ya le estaba sacudiendo las moscas á la pobre muchacha. Ramirez le dijo:

—Mal pensado, señor Baron, perder el tiempo reuniendo á vuestros criados. El bosque está á buena distancia, y los criados diseminados todos al rededor; de manera, que cuando llegueis con ellos á vuestra casa, ya Ramirez tiene lugar de haber realizado su villano intento, y quizá de haberos robado vuestra hija. Vámonos los tres, que bastantes somos.

—¡Fuego! gritó el Baron al sospechar el robo de su hija. ¡Vamos, mancebo; tú no le dejes escapar por el jardin, que yo, por vida de mil Satanases, he de arrancarle el bautismo, si es que lo tenga! ¡Vive Dios, que me huelgo de poder aún derramar la sangre de un infame hijo de España!

Y diciendo y haciendo, se encaminaron á la casa el Baron y su muger, llenos de rabia y proponiéndose desollar á su hija despues de muerto su amante; y Ramirez reventaba de risa, que se esforzaba por ocultar, no fuera que el señor Baron sospechase el engaño. De este modo llegaron á la puerta; y mientras tanto Ramirez hacia como que iba á meterse por el jardin, el Baron dió con cuidado vuelta á la llave, y sin sacarla de la cerradura, se metió dentro detras de la Baronesa. Pero Ramirez, que en silencio se habia colocado á sus espaldas, volvió á cerrar de golpe la puerta por la parte de afuera, y al tiempo mismo, levantando con suma destreza la larga coleta del señor Baron, se la dejó prendida entre las dos medias puertas, dejando así á su escelencia amarrado por la cabeza de un modo inescapable.

—¡Qué demonio es esto! gritó el pobre anciano.

—No es nada, señor Baron, respondió Ramirez. Yo soy amigo íntimo del español á quien vd. anda buscando, el cual me ha encargado que le jugase á vd. esta partida.

—Maldito seas tú y tu amigo, replicó el afligido viejo. Mañana os hago abrasar vivos á los dos.

—No se apure vd., señor Baron, que mañana Ramirez, y vuestra hija y yo, estarémos ya camino de Cádiz.

Y así diciendo, se fué saltando calle abajo, mientras el aprisionado Baron daba á los diablos su credulidad y maldecia á su estrella, que en mala hora le habia dado tan larga coleta. Pero su muger, un tanto mas activa, y hallándose en libertad, se encaminó á la cocina para sacar luz; pero la yesca, el pedernal y demas chismes estaban fuera de su lugar, y como no podia salir á la calle, tuvo que quedarse á oscuras. Perdió entónces la paciencia, y acercándose á su marido, que blasfemaba como un moro, le echó en cara el haberse dejado engañar de aquella suerte; y aunque nada veia, alargó las manos tanteando por todas partes, y cuando dió con él, no le soltó hasta haberle aplicado una buena tanda de pellizcos: item mas, le palpó el cuerpo hasta topar con una oreja, y entónces se la asió, y se la retorció, y le dió uno ó dos buenos tirones, hasta que el ecsasperado Baron, levantando cual mejor pudo su pata de leño, le tiró tal coz, que dió con ella en tierra.

VI.

LA RECONCILIACION.

A la mañana siguiente un caballero y una dama, él vestido de grande etiqueta con su espada al lado, y ella ricamente ataviada y cubierto el rostro con un espeso velo, bajaron de un magnífico carruage, que parado estaba ante la puerta del señor Baron, y solicitaron permiso para hablar con su escelencia. La Baronesa asomó á la ventana, y luego volvió diciendo á su marido, que los recien llegados eran gentes de pro, y que así, revestido de su gran uniforme, los aguardase y recibiese en el mejor aposento de la casa. El Baron, que en sus mocedades habia sido en estremo galante, y que profesaba el mas profundo respeto hácia el bello secso, trató de recibir á sus huéspedes, pero en particular á la dama, de un modo digno de sí y de su nobleza. Así, pues, hízoles guardar antesala, mientras él se adornaba con sus mejores galas; y entre tanto renegaba y maldecia al atrevido follon que le habia hecho perder la coleta (porque en efecto la habia perdido), y de esta suerte le obligaba ó á presentarse sin aquel incomparable adorno, ó suplir su falta de alguna manera.

Adoptó este último estremo, y por medio de algunos trapos y cintas, logró arreglar de tal suerte la nueva coleta, tan parecida á la otra, que no la conociera ni la madre que la parió.

Entónces y con su permiso, entraron en el salon los recien venidos; y mientras él se deshacia en cumplidos y en ceremonias hacia la dama, cuyo rostro no podia distinguir por el espesor del velo, el caballero que con ella iba, se habia colocado á un lado de la puerta, y parecia aguardar á su turno su correspondiente pitanza de cumplimientos y bienvenidas. Conociólo el Baron, y dejando á la dama sentada, se llegó al apuesto mancebo, y principió á hacerle profundas reverencias, y á convidarle á sentarse. Pero de repente dió un paso atras, y...... ¡oh, válgame Dios! ¡Quién pudiera espresar la rabia, y el enojo, y la furia y el encono que se pintaron en su semblante, al reconocer el mismo mozo que en la noche anterior tan mal tercio le jugara! Casi estuvo para sacar la espada é inmolarle en aquel sitio; pero como ya se ha dicho, que su galantería y respeto hácia las damas eran estremados, hizo el último esfuerzo para contenerse. Sin embargo, no pudo ménos de echarle en cara su mal proceder, y así le dijo:

—Dime, mal aconsejado, perro, alma de rinoceronte, corazon de javalí; dime, ¿qué agravio te hice yo en mi vida para que tú me tratases como me trataste anoche? Alza esos ojos de raposa, y mira....observa mi coleta!!!.... Dime ahora si tamaño atentado no merece que te arranque la vida en este instante!

Conforme hablaba el señor Baron, se le iba irritando la bílis y encendiendo el rostro; y al llegar á la última frase, hizo como que iba á desenvainar su montante. El mancebo empero, que hasta aquel punto habia escuchado silencioso é inmóvil, principió en esto á acariciar con los dedos de la mano derecha el pomo de su espada, lo cual, notado por el Baron, templó un tanto su enojo, y continuó hablando de esta manera:

—Sí, mereces la muerte, y mi mano te la diera en este instante, si no fuera por el respeto que debo á esta dama que te acompaña, y porque mi clemencia iguala en este momento á mi justa ira. Pero dime, repito, ¿quién te movió á obrar conmigo de tan descortes manera? Mi muger ha tenido que bajar á la calle desde una ventana, y mis criados se han visto obligados á derribar la puerta....

—Perdone vuestra escelencia, señor Baron: esta mañana muy temprano vine yo con el objeto de abrirla.

—Pero dime, ladron, ¿por qué la cerraste?

—Otra vez imploro el perdon de vuescelencia, y le suplico que abra tanta oreja para oir la satisfaccion que voy á darle.

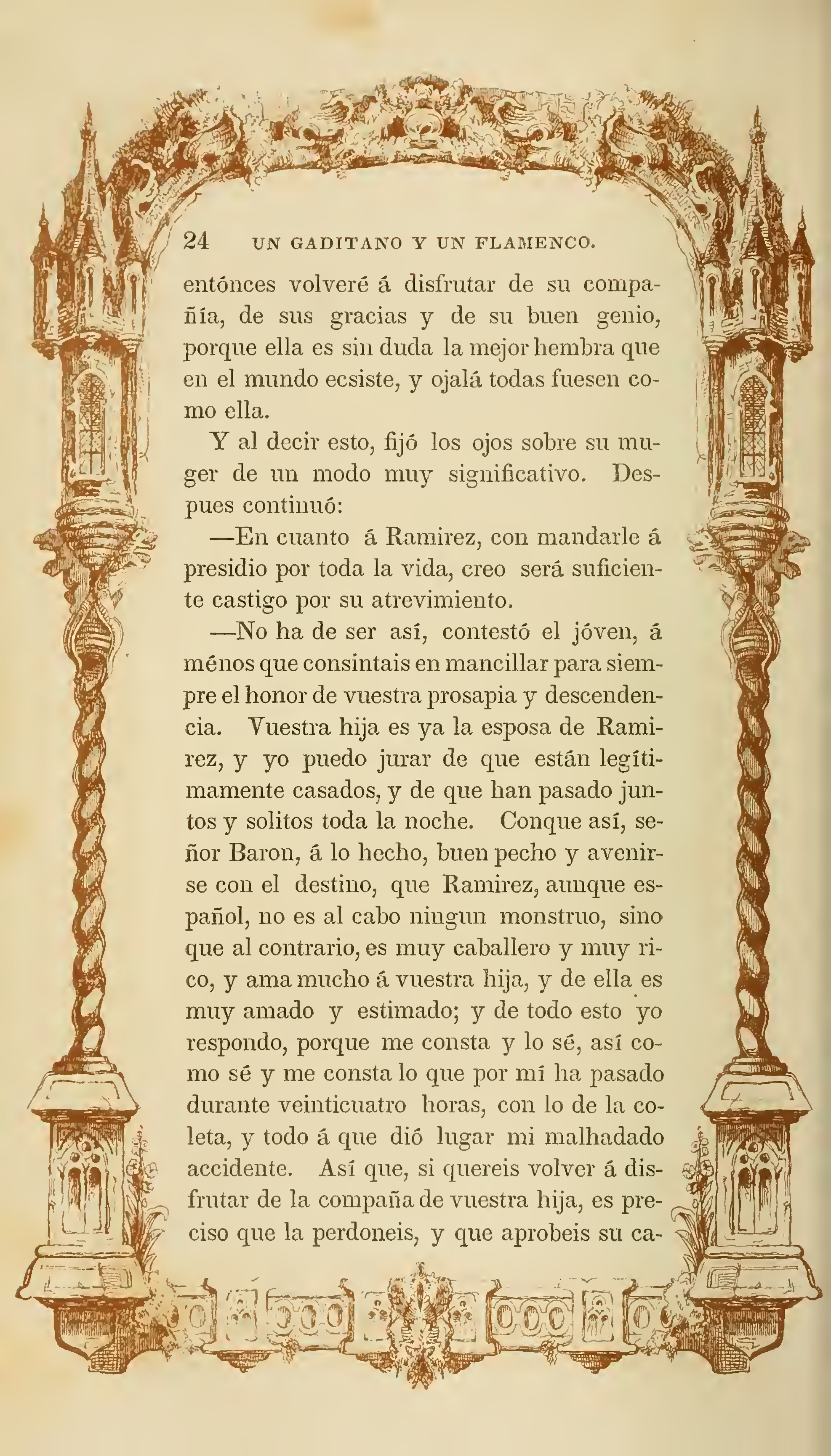
Estas últimas frases, pronunciadas en sumiso tono, aplacaron el enojo del señor Baron, que creyó que sus terribles palabras habian derretido el corazon de Ramirez, cual si hubiese sido un pedazo de jalea. Sentóse, pues, con el aire de un magistrado que va á sentenciar á un delincuente; mientras el mozo, en tono compungido, comenzó á decir de esta manera:

—Sabed, pues, escelentísimo y eminentísimo señor Baron, que yo, indignísimo siervo de vuestra preclarísima persona, tengo la desgracia de padecer unos accidentes (que á Dios gracias, no me dan sino cada seis ó siete años), los cuales me quitan el entendimiento, y me obligan á hacer lo contrario de lo que debiera. Digo, pues, que ayer me cogió uno de los tales accidentes, el cual, segun decis, me hizo cometer tan nefando coleticidio; delito mucho mas abominable y atrevido, por cuanto recayó sobre el escelentísimo pelo de vuestra baronil persona. Pero yo para remediar en lo posible tanto mal, ó á lo ménos para expiar un poco tan horrendo crímen, he averiguado el paradero de vuestra hija y su raptor Ramirez, y vengo á noticiároslo.

No bien hubo pronunciado estas palabras, cuando el buen Baron, olvidándose de que una de sus piernas era de leño, dió un brinco para colgarse del cuello de Ramirez; pero no habiendo medido la distancia que entre ámbos habia, dió consigo en tierra con espantoso estruendo. La dama tapada soltó un chillido muy sentimental, y se alzó de su sillon para ayudar al Baron á levantarse; pero ya Ramirez le habia tomado en brazos y colocado en su sillon, asaz maltrecho de la caida. Solo la Baronesa no se movió de su poltrona; y cuando ya su marido se hallaba de nuevo en pié, le atisbó de reojo con espresion de airado seño, y se le oyó entre dientes refunfuñar las palabras *béstia*, *torpe*, *estúpido*, *poltron*.

Con finas espresiones y retumbantes palabras dió el pobre cojo gracias á los dos forasteros, particularmente á la señora; y luego, dirigiendo con disimulo una terrible mirada á su consorte, estiró la postiza pata como para darle á entender, que pronto esperimentaria su peso; y aun hay quien asegure, que le enseñó los dientes á guisa de mono enfadado. Despues dijo á su huésped:

—Todo cuanto habeis hecho en mi contra, os lo perdono; pero os suplico me digais el paradero de mi hija, porque si bien ha hecho ella muy mal en escaparse de esta manera, esto, con una paliza que le dé y un encierro de tres semanas, queda curado; y



entónces volveré á disfrutar de su compañía, de sus gracias y de su buen genio, porque ella es sin duda la mejor hembra que en el mundo ecsiste, y ojalá todas fuesen como ella.

Y al decir esto, fijó los ojos sobre su muger de un modo muy significativo. Despues continuó:

—En cuanto á Ramirez, con mandarle á presidio por toda la vida, creo será suficiente castigo por su atrevimiento.

—No ha de ser así, contestó el jóven, á ménos que consintais en mancillar para siempre el honor de vuestra prosapia y descendencia. Vuestra hija es ya la esposa de Ramirez, y yo puedo jurar de que están legítimamente casados, y de que han pasado juntos y solitos toda la noche. Conque así, señor Baron, á lo hecho, buen pecho y avenirse con el destino, que Ramirez, aunque español, no es al cabo ningun monstruo, sino que al contrario, es muy caballero y muy rico, y ama mucho á vuestra hija, y de ella es muy amado y estimado; y de todo esto yo respondo, porque me consta y lo sé, así como sé y me consta lo que por mí ha pasado durante veinticuatro horas, con lo de la coleta, y todo á que dió lugar mi malhadado accidente. Así que, si quereis volver á disfrutar de la compaña de vuestra hija, es preciso que la perdoneis, y que aprobeis su ca-

samiento con Ramirez; lo cual siempre que me lo deis escrito, en un salvo-conducto para ellos, yo os prometo, bajo mi palabra de honor, de presentaros hoy mismo á vuestra hija y á su esposo, vuestro yerno Ramirez.

El Baron vaciló un momento; pero al fin, se decidió á firmar el salvo-conducto, y se lo entregó al jóven, diciéndole á la vez:

—Tomad, que mas quiero ver á mi hija esposa de un español, ya que él es tal cual vos le pintais, que no vivir separado de ella para siempre.

El jóven se lo metió en la faltriquera, y al mismo tiempo, haciendo una profunda reverencia, dijo:

—Pues escelentísimo señor Baron, yo soy Ramirez.

—Pues queridos padres mios, yo soy Juaneta, dijo á la sazon la tapada, levantándose de su asiento, y echando á las espaldas el velo. El Baron dió hácia ella un paso enarbolando su muleta: Ramirez se sopló entre los dos, metiendo á los hocicos del Baron el salvo-conducto. El viejo retrocedió murmurando, y entónces los dos jóvenes se arrojaron á sus pies, suplicando les perdonase y les echase su bendicion. Así se hicieron las paces, bien que muy á disgusto de la Baronesa, que hubiera preferido ahorcar á Ramirez y desollar á su hija, ó á lo ménos encerrarla en un cuarto oscuro por toda su vida.

EL AVE SOLA.

A MI AMIGO D. MANUEL T. FERRER.

Ave, que triste y sola te meces en la rama,
¿Á quien tu canto llama, si nadie llegará?
El aire está en silencio, la selva está desierta;
Tu voz débil, incierta, perdida morirá.

¿Tal vez á tus amigos, tal á tus hermanos,
En sitios tan lejanos, recuerdas con dolor?
Ausente de tus padres, ausente de tu amante,
¿Tal vez en este instante lloras perdido amor?

¿Te sorprendió volando repentina tormenta;
Su ráfaga violenta te ha arrojado hasta aquí?
¿Del aire el océano te arrebató en su ola;
Despues náufraga, sola, te ha abandonado así?

¿Ó corazon ardiente abrigas en el pecho,
Que se contempla estrecho viviendo en sociedad;
Que férvido, agitado, para vivir tranquilo
En solitario asilo, buscó la libertad?

¿Furiosas las pasiones cerca de tí bramaron,
Y fieras te lanzaron proscripta aquí á morir?
¿Ó miraste á tu pueblo herido por la muerte,
Y fué tu triste suerte la última vivir?



Tambien yo fatigado, busqué triste el retiro;
Tambien algun suspiro lancé en la soledad;
Tambien de las pasiones así sentí el estrago,
Y á orillas de algun lago busqué felicidad.

Tambien á los que amaba, en infeliz momento
Miré el último aliento, en mis brazos lanzar,
Y tú participabas, ó amigo, de mi pena,
Y tu alma estaba llena tambien de mi pesar.

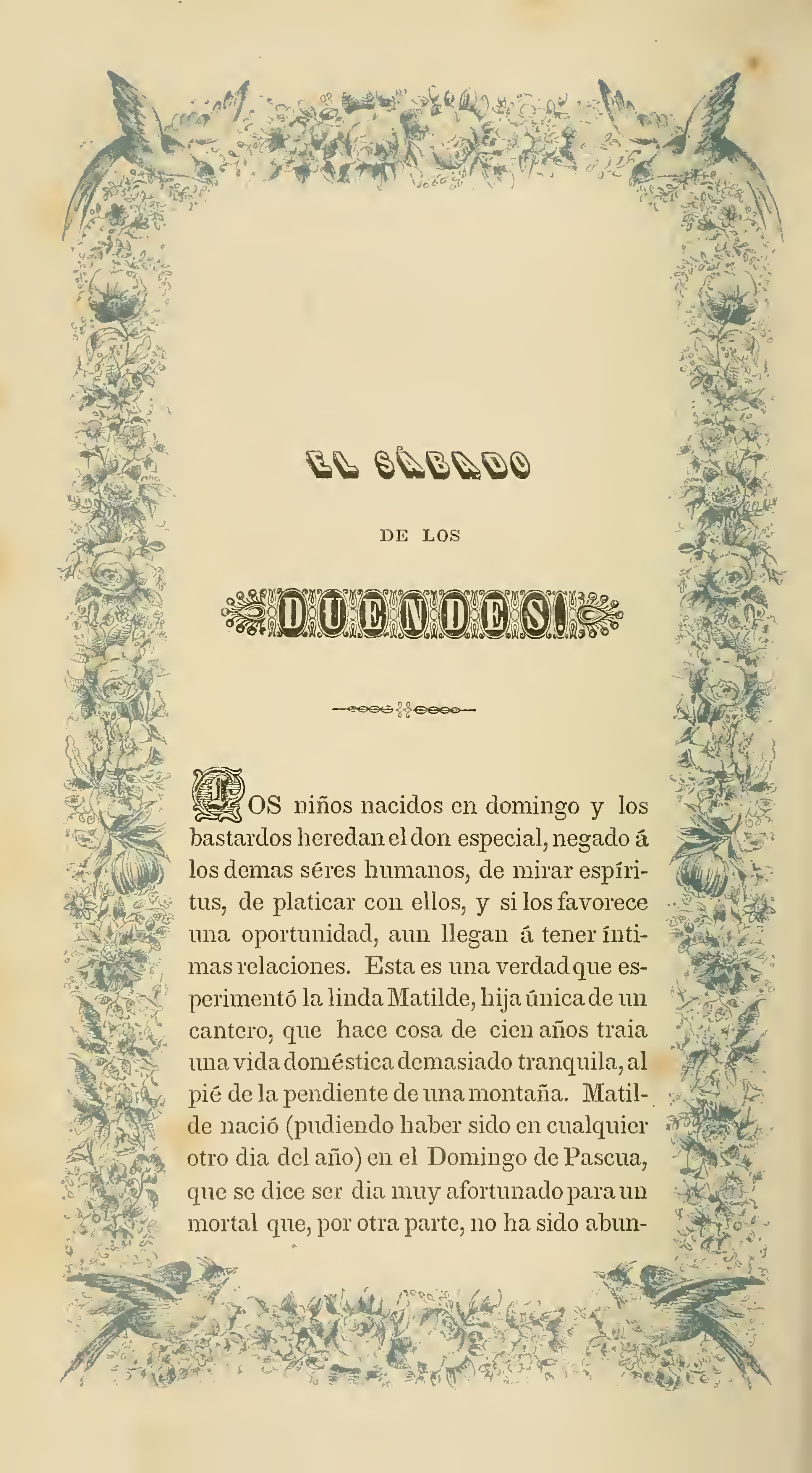
Horrible fué aquel dia; los años han pasado,
Y en mi alma está grabado como si fuera ayer,
En mis horas mas dulces la escena mortuoria
Presente á mi memoria amarga mi placer.

No sé si de los que amo, adversa mi fortuna
Me guarda de una en una las muertes presenciar.
No sé, Manuel, si un dia, en vez de darte un canto,
Con triste inútil llanto tu tumba he de regar.

El porvenir se envuelve en oscuro misterio;
Mas libertad ó imperio en desierta mansion
Quedar de mis amigos el último en el suelo,
Si eso me ofrece el cielo, renuncio yo tal don.

J. M. Lacunza.





EL SÁBADO

DE LOS

DUENDES!

LOS niños nacidos en domingo y los bastardos heredan el don especial, negado á los demas séres humanos, de mirar espíritus, de platicar con ellos, y si los favorece una oportunidad, aun llegan á tener íntimas relaciones. Esta es una verdad que esperimentó la linda Matilde, hija única de un cantero, que hace cosa de cien años traia una vida doméstica demasiado tranquila, al pié de la pendiente de una montaña. Matilde nació (pudiendo haber sido en cualquier otro dia del año) en el Domingo de Pascua, que se dice ser dia muy afortunado para un mortal que, por otra parte, no ha sido abun-

dantemente provisto de las bendiciones mundanas. Bajo este último respecto, Matilde no tenia motivo racional de queja, porque su padre ganaba penosamente, con el trabajo de sus manos, cuanto es menester para mantenerse frugalmente; y la madre conservaba en órden á la pequeña familia, de manera que todo se veia siempre limpio y aseado en el domicilio del cantero.

Todos los niños que nacen en domingo, son muy sábios, y si son mugeres, son siempre esquisitamente hermosas. Matilde fué de niña admirada de todos; y una ocasion llegó á tanto, que una señora de calidad, rica y hermosa, pero que parecia muy enfermiza, al atravesar la montaña en un elegante carruage, trató con ahinco de halagar á la pobre madre, para que se deshiciese de Matilde, mediante una suma considerable de oro. Cuando hubo salido de la infancia, y fué obligada á buscar destino, fuera de su casa, hubo gran barahunda. Todos estaban, como si fuese pasando por allí algun duende, cuando por la mañana temprano tomó Matilde su camino para la casa de un rico tejedor, siguiendo las orillas de una bulliciosa corriente. Los jóvenes saludaron á la bella, como no lo habian hecho con ninguna otra. Sin embargo, nadie osó hablarle con espresiones descompuestas, á lo cual por lo comun

son inclinados los jóvenes en todos tiempos. Matilde fué tratada por todos como una santa. Las jóvenes, aun de su misma edad, la estimaban altamente, y de ningun modo le envidiaban la admiracion general. Esto podia fundarse en la conducta misma de Matilde. Nadie habia mas pronta para obligar á hacer buenos servicios, y que se condujese con mayor dulzura. Ademas, tenia tal gracia en todo esto, y ojos tan candorosos, que cuando uno los miraba, parecia que veia brillar el mismo cielo. En suma, todo el que hablaba con Matilde, ó andaba algunos pasos con ella, era durante ese dia otro hombre, la criatura mas feliz; y todo cuanto emprendia prosperaba con él.

Habria sido ciertamente muy estraño, que semejante jóven careciese de pretendientes, ó no hubiese hallado temprano un corazon á quien simpatizar. Ahora, pues, ¡Dios sabe que no hubo esa escasez de amantes, aunque habia algunos de la clase mas original! Muchos sin buenas maneras, sin embargo de ser bien parecidos; otros ricos, pero sin corazon ó sin alma; y algunos prontos á reventar de rábia, solo porque alguno se tocase el sombrero por la hermosa Matilde. A ninguno de éstos dirigió siquiera una palabra la inocente niña; pues conocia bastante bien, que á matrimonios de esta especie solo les espera una escasa bendicion. Un jó-

ven habia únicamente, que pudiese decirle que le agradaba del todo, el cual ni era rico ni singularmente hermoso. Habia llegado á trabar relaciones con él en casa del tejedor, donde ámbos iban diariamente á trabajar. Alberto era industrioso, de buen proceder y hablaba con tanta sensibilidad y rectitud de corazon, que Matilde siempre lo escuchaba con agrado. Hablando con verdad, él no hacia mas que convertir en palabras sus sentimientos. Pasó muy poco tiempo ántes que ella se hubiese empeñado secretamente con Alberto, y todo hubiera caminado bien y felizmente entre ellos, con solo que ámbos amantes hubiesen poseido el dinero preciso, para proporcionarse de un golpe algunos objetos y establecer su casa. Pero eran pobres, tanto como los ratones de una iglesia; y por la misma razon, el padre de Matilde no se mostraba muy favorable al asunto amoroso convenido con su hija. Habria estado mas satisfecho, si la boba, como le llamaba, hubiera dado su mano á uno de los ricos pretendientes, que hubieran dado las orejas por agradarle. Sin embargo, ya que no habia remedio, el padre, como buen hombre, determinó no causar á su única hija molestia alguna, y dejar que las cosas fuesen andando del modo que pudieran. Solo en una condicion insistió, y fué, que Matilde en lo de adelante trabajase bajo el techo paterno;

permitiendo á Alberto que mientras, pudiese visitarla allí todas las tardes. Los dos amantes prestaron su aquiescencia gustosamente á este arreglo; pues como jóvenes, bien podian conceder una pequeña espera. Entretanto, sus conatos debian dirigirse por medio de un trabajo incesante, y una economía cuidadosa, á juntar cuanto necesitaban, para establecerse en su humilde habitacion. Así vivian de dia en dia en un pacífico contento; y de la misma manera, sin duda, hubieran pasado sin sentir, mas y mas dias, á no ser por una ocurrencia que vino á turbar esa tranquilidad profunda, la cual fué del tenor siguiente:

El cantero padre de Matilde, estando bastante agobiado por el trabajo, no podia andar ya al medio dia, el largo trecho que mediaba entre la cantera y su casa. Ademas, el polvo sutil de la piedra le habia producido una inflamacion de ojos, por cuyo motivo estaba obligado á evitar el reflejo del Sol: no era esto muy fácil, pues el camino para su casa pasaba por una verde colina elevada, en la que el Sol reflejaba con fuerza, por cuya razon las gentes le daban el nombre de colina del Sol. Era, por consiguiente, deber de Matilde, llevar todos los dias la sencilla comida de su padre hasta la cantera, cuyo viage, aunque penoso, de ninguna manera le era desagradable; tanto mas,

cuanto que Alberto frecuentemente encontraba pretestos para obtener permiso de ausentarse, y siempre la venia acompañando una parte del camino.

Nadie iba solo de buena voluntad á la colina del Sol, ya fuese de dia ó de noche, pues corria la voz de que á muchas personas habian acontecido cosas asombrosas. Se decia aun, que algunos habian sacado de allí enfermedades mortales. Lo cierto es, que no era fácil lograr una relacion mas esacta. Matilde solo habia oido con mucha frecuencia á su madre, que se decia, que el *Buen pueblo* (duendes) hacia muchísimo tiempo que habia desaparecido de la colina verde, precisamente cuando por todo el rededor se habian edificado muchas iglesias, y el ruido de las campanas resonaba en la montaña y el bosque. Sin embargo de estos rumores, la inocente Matilde hacia diariamente su paseo á la colina del Sol, donde nadie jamas la encontraba; de suerte, que el espléndido paisage se le presentaba ordinariamente desolado y tremendo en el calor ardiente del medio dia. Por esta razon, disfrutaba siempre de gran contento, cuando desde la cumbre de la escarpada montaña, veia á Alberto subir hácia ella. Entonces se juzgaba mas segura, é iba adelante con mejor ánimo. Cerca de la Pascua de Espíritu Santo, estando enfermo el padre, se hizo

mas impertinente que nunca, no socorriéndolo en nada su trabajo, pues las provisiones habian subido espantosamente de precio, en consecuencia del invierno anterior, que habia sido mas duro de lo regular. Así es que, siempre que Matilde le llevaba la comida á su padre, se lamentaba éste amargamente, y le reprochaba con aspereza su necedad; de suerte, que la pobre niña estaba acongojada y lánguida, llevando una vida melancólica.

Sentia mas profundamente su turbacion, cuando al medio dia emprendia su viage acostumbrado por toda la vereda desolada que conducia á la cantera. Entónces vertia con frecuencia las mas amargas lágrimas, y rogaba á Dios para que le indicase algun remedio y se compadeciese de su pobreza.

Un dia, precisamente una semana ántes de la fiesta de Espíritu Santo, sucedió, que viniendo por el camino, triste y silenciosamente, buscando en vano la amada figura de Alberto, oyó de repente un sonido de campana, tan claro, que se quedó en pié, con el fin de oir. Era en la cumbre de la colina; el aire estaba perfectamente tranquilo, y en todo el rededor, léjos y cerca, no se veia criatura alguna. Solamente resonaban desde un pueblecillo distante del valle, los penetrantes tonos de la aguzada guadaña. Matilde

creyó que solo habia tenido un zumbido en los oidos, y siguió adelante. El sonido singular se repitió, asemejándose esactamente al tono de una campanita de plata.

—¡Qué cosa tan estraña! se dijo la doncella á sí misma, llevando la vista al suelo, donde percibió, en el blando musgo, junto á sus piés, una cosa que relucia como fragmento de vidrio azul. Se inclinó y lo recogió, pareciendo en su color y forma una campánula azul, ó como dicen, *sombrero de Duende;* pero en lugar del tallo, habia una campanita de plata, tan elegantemente trabajada, que Matilde no pudo dejar de reir á carcajadas.

—¡Bendito sea Dios! esclamó: ¿quién habrá hecho una cosa tan mona? y en seguida sacudió la flor, comenzando á sonar la campanilla, tan prodigiosamente, que la pobre jóven la dejó caer de asustada.

—¿Qué órdenes tienes que dar? preguntó inmediatamente una aguda voz. Delante de ella estaba parada una criatura delicada, del alto de su mano; pero con una simetría tan perfecta en todas sus dimensiones, que era en realidad sorprendente. Su espresiva cabecita, á cuyo rededor flotaba una porcion de rizos como rayos encrespados del Sol, era esactamente de un tamaño, que la flor con la maravillosa campana servia para cubrirla. Luego vió Matilde con

cuánta gravedad se puso el reluciente sombrero, dándose al mismo tiempo con gracia, una apariencia muy intrépida y de gravedad.

—¿Qué eres, pues? preguntó Matilde temblando.

El pequeño camarada hizo una elegante reverencia.—Con tu permiso, servidor tuyo, replicó el ente estraño. Yo y mi pueblo te conocemos hace mucho tiempo. Hemos oido tus quejas; y como tienes un corazon benigno, amas las flores y no las has despedazado por ociosidad, estoy encargado de darte gusto, con tal que quieras hacer lo mismo conmigo y mis gentes.

—¡Verdaderamente! ¡linda figurilla! respondió Matilde, ¿quiénes son tus gentes? Yo....

—¡Chiton! interrumpió el pequeño con una señal repulsiva de la mano, y una contraccion de cejas muy marcada. Son preguntas á que no puedo responder, y lo que es mas, ni sufrir. No es cortes hacer preguntas sobre *nuestro orígen y lo que somos.* Si quieres hacer confianza de mí, supuesto que creo tengo aire de un verdadero caballero, resuelve entónces sin dilacion, si quieres darme gusto por una compensacion racional.

—¡Querido señorito! replicó vencida Matilde. No soy desconfiada; pero estoy

tan abatida y afligida, que realmente no sé cómo entender este estraño negocio. No hagas burla de mí, buen niño, ó si eres espíritu, te ruego tengas compasion de mí y me dejes seguir en paz mi camino. Mi padre me espera: su bocadito se está abrasando con el calor del Sol.

—¡Necia charla! interrumpió el chiquillo. Tu anciano padre está acostado á un lado de la peña, y ronca hasta hacer mover las hojas del helecho que está junto á él. La comida del buen hombre, no recibirá mucho daño. Sin embargo de que puedes ver cuán buenas y honrosas son mis intenciones, toma mi gorrito. Sea la prenda que rescataré con una compensacion. Solamente resuélveme pronto si quieres fiarte de mí. El tiempo es corto.

Matilde titubeó todavía. Tomó en la mano el gorro milagroso con su campana de plata. El deseo de libertarse de la imprudente criatura lo mas pronto posible, y tambien quizá, una partícula de curiosidad femenil, arrancó su consentimiento.

—Bien, dijo el pequeño con gran júbilo. Ahora, óyeme. De aquí á una semana, en la víspera de Pentecostes, como la llamamos, vendrás aquí en la tarde, cuando la luna haya subido á esta colina verde. No te amedrentes, pues solo hallarás buena ventura. Luego que hubieres llegado á este parage,

llama con la campanita que te he dado, y no te arrepentirás de haber sido servicial con el buen pueblo.

Apénas habia dado el hombrecillo sus órdenes á Matilde, cuando sorprendida ésta, notó que la tierra que tenia delante de sus piés, brillaba como oro derretido, sumiéndose gradualmente, hasta que en este abismo reluciente desapareció aquel ser como una estrella de plata. El fenómeno todo duró solo algunos segundos, y despues cada cosa quedó como ántes. Unicamente la campánula aseguró á Matilde de que no soñaba, y que algo inusitado habia sucedido.

Con estos sentimientos llevó la comida á su padre, encontrándolo en efecto enteramente dormido bajo la muralla de roca. Nada dijo ella de su aventura; pero llevaba bien asegurada en el seno la prenda de su hombrecillo. No obstante, ¿cómo seria posible que perseverase en su silencio? Es cierto que Matilde no sabia si le seria permitido comunicar el incidente. A pesar de eso, descansó en su prenda; y pues no se le habia prevenido el silencio, esperaba justificarse de dar á conocer á Alberto lo que le habia acontecido.

Temerosa y temblando, lo hizo así, y manifestó en prueba de ello á su atónito amante la flor, que con el calor de su seno, se habia marchitado. Cosa muy singular; la sa-

cudió cuantas veces quiso, y no pudo hacer tocar la campanita.

—¿Teneis intencion de ir verdaderamente? preguntó Alberto, cuando volvió en sí un poco de su sorpresa. ¡Quisiera veros! ¡Dejarse galantear por fantasmas y espíritus, ó sean lo que fueren esos diablos! ¡No! No váyais. Tirad esa cosa estúpida en la corriente del arroyo. Allí no podreis perjudicaros, y no volvais á poner el pié en esta abominable colina del Sol.

—He dado mi palabra, Alberto, y debo cumplirla, suceda lo que sucediere.

—Muy bien, dijo el mozo. Basta. ¡Entónces todo ha concluido entre nosotros: sí, ha concluido del todo!

—¡Cuánto os enojais! Pues, ¿para quién sino vos, he aceptado esta prenda? ¿Por quién he sufrido tanto tiempo, y he aguantado las reconvenciones de mi padre? ¿No pensais que hace mucho estaria casada, si hubiese querido? ¿Y es falta mia el ser hija de un domingo? ¿No se dice que todos los niños de este dia están destinados á

una próspera fortuna? Si me impedis guardar mi palabra con ese ente milagroso, y la suerte que tengo decretada se va á disipar entretanto por los cuatro vientos, tendreis que componeros con ese espíritu, y afrontar su cólera, pues yo me lavo las manos en la inocencia.

Matilde comenzó á llorar, besó la hoja desecada, y se la volvió á esconder en el seno. Alberto no quedó tranquilo. Se habia incomodado por ese encuentro desagradable: un sentimiento de zelo le inquietaba y afligia el alma, sin que pudiese, sin embargo, decir que la jóven carecia de razon. Al fin dijo desalentado:

—Seguid entónces con vuestra locura. Quiero, no obstante, estar cerca de vos, y si el belitre energúmeno se toma algunas libertades impropias, le romperé el pescuezo, aunque por ello debiese perder el mio.

Alberto, por la primera vez en su vida, se separó de Matilde con mal humor, pasando la pobre jóven una mala y desasosegada noche.

—Madre, dijo Matilde pocos dias despues, mientras estaba preparando la comida de su padre, ¿habeis visto alguna vez á un duende?

—¡No lo permita Dios, hija! dijo algo tímida la pobre muger, persignándose. ¿Cómo te ha venido eso á la cabeza? ¿Qué tienes

que hacer con duendes y diablos, enanos y pigmeos? Un buen cristiano no tiene negocios con semejantes cosas aéreas, ó tal vez peores.

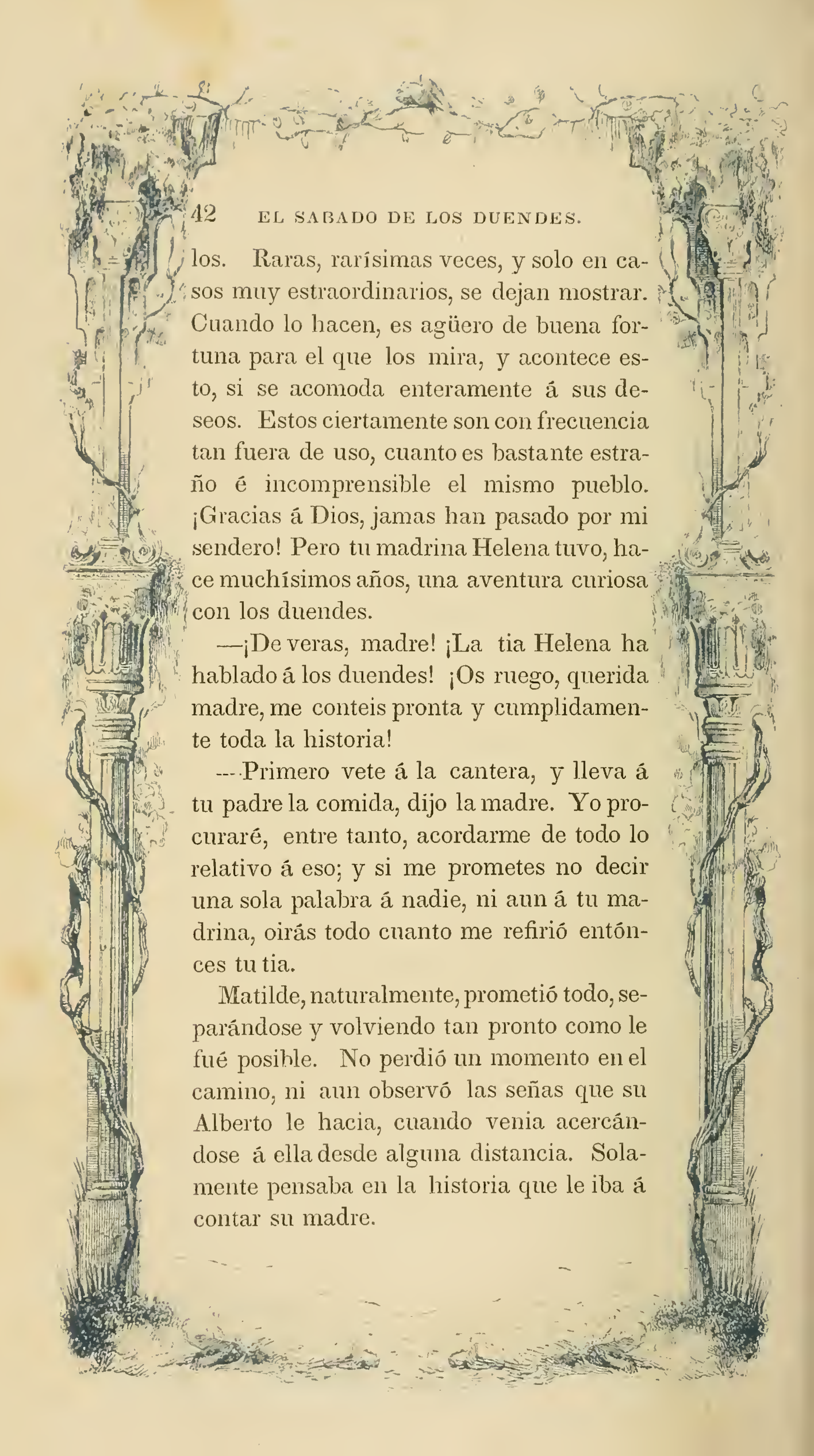
—Pues la tia Helena, replicó Matilde, estuvo contando el otro dia historias sorprendentes del *pueblo*, y no se le escapó algo sobre que hubiese motivo para temer algun daño de ellos. Antes les llamó el *Buen Pueblo.*

—¡Hija! añadió sériamente la madre, les llamamos así, para que no nos perjudiquen. Lo mas seguro es, que los dejemos solos enteramente.

—¿Será cierto, madre, que se han enterrado en la colina del Sol, y allí tienen su casa y domicilio? La tia Helena sostiene, que en el silencio de la noche, con el brillo de la luz de la luna, se puede oirlos cantando en admirables tonos.

La madre fijó la vista en Matilde: puso el bocado del anciano en la piedra del hogar, y cogiendo á su hija de la mano, la condujo á la estufa, é hizo sentar en el banco de la familia.

—Escucha, le dijo, y atiende á mis palabras. El buen pueblo, ó los duendes, que es su nombre propio, aunque ellos no quieren que se les llame así, viven verdaderamente en todas las montañas y valles en contorno, aunque pocos tienen el don especial de ver-

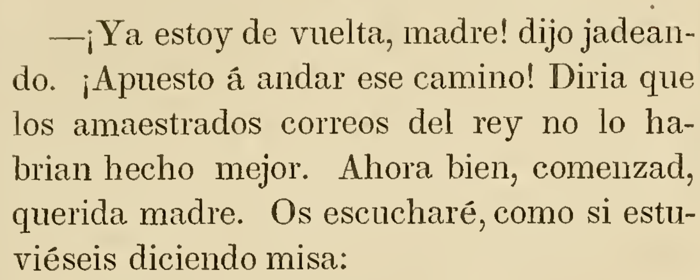


los. Raras, rarísimas veces, y solo en casos muy estraordinarios, se dejan mostrar. Cuando lo hacen, es agüero de buena fortuna para el que los mira, y acontece esto, si se acomoda enteramente á sus deseos. Estos ciertamente son con frecuencia tan fuera de uso, cuanto es bastante estraño é incomprensible el mismo pueblo. ¡Gracias á Dios, jamas han pasado por mi sendero! Pero tu madrina Helena tuvo, hace muchísimos años, una aventura curiosa con los duendes.

—¡De veras, madre! ¡La tia Helena ha hablado á los duendes! ¡Os ruego, querida madre, me conteis pronta y cumplidamente toda la historia!

—Primero vete á la cantera, y lleva á tu padre la comida, dijo la madre. Yo procuraré, entre tanto, acordarme de todo lo relativo á eso; y si me prometes no decir una sola palabra á nadie, ni aun á tu madrina, oirás todo cuanto me refirió entónces tu tia.

Matilde, naturalmente, prometió todo, separándose y volviendo tan pronto como le fué posible. No perdió un momento en el camino, ni aun observó las señas que su Alberto le hacia, cuando venia acercándose á ella desde alguna distancia. Solamente pensaba en la historia que le iba á contar su madre.

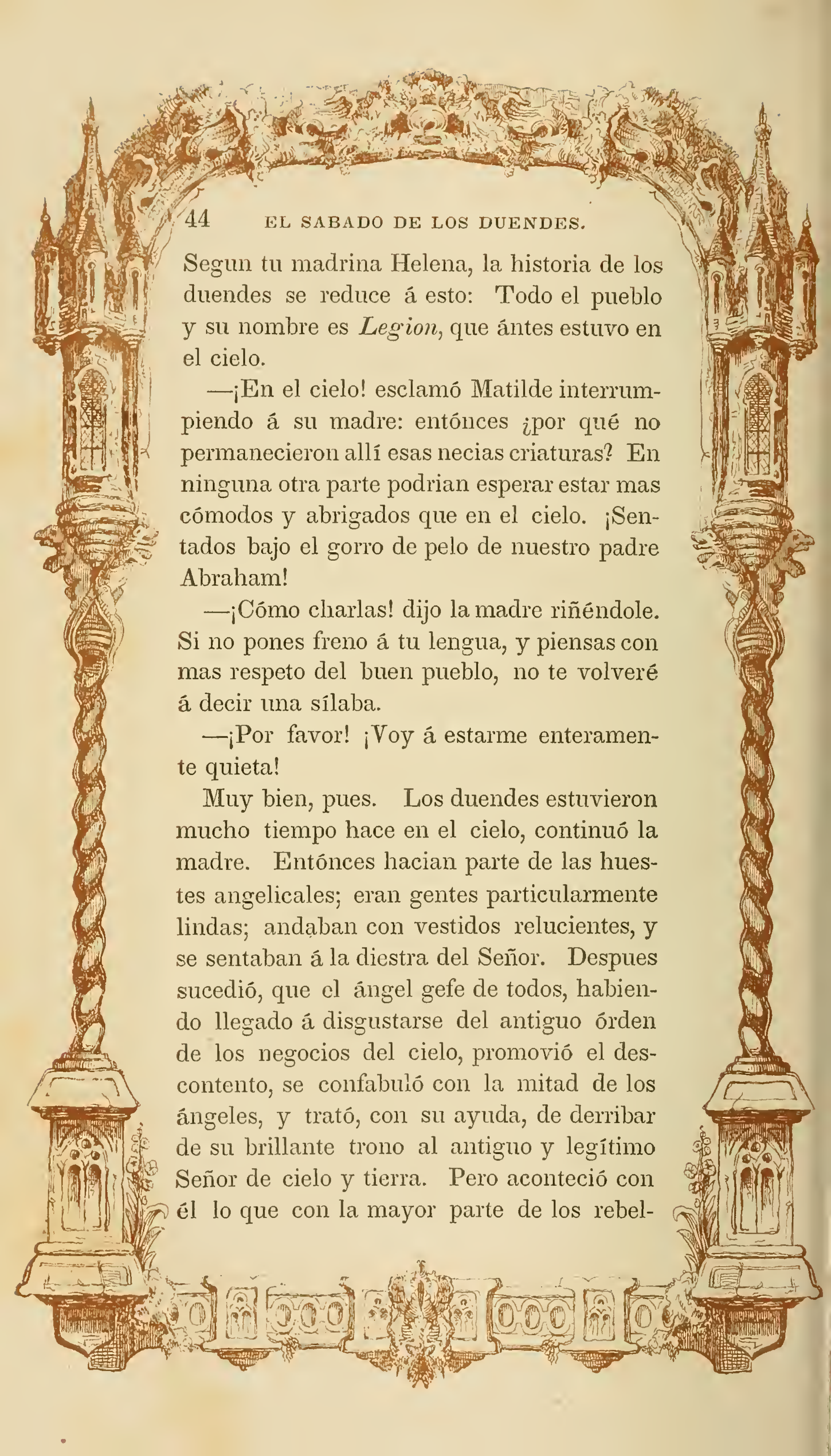


—¡Ya estoy de vuelta, madre! dijo jadeando. ¡Apuesto á andar ese camino! Diria que los amaestrados correos del rey no lo habrian hecho mejor. Ahora bien, comenzad, querida madre. Os escucharé, como si estuviéseis diciendo misa:

—Segun me acuerdo, prosiguió la madre, el caso de los duendes es uno de los mas singulares. Tu madrina Helena, en verdad, solo me descubrió las principales particularidades; pero son bastantes para darte á entender algo del buen pueblo. Los duendes le dijeron, que cada cincuenta ó cien años tenian una especie de congregacion religiosa, que desde tiempo inmemorial llaman su *Sábado.* Debes saber, hija, que los duendes propiamente son judíos, los mismos antiguos judíos usureros de los tiempos de antaño.

—¡Alabado sea Dios! ¡Judíos! esclamó Matilde, hasta perder casi los sentidos de espanto.

—Sí, sí, judíos y nada mas, repitió la madre ecsaltada, y esta es la razon por qué los duendes en todos tiempos se han entregado tanto á traficar en piedras preciosas, perlas, oro, plata y joyería artificial. Cuando se dan un dia de fiesta, van caminando por el suelo, haciendo regalos á los niños recien nacidos, si son muy hermosos, y entreteniéndose en toda especie de travesuras estravagantes.



Segun tu madrina Helena, la historia de los duendes se reduce á esto: Todo el pueblo y su nombre es *Legion*, que ántes estuvo en el cielo.

—¡En el cielo! esclamó Matilde interrumpiendo á su madre: entónces ¿por qué no permanecieron allí esas necias criaturas? En ninguna otra parte podrian esperar estar mas cómodos y abrigados que en el cielo. ¡Sentados bajo el gorro de pelo de nuestro padre Abraham!

—¡Cómo charlas! dijo la madre riñéndole. Si no pones freno á tu lengua, y piensas con mas respeto del buen pueblo, no te volveré á decir una sílaba.

—¡Por favor! ¡Voy á estarme enteramente quieta!

Muy bien, pues. Los duendes estuvieron mucho tiempo hace en el cielo, continuó la madre. Entónces hacian parte de las huestes angelicales; eran gentes particularmente lindas; andaban con vestidos relucientes, y se sentaban á la diestra del Señor. Despues sucedió, que el ángel gefe de todos, habiendo llegado á disgustarse del antiguo órden de los negocios del cielo, promovió el descontento, se confabuló con la mitad de los ángeles, y trató, con su ayuda, de derribar de su brillante trono al antiguo y legítimo Señor de cielo y tierra. Pero aconteció con él lo que con la mayor parte de los rebel-

des, y deberia ser con todos. Nuestro Padre en su gloria venció á Satanás, lo tomó de los cabellos, y lo precipitó de cabeza desde los cielos hasta un abismo de oscuridad, y tras de él, á toda la banda gatuna de sus secuaces. Entre éstos, sin embargo, hubo muchos que dieron oido á sus bellos cuentos, y lo siguieron inadvertidamente, sin ser malos de corazon. Habiéndose arrepentido de su arrojada obra, segun iban cayendo en una oscuridad mas y mas profunda, elevaron una deprecacion de arrepentimiento á su Señor, implorando el perdon; y como Dios vió que no estaban corrompidos hasta la médula, oyó su peticion, y los rescató de las garras de Satanás. Mas como no eran dignos de volver á ser recibidos en el cielo, el Señor los destinó á la tierra, permitiéndoles hacer mansion ó dentro de ella ó sobre las rocas y colinas. Es menester que sepas, que durante la caida resultó un cambio sorprendente en los trasgresores. Conservaron sus formas de luz; pero disminuyeron el tamaño inmensamente. Como no podian llegar á ser hombres, y habian desperdiciado su gloria celestial, el Señor les concedió un campo raso, con facultad hasta el último dia, de hacerse dignos por medio de buenas acciones, de ser admitidos de nuevo en el cielo. Así, tienen su residencia por lo comun en las colinas descubiertas y prados llanos:

8

solo una vez cada cincuenta ó cien años, la víspera de Pentecostes, se permiten guardar el sábado á su modo. Esto solamente lo pueden hacer colmando á un ser humano, verdaderamente bueno, de las bendiciones de fortuna; pues no mas de este modo pueden esperar expiar á los ojos del cielo su gran ofensa.

—¿Y mi madrina Helena oyó esto de boca del buen pueblo? preguntó Matilde, luego que paró su madre. ¿Fué, pues, ella afortunada?

—No, dijo la madre, Helena no fué feliz, por no haber observado lo que le mandaron los duendes.

—Bien; si alguna de esas criaturas viniera hácia mí, y me dejara alguna órden, me callaria enteramente la boca, y haria pronto lo que quisiese.

—¡Necia charla! dijo la madre regañando. Ofendes al tranquilo pueblo con esa vana habladuría, pues los duendes oyen todo lo que profieren los labios humanos.

Matilde se fué á su trabajo, cantando y meditando mucho en la narracion de su tímida madre. Lo que habia oido, la llenó de una curiosidad tan viva, que apenas podia aguardar la víspera de la pascua de Espíritu Santo, aunque tuvo mucho cuidado de que nadie la observase. De cuando en cuando escapaba una mirada hácia su campá-

nula, y trataba de hacerla tocar sacudiéndola; pero no pudo conseguir de ningun modo que sonase la delicada campanita.

Matilde veia acercarse la víspera de Pentecostes con una especie de inquietud temerosa. No era fácil dejar el lecho paterno al caer la noche. La enamorada doncella encontró, sin embargo, una escusa oportuna, que puso á su disposicion algunas horas. Tomó su camino con el gorro de duende en el seno, subió á la verde eminencia de la colina del Sol, que ya estaba alumbrada por la luz de la luna, y sacó de su escondite la prenda que le habia sido confiada. La florecita, como por milagro, se dilató en un instante, luego que fué tocada por los plateados rayos de la luna. Casi espontáneamente comenzó á oscilar en su mano, resonando la campanita de un modo agudo y claro, de suerte, que retumbó por entre el bosque contiguo, en donde respondia melodiosamente un dulce eco.

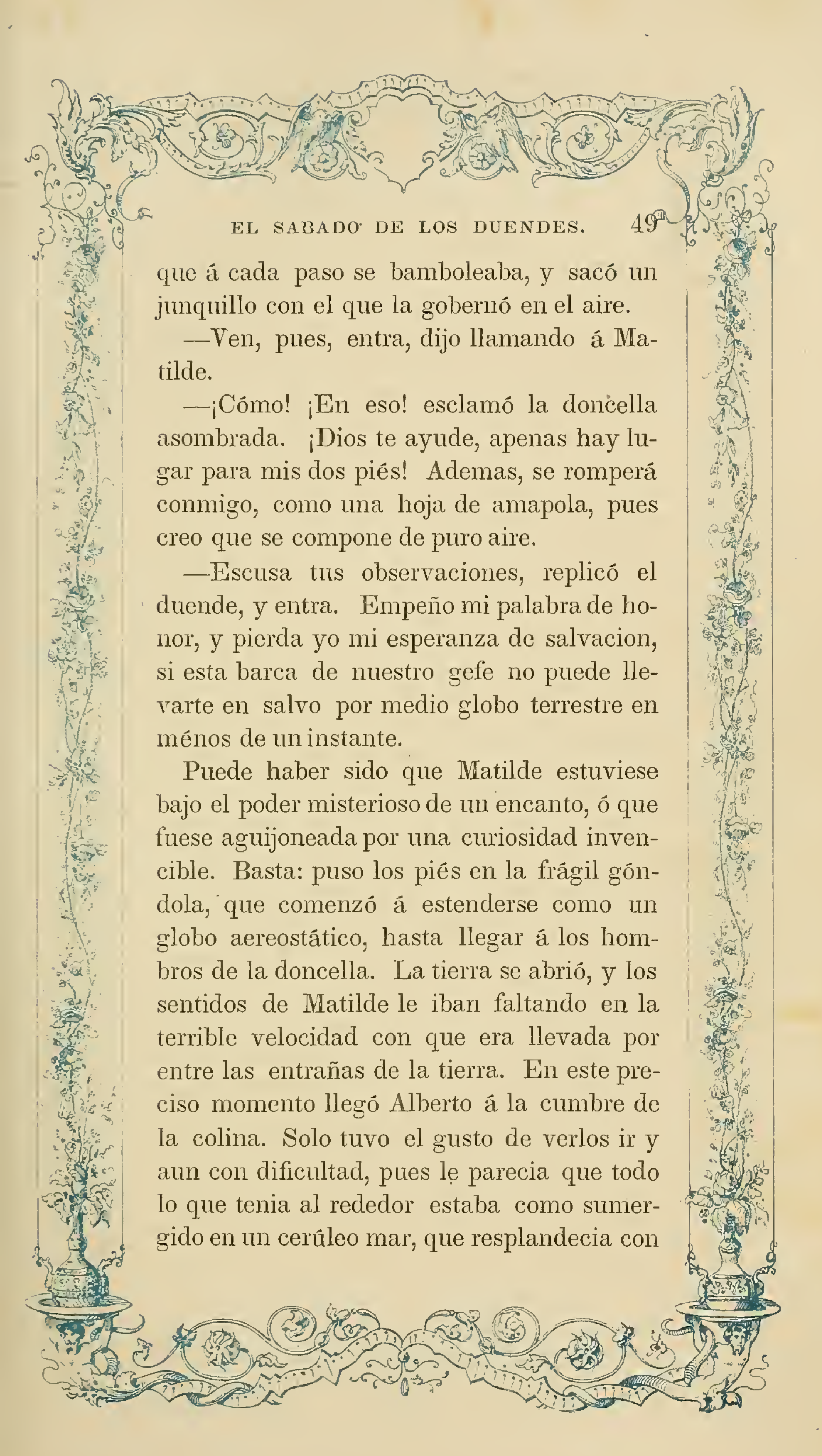
La voz de Alberto, el cual iba subiendo la colina á grandes trancos, para mirar de cerca la aventura de su amada, llegó á sus oidos. Pero los sentidos de Matilde estaban monopolizados por los duendes, y no dió respuesta alguna á los repetidos llamamientos de aquel. Tenia bastante razon; pues apenas tocó la campanita, cuando comenzó á correr de aquí para allá en la yerba, un

relámpago á manera de culebra reluciente, saliendo de la trémula luz una criaturita escesivamente hermosa, á quien Matilde reconoció luego ser el dueño de la campánula. El hombrecillo estaba vestido á la española. Tenia un justillo de alas de mariposa, azul celeste, sobre el que caia un magnífico collar de encaje tegido de pelusilla. Los delicados piés estaban cubiertos con zapatos trasparentes, hechos de gotas de rocío.

Matilde quedó muda y atónita, tanto por la estrema pequeñez del duende, como por su belleza, verdaderamente clásica. La criatura era á su modo, un perfecto Adónis.

—Ahora, tímida mia, ¿has resuelto seguirme? susurró el duende en un tono que le pareció ser como de un armónico. Vuélveme la prenda, pues no hay que perder tiempo.

Matilde devolvió la campánula: el duende la cogió en sus manos de Flora de diáfano alabastro: la movió tres veces al rededor de su deslumbradora cabeza, de tal manera, que la campanita produjo un estruendo por todas las colinas en contorno, poniéndola luego en el suelo. Inmediatamente se dilató, y tomó la forma de una galera, con sus mástiles y entenas, aunque no de tamaño mayor que el disco de la luna, como se ve desde la tierra. Al mismo tiempo la fantasma se colocó en la pequeña embarcacion,



que á cada paso se bamboleaba, y sacó un junquillo con el que la gobernó en el aire.

—Ven, pues, entra, dijo llamando á Matilde.

—¡Cómo! ¡En eso! esclamó la doncella asombrada. ¡Dios te ayude, apenas hay lugar para mis dos piés! Ademas, se romperá conmigo, como una hoja de amapola, pues creo que se compone de puro aire.

—Escusa tus observaciones, replicó el duende, y entra. Empeño mi palabra de honor, y pierda yo mi esperanza de salvacion, si esta barca de nuestro gefe no puede llevarte en salvo por medio globo terrestre en ménos de un instante.

Puede haber sido que Matilde estuviese bajo el poder misterioso de un encanto, ó que fuese aguijoneada por una curiosidad invencible. Basta: puso los piés en la frágil góndola, que comenzó á estenderse como un globo aereostático, hasta llegar á los hombros de la doncella. La tierra se abrió, y los sentidos de Matilde le iban faltando en la terrible velocidad con que era llevada por entre las entrañas de la tierra. En este preciso momento llegó Alberto á la cumbre de la colina. Solo tuvo el gusto de verlos ir y aun con dificultad, pues le parecia que todo lo que tenia al rededor estaba como sumergido en un cerúleo mar, que resplandecia con

tal claridad, que durante muchos minutos estuvo privado de la vista.

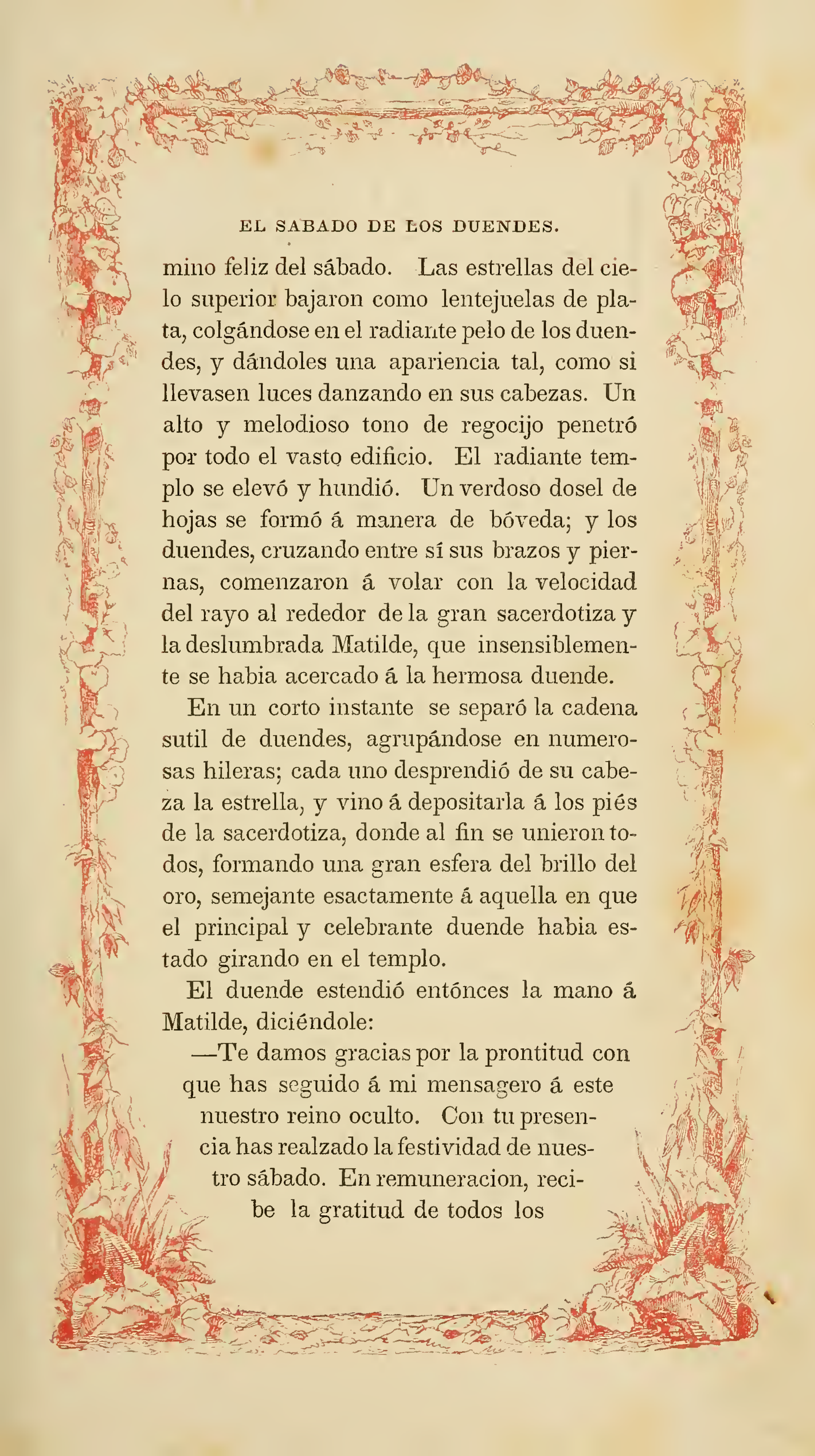
Matilde despertó del mágico sueño en que habia caido durante su descenso al reino de los duendes, con una armonía encantada de sonidos. Abrió los ojos, y observó, con gran admiracion, que venia acostada en una cama, estera, ó llámese lo que se quiera, de una rica esmeralda. Sobre su cabeza pendian flores maravillosas de los mas vivos colores: mariposas, de un esplendor nunca visto, aleteaban al rededor de su lecho con refrigerantes piñones, y la abanicaban con un aire tan suave y saludable, que la jóven jamas habia respirado con semejante delicia. Pero toda la magnificencia, la viveza y esplendor, eran enteramente distintas de lo que hay sobre la tierra, donde hiere el Sol. Las flores y yerbas eran en verdad brillantes; mas parecian sin jugo, representándose como de cristal. Aun las mariposas tenian un movimiento especial, como el de un sonámbulo involuntario. Los tonos armoniosos que gradualmente se iban haciendo mas altos y arrobadores, eran tan estáticos, y convidaban á un sentimiento tan delicioso, que Matide hubiera querido de buena gana, prorrumpir en gritos de júbilo; pero sintió que no podia hablar ni gritar, y sin embargo, la vista, el tacto y oido eran mas vivos que nunca.

De este modo quedó inmóvil algun tiempo, fijando la atencion agradablemente en las encorvadas flores y enjambres de mariposas. Al fin, la multitud alada se dispersó, acercándose á la cama dos ligeras formas de duendes, y haciéndole señas de que se levantase y los siguiese.

Matilde se paró; y los duendes, que con dificultad alcanzaban á sus rodillas, tomándola entre ámbos, la condujeron por una puerta de madre de perla, hácia un espacio ilimitado, donde se movian confusamente innumerables millones de duendes. La conversacion de estos semi–espíritus resonaba á lo léjos armoniosamente, á manera de una música perfecta. Sin embargo de ser infinita la multitud, no habia tumulto ó alboroto alguno. Todos estaban en el mejor órden, y se inclinaban hácia la avergonzada y espantada doncella, ordenando graciosamente sus gorros de flor. Lo que mas confundió á Matilde, fué ver que no solamente sobre su cabeza formaba bóveda un cielo matizado de estrellas, sino que tambien bajo sus piés se descubria el mismo esplendor magestuoso y estrellado, como si el pequeño pueblo de duendes se pasease por entre dos cielos, en un vapor de la blancura de la leche, que se movia por debajo de ellos, de la misma manera que las nubes. Cada duende tenia los zapatos de vidrio ó cristal, si es que lo que

llevaban en los piés merece ese nombre. No obstante, es probable que los miembros pulidos de estos seres perplejos, engañaban solamente la vista de la pobre jóven con semejante apariencia.

En el medio de ese inmenso espacio se levantaba un templo de oro, plata y piedras preciosas, que alcanzando al cielo con sus elevadas columnas, estaba decorado con una luz tan pasmosa, que á pesar de la estrema refulgencia, no deslumbraba. En lo interior de éste estaba el mas hermoso y alto de los duendes, colocado en un globo luminoso, que daba de vueltas sin cesar. En sus cabellos de oro brillaban estrellas. El gozo y el éstasis se veian resplandecer en su hermosa y pálida cara, como una aureola, ocultando el vestido vaporoso su figura, como un finísimo velo. La innumerable hueste se acercó en tropel hácia ella, pues la sublime criatura representaba ser la sacerdotiza de toda la raza duenduna. Matilde fué llevada mas adelante, para que pudiese ser testigo de la adoracion singular que se solemnizaba. No se hablaba ni una sola palabra, ni se entonaba himno alguno; solo se dirigian miradas de súplica y esperanza, en las que tomaban parte todos los duendes, dando vueltas sobre sus relucientes piececitos. Pocos minutos despues, una espresion de gozo en los semblantes de los adoradores anunció el tér-



mino feliz del sábado. Las estrellas del cielo superior bajaron como lentejuelas de plata, colgándose en el radiante pelo de los duendes, y dándoles una apariencia tal, como si llevasen luces danzando en sus cabezas. Un alto y melodioso tono de regocijo penetró por todo el vasto edificio. El radiante templo se elevó y hundió. Un verdoso dosel de hojas se formó á manera de bóveda; y los duendes, cruzando entre sí sus brazos y piernas, comenzaron á volar con la velocidad del rayo al rededor de la gran sacerdotiza y la deslumbrada Matilde, que insensiblemente se habia acercado á la hermosa duende.

En un corto instante se separó la cadena sutil de duendes, agrupándose en numerosas hileras; cada uno desprendió de su cabeza la estrella, y vino á depositarla á los piés de la sacerdotiza, donde al fin se unieron todos, formando una gran esfera del brillo del oro, semejante esactamente á aquella en que el principal y celebrante duende habia estado girando en el templo.

El duende estendió entónces la mano á Matilde, diciéndole:

—Te damos gracias por la prontitud con que has seguido á mi mensagero á este nuestro reino oculto. Con tu presencia has realzado la festividad de nuestro sábado. En remuneracion, recibe la gratitud de todos los

duendes, y lleva contigo ese don especial en memoria de este dia.

Diciendo esto, arrancó de sus cabellos la corona de estrellas, y la estendió con ámbas manos, colgándola del cuello de Matilde.

—Siempre que te halles afligida, continuó, piensa en el buen pueblo; coge una de esas estrellas, arrójala en el aire á la luz de la luna, y se te concederá cuanto quieras, con tal que sea honesto.

Matilde habia manifestado su agradecimiento; pero se sintió sin facultad de hablar. Un beso del duende en la frente de aquella, fué la señal para partir. El buen pueblo ondeó otra vez sus gorros. La góndola pasó flotando, subió á ella Matilde, y tan pronto como habia bajado, fué puesta otra vez en tierra.

—¡Allí! dijo el pequeño duende piloto, descansando el flecsible timon en la muñeca de Matilde; este es mi presente de boda para tí y Alberto. Dale la mitad, si se entufa, y cuidado con hablar.

A esto se disolvió la góndola en el aire á manera de una nube. El duende desapareció, y Matilde quedó sola acostada sobre la fragante y rociada yerba de la colina del Sol.

Confundida aun del todo por lo que habia sucedido, y no habiendo vuelto en sí enteramente, se levantó poco á poco, con intencion de irse á su casa. Entónces perci-

bió á Alberto, que, con los brazos cruzados, estaba torpemente con la vista clavada y desatinada en el bosque de abajo. Matilde tosió.

—Por lo mas santo, ¿dónde y á qué parte ibas bailando? (Este saludo de su amante no era de lo mas tierno.) Allí os ví parada cuando iba yo subiendo la colina; los relámpagos y corrientes de fuego me cercaban por todas partes, y sin embargo, he estado aquí cinco minutos enteros, corriendo en todas direcciones, sin que fuese posible hallar vestigio alguno de vos.

—¡Solo cinco minutos! esclamó Matilde; ¡cosa estraña!

—Sí, y no os ofendais: no habeis obrado de lo mejor, respondió Alberto. ¿No os habia suplicado que me esperáseis?

—¿Por qué queríais torcerle al duende el pescuezo? dijo la doncella riéndose. Tranquilizaos, Alberto; la cosa va mucho mejor de lo que pudiera.

—¿En qué? gritó el mozo.

—¡No importa! Todo está ya hecho; y verdaderamente, querido muchacho, no nos arrepentirémos de ello. Ven, vamos á casa.

—¡Oh! basta: *¡querido muchacho!* ¡Cosa admirablemente sábia y de gran proteccion!

—Pues bien, buen Alberto, dijo Matilde lisonjeándolo; no mas, vámonos de aquí y

no os enojeis. Dentro de cuatro semanas nos casarémos.

—¡Dentro de cua–tro–se–ma–nas! balbució Alberto.

—Sí, en tres aun, si lo quieres mas bien, charló Matilde llena de alegría. El buen pueblo, continuó ella demasiado quedo, nos ha proporcionado casarnos. Así es que, procede con cordura, estate quieto, y no seas porfiado; *ó de lo contrario, ¡todo ha concluido entre nosotros: ha acabado del todo!* ¿No sabes que nací en domingo, y estoy bajo la proteccion especial de estas criaturas benévolas, pequeñas y poderosas?

El zeloso jóven siguió á la doncella con repugnancia. Mientras venia andando, murmurando al lado de ella en voz baja, notó con la luz de la luna en llena, una cosa que se agitaba en el pelo de Matilde. La ecsaminó de mas cerca, y se quedó parado.

—¿Cómo llamas esa nueva moda, preguntó en tono de mal humor, la idea de colgarse en el pelo setas desecadas? Con solo que vayas de dia á pasear al arroyo con ese primor, los muchachos irán tras de tí, y te apuntarán con el dedo.

—¡Setas! replicó Matilde. ¿Por qué? ¿Dónde tienes otra vez los ojos?

—Bien, ¿por ventura quieres llamarles coronas de plata? Gracias á Dios, mi vista está bastante buena todavía para conocer la

diferencia que hay entre hongos secos y dinero acuñado.

—Son estrellas relucientes, señor, dijo Matilde concisa y decididamente.

—¡Oh! ¡Sí, ciertamente! prosiguió Alberto. Pues bien, para otra vez, os recomiendo que escojais unas que resplandezcan algo mas.

Los amantes llegaron, entretanto, á la choza del cantero. Alberto entró con Matilde. El padre estaba acostado durmiendo al lado de la estufa. La madre daba vueltas al torno.

—¡Buenas noches, madre! dijo Alberto. Tened la bondad de manifestar á esta jóven presumida, que su tocado es lo mas despreciable que se ha podido ver.

—¡Qué! dijo admirada la señora, con un movimiento de cabeza. ¡Matilde no tiene otro adorno, al ménos que yo vea, mas que su hermoso pelo, que Dios se lo conserve largo tiempo.

Alberto, en lugar de responder alguna cosa, iba á poner á la hija ante los ojos de la madre; pero Matilde se habia quitado ya en la puerta de la calle el presente del duende, poniéndose descolorida, al ver que realmente traia hongos secos en un liston, entretejidos con junquillos marchitos. Alberto observó su perplejidad, y se rió. Le hizo mofa, y arrancó dos ó tres setas de la cadena, con el objeto de recoger materiales para di-

vertirse despues. Esta fué la señal de su reconciliacion. Matilde aseguró á su amante una y muchas veces con serenidad, que dentro de un mes se verificarian sus nupcias. Para que el fatigado anciano no se molestase, se fué Alberto á su casa temprano, y Matilde se apresuró á guardar por algun tiempo con mucho cuidado los presentes del duende, que parecian muy enjutos.

Al dia siguiente, Alberto se iba temprano á su trabajo, cuando al ponerse la chaqueta, oyó que algo sonaba dentro:

Naturalmente su sorpresa fué grande, sabiendo que no habia en ella dinero. Inmediatamente metió la mano en la bolsa, y sacó dos piezas de oro grandes y antiguas. Al momento se acordó de que en la noche anterior se habia embolsado las setas que arrancó á Matilde. Una alegría estraordinaria se apoderó de él. Olvidó el trabajo y todo; partió y corrió hácia la casa del cantero, tan pronto como se lo permitieron sus piernas.

Matilde estaba en el arroyo en frente de la puerta de su casa, lavándose sus blancas y pequeñas manos en la clara corriente.

Buenos dias, querida Matilde. ¡Bendi-

ta sea mil veces tu linda cabeza! le gritó Alberto acercándose á la carrera. Mira, mira, cómo se han trasformado tus setas! ¡Si las otras tambien cambian del mismo modo, temo deber perdonar, á pesar de todo, á ese enanito que ha sido contigo tan esmeradamete cortes!

—¡Delicioso! ¡Delicioso! esclamó Matilde, contemplando las piezas de oro. Las mias todavía no se trasforman; pero no importa, pues anoche una trencita de junquillo, con la que el duende me dirigió á su reino de portentos, ha brotado preciosas perlas y brillantes, y dos guirnaldas centellantes están allá arriba dentro de mi gaveta.

La agradable sorpresa ahogó las palabras en la garganta de Alberto; pero Matilde lo metió adentro, y le descubrió las glorias que habia tenido en el mundo de los duendes.

—No dejemos de hacer cuanto pueda contribuir á nuestra fortuna. Toma por ahora la pequeña guirnalda. Tal es el deseo del ser misterioso que ecsigió mi asistencia al sábado de los duendes.

Alberto recibió el presente con el corazon ablandado. Imploró el perdon de Matilde por su falta; ella se lo concedió de buena gana, y ántes de que hubiesen pasado cuatro semanas, los amantes fueron marido y muger.

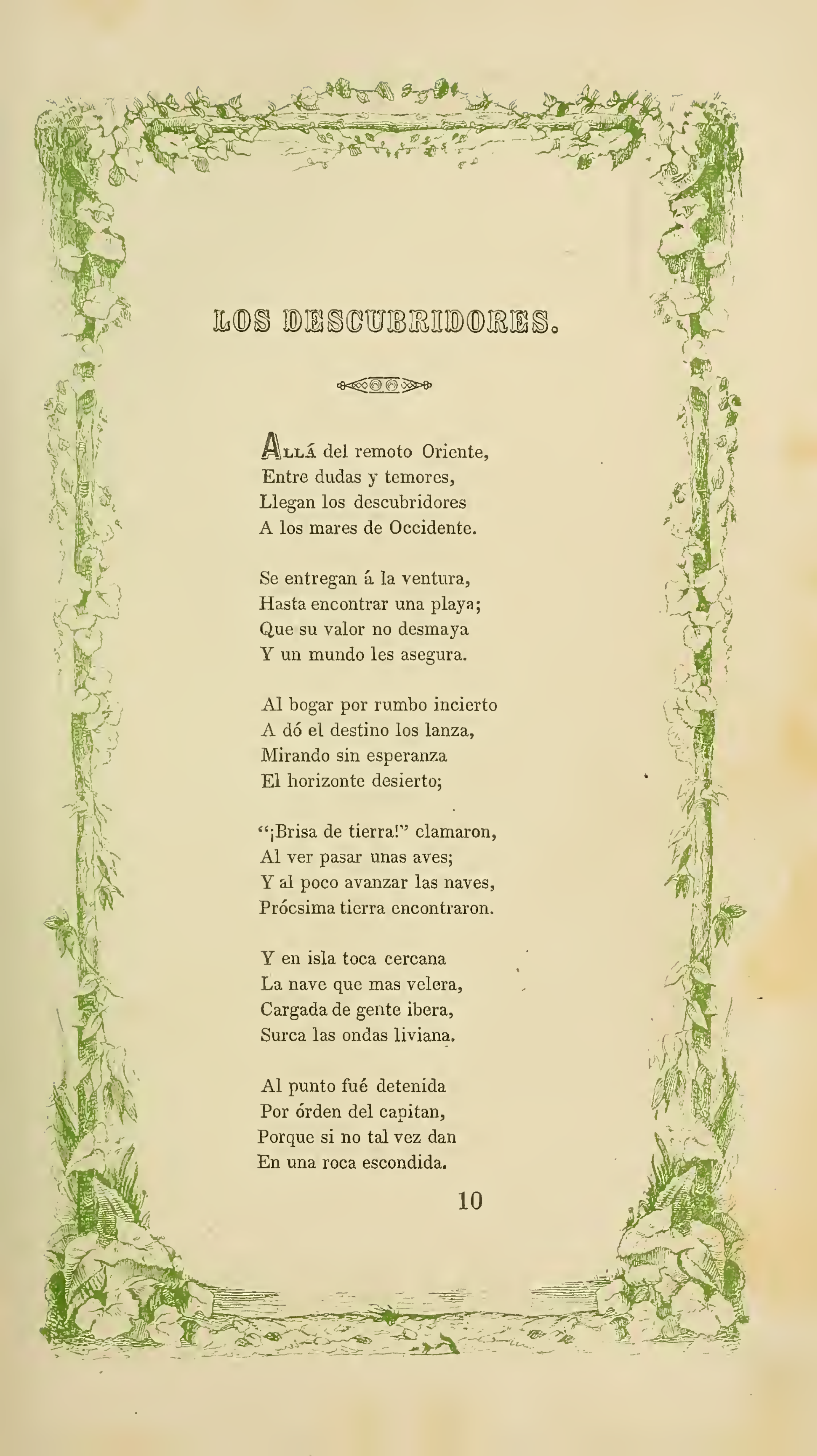
Matilde jamas habló de su aventura en la

víspera de la pascua de Espíritu Santo. Tanto mas tuvo que decir sobre esto su madrina Helena, pues no le fué dificil conjeturar que los duendes habian metido su mano próspera en el matrimonio de su ahijada. El cantero dejó luego su laborioso ejercicio. Alberto llegó á ser dueño de una moderada propiedad que cultivó con mucha diligencia en compañía de su amada Matilde; y como les venian hijos tras hijos, todos bellos, la feliz madre puso en el seno de cada uno una hoja encojida de la cadena del duende, por habérselo aconsejado así su pequeño guia, cuando una ocasion, en una hora de vacilacion, lo llamó en su ausilio. Alberto y Matilde llegaron á una edad muy avanzada: sus hijos prosperaron y conservaron cuidadosamente, de la misma manera que sus padres, los presentes que habian recibido de la gente subterránea, la cual continuó sus favores hasta ellos y toda su posteridad.

E. W.







LOS DESCUBRIDORES.

ALLÁ del remoto Oriente,
Entre dudas y temores,
Llegan los descubridores
A los mares de Occidente.

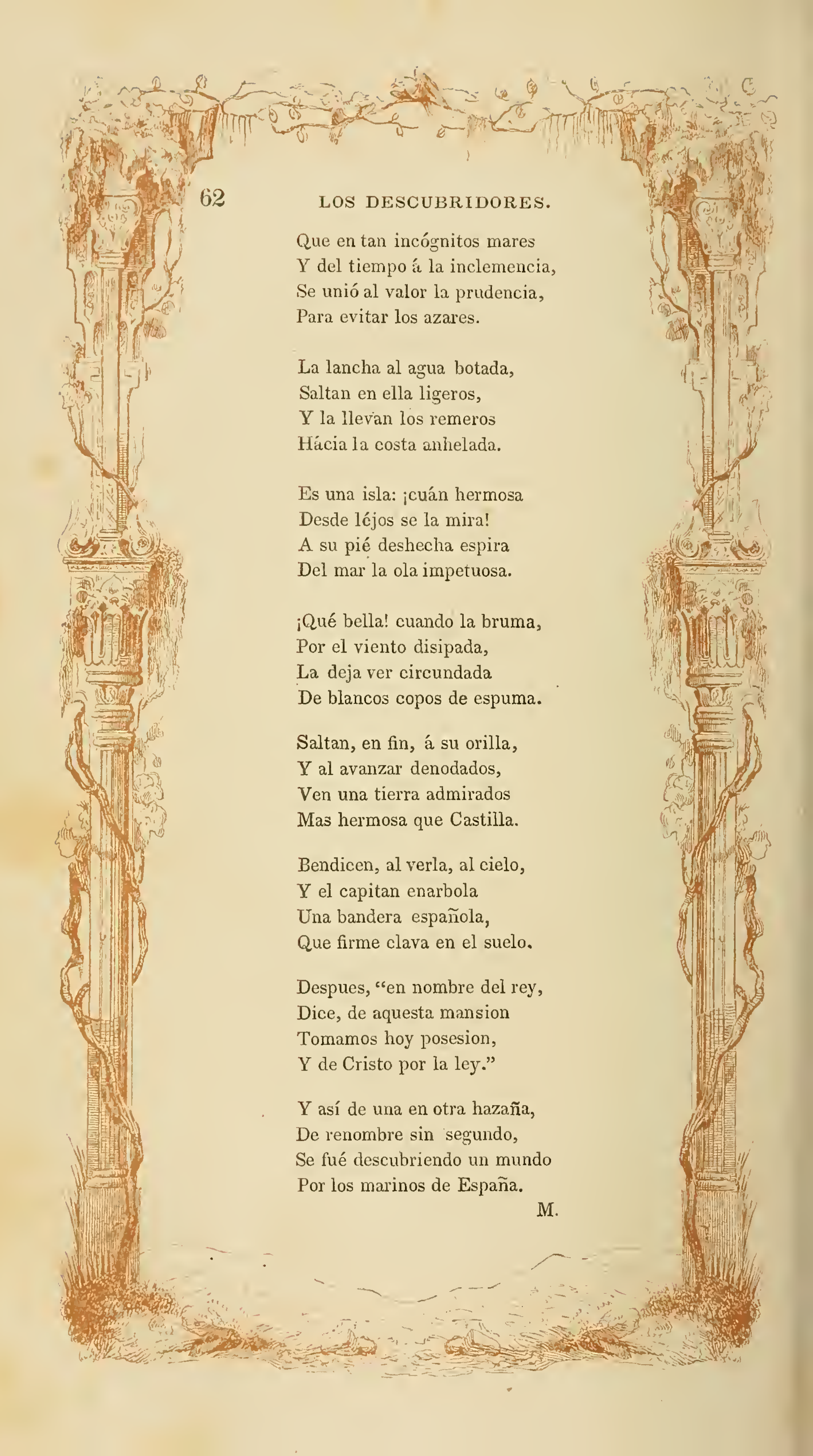
Se entregan á la ventura,
Hasta encontrar una playa;
Que su valor no desmaya
Y un mundo les asegura.

Al bogar por rumbo incierto
A dó el destino los lanza,
Mirando sin esperanza
El horizonte desierto;

"¡Brisa de tierra!" clamaron,
Al ver pasar unas aves;
Y al poco avanzar las naves,
Prócsima tierra encontraron.

Y en isla toca cercana
La nave que mas velera,
Cargada de gente ibera,
Surca las ondas liviana.

Al punto fué detenida
Por órden del capitan,
Porque si no tal vez dan
En una roca escondida.



Que en tan incógnitos mares
Y del tiempo á la inclemencia,
Se unió al valor la prudencia,
Para evitar los azares.

La lancha al agua botada,
Saltan en ella ligeros,
Y la llevan los remeros
Hácia la costa anhelada.

Es una isla: ¡cuán hermosa
Desde léjos se la mira!
A su pié deshecha espira
Del mar la ola impetuosa.

¡Qué bella! cuando la bruma,
Por el viento disipada,
La deja ver circundada
De blancos copos de espuma.

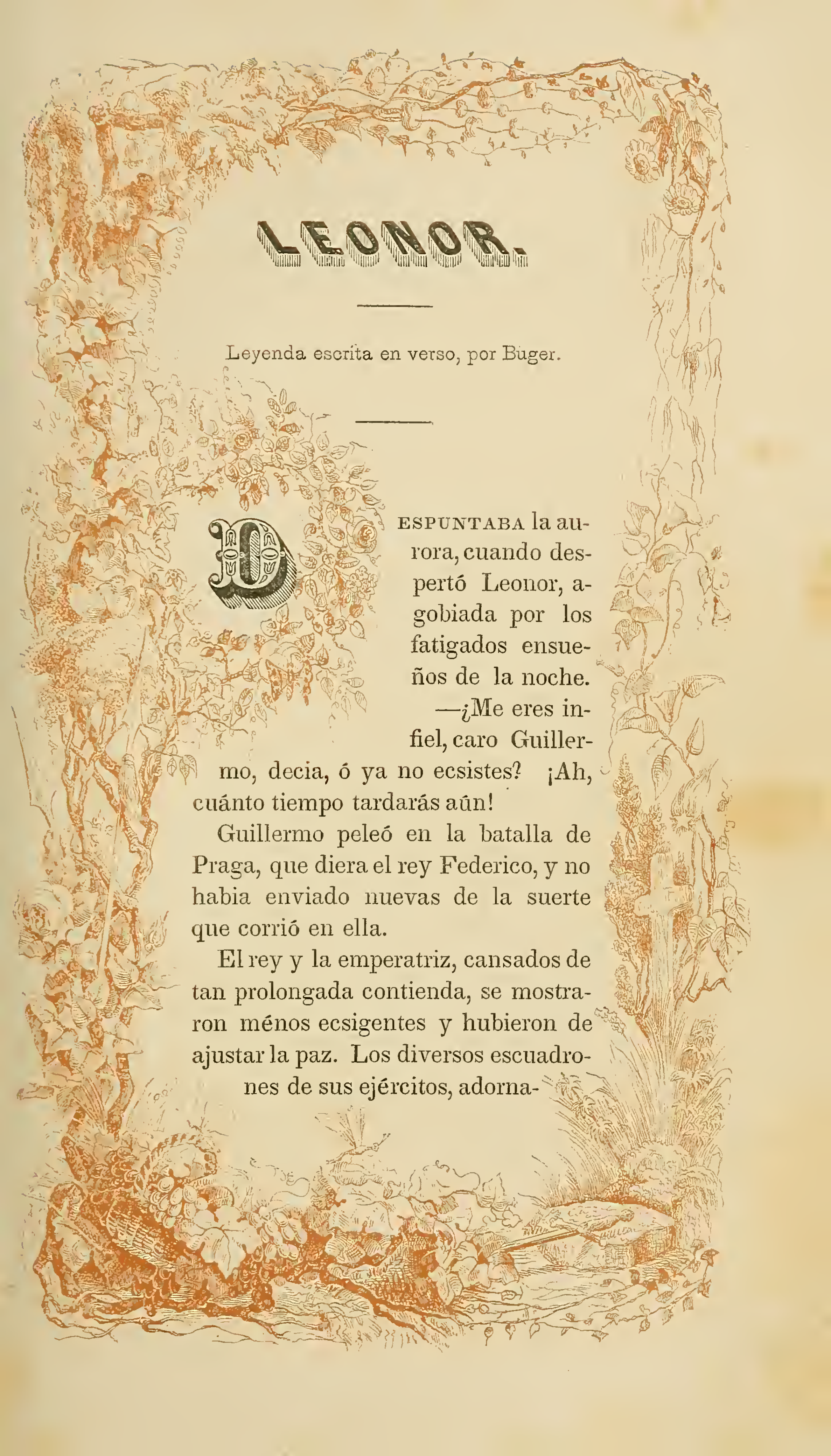
Saltan, en fin, á su orilla,
Y al avanzar denodados,
Ven una tierra admirados
Mas hermosa que Castilla.

Bendicen, al verla, al cielo,
Y el capitan enarbola
Una bandera española,
Que firme clava en el suelo.

Despues, "en nombre del rey,
Dice, de aquesta mansion
Tomamos hoy posesion,
Y de Cristo por la ley."

Y así de una en otra hazaña,
De renombre sin segundo,
Se fué descubriendo un mundo
Por los marinos de España.

M.



LEONOR.

Leyenda escrita en verso, por Büger.

Despuntaba la aurora, cuando despertó Leonor, agobiada por los fatigados ensueños de la noche.

—¿Me eres infiel, caro Guillermo, decia, ó ya no ecsistes? ¡Ah, cuánto tiempo tardarás aûn!

Guillermo peleó en la batalla de Praga, que diera el rey Federico, y no habia enviado nuevas de la suerte que corrió en ella.

El rey y la emperatriz, cansados de tan prolongada contienda, se mostraron ménos ecsigentes y hubieron de ajustar la paz. Los diversos escuadrones de sus ejércitos, adorna-

dos de verdes laureles y de palmas, se retiraban ya á sus hogares, en medio de los cánticos de júbilo, del tañido de las campanas y el toque de los sonoros atabales.

En caminos, en senderos, por todas partes, en fin, correspondian el mozo y el anciano al grito de júbilo de los que iban llegando.

"Alabado sea el Señor," esclamaban el tierno infante y la esposa. "¡Bienvenido!" prorumpian las jóvenes amantes.

Mas ¡ay! que para Leonor, ni saludo ni beso, nada de esto habia.

Recorrió las filas preguntando por su amante, le llamó por mil nombres; mas no acertó á dar razon de su paradero ninguno de los recien venidos.

Pasó al fin todo el ejército, y entónces se arrancó Leonor sus cabellos, negros como el ébano, y arrojóse contra la tierra, haciendo violentas contorsiones.

Acudió al punto su madre, diciendo: "¡Ay, Dios, Dios bueno! ¿Qué tienes, querida hija?" y la estrechó contra su corazon.

—Madre, madre, perdida soy. Perezca el mundo tambien, ¿me importa acaso? ¡Ah! Dios no tiene piedad. ¡Desdichada, amarga de mí!

—¡Misericordia, Señor, misericordia! Hija, reza una oracion; mira que lo que Dios hace, bien hecho es. ¡Apiádate, Señor!

—¡Oh, madre, madre! ¡Vana ilusion! Lo que Dios hace conmigo, no es bien. ¿De qué aprovechó mi plegaria? Ya no hay necesidad de mas.

—Escúchame, hija querida; acaso tu falaz amante, allá en la remota Hungría, ha renegado de su fé y contraido nuevos lazos. Renuncia, pues, á su corazon; el suyo no saldrá ganancioso en el cambio, y cuando le sorprenda la muerte, se dolerá de su perjurio.

—¡Madre mia, mi madre! Es irreparable mi pérdida; la muerte, sí, la muerte es mi única esperanza. ¡Ah, si no fuese yo nacida! ¡Apáguese la antorcha de mi vida para siempre! ¡Muera yo, muera en medio de las tinieblas y el espanto, que Dios no tiene piedad de esta infeliz!

—Ampáranos, Señor, y no llames á juicio á tu pobre criatura, pues no sabe ella lo que dice su lengua; no la tomes en cuenta su pecado, Señor.

Hija mia, echa en olvido esa terrenal pasion; piensa únicamente en Dios, en su gloria, y entónces tu alma no carecerá de esposo.

—¿Qué es la gloria, madre mia; qué es el infierno para mí? Mi gloria está cifrada en él; sin él no hay mas que infierno.

Estíngase la antorcha de mi vida para siempre; espire yo en medio de las tinieblas y el espanto, pues sin él en la tierra no quiero ser feliz.

Enardecidos así por el despecho su cerebro y sus venas, continuó Leonor ultrajando con temerario labio la providencia del Señor, y se desgarró el seno y se despedazó las manos, hasta que se puso el sol, hasta que en la bóveda del cielo brotaron las estrellas de oro.

Mas ¡escuchad!....por la parte de afuera....¡trap, trap, trap!....tal parecen los cascos de un caballo.

Y un caballero se apeó, y resonaron sus armas en las gradas. ¡Escuchad, escuchad! la campanilla suena: ¡tlin, tlin, tlin! y al traves de la puerta se dejaron percibir estas razones:

—¡Ola, ola, abre, querida! ¿Duermes acaso, ó estás en vela? ¿Me amas aun, amada mia? ¿estás riendo, ó derramando lágrimas?

—¡Ah, Guillermo! ¿Eres tú?....¿Tan entrada la noche vas llegando?....Mucho llanto y vigilias me has costado. ¡Ah! Mucho he padecido por tí. ¿De dónde vienes? dime.

—Ensillamos tan solo á media noche, y he caminado mucho para llegar aquí, desde Bohemia; ya muy tarde monté. Quiero que te vengas conmigo.

—¡Ah, Guillermo! entra, entra, que el viento está silbando entre las ramas del espino blanco. Entra, ven á mis brazos, amado de mi corazon, que estarás arrecido.

—¿Qué importa, querida mia, qué importa que el viento silbe entre las ramas del espino blanco? Impaciente mi corcel, rasca la tierra; la espuela está vibrando, y yo no me atrevo á permanecer aquí. Ven, arregázate y salta á la grupa de mi caballo negro, pues hoy mismo es fuerza caminar cien millas mas, para llegar contigo al sitio en que se halla el tálamo nupcial.

—Y ¿quieres caminar cien millas todavía para conducirme al tálamo nupcial? ¿Pero no oyes?....Es el zumbido, perceptible aún, de la campana, que acaba de dar las once de la noche.

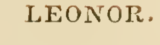
—Mira en tu rededor, mira la luna, cuán brillante está. Nosotros y los muertos caminamos con mucha rapidez. Hoy mismo, hoy te he de conducir al tálamo nupcial.

—Dime, Guillermo, ¿en dónde está el aposento? ¿Dónde el tálamo nupcial?

—Está léjos, léjos de aquí. Es pequeño, y fresco, y sosegado; seis tablones y dos tablas.

—¿Y hay lugar para mí?—Le hay para ámbos. Ven, arregázate, y salta á la grupa, que los convidados nos aguardan, y las puertas del aposento están ya abiertas.

La hermosa jóven trepó ligera sobre la grupa del corcel, y con sus brazos y sus manecitas, blancas como el lirio, se asió del



amante caballero, y....¡hurrá, hurrá, hop, hop, hop! se fueron alejando, alejando, á galope, galope velocísimo.

Ya ni el ginete ni el caballo alcanzaban resuello, é iban dejando en pos de sí un rastro de menudas piedras y de chispas.

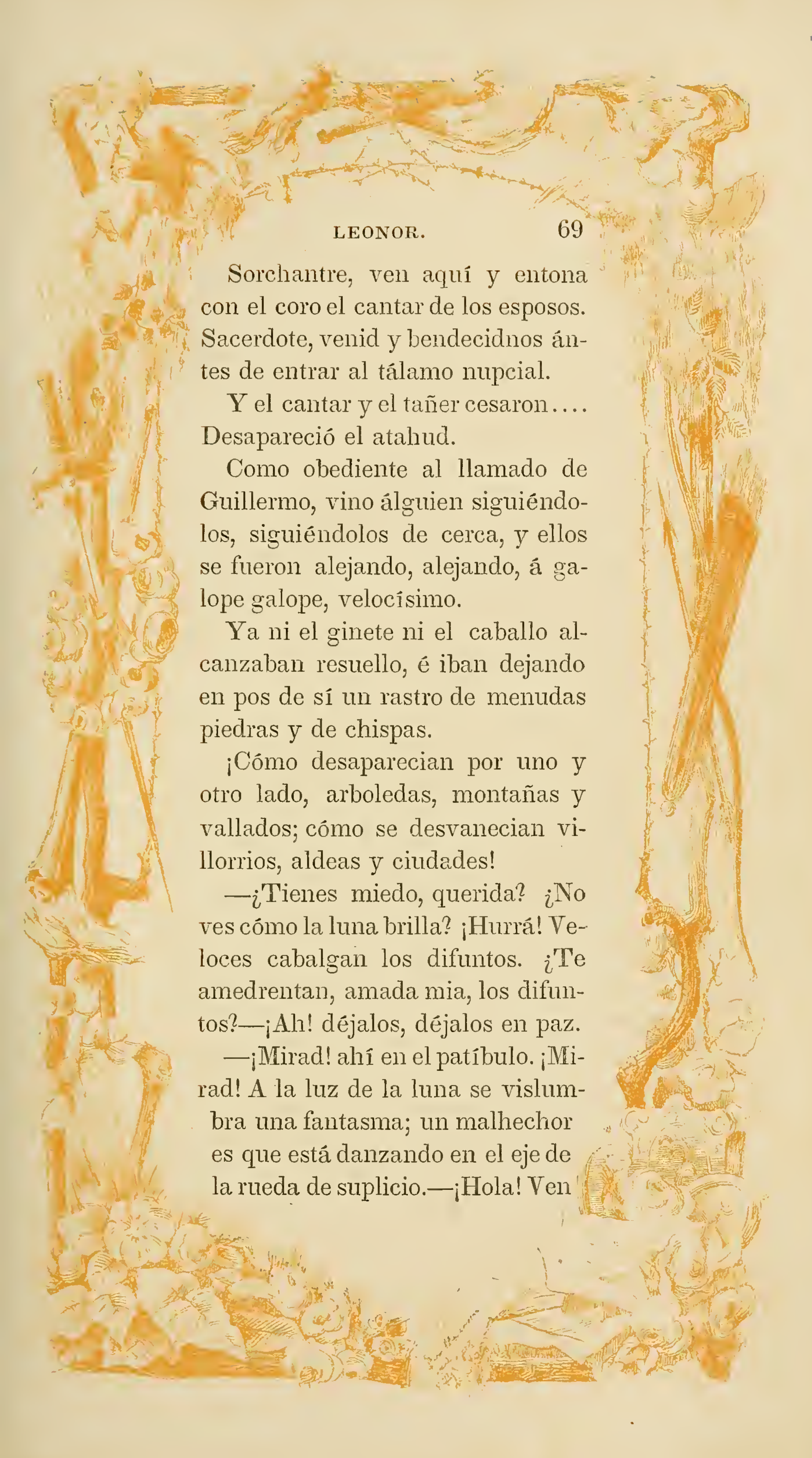
Y por la mano derecha y la siniestra, como que huian rápidamente de sus ojos, pasamos, campiñas y dehesas, y al pasar ellos, los puentes retumbaban.

—¿Te estremeces, querida? ¿No ves cómo la luna brilla? ¡Hurrá! Veloces cabalgan los difuntos. ¿Te amedrentan, amada mia, los difuntos?— ¡Ah, no! mas déjalos en paz.

—¿Qué siniestro murmullo, qué canto es ese que se percibe aquí? ¿Por qué están los cuervos aleteando? ¡Oid!....Tañen las campanas. ¡Escuchad!....es el oficio de difuntos. "Sepultemos el cadáver," van cantando.

Y el fúnebre acompañamiento se acercaba, y venia sopesando un atahud. Era aquel un son parecido al clamor de la rana en el estanque.

—Despues de media noche será el cuerpo sepultado, y entónces será el doblar de las campanas, y los cánticos fúnebres y los lamentos. Entretanto, conduzco á mi jóven esposa á mi morada, al tálamo nupcial.



Sorchantre, ven aquí y entona con el coro el cantar de los esposos. Sacerdote, venid y bendecidnos ántes de entrar al tálamo nupcial.

Y el cantar y el tañer cesaron.... Desapareció el atahud.

Como obediente al llamado de Guillermo, vino álguien siguiéndolos, siguiéndolos de cerca, y ellos se fueron alejando, alejando, á galope galope, velocísimo.

Ya ni el ginete ni el caballo alcanzaban resuello, é iban dejando en pos de sí un rastro de menudas piedras y de chispas.

¡Cómo desaparecian por uno y otro lado, arboledas, montañas y vallados; cómo se desvanecian villorrios, aldeas y ciudades!

—¿Tienes miedo, querida? ¿No ves cómo la luna brilla? ¡Hurrá! Veloces cabalgan los difuntos. ¿Te amedrentan, amada mia, los difuntos?—¡Ah! déjalos, déjalos en paz.

—¡Mirad! ahí en el patíbulo. ¡Mirad! A la luz de la luna se vislumbra una fantasma; un malhechor es que está danzando en el eje de la rueda de suplicio.—¡Hola! Ven

acá; síguenos, y ántes de subir al lecho, báilanos la danza de la boda.

Y el malhechor vino, y fué siguiéndolos. Sus pisadas producian un crujido semejante al que forma el torbellino sacudiendo el seco follage en las arboledas de avellanos.

Y siguieron adelante, adelante, ¡hop, hop, hop! á galope, galope velocísimo.

Ya ni el bridon ni el caballero alcanzaban resuello, é iban dejando en pos de sí un rastro de menudas piedras y de chispas.

Y las nubes que en torno de la luna aparecian, ¡cuán léjos se quedaban! El cielo y las estrellas parecian huir.

—¿Te estremeces, querida? ¿No ves cómo la luna brilla? ¡Hurrá! ¡Veloces cabalgan los difuntos! ¿Te amedrentan, amada mia, los difuntos?

—¡Ay de mí! déjalos en paz.

—Creo que el gallo canta, negro corcel mio. Pronto se habrá deslizado la arena del relox. Percibe ya el ambiente de la mañana; apresúrate, pues....

—Terminó ya nuestra jornada, y está preparado el tálamo nupcial. ¡Veloces cabalgan los difuntos! Vednos aquí ya.

Y á rienda suelta se encamina hácia una puerta de hierro, y candado y cerradura saltaron de repente á un solo golpe del látigo flecsible.

Abriéronse las puertas rechinando, los cascos del caballo hollaban sepulcros, y á la luz de la luna relumbraban los túmulos.

¡Oh dolor! Mirad, que en un momento, ¡prodigio horrendo! se van desmenuzando uno por uno los diversos atavíos del caballero, y comienzan á caer cual madero podrido que se desmorona. Y su cabeza se trocó en descarnada calavera, sin guedejas ni trenza, su cuerpo en esqueleto con su relox de arena y con su guadaña.

El caballo negro encorvó el lomo, y despidiendo chispas con relincho salvaje, hundióse y desapareció.

Oyense alaridos en los aires, y gemidos que salen de lo hondo de las tumbas.

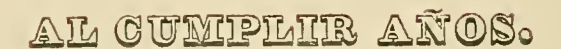
Trémulo el corazon de Leonor, está luchando entre la vida y la muerte.

Iluminados por la luna, danzan los espíritus en torno, y dicen ahullando:

"A la voluntad de Dios no hay que oponerse. Resignaos, pues, aunque se os parta el corazon."

"Libre estás ya del cuerpo."
"Dios tenga piedad de tu alma."

(Traducido del aleman, para el Presente Amistoso.)



AL CUMPLIR AÑOS.

ROMANCE.

Una hora suena; con ella
De morir otro año acaba
De esta vida que sustento
Entre duda y esperanza:

Pasó á mis ojos ligero
Cual leve celage pasa,
Sin dejar en el espacio
Las señales de su marcha;

Y el año que ora comienza
Y que tras de sí me arrastra,
Ignoro si me conduce
A la dicha ó la desgracia.

Quién sabe si los ensueños
Que mi juventud halagan,
Con soplo aleve la muerte
Desvanecerá mañana;

Sumergiendo en negra noche
Los lisonjeros fantasmas,
Que han agitado mi pecho
Desde la primera infancia;

AL CUMPLIR AÑOS.

Fantasmas que cerca miro
Y que mis ojos engañan,
Porque me acerco á tocarlos
Y cual humo se levantan;

Dejando solo en mi pecho,
Presa de pasiones varias,
El horrible desconsuelo
De la esperanza burlada.

Sigue su carrera el tiempo
Sin que le embarace nada;
Espirar miraré otro año,
Como veintitres mirara;

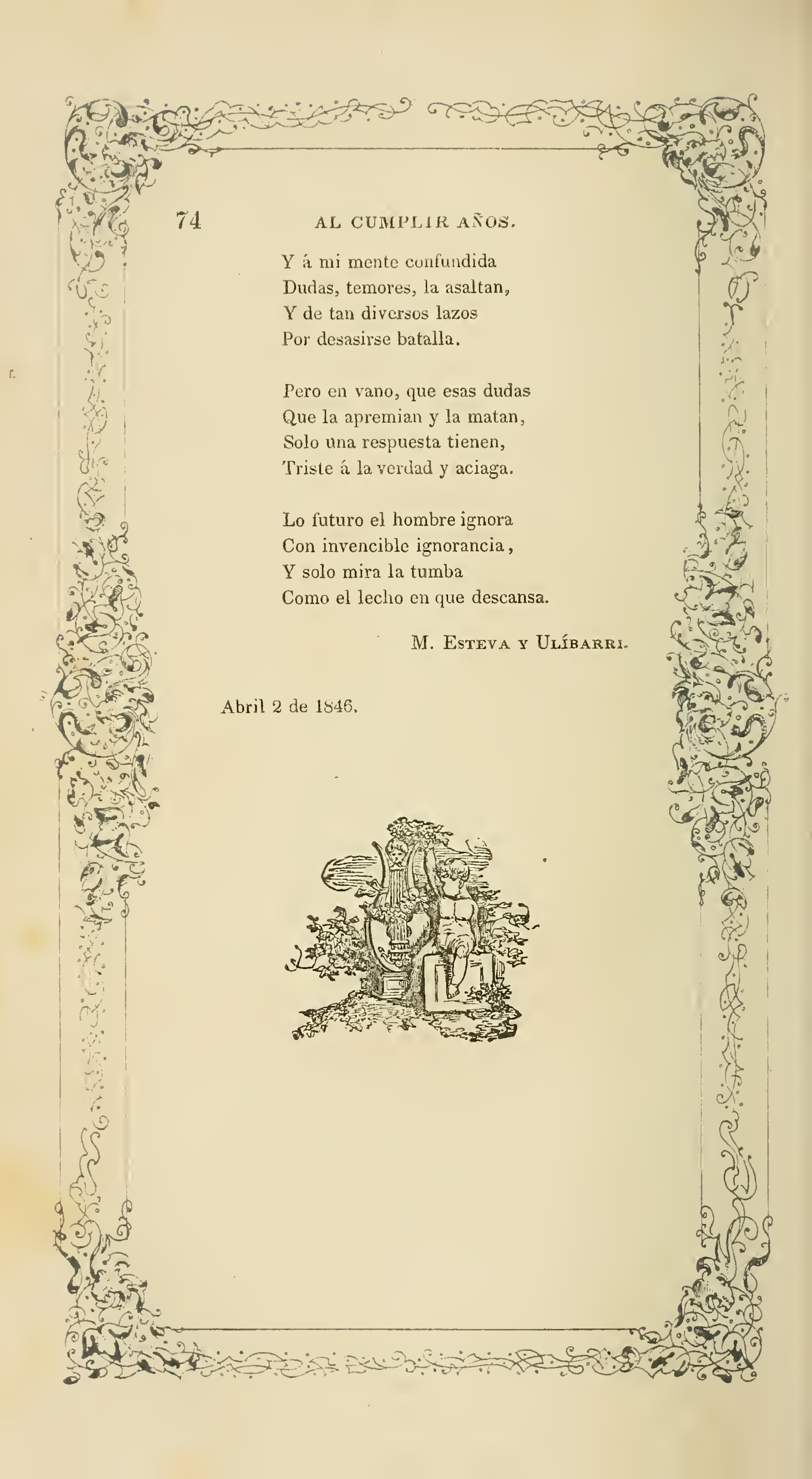
Y si á su término toco,
Si en él mi suerte se cambia,
¿Será que aurora de dicha
Tranquila, risueña, clara,

De paz y amor precursora,
En turbio horizonte nazca?
¿O arrebatado al impulso
De enfurecida borrasca,

Por las pasiones deshecho
Que en mi interior se combatan,
Sucumbiré sin remedio
De mi destino á la saña?

Nada sé; que de los hombres
La vista es corta y menguada,
Y del porvenir oscuro
Nunca los lindes traspasa.

Ya el corazon bate alegre
A impulsos de la esperanza;
Ya desfallecido apenas
Perezoso se levanta,



Y á mi mente confundida
Dudas, temores, la asaltan,
Y de tan diversos lazos
Por desasirse batalla.

Pero en vano, que esas dudas
Que la apremian y la matan,
Solo una respuesta tienen,
Triste á la verdad y aciaga.

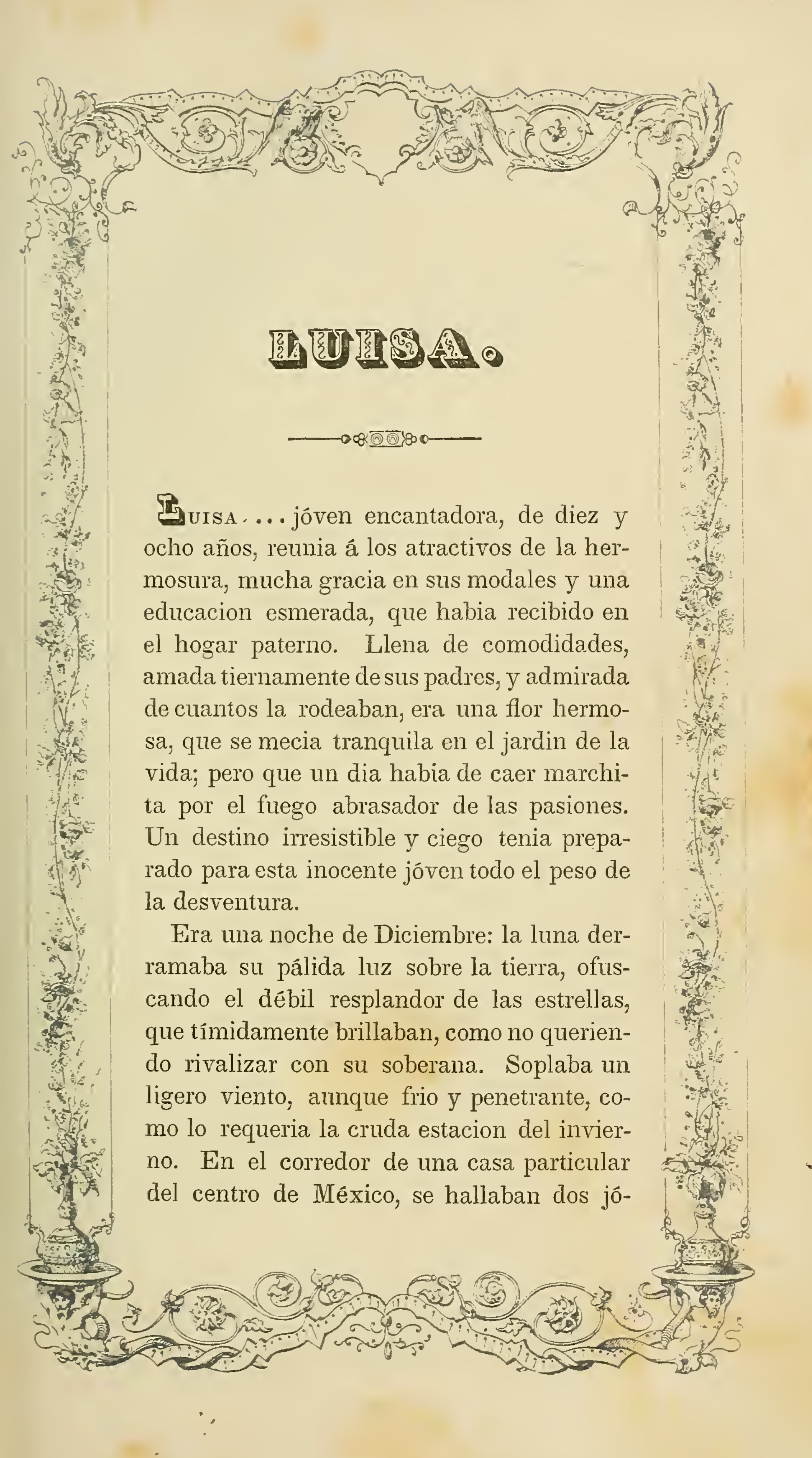
Lo futuro el hombre ignora
Con invencible ignorancia,
Y solo mira la tumba
Como el lecho en que descansa.

M. Esteva y Ulíbarri.

Abril 2 de 1846.



Cummings Pinx. N.A. Cheney Sc.



LUISA.

Luisa.... jóven encantadora, de diez y ocho años, reunia á los atractivos de la hermosura, mucha gracia en sus modales y una educacion esmerada, que habia recibido en el hogar paterno. Llena de comodidades, amada tiernamente de sus padres, y admirada de cuantos la rodeaban, era una flor hermosa, que se mecia tranquila en el jardin de la vida; pero que un dia habia de caer marchita por el fuego abrasador de las pasiones. Un destino irresistible y ciego tenia preparado para esta inocente jóven todo el peso de la desventura.

Era una noche de Diciembre: la luna derramaba su pálida luz sobre la tierra, ofuscando el débil resplandor de las estrellas, que tímidamente brillaban, como no queriendo rivalizar con su soberana. Soplaba un ligero viento, aunque frio y penetrante, como lo requeria la cruda estacion del invierno. En el corredor de una casa particular del centro de México, se hallaban dos jó-

venes casi de igual edad, sentadas en un sofá corriente, respirando el aroma de las pocas flores que habian quedado por el rigor del tiempo. Una era Luisa ***: tenia el pelo suelto, y llevaba un vestido de lino blanco, cuyas anchísimas mangas, segun la moda de la época, cubrian sus blancos y bien torneados brazos. Su amiga sostenia á Luisa entre los suyos, y ámbas permanecian en silencio. Al fin lo interrumpió Laura, que este era su nombre.

—Es lo primero que veo, Luisa, que una jóven llore la víspera de contraer un enlace feliz.

—Y si tal enlace es deshonroso, ¿tendrá la jóven razon para llorar?

—¿Y por qué lo ha de ser?

—Yo lo sé.

—Pues yo sé lo contrario, á no ser que esté equívoca en el concepto que me he formado de Eduardo.

—No, no estás equívoca, es un....ángel....no lo merezco; y al decir esto, Luisa soltó á Laura, y sus megillas se encendieron.

—Admiro tanta modestia; pero, dime: ¿por qué no mereces á Eduardo?

—Porque es virtuoso, es....

—Y tú, ¿qué eres? Cada vez me dejas mas admirada: estoy por creer que mañana, en lugar de dar tu mano á Eduardo, tomas el hábito en un convento.

—Las esposas de Dios son inocentes.

Luisa no pudo continuar; los sollozos la embargaron, y se abandonó al llanto.

—¿Qué significa eso? ¿Renuncias el enlace?

—Lo renuncio.

—¡Cómo! ¿Qué hablas?

—Lo que oyes.

—Tú te chanceas.

—¡Me chanceo! ¿Y estas lágrimas? ¿Y este temblor convulsivo de mi cuerpo?

—Me confundes, Luisa querida, al paso que me atormentas. Pero si soy tu amiga, me atreveré á preguntarte por qué es esa resolucion tan intempestiva.

—Intempestiva no, que hace algun tiempo ecsiste en mi corazon.

—¿Y por qué no la has manifestado? Eres muy cruel, Luisa; sí, muy cruel, porque vas á hacer infeliz á Eduardo, y sin razon.

—En cuanto á lo primero, mas infeliz seria si se enlazara conmigo, y cuanto á lo segundo, tengo motivo, y suficiente, para renunciar su mano, ó mejor dicho, para hacerlo que él renuncie la mia; me falta la resolucion, es cierto; pero.... algun dia.... y mas vale pronto.... mañana mismo. Le volveré sus ricas donas, y procuraré olvidarlo....¡Ah! Eduardo, tú sabrás si te amaba la desgraciada Luisa con todo su corazon;

ojalá estas lágrimas pudieran borrar la memoria de aquel dia....¿qué iba á decir?.... Eduardo, sé feliz, aunque yo muera.

Luisa volvió de nuevo á entregarse al llanto. La luna llegaba á la mitad de su carrera, sus blanquecinos rayos iluminaron el rostro de Luisa, bañado en lágrimas.

II.

A la mañana siguiente, se encontraban Luisa y Laura en una reducida, aunque lujosa estancia. Luisa estaba pálida, sus ojos encendidos, porque habia llorado mucho, y sus lábios secos y descoloridos. De cuando en cuando volvia la vista hácia la puerta, y se notaba un temblor involuntario en sus miembros. Laura estaba en pié, como meditando alguna cosa. El toque de una campanilla las sacó de su arrobamiento. Luisa palideció totalmente, y Laura, con voz trémula, la dijo: Dios te dé ánimo, amiga idolatrada; pero mira por tu felicidad y la de tus padres; será un golpe horrible.

—Retírate....amiga, dijo Luisa con voz desfallecida....pero no, no me dejes sola...

—Es preciso, Luisa.

—No me hallo con fuerzas....¡Dios mio!

—El se acerca; Dios te acompañe....valor y firmeza, ya que así lo quieres.

—¿Pues qué, me queda otro recurso?

—Recuerda mis reflecsiones.

—¡Pero un engaño! no puede ser.

—Ya llega....Adios, Luisa. Valor.

Salió Laura al tiempo que entraba un jóven como de veinte y cinco años. Su fisonomía era espresiva, sus modales llenos de urbanidad, y su trage elegante.

Al entrar, Luisa ocultó el rostro con su pañuelo, y se reclinó en el almohadon del sofá.

—Luisa mia: ¿por qué te veo en este estado? ¿Estás enferma?

—No, Eduardo, respondió Luisa con voz dulce, no tengo sino una ligera indisposicion.

—Lo creeré, si tú te empeñas; pero la palidez de tu rostro me indica algo mas de ligera indisposicion.

—Verás como pronto me restablezco.... en el sepulcro.

—No pienses en eso, sino en que esta noche te recibo por esposa.

—No lo creas, Eduardo....nunca....

—¿Qué dices?

—Que nunca seré tu esposa.

Atónito quedó Eduardo, sin saber qué responder.

—Mas, ¿por qué, Luisa idolatrada, te complaces en acibarar mi dicha?

—Mira, Eduardo: dolores hay que es preciso sentirlos para comprenderlos, y éstos no tienen mas que un remedio; la muerte. Tal

es el dolor horrible, agudo, infernal, que me destroza....Huye, Eduardo virtuoso, huye de la desgraciada Luisa....sé feliz....pero no pretendas que yo sea tu esposa....porque....no puede ser, Eduardo. Yo te devuelvo tus regalos de donas; solo me quedo con el anillo que me diste....y con tu imágen....

Imposible seria describir el efecto que estas palabras causaron en Eduardo. Un sudor frio corria por su cuerpo, no se podia sostener en pié, y casi desfallecido, se dejó caer en el mismo sofá en que Luisa estaba, así como él, pálida, desfigurada, y llorando amargamente.

Despues de un rato de silencio, dijo Eduardo:

—¿Me dirás, Luisa mia, cuál es la causa de esa resolucion?

—Sin detenerme, aunque muera. Oye, Eduardo: hace dos años que conocí á un jóven, que me habló de amor, primera vez que yo escuchaba este lenguaje, y yo.... creyendo sus promesas, le entregué mi corazon. Así pasó algun tiempo; mi amor hácia él era inocente, porque era el primer amor de una jóven de diez y seis años. Yo me dejaba guiar tan solo por la fuerza de mi pasion, y así fué que no conocí que comprometia la dignidad de mi secso. Mi amante, entre tanto, aprovechándose de mi irre-

flecsion, me halagaba con repetidos juramentos de ser mi esposo, siempre que mis padres dieran su consentimiento....Pero.... como he dicho, él me amaba, ó al ménos me lo decia....yo lo adoraba....con locura.... y....huye, Eduardo....ya todo lo sabes, yo no te puedo engañar. Busca una jóven que aun conserve su virtud; corre, Eduardo infeliz, abandóname.....................

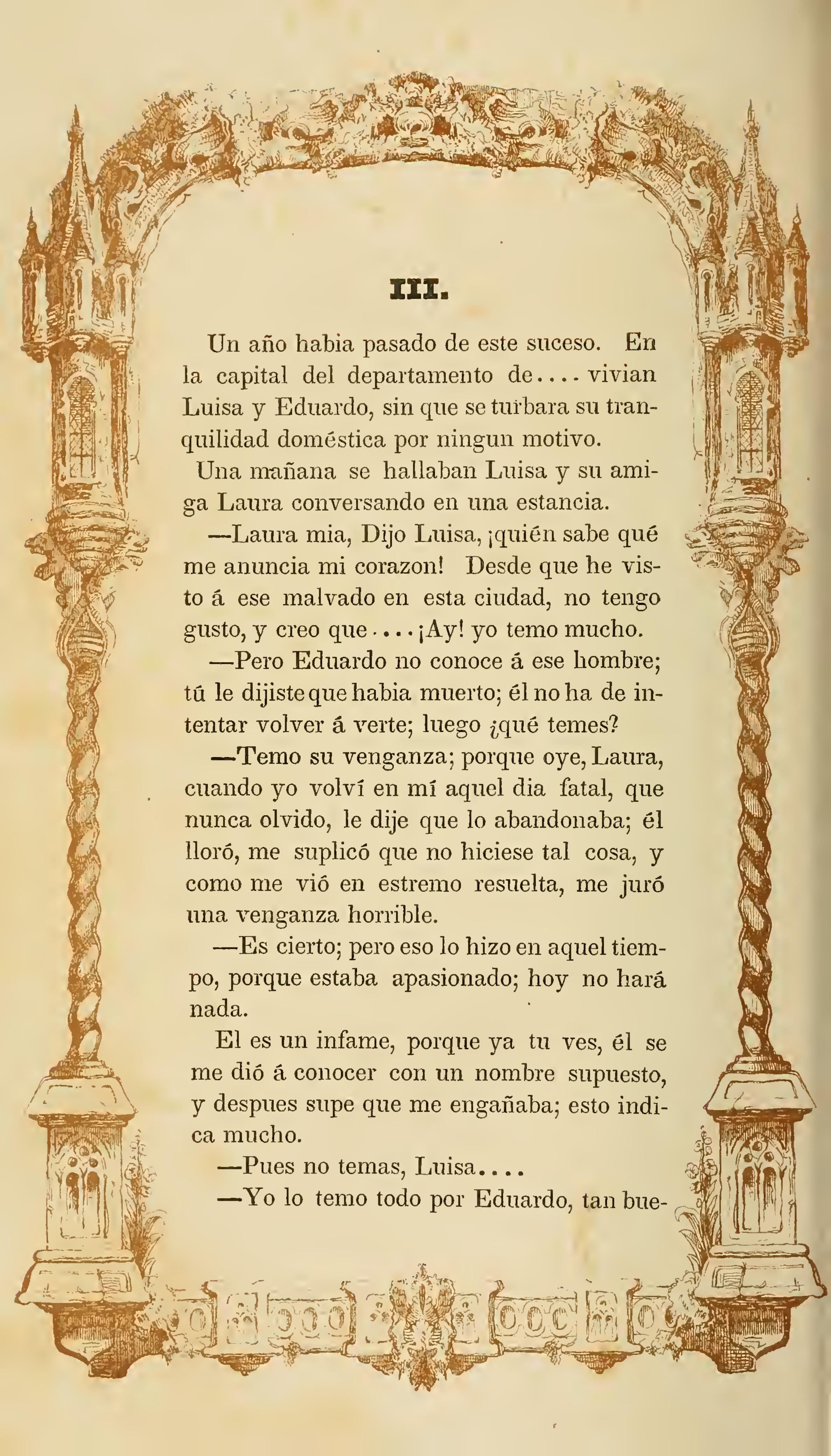
Luisa quedó desfallecida.

Eduardo nada sentia; las venas de su frente parecia que le reventaban. Su cuerpo se agitaba con un temblor convulsivo. Escuchó la relacion de Luisa sin moverse; despues fijó en ella sus ojos encendidos; tenia los lábios contraidos, y el cabello erizado. Despues de un rato, se calmó su agitacion, y tomando una mano á Luisa, le dijo: Dime el nombre de ese seductor.

—Es inútil, porque ya no vive.

—¡Ya no vive! murmuró Eduardo, y volvió á encenderse su rostro.

Al cabo de un momento, estrechó en sus brazos á Luisa, y con voz sofocada por el llanto, le dijo: Te perdono; serás esta noche mi esposa.



III.

Un año habia pasado de este suceso. En la capital del departamento de.... vivian Luisa y Eduardo, sin que se turbara su tranquilidad doméstica por ningun motivo.

Una mañana se hallaban Luisa y su amiga Laura conversando en una estancia.

—Laura mia, Dijo Luisa, ¡quién sabe qué me anuncia mi corazon! Desde que he visto á ese malvado en esta ciudad, no tengo gusto, y creo que....¡Ay! yo temo mucho.

—Pero Eduardo no conoce á ese hombre; tú le dijiste que habia muerto; él no ha de intentar volver á verte; luego ¿qué temes?

—Temo su venganza; porque oye, Laura, cuando yo volví en mí aquel dia fatal, que nunca olvido, le dije que lo abandonaba; él lloró, me suplicó que no hiciese tal cosa, y como me vió en estremo resuelta, me juró una venganza horrible.

—Es cierto; pero eso lo hizo en aquel tiempo, porque estaba apasionado; hoy no hará nada.

El es un infame, porque ya tu ves, él se me dió á conocer con un nombre supuesto, y despues supe que me engañaba; esto indica mucho.

—Pues no temas, Luisa....

—Yo lo temo todo por Eduardo, tan bue-

no, tan generoso; me perdonó, me dió su mano, y me trata con el mismo cariño. Dias pasados se recostaba sobre mi hombro, y tomándome la mano, me decia: "Siempre te amaré, mi Luisa, seré tu consejero, tu protector y tu amigo." Y fijaba en mí sus vivos ojos, y su mirada era de compasion y ternura.

Esta conversacion terminó con la llegada de Eduardo; venia encendido su rostro, dando muestras de grande agitacion.

—¿Ha venido alguno? preguntó ásperamente.

—Nadie; pero dime, Eduardo, ¿qué tienes?

Eduardo se metió á las otras piezas sin responder.

—¿No te lo anuncié, Laura? Algo ha de suceder. Desde que venimos á esta ciudad, no tengo gusto; y si no, ya ves; ocho dias tenemos de llegados, y hoy Eduardo....

—Aguarda, interrumpió Laura, un hombre se acerca, y Eduardo está llamando con la campana. Laura desapareció, y á poco rato se presentó un desconocido. Al verlo se puso Luisa pálida, y quiso huir; pero el incógnito se opuso, y obligándola á sentarse, la dijo: Luisa, ¿me conoces? ¿No te acuerdas dè mi juramento de venganza?

Luisa iba á gritar; pero el desconocido le tapó la boca, y sacando un puñal, le dijo: ó te asesino, ó te estás callada. Vamos, Luisa. Escoje entre volver á amarme como en un

tiempo, ó la muerte del que sea tu esposo.

—Dejadme, decia Luisa con voz desfallecida; retiraos, que se acerca mi marido; por Dios que me dejeis.

—Pues decídete.

—Mi esposo llega; tened piedad de mí.

—Bien; pues oye: aquí me escondo tras esta cortina: si algo dijeres, morirá tu esposo.

—Y se ocultó rápidamente.

—Eduardo entró un tanto mas repuesto, acompañado de Laura; tomó asiento, y con tono afectado dijo á Luisa: perdóname, Luisa mia, si me atreví un instante á sospechar de tu fé; pero figúrate que cuando yo entraba en casa, salia violentamente de ella un hombre con sombrero calado hasta los ojos, muy embozado, y que al verme aligeró el paso, y se ausentó con rapidez. Mas Laura me jura que ningun hombre ha entrado.

—Es cierto, contestó Luisa.

—Pero, ¿qué tienes? Estás descolorida.

—Nada....sino como te ví entrar.... triste....

—Bien; pero tú te turbas, tienes los ojos lánguidos....y miras frecuentemente hácia esa cortina.

—No, no es nada, yo....me repondré.

—No sé qué aire de misterio observo, dijo Eduardo. ¿Qué hay detras de esa cortina?

—Nada....oye, Eduardo....

—¿Cómo nada? si se mueve sin cesar.

—Escucha, Eduardo.

—No escucho.

Se levantó violentamente de su asiento, descorrió la cortina, y viendo á un hombre....no se pudo contener, sacó una pistola, y cuando el escondido trataba de salir, la bala le penetró el cráneo, y cayó en un lago de sangre. Despues, dirigiéndose á Luisa, le dijo: Pérfida, tú me has engañado; me vendias, cuando yo te perdoné....¡Ah! éste es seguramente tu seductor; dímelo.

—Sí....él es....

—Y me decias que habia muerto....Bueno, ahora sí ya murió; pero tú lo seguirás, y se precipitó sobre la inocente Luisa, sin que pudiera contenerlo Laura con todos sus esfuerzos. Luisa no opuso resistencia, y un puñal atravesó su pecho.

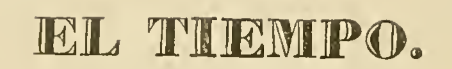
Despues Eduardo reconoció al que estaba oculto, y retrocedió dos pasos, clamando: ¡¡Era mi hermano!!....

Luisa no murió en el acto: cuando su infeliz esposo pudo acercarse á ella, oyó estas palabras:

"Eduardo, muero inocente....solo á tí amaba....pero era preciso....que recibiéramos....tu hermano y yo....el castigo; él por haber marchitado mi pureza....y yo por débil.

Despues, dirigiéndose á Laura, le dijo: "Amiga, huye de la seduccion," y espiró.

RAMON DE LA SIERRA.



EL TIEMPO.

A ***

Con tardo paso vienen los años que se esperan,
Como parecen breves los que pasaron ya:
Que pasen otros años, que pasen y que mueran;
Quiero tocar el término dó mi esperanza está.

Placeres y dolores, verdades é ilusiones
Entre sus raudas alas el tiempo arrebató;
Con el latido blando de tiernos corazones
El grito de venganza por siempre se perdió.

¿Qué son para nosotros los siglos apiñados,
Que á nuestra espalda vemos confusos parecer?
Apenas en recuerdo sus héroes afamados,
Cual lo de ayer logramos por entre sombras ver.

¿Qué queda de los hechos de ilustres capitanes,
Qué del amor ardiente de jóven trovador?
Cual sueño se perdieron las guerras y los planes,
Cual humo leve huyeron los cantos y el amor.

De la opulenta Roma, de la elegante Atenas,
¿Qué miran nuestros ojos en tanta confusion?
De su gloriosa vida una memoria apenas;
Sus nombres y los nombres de Homero y Ciceron.

Del mexicano imperio, tan fuerte y vigoroso,
De la ciudad magnífica que sometió Cortes,
Tan solo se conserva recuerdo lastimoso;
Los templos y palacios cayeron á sus piés.

Cayeron, sí, cayeron, y el doloroso llanto
Que arrancan á la vírgen la sangre y el horror,
Del acero los choques y los gritos de espanto
Halagan los oidos del fiero vencedor.

El tiempo asuela todo con planta destructora;
Consigo arrastra crudo la dicha, la ilusion,
Dejando solo al hombre recuerdo que devora
Con su presencia eterna la paz del corazon.

Benéfico otras veces arrastra en su carrera
Las horas de infortunio, de amargo padecer,
Y al alma se presenta á un tiempo placentera
Y triste la memoria de la afliccion de ayer.

Años tras años vuelan en raudo torbellino,
Cual hojas que arrebata violento el huracán;
Y siguen otros años por un igual camino;
Vendrán tras ellos otros y el mismo seguirán.

Un velo transparente nos cubre lo pasado;
Un velo denso y negro nos cubre el porvenir:
¿Veré mis bellos dias que corran á tu lado;
Veré de mi ventura la aurora relucir?

Con tardo paso vienen los años que se esperan,
Como parecen breves los que pasaron ya;
Que pasen otros años, que pasen y que mueran;
Quiero tocar el término dó mi esperanza está.

Tus ardorosos ojos, que enagenado miro,
De amor en mi alma avivan la inestinguible sed;
Trocara mi ecsistencia por un solo suspiro....
Delirios é ilusiones, venid á mí, corred.

Que pasen, sí, que pasen los años presurosos,
Aunque consigo traigan emponzoñada hiel:
Que quiero ver si el alma en lazos amorosos
Se ha de estrechar á otra alma á su cariño fiel.

Ó si juguete siempre de la mudable suerte
He de encontrar tan solo pesar y duelo aquí,
Para implorar entónces á la piadosa muerte
Que venga, como un ángel de dicha para mí.

Mas no, que ante mis ojos el porvenir risueño
Desplega de sus galas el brillo encantador,
Y miro alucinado, como al traves de un sueño,
Los mágicos placeres con que me brinda amor.

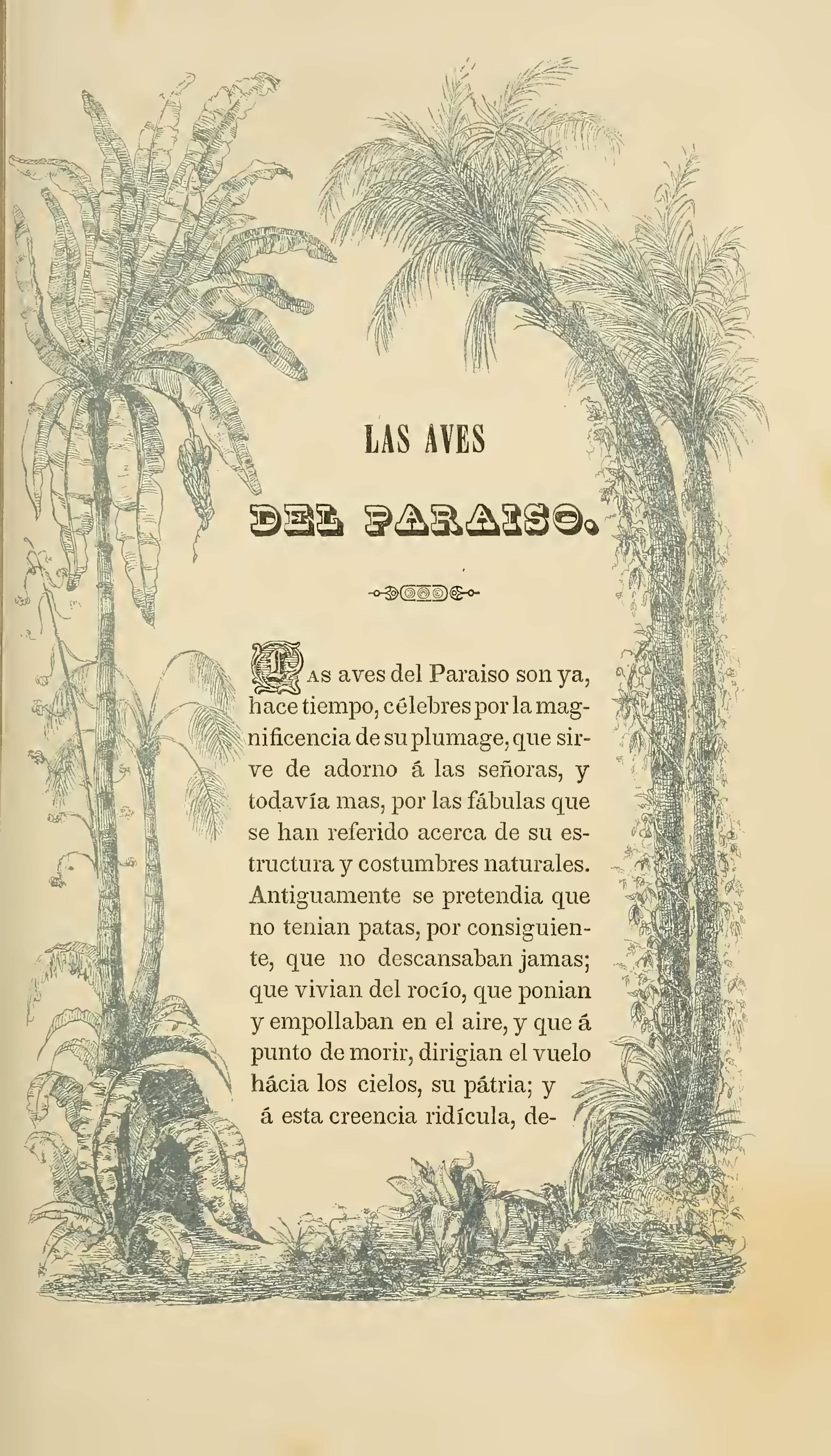
Junto á mi pecho sienta tu seno palpitante;
Esconda en tu ragazo mi fatigada sien;
Me arrobe con su hechizo tu cándido semblante....
Puro ángel de los cielos, ven á mis brazos, ven.

Con tardo paso vienen los años que se esperan,
Como parecen breves los que pasaron ya;
Que pasen otros años, que pasen y que mueran;
Quiero tocar el término dó mi esperanza está.

M. E. y U.

Octubre 24 de 1844.





LAS AVES

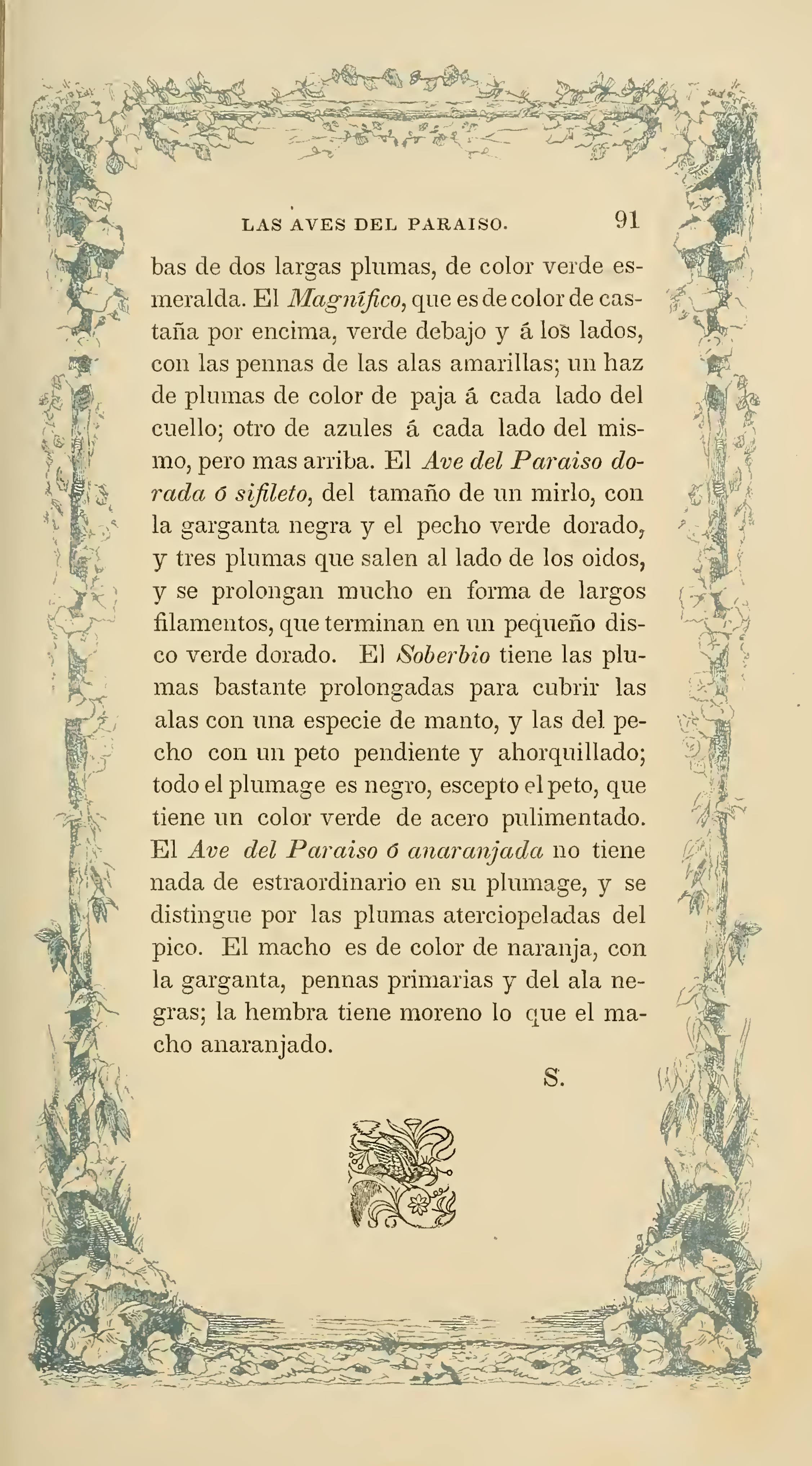
DEL PARAISO.

Las aves del Paraiso son ya, hace tiempo, célebres por la magnificencia de su plumage, que sirve de adorno á las señoras, y todavía mas, por las fábulas que se han referido acerca de su estructura y costumbres naturales. Antiguamente se pretendia que no tenian patas, por consiguiente, que no descansaban jamas; que vivian del rocío, que ponian y empollaban en el aire, y que á punto de morir, dirigian el vuelo hácia los cielos, su pátria; y á esta creencia ridícula, de-

ben tambien su nombre. Estas preocupaciones no tenian otro fundamento que lo magnífico de su plumage y el estado de mutilacion en que se las veia en Europa. Como los naturales de su pais les arrancaban siempre las patas ántes de enviarlas á aquella parte del mundo, se imaginó que la naturaleza les habia rehusado estos órganos, y sobre estos datos los mercaderes compusieron la historia de las aves del Paraiso.

Estas aves viven en bandadas como los cuervos; su pátria es la nueva Guinea; son desconfiadas; permanecen en los bosques mas profundos, y subidas en los árboles mas altos; cantan con una voz chillona y desagradable. Los insectos y los frutos les sirven de alimento.

Las mas hermosas especies de este género de aves son: la *Esmeralda*, tan grande como un tordo, de color de castaña, con la parte superior de la cabeza y el cuello amarillos, y el adorno del pico y de la garganta verdes; es la mas antiguamente conocida. El *ave del Paraiso roja*, que tiene los haces de plumas de los costados de un hermoso color rojo, y éstas mas anchas y con cavas por un lado. La *Manucodiota ó ave real del Paraiso*, la mas pequeña de todas, es del grandor de un gorrion, y de color castaño purpurino, con el vientre blanco; la estremidad de las plumas de los lados, y las bar-



bas de dos largas plumas, de color verde esmeralda. El *Magnífico*, que es de color de castaña por encima, verde debajo y á los lados, con las pennas de las alas amarillas; un haz de plumas de color de paja á cada lado del cuello; otro de azules á cada lado del mismo, pero mas arriba. El *Ave del Paraiso dorada ó sifileto*, del tamaño de un mirlo, con la garganta negra y el pecho verde dorado, y tres plumas que salen al lado de los oidos, y se prolongan mucho en forma de largos filamentos, que terminan en un pequeño disco verde dorado. El *Soberbio* tiene las plumas bastante prolongadas para cubrir las alas con una especie de manto, y las del pecho con un peto pendiente y ahorquillado; todo el plumage es negro, escepto el peto, que tiene un color verde de acero pulimentado. El *Ave del Paraiso ó anaranjada* no tiene nada de estraordinario en su plumage, y se distingue por las plumas aterciopeladas del pico. El macho es de color de naranja, con la garganta, pennas primarias y del ala negras; la hembra tiene moreno lo que el macho anaranjado.

S.

LAS

BODAS DE IMOGENE. (*)

A mi amigo D. Luis Martinez de Castro.

I.

LA DESPEDIDA.

. . . .

God grant that to punish my falsehood and pride,
Thy ghost at my marriage may sit by my side
May tax me with perjury, claim me as bride
And bear me away to the grave.

LEWIS.

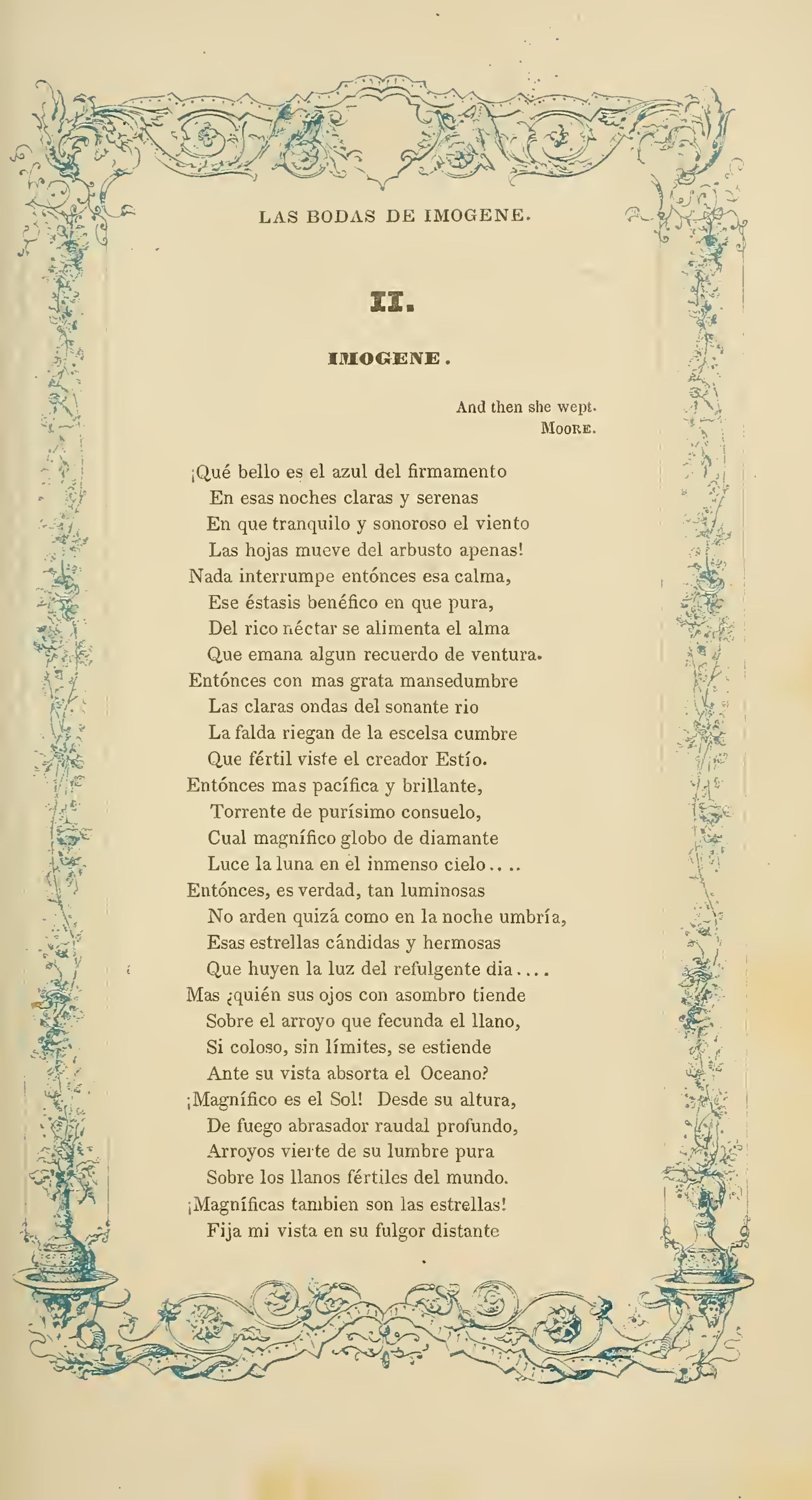
Sobre el menudo césped recostado
Y á la sombra de un álamo frondoso,
Alonso Bravo, el ínclito soldado
Que en cien batallas dominó triunfante,
De escelsa luna al resplandor dudoso,
Contempla enamorado
De su Imogéne el cándido semblante.
Tendido su magnífico cabello
Al soplo arrullador del aura mansa,
Que blanda orea su desnudo cuello
Bella Imogéne está; tierna descansa
Su rostro delicado

(*) El asunto de esta composicion es el mismo de la que con el titulo de *Alonso the Brave*, escribió en ingles Lewis.



Sobre el ardiente seno del soldado,
Y en sus amantes brazos, silenciosa,
La enamorada hermosa
Apura un cáliz, de placer colmado.
Nada turba sus plácidos amores;
Con grata mansedumbre
Susurra el viento entre lozanas flores,
Y desde la alta cumbre
De una montaña á su mansion vecina,
Llega á su oido sonorosa y leve
La célica armonía con que mueve
Sus verdes hojas la robusta encina.
Los dos solos están; ¡cuántos abrazos
Prodiga Alonso á su Imogéne hermosa!....
¡Cómo la estrecha en sus amantes brazos!
¡Cuántos, qué besos de sin par dulzura
Imprime con ternura
Sobre sus lábios de encendida rosa!....
Gozaron en silencio, hasta que al cabo
Rompióle Alonso Bravo
Diciéndole á su amor: "Paloma mia,
Voy á partir: mañana,
Cuando entre nubes de esplendente grana,
Luzca en Oriente purpurino el dia,
De tus ojos la luz consoladora
Perdida lloraré; falange mora
De nuevo invade el poderoso asiento
Donde en un tiempo y con mejor fortuna
Mi hueste triunfadora,
Sobre la media luna,
Tendió feliz su pabellon al viento.
Fuerza es partir: puro ángel de inocencia,
Tú llorarás por mí; pero ¡ay! no tanto
Que benigna la mano de la ausencia
No enjuge al fin tu doloroso llanto;
Y temo que feliz contra su pecho
Llegue á estrecharte algun rival amante,
Como ahora yo, lleno de amor, te estrecho."
—"Alonso, ¡qué sospechas!...." le responde

La hermosa acongojada, y su semblante
Entre sus manos trémulas esconde.
"Permita el Dios, que desde el alto cielo
De una ojeada los espacios mide,
Que cuando yo te olvide,
Sea que errante en estrangero suelo
Lamentes los rigores de tu suerte,
O que el suspiro postrimero ecshales
En brazos de la muerte;
Tu espíritu á mi lado,
Abandonando el tálamo mortuorio,
Interrumpa los cánticos nupciales,
Y que el festin suntuoso, preparado
A celebrar mi infame desposorio,
Iluminen antorchas funerales...."
—"Cesa, Imogéne, cesa,"
La dice Alonso, "que en tus lábios veo
La casta luz de la verdad impresa,
Y amo esa luz, y en tus palabras creo."
Dice, y los lábios de la vírgen besa.
Ella, con voz articulada apenas,
Al par que de sus ojos inflamados
Lágrimas brotan de amargura llenas,
—"Adios," le dice, "en mis promesas fia,
Y el Dios que nos escuda,
Alma del alma mia,
Préstete amparo, proteccion y ayuda...."
Separados al fin, quedó la hermosa
Sobre el menudo césped recostada,
Turbada y silenciosa,
La faz cubierta de amargura y llanto
Y el ánima angustiada,
Sobrecojida de mortal espanto.
El Bravo Alonso en tanto
Con bélico denuedo
Embraza ansioso la robusta lanza
Que hace temblar al musulman de miedo;
De la cristiana fé firme esperanza.



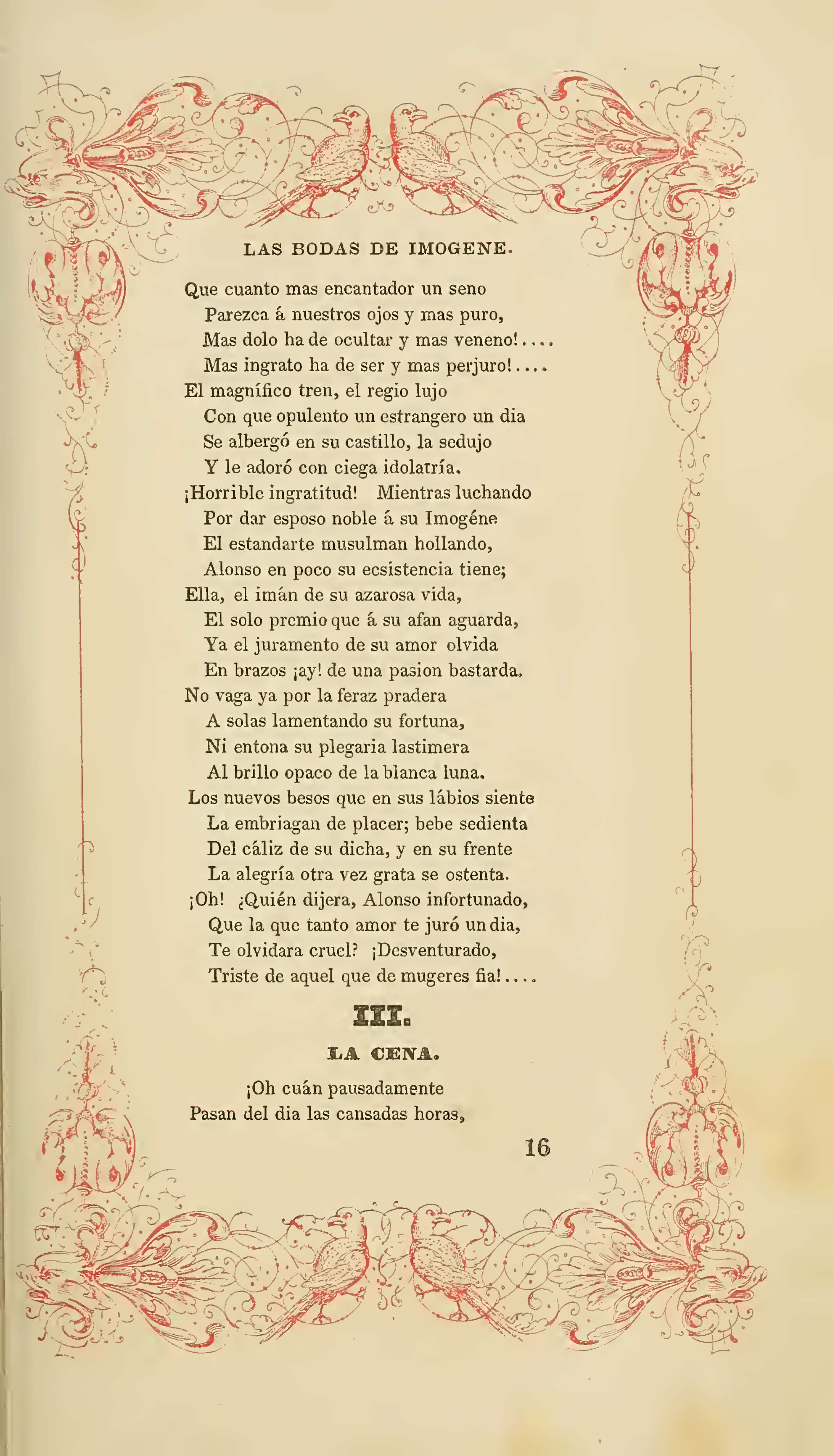
II.

IMOGENE.

And then she wept.
MOORE.

¡Qué bello es el azul del firmamento
En esas noches claras y serenas
En que tranquilo y sonoroso el viento
Las hojas mueve del arbusto apenas!
Nada interrumpe entónces esa calma,
Ese éstasis benéfico en que pura,
Del rico néctar se alimenta el alma
Que emana algun recuerdo de ventura.
Entónces con mas grata mansedumbre
Las claras ondas del sonante rio
La falda riegan de la escelsa cumbre
Que fértil viste el creador Estío.
Entónces mas pacífica y brillante,
Torrente de purísimo consuelo,
Cual magnífico globo de diamante
Luce la luna en el inmenso cielo.. ..
Entónces, es verdad, tan luminosas
No arden quizá como en la noche umbría,
Esas estrellas cándidas y hermosas
Que huyen la luz del refulgente dia....
Mas ¿quién sus ojos con asombro tiende
Sobre el arroyo que fecunda el llano,
Si coloso, sin límites, se estiende
Ante su vista absorta el Oceano?
¡Magnífico es el Sol! Desde su altura,
De fuego abrasador raudal profundo,
Arroyos vierte de su lumbre pura
Sobre los llanos fértiles del mundo.
¡Magníficas tambien son las estrellas!
Fija mi vista en su fulgor distante

Un lenitivo á su dolor, en ellas
Halló tal vez mi corazon amante.
Pero esos ricos luminares bellos
Y el rojo Sol, que el universo dora,
Como el astro no son, cuyos destellos
Mi desgarrado corazon adora.
No sé qué encuentra el corazon del triste
En esa opacidad, en ese brillo
Con que la luna pálida se viste,
Sublime al par que cándido y sencillo.
Astro pobre de luz, sin trasparencia
Para el ánima vil, de orgullo ecshausta,
Que con polvo mancha su ecsistencia
De torpes vicios, de impureza infausta.
Celeste emanacion, rico torrente
De consolable bálsamo divino
Para aquel que al placer indiferente
Padecer y llorar es su destino.
Y por eso, tal vez, hallando en ella
Dulce calmante á su fatal fortuna,
Los negros ojos de Imogéne bella
Fijos están en la colgada luna.
Pálida y triste su abatida frente,
Del astro opaco á los reflejos brilla,
Y una lágrima fria y trasparente
Humedece su lánguida megilla....
Llorando está infeliz, y mientras llora,
Repite enamorada el juramento
Que hizo á su Alonso un dia; mas que ahora
Lo escucha solo el apacible viento.
Pero ¡ay de aquel que de mugeres fia!....
Lloró Imogéne su perdido encanto,
Hasta que al fin la indiferencia fria
Vino á enjugar de su dolor el llanto.
De la ausencia de Alonso un año apenas
Habia trascurrido, y ya inconstante
Su falso corazon nuevas cadenas
Hallaba en las caricias de otro amante.



Que cuanto mas encantador un seno
Parezca á nuestros ojos y mas puro,
Mas dolo ha de ocultar y mas veneno!....
Mas ingrato ha de ser y mas perjuro!....
El magnífico tren, el regio lujo
Con que opulento un estrangero un dia
Se albergó en su castillo, la sedujo
Y le adoró con ciega idolatría.
¡Horrible ingratitud! Mientras luchando
Por dar esposo noble á su Imogéne
El estandarte musulman hollando,
Alonso en poco su ecsistencia tiene;
Ella, el imán de su azarosa vida,
El solo premio que á su afan aguarda,
Ya el juramento de su amor olvida
En brazos ¡ay! de una pasion bastarda.
No vaga ya por la feraz pradera
A solas lamentando su fortuna,
Ni entona su plegaria lastimera
Al brillo opaco de la blanca luna.
Los nuevos besos que en sus lábios siente
La embriagan de placer; bebe sedienta
Del cáliz de su dicha, y en su frente
La alegría otra vez grata se ostenta.
¡Oh! ¿Quién dijera, Alonso infortunado,
Que la que tanto amor te juró un dia,
Te olvidara cruel? ¡Desventurado,
Triste de aquel que de mugeres fia!....

III.

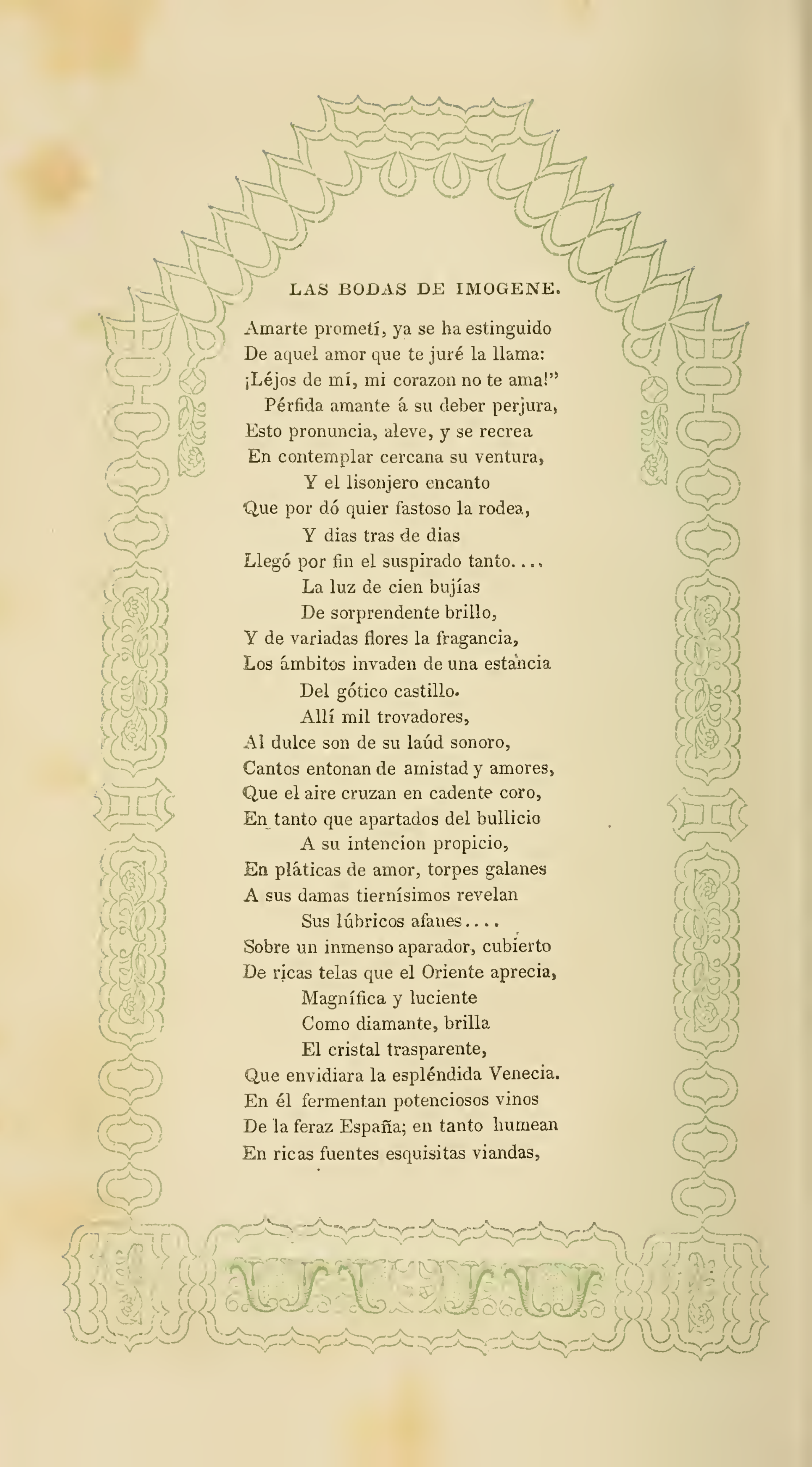
LA CENA.

¡Oh cuán pausadamente
Pasan del dia las cansadas horas,

Cuando en espera de un placer lejano
Vemos nacer en el risueño Oriente
La regia antorcha del hermoso dia,
Y entre olas bramadoras
Allá del Oceáno
Apagarse despues, como si huyendo
Fuese las sombras de la noche umbría.
¡Ay! fijo el pensamiento
En los futuros goces, y los ojos
En la bóveda azul del firmamento,
Apenas por la anchura
Del dilatado mundo
Derrama el limpio Sol sus rayos rojos,
Ya verle moribundo
Quisiéramos allá en el horizonte
Sin que dorar pudiese con su lumbre
Ni aun la escarpada cumbre
Del mas enhiesto monte....
Y muere el Sol, y de nocturnas nieblas
Se cubre rauda la region vacía,
Y entónces las tinieblas
Que torpes anhelamos,
Nos cansan mas que el resplandor del dia,
Y en perdurable insomnio
De nuevo por la lumbre suspiramos,
De ese raudal de vida y armonía.
Así Imogéne hermosa,
En espera del dia señalado
A ser la tierna esposa
De su feliz amante idolatrado,
Apenas por la gótica ventana
De su opulenta alcoba
Penetra el grato albor de la mañana,
Cuando, dejando el fatigoso lecho,
Recorre con afan allá en su mente
La bárbara distancia, que le roba
La dicha de aplacar el fuego ardiente
De aquel amor que la devora el pecho.
Como un recuerdo opaco, de repente,
La imágen de un mortal, á quien impía

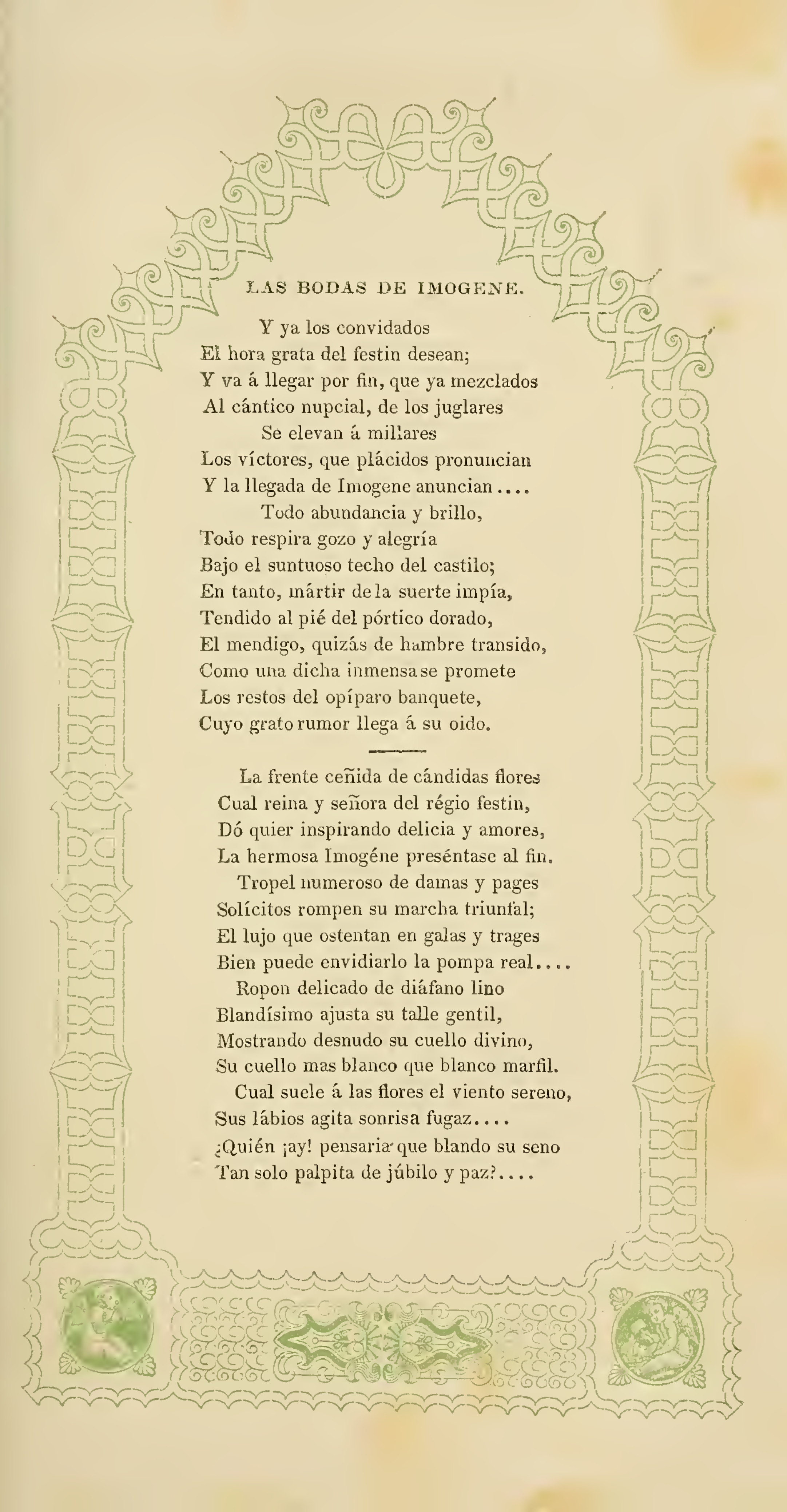


Solemne juramento
De amor le hiciera, y de constancia un dia
Ocupa alguna vez su pensamiento....
Mas ¿qué le importa á su razon traidora,
Que en la alta noche oscura,
La sombra de su Alonso aterradora
Bañada en triste llanto de amargura,
Se le presente y la persiga necia,
Si el corazon, de torpe orgullo henchido,
La rechaza cruel, y la desprecia,
Mas que rico diamante, empedernido....?
—La realidad de esa importuna sombra
Que la persigue y nombra,
Sus sueños de ventura interrumpiendo,
¿Qué ofrecerla podia en su locura,
A fin de que á los ojos de este mundo
Brillaran mas sus gracias y hermosura....?
¡Amor! .... ¡tan solo amor! .... Amor profundo,
Volcánico, es verdad, irresistible;
Pero ademas de amor, su nuevo amante
Magnífico á sus ojos ofrecia
De régia pompa el brillo deslumbrante....
¿Qué mas de darla el triste Alonso habria?....
Quizás.... si caprichosa la fortuna
Benigna alguna vez se le mostrase,
Haciendo que triunfante quebrantase
La indómita soberbia
Del vil sectario de la media luna,
¿Cubrir su nombre de infinita gloria
Y coronar su frente
Con el lauro inmortal de la victoria?
¡Poca cosa en verdad! .... ¿No es mas luciente
Y espléndida corona
La que en sus sienes brilla,
Que al par que la embellece,
La ostentacion pregona
Y el soberbio esplendor del que la ofrece?....
Así es que "¡léjos de mi vista, léjos,
Fantasma aterrador," la hermosa esclama:
"Si un tiempo, sin amigos ni consejos,



LAS BODAS DE IMOGENE.

Amarte prometí, ya se ha estinguido
De aquel amor que te juré la llama:
¡Léjos de mí, mi corazon no te ama!"
Pérfida amante á su deber perjura,
Esto pronuncia, aleve, y se recrea
En contemplar cercana su ventura,
Y el lisonjero encanto
Que por dó quier fastoso la rodea,
Y dias tras de dias
Llegó por fin el suspirado tanto....
La luz de cien bujías
De sorprendente brillo,
Y de variadas flores la fragancia,
Los ámbitos invaden de una estancia
Del gótico castillo.
Allí mil trovadores,
Al dulce son de su laúd sonoro,
Cantos entonan de amistad y amores,
Que el aire cruzan en cadente coro,
En tanto que apartados del bullicio
A su intencion propicio,
En pláticas de amor, torpes galanes
A sus damas tiernísimos revelan
Sus lúbricos afanes....
Sobre un inmenso aparador, cubierto
De ricas telas que el Oriente aprecia,
Magnífica y luciente
Como diamante, brilla
El cristal trasparente,
Que envidiara la espléndida Venecia.
En él fermentan potenciosos vinos
De la feraz España; en tanto humean
En ricas fuentes esquisitas viandas,



LAS BODAS DE IMOGENE.

Y ya los convidados
El hora grata del festin desean;
Y va á llegar por fin, que ya mezclados
Al cántico nupcial, de los juglares
Se elevan á millares
Los víctores, que plácidos pronuncian
Y la llegada de Imogene anuncian....
Todo abundancia y brillo,
Todo respira gozo y alegría
Bajo el suntuoso techo del castilo;
En tanto, mártir de la suerte impía,
Tendido al pié del pórtico dorado,
El mendigo, quizás de hambre transido,
Como una dicha inmensa se promete
Los restos del opíparo banquete,
Cuyo grato rumor llega á su oido.

La frente ceñida de cándidas flores
Cual reina y señora del régio festin,
Dó quier inspirando delicia y amores,
La hermosa Imogéne preséntase al fin.
Tropel numeroso de damas y pages
Solícitos rompen su marcha triunfal;
El lujo que ostentan en galas y trages
Bien puede envidiarlo la pompa real....
Ropon delicado de diáfano lino
Blandísimo ajusta su talle gentil,
Mostrando desnudo su cuello divino,
Su cuello mas blanco que blanco marfil.
Cual suele á las flores el viento sereno,
Sus lábios agita sonrisa fugaz....
¿Quién ¡ay! pensaria que blando su seno
Tan solo palpita de júbilo y paz?....

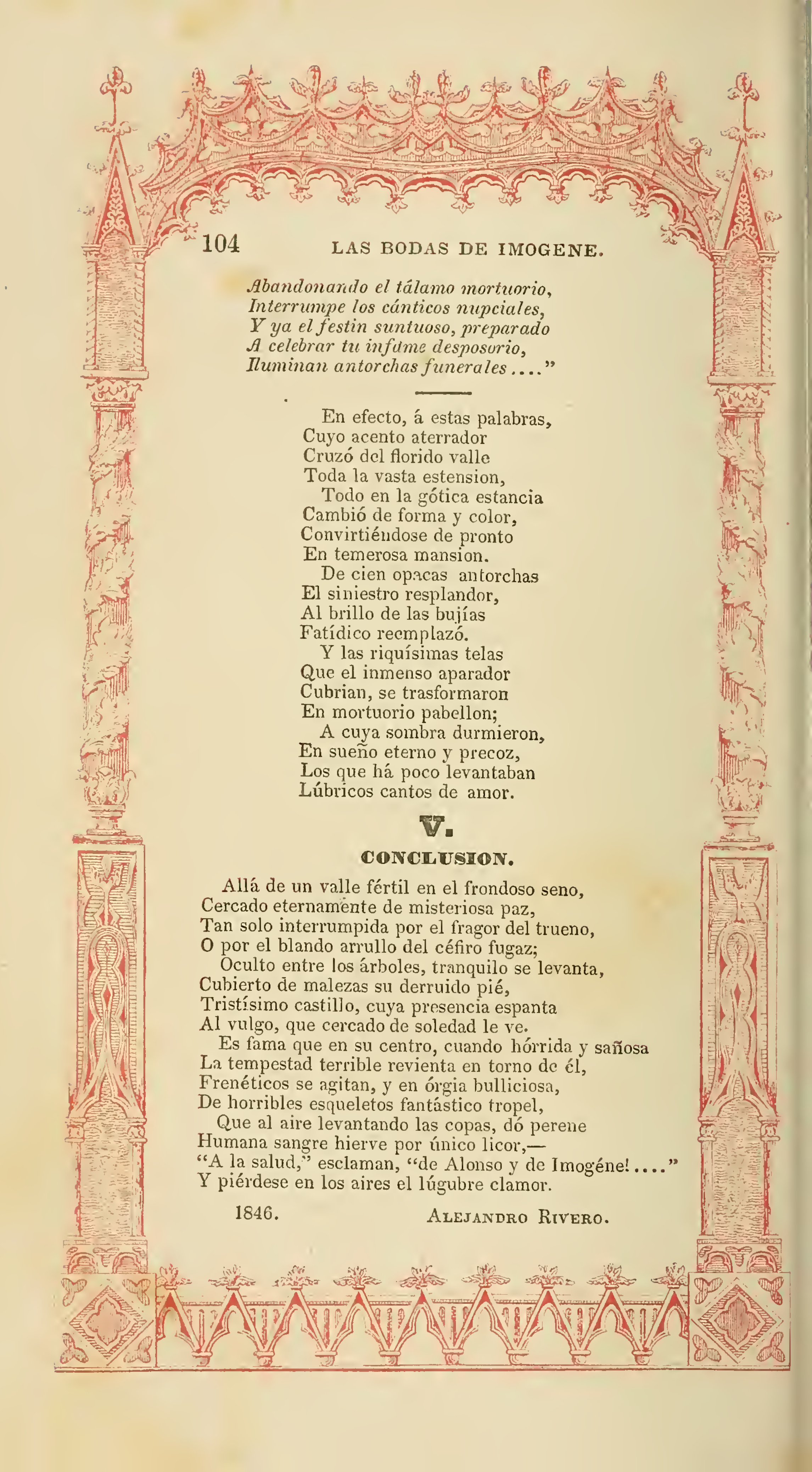
Sí, torpe, cubierto de negra falsía
Debiera tan solo latir de temor,
Feliz y tranquilo ¿quién ¡cielos! diria
Que late de gozo, de gozo y de amor?....
¿Quién ¡ay! no creyera que horribles tormentos
Gustar le vedaran de humano placer?....
Mas....¿cuándo se cura de agenos lamentos
El alma alevosa de ingrata muger?....
¿Será que el diamante que duro la viste
La torna insensible tambien al dolor?....
Perjura Imogéne! responde, ¿qué hiciste
De aquellos hermosos recuerdos de amor?...
¡Pasaron!...¿qué mucho?...flecsible la palma
Se dobla al impulso de fiero huracán;
Resiste su embate; sucede la calma,
Y aun frescas y hermosas sus hojas están....
Mas ¿ser no pudiera que el rápido viento,
Aunque alta y gallarda consérvase aún,
Minára insensible su frágil cimiento,
Y al cabo la tronche tremendo el Simoún?....
Pero eso, Imogéne, ¿qué importa á tus fines?....
El fausto y la pompa te halagan dó quier,
Y ya entre el bullicio de inmensos festines
Tu vida halagüeña comienza á correr....
Elévese al cielo de júbilo el canto....
¿Por qué has de curarte de ageno dolor?....
Tú gozas, aleve....y ¡ay! mísero en tanto
De aquel que luchando murió por su amor!....
Tristísima idea por cierto seria
Mezclar al alegre, rugiente festin,
El negro recuerdo de una urna sombría,
Dó duerme tu Alonso sin tregua ni fin.
"Atras, ilusiones de una alma menguada!....
Rebelde os rechaza mi espíritu audaz;
Sin término sea la orgía empezada;
Los muertos...que duerman, que duerman en paz..."
....Mas ¡cielos, qué es esto! ¿Por qué de repente
Se trueca en gemidos el grato rumor?....
¿Por qué al par que todas se nubla tu frente
Con claras señales de horrible terror?....

¿Será que ofendidas las sombras sagradas
De aquellos que duermen el sueño eternal,
Dejando atrevidas sus tumbas heladas,
De pronto interrumpen tu fiesta nupcial?....

IV.

ALONSO BRAVO.

Gigante, colosal en estatura,
Y en su altivo ademan mostrando la ira
Que el festivo espectáculo le inspira,
Cubierto de una espléndida armadura,
En la blanca pared que al frente mira
De la hermosa Imogéne,
Se dibujó de pronto una figura....
Su aspecto es infernal; velado tiene
Tras la celada el rostro,
Y en su bruñido casco airoso ondea
Negro penacho á la merced del viento.
Su aparicion fatídica difunde
Dó quier el sobresalto y desaliento:
Cesa el canto de amor; rápido cunde
Por los alegres huéspedes
Letárgico sopor, y el aposento
Testigo de su dicha, se convierte
En lúgubre mansion de espanto y muerte.
—Pálido el rostro, el corazon cobarde
Latiendo de temor dentro del pecho,
Con clara voz y con fingido alarde
De audacia y de valor, "¡Adentro!" dijo
La pérfida Imogéne,
Al espectro terrible dirigiéndose,
Que en la pared permanecia fijo;
Pero que al fin moviéndose,
Tomando cuerpo, de repente, y vida,
Con firme paso, mesurado y lento,
Se aprocsimó á la novia fementida,
Y á su siniestro lado tomó asiento.
Esta, ganosa de saber quién sea
El que á turbar con su presencia viene
El inmenso placer que la rodea,
Audaz levanta con su mano osada
Del casco del espectro la celada....
Mas....¡Dios! ¿qué es lo que vió?....De un esqueleto
El rostro descarnado,
De podredumbre y de gusanos lleno,
Que triste y angustiado,
Fijando en ella los hundidos ojos,
"¡Perjura!...." pronunció con voz de trueno....
"Héme aquí ya!....*Mi espíritu á tu lado,*



Abandonando el tálamo mortuorio,
Interrumpe los cánticos nupciales,
Y ya el festin suntuoso, preparado
A celebrar tu infame desposorio,
Iluminan antorchas funerales...."

En efecto, á estas palabras,
Cuyo acento aterrador
Cruzó del florido valle
Toda la vasta estension,
Todo en la gótica estancia
Cambió de forma y color,
Convirtiéndose de pronto
En temerosa mansion.
De cien opacas antorchas
El siniestro resplandor,
Al brillo de las bujías
Fatídico reemplazó.
Y las riquísimas telas
Que el inmenso aparador
Cubrian, se trasformaron
En mortuorio pabellon;
A cuya sombra durmieron,
En sueño eterno y precoz,
Los que há poco levantaban
Lúbricos cantos de amor.

V.

CONCLUSION.

Allá de un valle fértil en el frondoso seno,
Cercado eternamente de misteriosa paz,
Tan solo interrumpida por el fragor del trueno,
O por el blando arrullo del céfiro fugaz;
Oculto entre los árboles, tranquilo se levanta,
Cubierto de malezas su derruido pié,
Tristísimo castillo, cuya presencia espanta
Al vulgo, que cercado de soledad le ve.
Es fama que en su centro, cuando hórrida y sañosa
La tempestad terrible revienta en torno de él,
Frenéticos se agitan, y en órgia bulliciosa,
De horribles esqueletos fantástico tropel,
Que al aire levantando las copas, dó perene
Humana sangre hierve por único licor,—
"A la salud," esclaman, "de Alonso y de Imogéne!...."
Y piérdese en los aires el lúgubre clamor.

1846. ALEJANDRO RIVERO.



EL HURACAN.

En la república de Chile, por el año de mil ochocientos veinte y dos, caminaba á caballo un jóven por la playa del Océano, divirtiéndose con la magnificencia del espectáculo que presenta aquel inmenso mar, que al poniente se estiende hasta las costas de China. Era la tarde hermosa, y todo estaba en calma: el Sol bajaba al Occidente, y las aguas tranquilas y de un bello azul, presentaban una superficie tan vasta como sosegada. Complacíase el caballero con semejante escena, á la que daban nuevo realce mil pájaros marinos, que volaban sobre las aguas; las pesadas gaviotas, las fragatas de grandes alas, las golondrinas acuáticas y las atrevidas procelarias.

Estasiado caminaba el jóven, absorto con tantos y tan hermosos objetos, cuando repentinamente oyó hácia el rumbo del mar un estruendo prolongado, como el que darian

muchas baterías de cañones disparados á un tiempo. Toda la playa se conmovió al estruendo terrible, que se repitió en las cordilleras de los Andes chilenos, cuyas basas se estremecieron, así como toda la costa y las islas vecinas. El mar, entre tanto, bramó, y su bramido, mas fuerte y mas espantoso que nunca, se oyó á muchas leguas en los poblados, y sobrecogió al caballero, que se quedó pálido y sin fuerzas. Entónces observó que el mar se retiraba precipitadamente de la playa, y se retiró tanto, que pudo verse el fondo oscuro y profundo del abismo, sus arenas y peñascos.

Grato y sublime espectáculo hubiera sido pararse á contemplar aquella escena, si hubiera en el mundo una alma tan fuerte, que tuviera valor para observar desde la orilla la profundidad de los senos del mar en que se apoyan sus aguas; pero sea por reflecsion del peligro, ó por instinto de la propia conservacion, lo cierto es, que el hombre, sin entereza para aguardar la vuelta de las olas, que debian retroceder, volvió la espalda al mar, y trató de salvarse á todo escape, corriendo á rienda suelta. El grande Océano, que habia estado como suspendido, no pudiendo conservar aquel estado violento, se revolvió contra la costa, con tal ímpetu, que no solo llegó á sus orillas, sino que se pre-

cipitó sobre la tierra, y penetró hasta una arboleda que distaba como doscientas varas de la playa. En tan terrible acometida, llevóse algunos buques, y los estrelló contra los árboles; pero como estaban las aguas fuera de su centro, tornaron otra vez, con igual violencia y estruendo, á buscar su antiguo fondo. A no haber corrido el caballo con tanta precipitacion, lo hubieran alcanzado las olas, y hubiera perecido sin remedio con su dueño; pero ámbos se salvaron, poniéndose fuera del alcance de aquellas.

Largo rato estuvo contemplando el jóven, desde una altura, el movimiento inmenso que agitaba el mar, y al fin se resolvió á retirarse á un pueblo vecino. Caminaba pensativo, recordando el peligro pasado, cuando observó, que agolpadas grandes nubes sobre su cabeza, se aprocsimaba una gran tempestad. Así fué en efecto, pues segun refieren los periódicos de Chile, la irrupcion del mar fué seguida de aguaceros enormes y de un huracan espantoso. El caminante, huyendo de la tormenta, buscaba una choza ú otro asilo en qué guarecerse, porque el agua caia á torrentes, los truenos y relámpagos se succedian sin intermision, y retumbaban horriblemente los montes cercanos.

No eran estos los únicos riesgos que le amenazaban: el huracan era tan violento, que arrancaba los árboles de raiz, arruinaba las

chozas de la pobre gente del campo, y bramaba con tanta fuerza entre los bosques, que parecia ser aquel dia el último del mundo. Hubieran perecido ciertamente el hombre y el caballo, á no ser porque se encontró á poco andar con una cueva, en donde logró guarecerse. Seguia la lluvia, seguian los relámpagos, y menudeaban los rayos. En la misma cueva se refugiaron varios pasageros, que venian huyendo de la tormenta. En frente, y no léjos de la cueva, pasaba un torrente, que con la abundancia de los aguaceros se habia hinchado, y salió de madre, arrasó los campos y las mieses, y arrebató hombres y ganados. De las personas arrastradas por la corriente, unas murieron ahogadas, y dos se salvaron, no tanto por sus esfuerzos, cuanto porque las olas los arrojaron á la orilla. Los refugiados en la cueva salieron en su ausilio, y les prestaron los socorros que pudieron. Las dos personas que lograron esta fortuna, eran un hombre y una muger jóven y bastante hermosa, aldeanos ámbos de un lugar vecino.

Albergados en la gruta, refirió el hombre la tragedia que acaba de esperimentar, diciendo: "Yo y esta muchacha desde niños nos hemos profesado el amor mas puro y sencillo. Esta (señalando á la muchacha) á pesar de la repugnancia de sus padres, me distinguió entre todos los conocidos de la familia, y yo

por mi parte le correspondí su cariño. Así pasamos años enteros, sin lograr casarnos, como lo habiamos deseado, hasta que al fin, con la muerte de los padres de ésta, tuvimos la felicidad de disponer el matrimonio, que se verificó esta mañana en la inmediata parroquia. Volviamos ya para nuestro pueblo, cuando sentimos un gran terremoto, al que succedió esa gran tormenta de lluvial, truenos y rayos; pero lo que mas agravó nuestra situacion, fué el huracán.

"En medio de una llanura nos sobrecogió el viento: soplaba éste con tal ímpetu, que nuestros caballos ya cedian á la fatiga; bramaba como el mar embravecido; los animales huian á los bosques cercanos; los montes crugian, y se desgajaban los árboles: yo ví algunas palmas arrancadas de cuajo de la tierra, en medio de un inmenso remolino. En tan horrible situacion, aceleramos el paso cuanto pudimos, para llegar á un lugar seguro; pero nos encontramos con este rio, que iba muy crecido; tratamos de vadearlo; mas como va tan precipitado, sus olas nos envolvieron, así como á nuestros caballos, los que ya están muertos, y en cuánto á nosotros, ya se sabe lo que nos ha sucedido."

Aquí acabó su historia el buen aldeano, y los concurrentes compadecidos, les prodigaron los consuelos que ecsige el infor-



tunio, y dieron gracias á la Providencia, porque despues de tantos peligros, se sirvió salvar á todos los que se hallaban presentes. La relacion completa de las catástrofes que ocasionaron el terremoto y el huracan, se halla en los periódicos chilenos de aquella época.

C.





Á

LA TRISTEZA.

CANCION.

I.

Eterna compañera
Del que llorando mísero
De la fortuna fiera
La saña pertinaz,
En brazos de la muerte
Solo halla el dulce bálsamo
Que por sus venas vierte
Consoladora paz;

II.

Revuelta tu melena,
Que ronco agita el ábrego,
De horror y espanto llena,
Negra tristeza, ven:
Ven, que sentir anhelo
Esos tus lábios cárdenos,
Cual témpanos de hielo
Sobre mi ardiente sien.

III.

Ven, sí, que no me asusta
De tu semblante pálido
La amarillez adusta,
Ni la honda contraccion;
Ven á enjugar piadosa
De mis hinchados párpados
El llanto en que rebosa
Mi herido corazon . . . .

IV.

Mis ojos, que ya ofuscan
Un mar de acerbas lágrimas,
Con terco afan te buscan,
Cansados de llorar . . . .
Tú tienes un encanto,
Que triste adora mi ánima;
Tú puedes ¡ay! mi llanto
Benéfica enjugar . . . .

V.

Los ayes de amargura
Que en la alta noche lóbrega
La ronca voz murmura
Del bárbaro aquilon,
Los ayes son que lanza
Mi acongojado espíritu,
Que ya infeliz no alcanza
Consuelo á su afliccion.

VI.

Mas tú, tristeza amiga,
Posees el dulcísimo
Beleño, que mitiga
Mis amarguras; ven.
Que por sentir anhelo
Esos tus lábios cárdenos,
Cual témpanos de hielo
Sobre mi ardiente sien.

Alejandro Rivero.



UN MAESTRO,

ó

LA FAMA.

I.

Paulo, hijo nativo de unos pobres labradores de los contornos de Nápoles, quedó huérfano á la edad de seis años, habiendo muerto sus padres, acometidos por la fiebre de la Solfatara. Fué recogido por un anciano labrador, propietario de vastas praderas, que se estienden desde el pié del Vesuvio, hasta el confin del camino de Roma.

Sin pretender el buen arrendatario recompensa alguna por este beneficio, trató de dedicar á Paulo á alguna ocupacion por la que pudiera tener un medio de subsistir; mas nada escitaba la emulacion de éste, á pesar de ser de un natural dócil y comedido. Paulo no habia podido jamas sujetarse á trabajo alguno, hasta que vencido por los sábios consejos del anciano, hizo prueba de dedicarse á los ejercicios del campo; mas poco á poco, y sin que pudiera atribuirse á malicia ó pereza, su salud se fué alterando de una

manera alarmante. Llamados los médicos, aseguraron que el mal era grave, probándolo, por otra parte, síntomas irrecusables. El padre adoptivo de Paulo, movido de piedad, concluyó por dejarlo seguir libremente sus inclinaciones.

Sus placeres favoritos, de los que la naturaleza aseguraba de una manera tan clara que no podia separársele, eran la contemplacion y el bello ideal....Se le encargó el cuidado de los ganados. La salud y la alegría le volvieron á un tiempo.... Entónces, en la paz de los campos, en medio de la armonía misteriosa de su organizacion y en la apacible tranquilidad, se desarrolló en él uno de los fenómenos mas admirables de la naturaleza.

Como un paisage se pinta en un lago tranquilo con todos sus pormenores, sus luces y sus sombras, así en el alma de Paulo, transparente é igual como un espejo, se reflejaba la armonía de todo aquello que en la naturaleza tiene una voz para suspirar, cantar ó gemir. Su oido, dócil al menor susurro del aire, dejaba pasar todas las vibraciones á su cerebro, y su garganta flecsible las reproducia con todo el atractivo poético de la voz humana.

El ruido matinal que se eleva de la tierra al caer el rocío, los murmullos lejanos de la tarde, el murmurio del agua que juega con el guijarro de la ribera y es detenida

contra la roca, desciende en las cavernas, cae en las cascadas, y se quiebra en su caida; las notas del viento, que silba en las florestas, sopla, murmura y gime entre los árboles; se introduce en las cuevas entreabiertas, muge en las altas montañas, ó en las almenas de las fortalezas; los cantos de las aves, que saludan la venida del Sol y su vuelta al Occidente, y prestan á la noche silenciosa la armonía de los mas deliciosos conciertos; todo habia venido á fijarse en su memoria; vasta orquesta, llena de fieles instrumentos, que se renovaba en los aires, combinándolos repentinamente de diversos modos, uniendo los unos á los otros segun los caprichos de su laringe ó la prontitud de la inspiracion; todo era una verdadera copia de la naturaleza multiplicada y animada. Del mismo modo que un número corto de cifras producen infinitos sonidos, segun sea el arte con que se las disponga, del mismo modo Paulo formaba con estas diversas unidades, un mundo de combinaciones inagotable. Reclinado al pié y bajo la sombra de un árbol frondoso, en frente de una roca ó de una ruina pintoresca, cuya superficie plana repite fielmente todo sonido que sale de su boca, Paulo se recrea con esta armonía natural, juega con el eco, conversa con él, y ecshala una voz, cuya repeticion escucha atento: compone un solo, cuyo eco vuelve desde

la muralla vecina, ó comienza un duo vivo y animado, iguales ámbos en fuerza, precision y movimiento. Un eco se succede á otro con rapidez, y apenas puede Paulo respirar, pues no le dejan concluir; cubre en seguida la otra voz con la suya, por no abandonar el campo de batalla á un cantor inmóvil, que parece que lo desafia; se levanta, se aleja para estar fuera del radio de la repercusion, y solo, sin temor de ser inquietado, triunfando del silencio de su rival, que no puede ya percibir ni repetir sonido alguno, ejecuta su final en medio de la atencion universal y de la calma de la naturaleza.

Desconfiado de su propia superioridad, jamas se imaginó que otros oidos que no fueran los suyos, pudiesen prestar una entusiasta atencion á sus cantos prodigiosos; mas la naturaleza, que nada ha creado inútil, y que como los grandes poetas dramáticos, hace siempre de un escena dos efectos, le dió dos oyentes, cuya admiracion debia formarse en cada uno de una manera diferente. El primero era una jóven de los alrededores, simple aldeana como él, y en la cual el canto de Paulo habia hecho germinar el amor....ordinario efecto de los encantos de la voz, que parece salir del alma, como sale la rosa cargada de sus perfumes, escitando el deseo de respirarla.... Ella la primera supo proporcionar una de aquellas casuali-

dades en que las declaraciones se hacen por sí solas. Paulo, feliz al ser amado, respondió á los votos de la jóven con todo el entusiasmo que inspira el primer amor: combinó sus cálculos para contraer un enlace feliz en el porvenir, y determinó pedirla por esposa á su madre, tan luego como los recursos se los permitiesen. Por lo demas, él no sentia inquietud por ser el esposo de Laura, pues aunque estaba conforme en unirse á ella, pero sus cantos y el ocio eran en realidad su pasion y sus amores.

Laura, por el contrario, le amaba con frenesí: no podia concebir la idea de dejarse de unir á él algun dia: estaba poseida de un amor que creia eterno, y el que si algun dia se estinguiese, la haria perder el juicio ó la vida.

Paulo era un artista; mas Laura era una italiana.

En cuanto al segundo oyente, creemos que ántes de nombrarlo, debemos remontarnos mas alto, para ver desde qué punto de partida lo debemos seguir.

II.

Entre los compositores que han dejado una honrosa memoria, y cuyos cantos repite aún la Italia, se cita un nombre, Picolelli; pero su gloria está envuelta en un misterio,

cuyo velo vamos á levantar. Por un raro capricho de la naturaleza, igual á aquel que le dió al pavo el deseo de cantar, nació Picolelli con todo el fuego de un grande artista: pasó su infancia y su juventud soñando con la composicion musical. Por espacio de diez años buscó la gloria en el teatro; y como era muy rico, poco le importaba pagar copias, luces, actores, figurantes, coros y cantatrices, todo el tiempo que sus composiciones ocupaban la escena; convenio muy grato para el empresario, que nada arriesgaba, y sacaba fruto de los ingresos: jamas el autor habia logrado ser llamado á las tablas, porque jamas un buen écsito recompensaba sus sacrificios....Su música carecia de espresion, de poder: sus partituras, impresas á su costa, quedaban envueltas en el polvo del almacen del editor.

Cada triunfo de sus rivales aumentaba mas y mas el tormento de sus celos.

Uno de los mas grandes dolores, reservados al hombre, es el de ver el triunfo de aquellos que juzga en su interior inferiores á él, aunque entre tanto se consuele en su interior con la conviccion de que es un artista oprimido, y cuyo mérito no se conoce; pero verse reprobado, ¡y considerar que esta reprobacion le ha de sobrevivir, es cosa cruel, es peor que la misma muerte!

En tal situacion se hallaba Picolelli, resuelto á acabar con la vida, cuando una ma-

ñana abraza á su hija, la deja anegada en lágrimas, y se sale al campo para decir al mundo un eterno adios.

El Arno era la tumba que habia elegido para precipitarse allí, y morir.

En tanto que atravesaba las hermosas riberas, una voz humana llegó hácia él, con tal ondulacion y tal acento, que lo dejó sorprendido y encantado: á la vez que se acerca, percibe la voz mas llena, hasta que á la vuelta de una roca, se le aparece Paulo, entregándose al placer de su melodiosa improvisacion.

Aunque Picolelli nada tuvo de original, no carecia sin embargo de sensibilidad: los cantos de Paulo lo detuvieron al punto en aquel lugar....Bien pronto la melodía embargó sus sentidos, arrobó su pensamiento y le suspendió la voluntad, y con ella los proyectos de muerte....Sus fuerzas decaidas se reanimaron, y abundantes lágrimas vinieron á humedecer sus párpados. Salido de esta situacion involuntaria, se halló mas calmado, y escuchó todo el rústico concierto del jóven pastor, con el entusiasmo con que un aficionado asiste á la ejecucion de la partitura de un gran maestro. Escuchó atento aquellas melodías, que hicieron en él tal impresion, que le quedaron fijas en la memoria.

De repente le vino una idea brillante, abrasadora, irresistible....Vuelve á su casa

de Nápoles, escribe con toda la fidelidad de la ecsaltacion, las frases musicales de Paulo, y se queda dormido repitiéndolas.

A otro dia, y á los siguientes, volvió á beber en la misma fuente, y al cabo de un mes llevó al director una obra que la administracion del teatro de San Cárlos solo admitió con la condicion de que Picolelli pagase los gastos.

Mas entónces la cosa varió de aspecto.... Como si el mal resultado de sus obras anteriores, no hubieran sido mas que el efecto de una mala suerte, que acababa de variar repentinamente, ésta sí agradó al público, y le arrancó grandes aplausos....La reaccion fué completa: todos los salones, todas las sociedades no repetian mas que un nombre: el pueblo, al que las notabilidades llegan muy lentamente, no manifestó menos entusiasmo. Desde por la mañana, todos los asientos estaban tomados, un inmenso concurso ocupaba la plaza del teatro, y se agolpaba en las calles cercanas. La policía se vió obligada á intervenir, para evitar que la admiracion degenerase en tumulto, y el entusiasmo en desórden.

Desde este momento, la buena opinion de Picolelli comenzó á aumentarse mas y mas, y aun no pasaba la fama de su primer triunfo, cuando otra nueva composicion venia á hacer mas célebre su nombre, y á añadir

otro eslabon mas á una cadena no interrumpida de aplausos y de gloria. Habia adquirido ya la popularidad, esa corona que no siempre prueba mérito real, pero sin la cual el artista duda de sí mismo. No se escuchaba por todas partes mas que el nombre de Picolelli. Nápoles no tenia mas que una voz para ejecutar sus composiciones....despues se estendieron por toda la Italia, y en ménos de dos años, su fama dió en tierra con la de todos sus rivales, y opacó la de todos sus predecesores y maestros.

III.

Desde que este célebre compositor descubrió tan fecunda mina de melodía, concibió, como es de suponerse, una grande aficion por el jóven aldeano, pues fuera del interes con que lo visitaba, para recoger los tesoros que salian de su boca, se sentia inclinado, por esa especie de magnetismo que atrae á los génios superiores, hácia aquel cantor de la naturaleza, al que no cesaba de admirar.

Paulo no conocia la sublimidad de sus órganos: era semejante á aquellos instrumentos del sonambulismo, que leen dormidos y con los ojos cerrados; mas que despiertos, no pueden descifrar una letra.

No creia, sin embargo, que tanta bondad

de Picolelli fuese sin interes.... A consecuencia de sus favores con el jóven pastor, éste habia llegado á comprender, sin alcanzar la razon, el poderoso ascendiente que habia adquirido sobre el rico propietario; el interes que Picolelli tomaba por su salud, las vivas inquietudes, cuya impresion no podia moderar, su aire afectuoso y sumiso, nada de esto podia ocultarse á Paulo, el que, sin analizar como un moralista, se aprovechaba de ello, como el niño que conoce el lado flaco de una madre. Así, pues, cuando las quintas para el servicio militar vinieron á amenazar su libertad, la idea de perderla, lo preocupó de tal manera, que el pesar rugó su frente y lo puso taciturno....Al observar estos malos síntomas Picolelli, se alarma, se informa de la causa de aquella tristeza, y apenas se instruye de ella, comienza á buscar desde aquel mismo dia un hombre para reemplazar á Paulo, el que libre ya de ir al servicio de las armas, bendice á su benefactor, y vuelve á entonar sus cantos, con el gozo espresivo de un hombre que acaba de escapar del peligro. A poco le vienen á Paulo algunos antojos, que el feliz Picolelli se apresura á satisfacer, seguro de adquirir con esta condescendencia nuevos cantos, llenos del embeleso de una alma contenta.

En fin, sea por condescender con Paulo,

ó por tener mas cerca de sí la fuente de la gloria, Picolelli compró en las cercanías una propiedad muy bella, y una granja cuya administracion le dió; mas por una infraccion de los usos recibidos, esta granja, que Paulo habitaba por órden espresa del nuevo comprador, fué esclusivamente dedicada para guardar ganados. Los lugares destinados al pasto, se limitaban, á un lado, por el flanco negro y salvage de la montaña calcinada, y del otro, por el rio, cuyos dos límites estaban bastante lejanos para que el pastor no tuviese necesidad de buscar el sustento de sus ganados en otros terrenos. Paulo tenia la libertad de estraviarse, de meditar, y sobre todo, de cantar; y Picolelli descubria, así como ántes, el secreto de su gloria en el canto improvisado de esta voz.

Este cambio de bueno á mejor en la situacion de Paulo, fué un golpe maestro por parte de Picolelli, que deseaba ardientemente distraerlo del mundo entero; pero le pa-

recia que no habia hecho otra cosa, que poner á Paulo en circunstancias de poder obtener la mano de Laura: la madre de ésta, como hemos dicho, no queria concedérsela hasta que él no le asegurase el porvenir de su hija. Así es, que cuando Paulo fué á dar razon de su buena suerte á la casilla de su amada, se llenaron todos de gran regocijo, y se dispuso al punto el matrimonio. Paulo entrevió en él un siglo de alegría y de descanso; Laura, horas de placer y de felicidad, y el gran compositor Picolelli se complacia en su interior de haber organizado tan bien el arsenal de donde habia de salir su melodiosa artillería.

Concibió al punto el proyecto de apartar á Paulo de todo contacto humano, y acercarse él allí, para no perder nada. Tan pronto como la propiedad señoril estuvo capaz de ser habitada, se fijó allí con su hija, tan bella á los diez y ocho años como su madre.

El ilustre maestro llegó en fin al apogeo de su gloria, y la envidia calló ante una reputacion tan popular, quedándole solo el recurso de anunciar, que el gran compositor habia de caer algun dia.

IV.

La fatal prediccion comenzaba á cumplirse. Picolelli no habia descendido aún; mas ya padecia el amor propio del artista, que se

hallaba abandonado á sí mismo, para poder producir algo; guardando no obstante silencio.

No se desanima á pesar de esto. Sombrío, inquieto, atormentado por su propia insuficiencia, erraba en sus posesiones al derredor de Paulo, con la misma ansia y agitacion de un amante que acecha la mirada ó la sonrisa de una coqueta; mas era en vano.

¡Los cantos habian cesado!.... Sí, habian cesado; Paulo estaba silencioso y pensativo, y Laura, á quien la tranquilidad de éste interesaba, lo conoció tan pronto como Picolelli: eso era muy natural, los dos estaban afectados de una pasion fuerte y poderosa.

Una mañana, como si el mismo sentimiento de curiosidad los hubiese reunido, Laura y Picolelli, sin haberse hablado una palabra, se encontraron cada uno al lado de Paulo, el uno en una espesura de enebros, y la otra detrás de una gruesa encina, desde donde asomaba con precaucion la cabeza, para no perder ninguno de los movimientos de su amante: Laura, bastante retirada para poder oir sus palabras, mostraba en su fisonomía una atencion mas profunda que Picolelli, el que estando mas cerca de Paulo, podia no solo verlo, sino tambien oirle.

Sentado Paulo sobre un cesped, estuvo largo tiempo sumido en una melancólica meditacion. Sus ojos andaban errantes, sin mi-

rar los ganados; sus lábios murmuraban palabras, como si se acordara de alguna cosa; despues, saca de su seno una cinta, la contempla estasiado, y la besa en seguida repetidas veces.

Al ver esto Laura, sale de su escondite, se adelanta poco á poco, llega junto á Paulo, y le arrebata con violencia la cinta de las manos; da un salto hácia atrás, cual si fuese una pantera, la arroja á sus piés con un movimiento de rabia, que no es fácil describir; saca de su seno una daga, cuya hoja hizo brillar al Sol, y parte, arrojando sobre Paulo una mirada colérica y amenazante.

Paulo, aterrorizado de pronto, respira como el hombre que libre de un peligro, lo cree venir todavía: recoge su ganado, y se vuelve con él, para entregarse enteramente, solo y sin testigos, á su amor.... ¡amor sin esperanza!

Cuando se hubieron separado el uno del otro, Picolelli alzó la cinta que Laura habia dejado caer, llevada de su cólera.

Era la cinta de su hija.

La reflecsion fué grave, profunda.... mas la crísis era horrible....Picolelli no creia que su hija correspondiese á los sentimientos del jóven audaz; mas los espía, los ve cambiarse un beso y re-

petirse un juramento; sorprende á Paulo á los piés de Genoveva, reprime su cólera, se acerca y les tiende los brazos.

Un mes despues se celebraba un magnífico casamiento en la iglesia de los dominicanos: la esposa era la bella Genoveva, hija del célebre compositor Picolelli; el esposo, Paulo, pastor ántes en las cercanías de la Solfatara.

Si alguna union dió que decir á los curiosos, fué ésta sin duda....Un hombre tan rico, tan ilustre, cuya fama europea debia desear un príncipe, cuando ménos, para esposo de su hija, ¡darla á un pastor! Eso es muy pastoril y muy torpe á la vez....O el maestro está loco, decian, ó su hija es culpable.

No.... ¡el pastor no volvió á cantar! Triste, taciturno, sombrío, apático, pasaba los dias enteros sin que un nuevo acento diese á conocer aquel órgano admirable, que habia sido la causa de la gloria de Picolelli.... ¡Adios modulaciones del pastor, adios triunfos del maestro!.... Ya la tristeza habia causado en el jóven una afeccion peligrosa.... Pronto iba á ser un mal de muerte, que debia abrirle la tumba....

Al salir de la iglesia Paulo y Genoveva, satisfechos con su felicidad y llenos de esperanzas é ilusiones, se precipita una muger de en medio de la multitud, aparta á los testigos, y án-

tes que brazo alguno pueda detenerla, se precipita sobre Paulo, y le da una puñalada.... Se intenta coger al asesino.... Pero Laura, mas veloz que el pensamiento, arranca el puñal de la herida, y se lo clava en el corazon.... se cierran sus ojos.... palidece.... Corre su sangre.... pronuncia algunas mal articuladas palabras, y muere!

¿Quién podrá pintar el dolor de Genoveva, y sobre todo, el de su padre?.... Fué luego transportado el herido á su casa, y los mas eficaces socorros le fueron prodigados.... Sea que la mano de Laura, convulsa con la agitacion del furor y de los zelos, hubiera herido mal, ó que por un movimiento de Paulo se desviase el puñal del lugar del corazon, la herida fué en el cuello. Los médicos no la creyeron mortal, y se apresuraron á tranquilizar á Picolelli y su hija.

—Ningun peligro amenaza la vida de vuestro yerno, dijeron; únicamente perderá la voz.

La prediccion se realiza: Paulo sana, pero queda mudo. Picolelli no hizo mas óperas.

V.

Tres años despues salia de la capilla de los Benedictos un entierro, acompañado de todas las notabilidades artísticas: era de uno de los hermanos de aquella órden, á quien

conducian á su última morada. Llegado al campo del descanso eterno, el prior tomó la palabra, y pronunció la oracion fúnebre de Fabio Picolelli, muerto en olor de santidad, despues de haber renunciado á los triunfos del teatro, y de haberlos espiado en la soledad del claustro.

La multitud se separó profundamente conmovida.

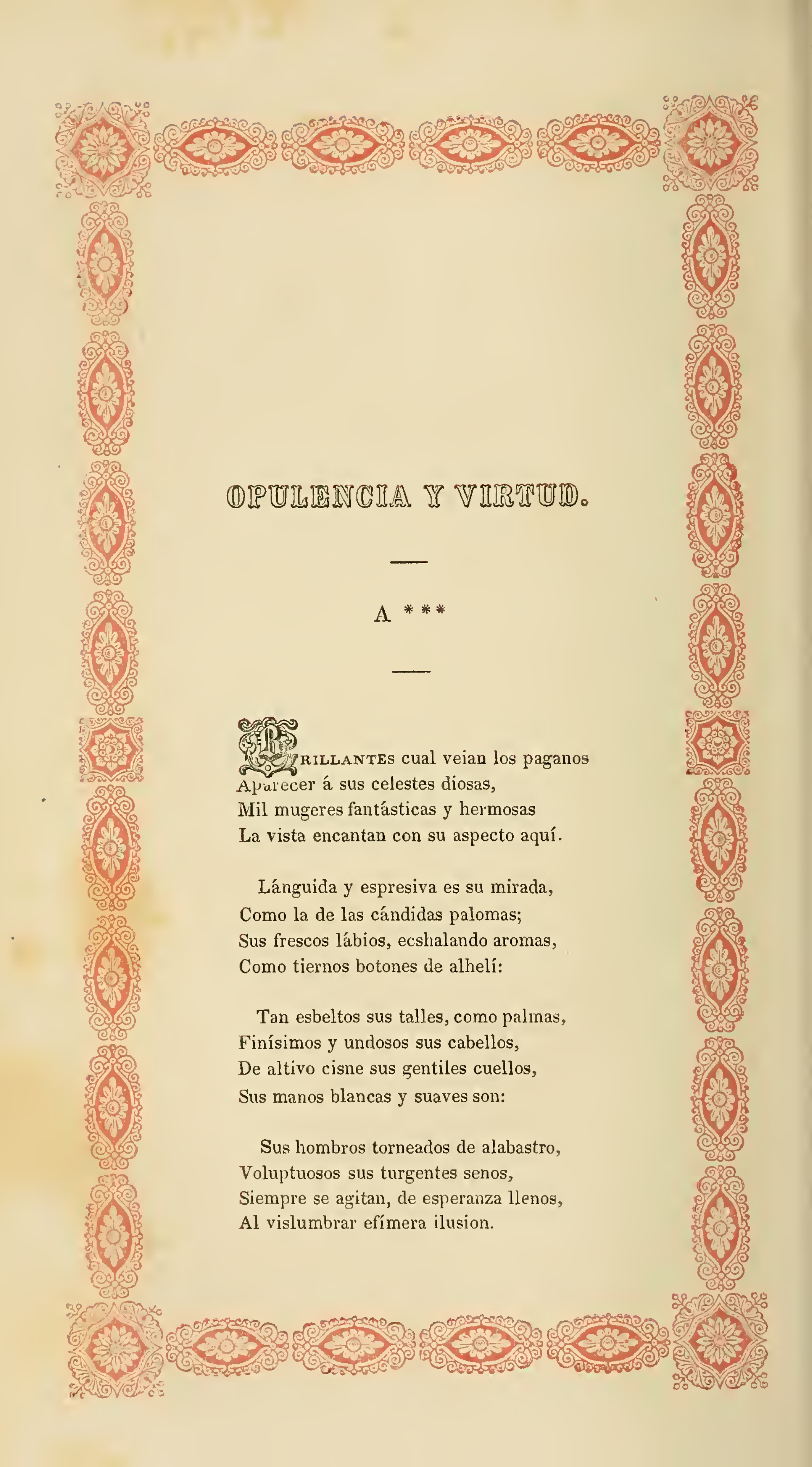
El director del teatro de San Cárlos hizo levantar un espléndido monumento sobre el sepulcro de aquel compositor, con cuyas óperas se habia enriquecido.

Este cenotafio está adornado con todos los símbolos del arte; y sobre una lápida de mármol negro, que se conserva aún, se lee en letras de oro la siguiente inscripcion:

AQUI YACE
EL ILUSTRE COMPOSITOR
FABIO PICOLELLI,
AUTOR DE ATALANTE,
DE LOS JUEGOS OLIMPICOS,
DEL TUTOR ENCARCELADO,
DEL MATRIMONIO DISUELTO,
DE LOS RIVALES GENEROSOS
Y DE LA BELLA NAPOLITANA.

Las óperas citadas en la tumba de Picolelli, eran precisamente aquellas cuya música habia improvisado Paulo en medio de sus meditaciones.

F. G. M.



OPULENCIA Y VIRTUD.

A ***

BRILLANTES cual veian los paganos
Aparecer á sus celestes diosas,
Mil mugeres fantásticas y hermosas
La vista encantan con su aspecto aquí.

Lánguida y espresiva es su mirada,
Como la de las cándidas palomas;
Sus frescos lábios, ecshalando aromas,
Como tiernos botones de alhelí:

Tan esbeltos sus talles, como palmas,
Finísimos y undosos sus cabellos,
De altivo cisne sus gentiles cuellos,
Sus manos blancas y suaves son:

Sus hombros torneados de alabastro,
Voluptuosos sus turgentes senos,
Siempre se agitan, de esperanza llenos,
Al vislumbrar efímera ilusion.

De blanco lino y de purpúrea seda
Cubiertas, y de ricas pedrerías,
En ocio pasan los veloces dias,
Sin pensar en mañana ó en ayer.

La bella aurora á sorprenderlas viene,
Soñando triunfos sobre muelles lechos,
O entre festines, bajo ebúrneos techos,
Apurando la copa del placer.

Siempre halagüeñas, consiguiendo siempre
Mil victorias efímeras y vanas,
Imperan absolutas soberanas
En fogosa, inesperta juventud.

Una palabra sola, una sonrisa
En su encarnado, artificioso lábio,
Al frio anciano y al austero sábio
Tambien roba la dicha y la quietud.

Pero no son felices, que sucede
Muy presto al ocio, insoportable hastío,
Al mentido placer, penar impío,
Remordimiento, al goce del amor.

Y ajados sus encantos, y ya roto
De sus ensueños fúlgidos el velo,
Sin ninguna esperanza allá en el cielo,
Infelices sucumben al dolor.

En tanto una muger, como en la mente
Del Divino Creador fué concebida,
Pasa entre goces y placer la vida,
Retirada en tranquila soledad.

Desde que al mundo vino, rodeóla
El soberbio esplendor de la opulencia;
Pero derrama el oro su clemencia,
Para aliviar al pobre en su orfandad.

Del desvalido en el afecto puro
Ella ha encontrado aquí su bienandanza,
De una dicha mas noble la esperanza
Solo en el mundo, donde mora Dios.

Cual surca el mar el hábil marinero,
Siguiendo siempre la benigna estrella,
Así camina por la tierra ella,
De la virtud sagrada yendo en pos.

Nace una flor, y el valle donde crece
Hermosean sus fúlgidos colores,
Y sus puros, suavísimos olores,
Perfuman el ambiente que la mece:

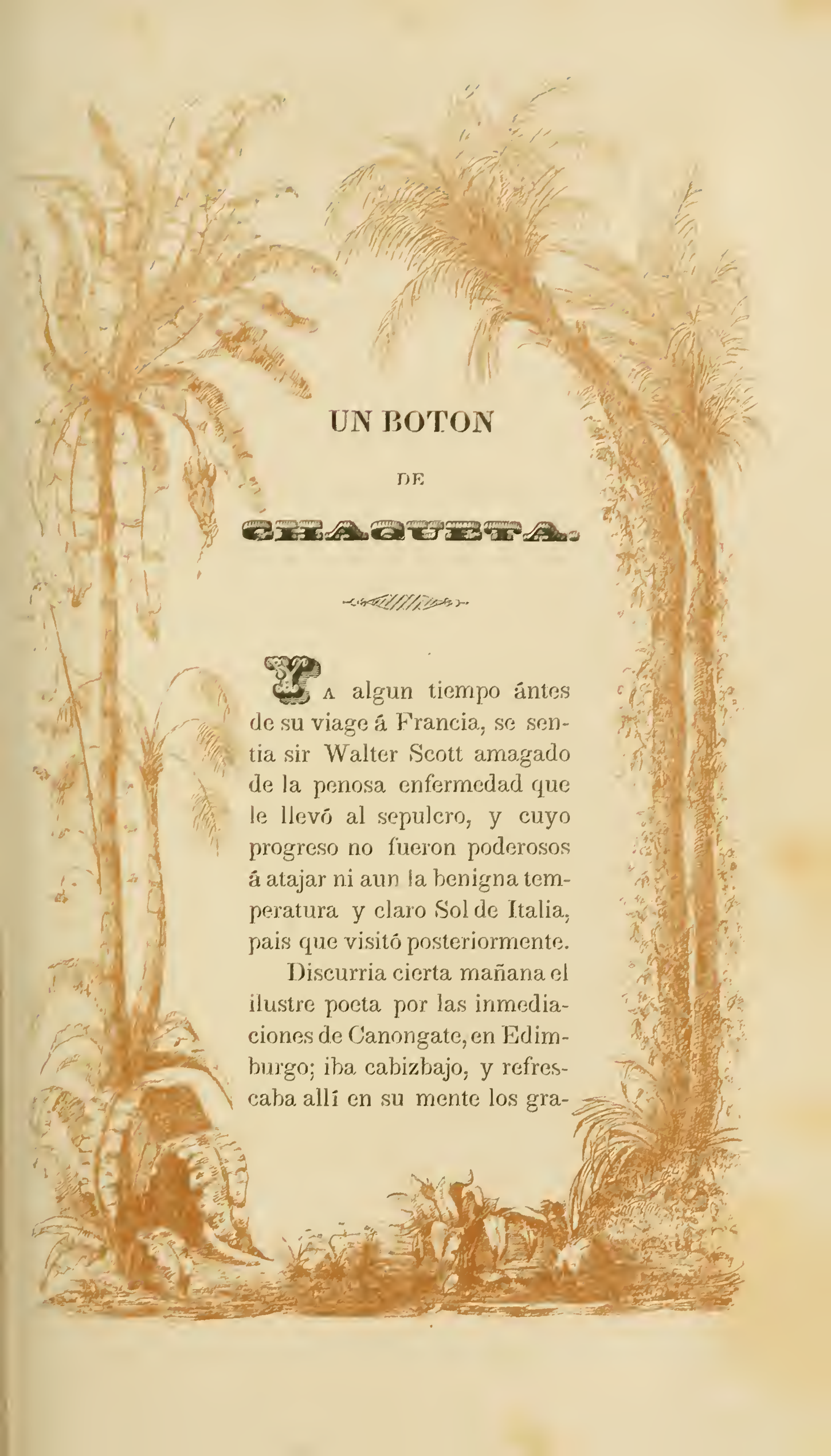
Y aunque su brillo espléndido fallece
Del ardoroso estío á los rigores,
Cual soberana de las otras flores
Siempre por su fragancia ella aparece.

De la manera misma tú, señora,
Reinas sobre esas mágicas mugeres,
Que encantan con su aspecto nuestro suelo:

Pues si el tiempo con planta asoladora
Borrando va tus gracias, siempre eres
De las virtudes el mejor modelo.

E. Villamar.

México, 1846.



UN BOTON

DE

CHAQUETA.

Ya algun tiempo ántes de su viage á Francia, se sentia sir Walter Scott amagado de la penosa enfermedad que le llevó al sepulcro, y cuyo progreso no fueron poderosos á atajar ni aun la benigna temperatura y claro Sol de Italia, pais que visitó posteriormente.

Discurria cierta mañana el ilustre poeta por las inmediaciones de Canongate, en Edimburgo; iba cabizbajo, y refrescaba allí en su mente los gra-

tos recuerdos de su infancia, cuando en la callejuela donde por acaso transitaba, entra una pesada carreta, tirada por tres caballos, y casi tan ancha como el callejon, que sir Walter tuvo que arrimarse cuanto pudo á la pared, para no ser atropellado.

Pero notó su aprieto el conductor, y haciendo alto á una distancia regular, dijo con sombrero en mano á nuestro poeta: "Os ruego, señor, que paseis; pues no me fio mucho de este caballo retinto que aquí viene, sobre todo en calles tan estrechas como ésta, y no quisiera yo que sucediese una desgracia."

Miró Walter Scott atentamente al que le dirigia la palabra con tal comedimiento; hombre que notoriamente era de su misma edad, con corta diferencia; cano como él, pero robusto, ancho de espaldas, y cuyos ojos, vivos de por sí, brillaban acaso con mas fuego, merced al que les comunicaba un buen trago de aguardiente.

El poeta, despues de haberle contemplado un rato, le dijo con dulzura: "¿No hay por aquí alguien á quien podais encargar de vuestros animales? Quiero que vengais conmigo."

El pueblo ingles es el mas original del universo; y como la gente pobre sabe que por prestarse á las momentáneas estravagancias de los ricos, recibe á veces mayor retribu-

cion que por años enteros de útiles servicios, el carretero, sin pedir ni aguardar esplicaciones, dió un fuerte silbido para llamar á un muchacho andrajoso que por allí andaba, y le dijo: "Dick: sube, conduce la carreta, y avisa que allá voy dentro de una hora.... Ya me teneis, señor, á vuestras órdenes."

—"Habeis dicho que dentro de una hora, Juan; pero como pudiera ser que tardeis mas, decid que volvereis á casa en la noche."

Y dirigiéndose el conductor al muchacho, díjole: "Pues dí que iré á la noche; y comenzó á seguir al desconocido, que le habia llamado por su nombre; circunstancia que le causaba no poca admiracion. Entraron, por fin, ámbos en la calle nombrada Castle-Street, y en llegando á la casa núm. 39, hicieren alto. Al tomar Walter Scott la aldaba para llamar á la puerta, arrojó un profundo suspiro.

En este momento pensó acaso en la tormenta que amenazaba á su fortuna, y que entre otros sacrificios dolorosos, era probable le acarrease la sensible pérdida de aquella misma casa, en que á la sazon iba á entrar, y que estimaba en mucho, por haberla heredado de sus padres. Cuan penoso fuese al poeta el desprenderse de esta habitacion, se ha averiguado posteriormente por la lectura de su diario; libro precioso, que ha-

ce ver cuánta nobleza y rectitud, cuánta sensibilidad y varonil esfuerzo atesoraba el alma de aquel célebre escritor.

Abrió la puerta una criada, y juntamente con ella salieron tres perros, que comenzaron á lamer las manos y á hacer fiestas á su amo, cuya aficion á estos animales es bastante conocida. Despues de acariciarlos y entretenerse con ellos un tanto, dijo Walter Scott á la sirvienta: "El señor viene á almorzar conmigo."

Efectivamente, fué servido el almuerzo, que era por cierto bastante apetitoso y nutritivo, de modo que sin la mas leve coaccion le embistió el carretero, sin perdonar asado, beefsteak ni salmon; abriendo no pequeña brecha en el queso, que aconteció ser muy de su gusto.

Terminado el almuerzo, hizo Walter Scott traer una botella de vino de Burdeos, llenó dos copas, y dando una de ellas á su convidado, se llevó la otra á los labios, diciendo:

—A vuestra salud, Juan Trimmer.

—Y yo bebo á la vuestra, que conserve Dios, señor *Fulano*, contestó el conductor con notable franqueza y naturalidad.

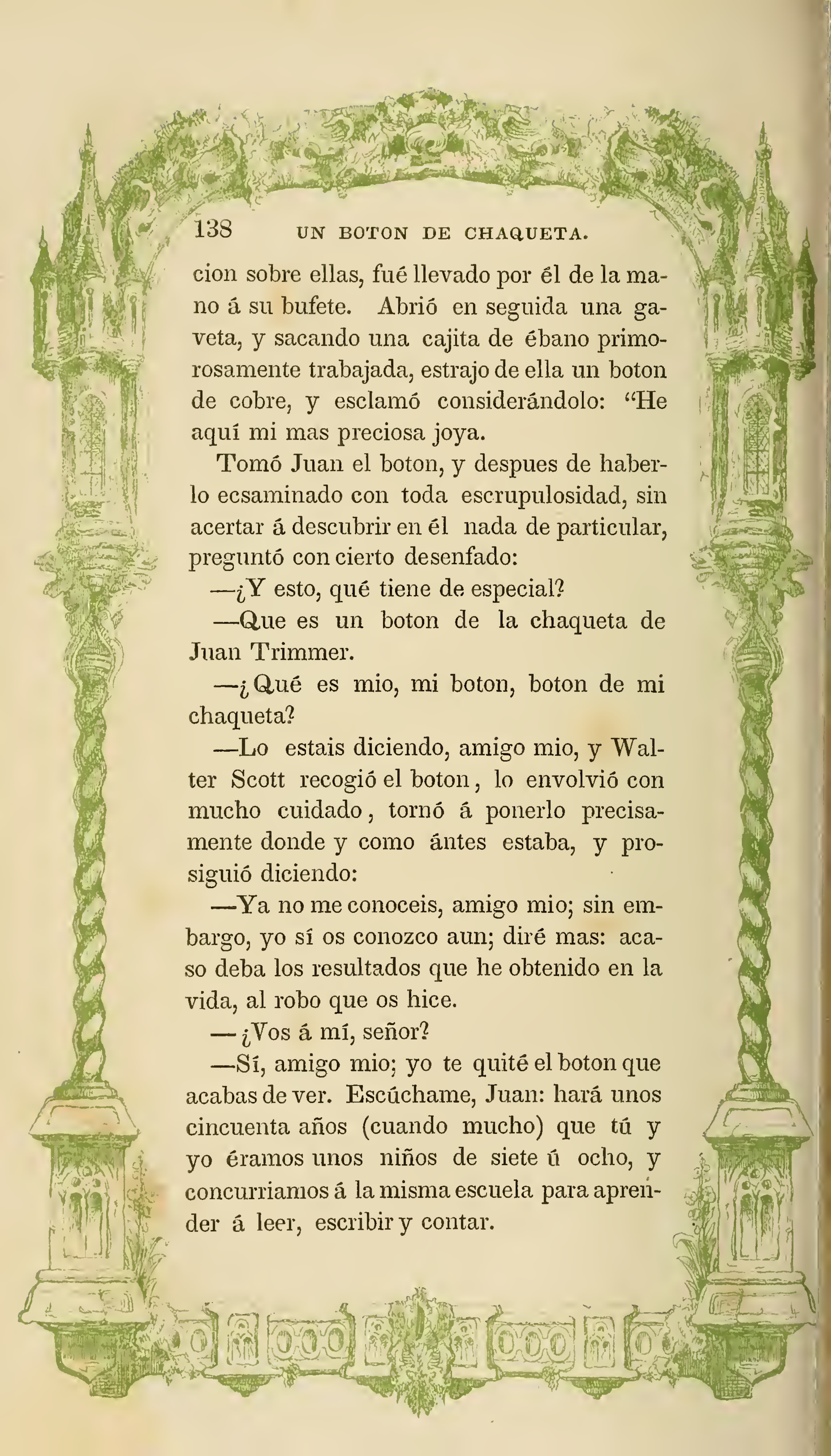
En seguida condujo sir Walter á Juan Trimmer hácia su gabinete, que era un verdadero museo de antigüedades, donde encontró el carretero multitud de cosas que cautivaron poderosamente su atencion, tales

como armas, muebles, y otros diferentes objetos, que habian servido á algunos antiguos personages de Escocia, con cuyos nombres estaba familiarizado, merced á las canciones populares que todos traen en boca, pues es de saberse, que en aquel pais no se mira lo pasado con la frialdad é indiferencia que entre nosotros, que lo consideramos como dominio esclusivo de los doctos.

Despues de ecsaminadas las armas, salieron á luz otros objetos mas curiosos aun, y contempló Juan con muy vivo interes un fragmento del collar de Ana Bolena, el devocionario de María Stuart, y otras mil preciosidades de que sir Walter Scott era digno poseedor.

Si en este momento hubiese observado alguien á entrámbos personages, sin conocerlos de antemano, se habria visto algo perplejo para decidir en cuál de aquellos dos cráneos escoceses que tenia delante, residia el genio creador; pues el aspecto de Walter Scott era el de un hacendero, cuando mucho, y así no es maravilla que algunos de los que le veian por la primera vez, dijesen luego que se habian figurado de muy diverso esterior al célebre poeta.

Así que el carretero hubo reconocido minuciosamente la mayor parte de las curiosidades que encerraba el gabinete de sir Walter, y pedido á éste mas de una esplica-



cion sobre ellas, fué llevado por él de la mano á su bufete. Abrió en seguida una gaveta, y sacando una cajita de ébano primorosamente trabajada, estrajo de ella un boton de cobre, y esclamó considerándolo: "He aquí mi mas preciosa joya.

Tomó Juan el boton, y despues de haberlo ecsaminado con toda escrupulosidad, sin acertar á descubrir en él nada de particular, preguntó con cierto desenfado:

—¿Y esto, qué tiene de especial?

—Que es un boton de la chaqueta de Juan Trimmer.

—¿Qué es mio, mi boton, boton de mi chaqueta?

—Lo estais diciendo, amigo mio, y Walter Scott recogió el boton, lo envolvió con mucho cuidado, tornó á ponerlo precisamente donde y como ántes estaba, y prosiguió diciendo:

—Ya no me conoceis, amigo mio; sin embargo, yo sí os conozco aun; diré mas: acaso deba los resultados que he obtenido en la vida, al robo que os hice.

—¿Vos á mí, señor?

—Sí, amigo mio; yo te quité el boton que acabas de ver. Escúchame, Juan: hará unos cincuenta años (cuando mucho) que tú y yo éramos unos niños de siete ú ocho, y concurriamos á la misma escuela para aprender á leer, escribir y contar.

—¡Ah! ya caigo.... íbamos al establecimiento del respetable señor Lewis, esclamó Juan, cuya memoria comenzaba por fin á despejarse.

—En efecto, y tambien recordarás que eras mas aprovechado que yo. En vano hacia yo grandes esfuerzos; no podia arrancarte del primer lugar á que siempre te hacias acreedor por lo bien que sabias tus lecciones; por mas señas, que algunas noches me desvelé pensando en ello.

—No digais eso....

—Es la pura verdad. Jamas te equivocaste al dar tu leccion, ó por mejor decir, solo una vez te ví confuso y sin saberla.... y esa vez tuve yo la culpa. Como tenia constantemente fijas en tí mis miradas, por un efecto de la emulacion, reparé un dia, en que miéntras recitabas lo que te habian señalado, estabas retorciendo con los dedos índice y pulgar el último boton de tu chaqueta.

"Me figuré al momento, que el tal boton debia tener alguna oculta virtud; traté de apoderarme de él, y una mañana tuve la dicha de arrancarte el pedazo de cobre sin que tú lo echases de ver. A poco entramos en la clase; comienzan á tomarnos la leccion; eres llamado tú, y te levantas; pero empiezas, segun tu hábito, á querer maniobrar con el boton; no lo hallas, y te confundes en el acto,

trabucas las palabras, y en suma, se te va completamente la leccion. Hácenmela decir á mí en tu defecto, y la digo como nunca. Así te arrebaté el primer lugar en nuestra escuela, y desde entónces, como era natural, hice cuanto pude para no verme obligado á dejarlo.

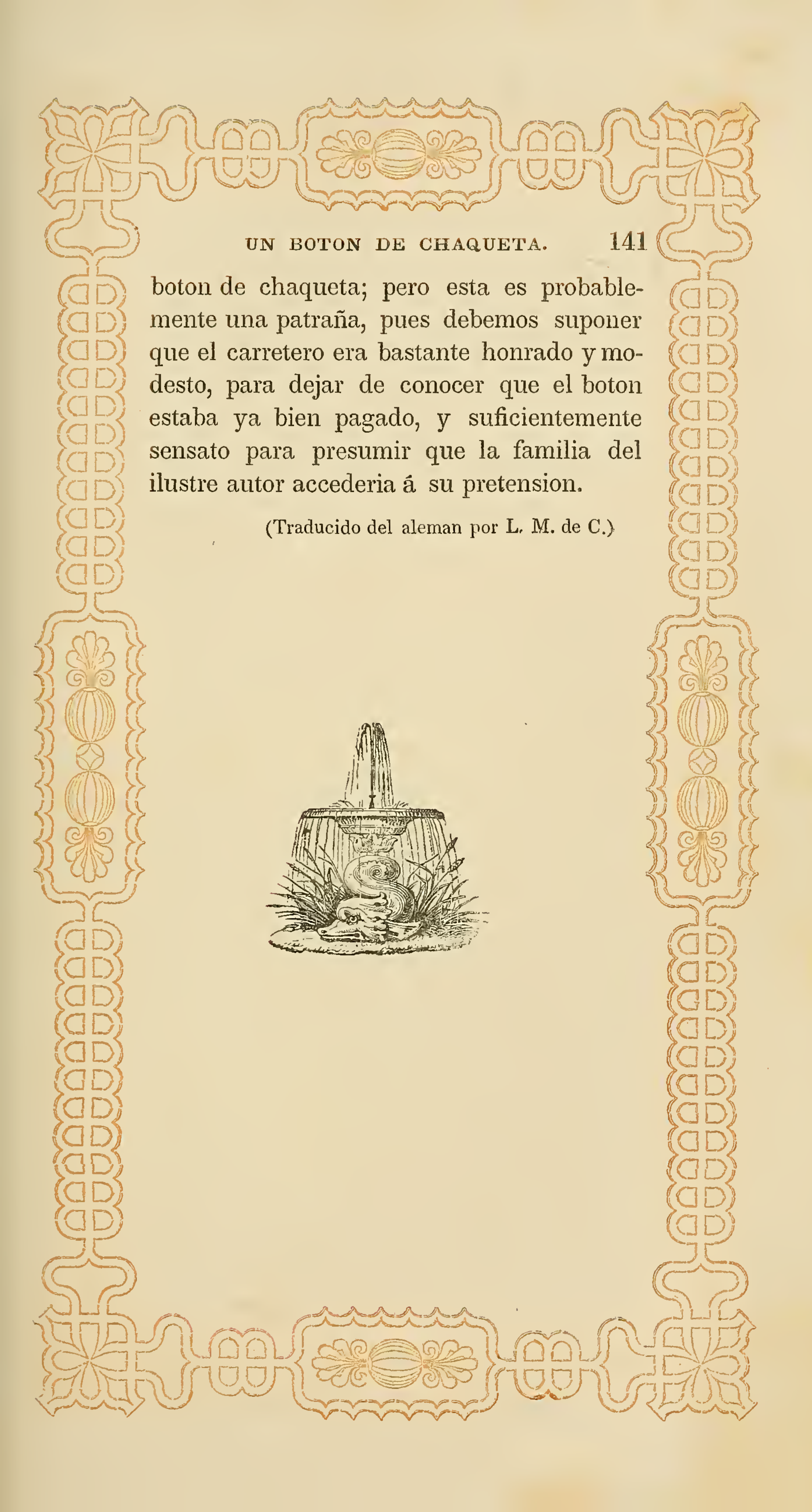
"Ya supondrás, Juan, que en mi boton, (en tu boton quiero decir) creia yo poseer un poderoso talisman; así es que me ha acompañado de continuo, y debo mucho, muchísimo, á la fé que tuve en su eficacia y virtud. Despues con mucho llegué á conocer que toda la mágia del boton consistia en la fuerza del hábito; pues sin saberlo tú, te habias acostumbrado á estar retorciéndolo, miéntras recitabas algo de memoria.

"Cierto es que mi travesura no te acarreó un daño positivo; mas á mí me fué de suma utilidad, y con verdad te digo, que en toda mi vida te he olvidado, al paso que tú no te acordabas ya de tu condiscípulo; ¿no es cierto, Juan?.... Como dentro de algunos meses quizá no me sea dable borrar mi antiguo pecadillo, quiero hacerlo hoy. Te ruego, pues, admitas estas cien guineas...." Y los antiguos camaradas de escuela se estrecharon la mano cordialmente.

Aseguran algunos, que muerto que fué sir Walter Scott, reclamó su condiscípulo el

boton de chaqueta; pero esta es probablemente una patraña, pues debemos suponer que el carretero era bastante honrado y modesto, para dejar de conocer que el boton estaba ya bien pagado, y suficientemente sensato para presumir que la familia del ilustre autor accederia á su pretension.

(Traducido del aleman por L. M. de C.)

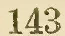




MI AMOR A AMIRA.



Vírgen que arrullas mis ensueños dulces
De casto amor, de gloria, y grata poesía
En mi pecho derramas:
¡Oh! si supieras cómo el alma mia
Te adora, Amira hermosa,
Tú me amaras aun mas de lo que me amas,
Y con tiernas caricias,
Mi ecsistencia, hasta hora congojosa,
En un mar convirtieras de delicias.
¡Cuánto, cuánto te amé, mi dulce Amira,
Desde la vez primera
Que mis ojos te vieron,
Y en tu danza ligera
Absortos y estasiados te siguieron!
Gallarda, airosa, en el salon girabas
Al compas de suavísima armonía:
En placer inocente te embriagabas,
Y tu seno, mas blanco que la nieve,
Con timidez bajo el sendal latía.
Y tus ojos brillaban seductores,
Y tu dulce mirar era de fuego:
¿Quién no quedara al contemplarte ciego,
Ardiendo el corazon por tí en amores?
Tus breves piés el suelo ni aun tocaban,
Y de tus pasos no dejabas huellas:



Las mugeres mas bellas
Entónces te envidiaban,
Cuando el salon girando recorrias,
Y Sílfide ú Ondina parecias.
Vision celeste te juzgaba el alma:
En amor me inflamé ¡dulce momento!
Perdí del corazon la antigua calma.
¡Ay! Amira, no sé qué es lo que siento:
Tu radiante belleza me hechizaba;
Tus facciones divinas, adorables,
Tu cabello ondeante,
Tu blanco cuello, y tu mirar amante.
Mas hora, dulce Amira,
Otro mas grato encanto
A mi inflamado pecho amor inspira:
Tu virginal virtud y tu inocencia;
Sí, tu virtud, que tu alma es sin mancilla;
En tu nevada frente el pudor brilla,
Y es un arroyo manso tu ecsistencia.
Es dulce, Amira hermosa,
Admirar la blancura de tu cuello,
Respirar de tu aliento el suave aroma,
Escuchar de tu lábio purpurino
Un "yo te amo," divino;
Estrecharte en mis brazos,
Y gozar tus caricias inocentes;
Pero, adorada mia, es aun mas bello
El contemplar absorto tu alma pura,
Cuando en tu faz, radiante de hermosura,
De virginal virtud llevas el sello.
Porque es grato pensar, Amira hermosa,
Que aun no empaña el delito
Tu ecsistencia temprana;
Que eres fragante rosa
En su primer mañana.

. . . .

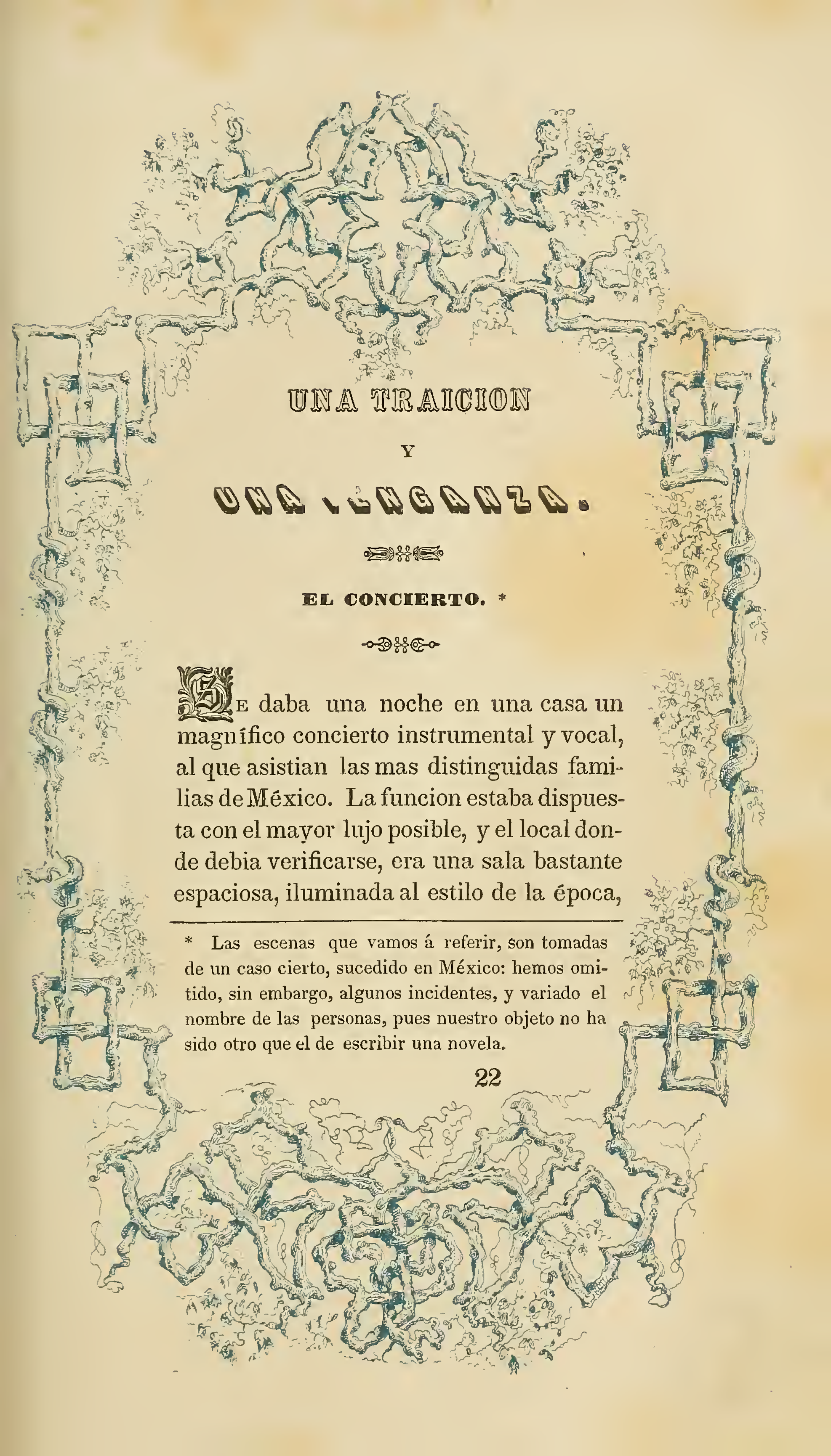
Mas ¡ay! Triste de tí, querida mia,
Cuando mi tierno amor correspondiendo,

Dentro tu corazon vayas sintiendo
Como yo siento, bárbara agonía.
Que tambien el amor arranca llanto,
Y al pecho llena de cruel martirio,
Cuando la mente por tenaz delirio
De delicioso encanto
Se halla agitada en sueños de ventura,
Y solo encuentra al despertar tristura.
Sí, que yo triste en mis tempranos años
Arrastro una ecsistencia dolorosa,
Y en juventud marchita y borrascosa
Del mundo conocí los desengaños.
¡Veintiun abriles!.... y en mi pecho siento
Un horroroso y lánguido vacío,
Y mi ecsistencia ha sido, dueño mio,
Una ecsistencia llena de tormento.
Quiera el Señor, que te formó tan pura,
De tí alejar las penas
Que mi pecho desgarran, y de encanto
Pasen por sobre tí las horas llenas.
Muger hermosa, idolatrada amiga,
Ven á mi seno fiel que te idolatra.
Angel de amor, de dicha y de consuelo,
Enviado desde el cielo
A mitigar mi llanto de amargura:
Ven, y pueda estrecharte entre mis brazos,
Mientras los dulces é insolubles lazos
Nos unen para siempre.
Acabe de mi vida la amargura,
Y luzca el bello dia
En que pueda llamarte *esposa mia.*

RAMON DE LA SIERRA.







UNA TRAICION

Y

UNA VENGANZA.

EL CONCIERTO. *

Se daba una noche en una casa un magnífico concierto instrumental y vocal, al que asistian las mas distinguidas familias de México. La funcion estaba dispuesta con el mayor lujo posible, y el local donde debia verificarse, era una sala bastante espaciosa, iluminada al estilo de la época,

* Las escenas que vamos á referir, son tomadas de un caso cierto, sucedido en México: hemos omitido, sin embargo, algunos incidentes, y variado el nombre de las personas, pues nuestro objeto no ha sido otro que el de escribir una novela.

por un hermoso candil de cristal, en que ardian diferentes luces, combinadas con otra multitud, que puestas en elegantes candelabros, se repartian por el resto de la pieza. Aquella luz era mas que suficiente para dejar ver un cielo raso de buen gusto, y los lujosos y esquisitos cuadros que rodeaban la sala, representando algunos pasos del antiguo Testamento. Como se esperaba mucha concurrencia, se habian dispuesto las sillas en tres órdenes ó hileras, para poder contenerla. En las puertas de los balcones se veian ricas colgaduras encarnadas y blancas, sostenidas por flechas de laton, llenas de relieves. Al frente de la puerta por donde se entraba, estaba colocado un magnífico piano ingles de cola, de voces abrillantadas y muy sonoras; el teclado era de toda la estension, y la madera del piano, la llamada de rosa. En el centro de la sala se veian varios atriles, para los papeles que se habian de tocar.

A las ocho y media de la noche, la sala estaba completamente llena de un numeroso concurso: las señoras, luciendo sus suntuosos vestidos y adornos, daban un encanto mayor á la funcion: sedas y terciopelos, blondas trapeadas, oro y pedrería, era en la mayor parte, con lo que estaban adornadas: en todo brillaba el buen gusto. Entre las señoras que allí estaban, se veia una jóven que apénas rayaria en los diez y ocho años.

Su fisonomía era dulce y espresiva; sus grandes ojos, negros, rasgados, daban gran realce á la blancura de su rostro: su tez era suave y delicada; sus facciones, todas finas y proporcionadas; advirtiéndose en su conjunto cierto aire de bondad y candor, si bien sus miradas y sus movimientos revelaban mucha viveza, ó tal vez una secreta inquietud que la oprimia. Llevaba un vestido de seda color de rosa, y se recogia en su esbelta y delicada cintura un *sobre–veste* de punto blanco trapeado. Por sobre de su pecho pasaban de uno á otro lado unos cordones violados, entretejidos en forma de red, y la fina *camisola* de su vestido dejaba ver un seno de alabastro, y aun se notaba su respiracion. Un grueso hilo de ámbar rodeaba su garganta, tan blanca, tan tersa y bien formada, que parecia la de la Vénus de Fidias. Sus torneados brazos estaban cubiertos, hasta la mitad, por un guante de seda blanco, bordado de oro y acero: su negro y largo pelo, en fin, hecho rizos, le caia sobre la espalda.

El concierto comenzó: los jóvenes filarmónicos, que ocupaban el centro de la sala, comenzaron á tocar la brillante obertura de *Norma.* Los suavísimos acentos de aquella pieza, llena de melancolía y de espresion, llamaron la atencion general, inspirando bien pronto, aun en los pechos mas helados,

sensaciones dulcísimas del todo nuevas; porque la música, y sobre todo la de *Norma*, habla al corazon, y despierta las ilusiones que yacen dormidas en su fondo. Concluida la obertura, la sala quedó mas despejada; pues los jóvenes filarmónicos salieron de allí con sus instrumentos, y entónces siguió la parte del canto. Una señorita acompañada del piano, cantó una aria coreada, concluyendo con la de *Casta Diva.* La dulzura de su voz era tanta; recorria con tal facilidad una escala desde la nota mas grave hasta la agudísima; y su voz firme, melodiosa y llena de espresion sostenia tanto una nota, que al tiempo de concluir, recogió miles de entusiasmados y sinceros aplausos. Miéntras pasaban estas escenas, la jóven de que hemos hablado, permanecia á ratos con los ojos bajos, y otros los levantaba y los dirigia á la puerta, y en seguida se ruborizaba, y volvia á inclinarlos; porque sus miradas se dirigian á dos hombres que se hallaban de pié á la entrada del salon. El uno era jóven, de regular presencia y elegante vestido; sus facciones se alteraban frecuentemente, y su fisonomía revelaba algun pesar secreto.—El otro era mas entrado en edad; pero su vigor y su presencia eran de un jóven. Los dos entre sí se miraban siniestramente, y en sus ojos se leia una oculta conmocion. Cuando concluyó el canto, salió al

corredor el jóven, y se empezó á pasear á lo largo: á pocos minutos salió el segundo, y con tono afectuoso le dijo:

—¿Qué le ha parecido á vd. el concierto?

—Bueno.

—¿No mas bueno?

—Todo lo que vd. quiera.

—Pues á mí me ha parecido escelente.

—Lo mismo á mí.

—En esta señorita he creido oir á la ponderada Pellegrini.

—Está bien.

—Supongo que vd. está un tanto incómodo, y por eso me retiro.

—Corrientes.

—Porque tal vez de lo contrario....reñiríamos.

—Corrientes.

—No tengo muy buen genio.

—Ni yo tampoco.

—Pues vale mas evitar un disgusto.

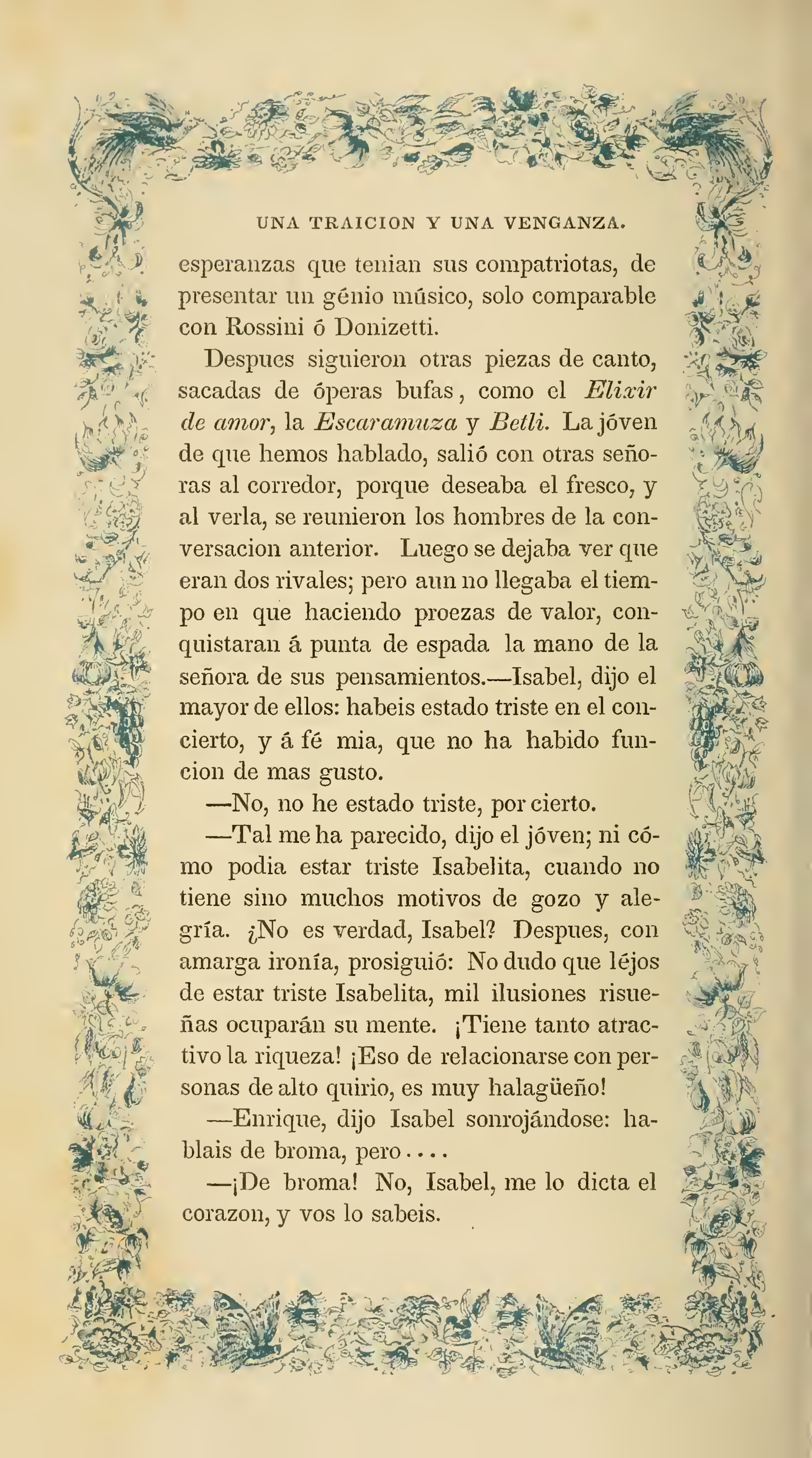
—Como vd. quiera.

—Quede vd. con Dios.

—Gracias.

Y ámbos se separaron; pero ántes se lanzaron una terrible mirada.

A las once de la noche se tocó la grande obertura del acreditado compositor mexicano D. Joaquin Beristain, cuya muerte, á los veinte y tres años de su edad, segó las



esperanzas que tenian sus compatriotas, de presentar un génio músico, solo comparable con Rossini ó Donizetti.

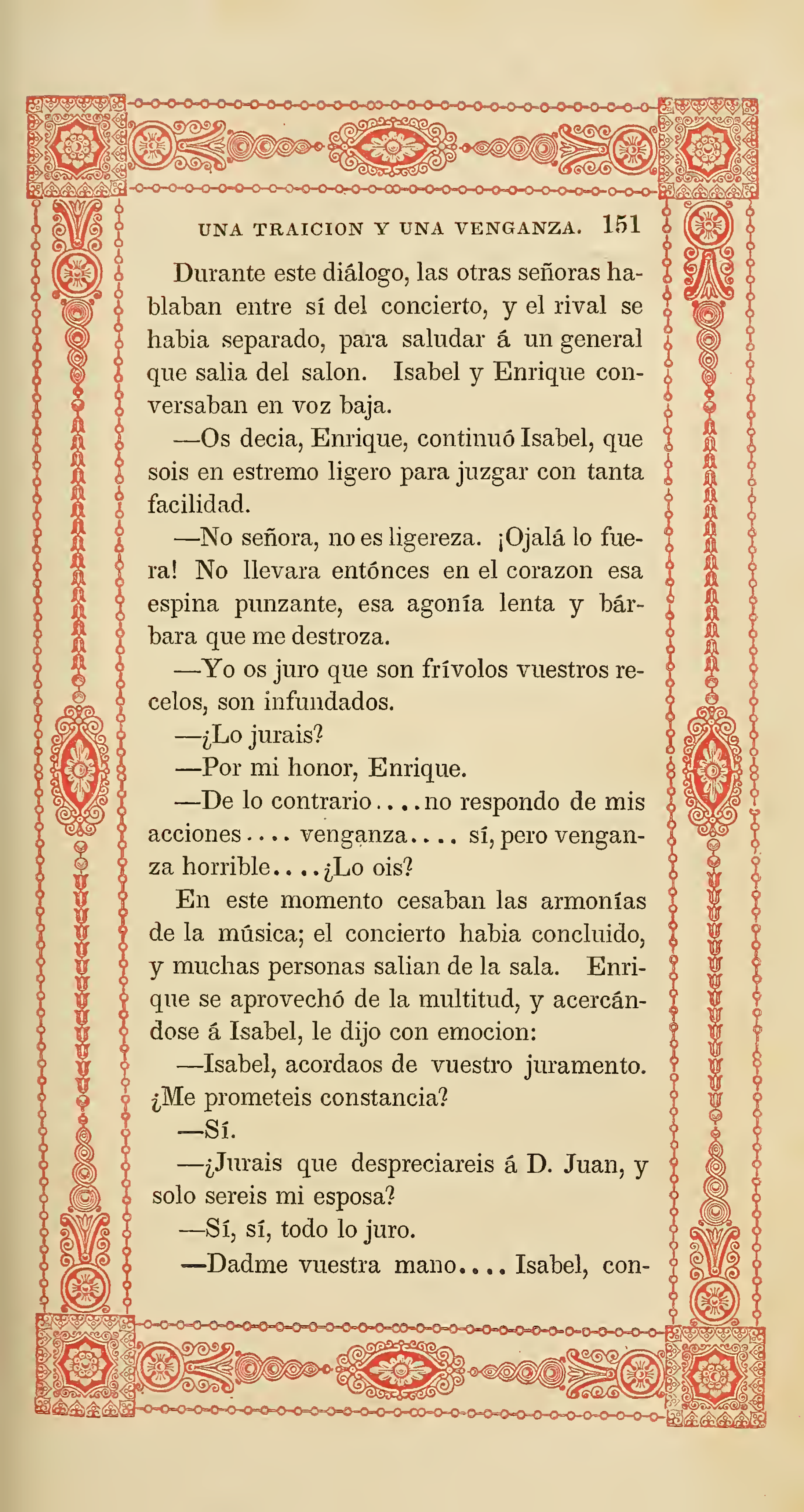
Despues siguieron otras piezas de canto, sacadas de óperas bufas, como el *Elixir de amor*, la *Escaramuza* y *Betli.* La jóven de que hemos hablado, salió con otras señoras al corredor, porque deseaba el fresco, y al verla, se reunieron los hombres de la conversacion anterior. Luego se dejaba ver que eran dos rivales; pero aun no llegaba el tiempo en que haciendo proezas de valor, conquistaran á punta de espada la mano de la señora de sus pensamientos.—Isabel, dijo el mayor de ellos: habeis estado triste en el concierto, y á fé mia, que no ha habido funcion de mas gusto.

—No, no he estado triste, por cierto.

—Tal me ha parecido, dijo el jóven; ni cómo podia estar triste Isabelita, cuando no tiene sino muchos motivos de gozo y alegría. ¿No es verdad, Isabel? Despues, con amarga ironía, prosiguió: No dudo que léjos de estar triste Isabelita, mil ilusiones risueñas ocuparán su mente. ¡Tiene tanto atractivo la riqueza! ¡Eso de relacionarse con personas de alto quirio, es muy halagüeño!

—Enrique, dijo Isabel sonrojándose: hablais de broma, pero....

—¡De broma! No, Isabel, me lo dicta el corazon, y vos lo sabeis.



Durante este diálogo, las otras señoras hablaban entre sí del concierto, y el rival se habia separado, para saludar á un general que salia del salon. Isabel y Enrique conversaban en voz baja.

—Os decia, Enrique, continuó Isabel, que sois en estremo ligero para juzgar con tanta facilidad.

—No señora, no es ligereza. ¡Ojalá lo fuera! No llevara entónces en el corazon esa espina punzante, esa agonía lenta y bárbara que me destroza.

—Yo os juro que son frívolos vuestros recelos, son infundados.

—¿Lo jurais?

—Por mi honor, Enrique.

—De lo contrario....no respondo de mis acciones.... venganza.... sí, pero venganza horrible....¿Lo ois?

En este momento cesaban las armonías de la música; el concierto habia concluido, y muchas personas salian de la sala. Enrique se aprovechó de la multitud, y acercándose á Isabel, le dijo con emocion:

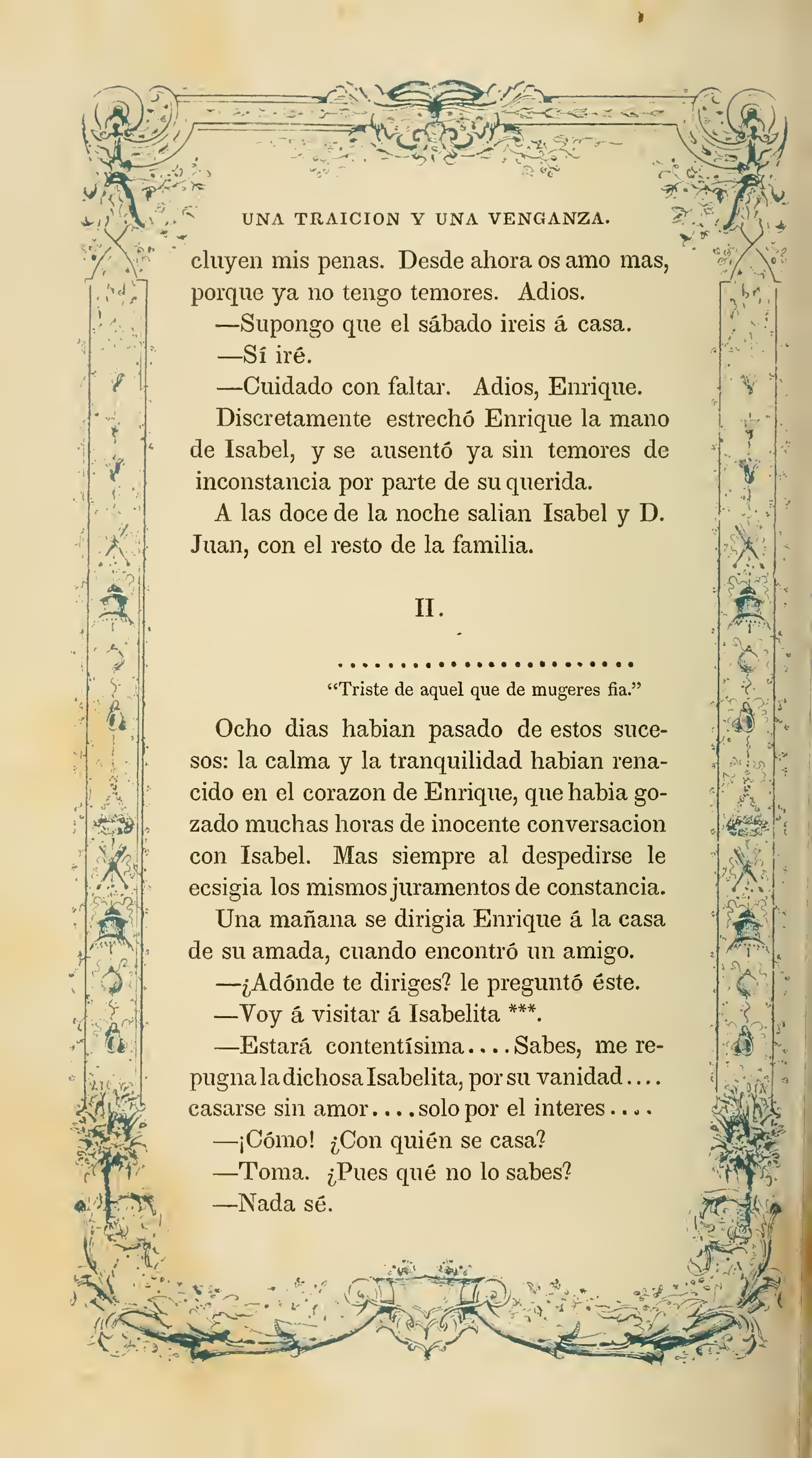
—Isabel, acordaos de vuestro juramento. ¿Me prometeis constancia?

—Sí.

—¿Jurais que despreciareis á D. Juan, y solo sereis mi esposa?

—Sí, sí, todo lo juro.

—Dadme vuestra mano.... Isabel, con-



cluyen mis penas. Desde ahora os amo mas, porque ya no tengo temores. Adios.

—Supongo que el sábado ireis á casa.

—Sí iré.

—Cuidado con faltar. Adios, Enrique.

Discretamente estrechó Enrique la mano de Isabel, y se ausentó ya sin temores de inconstancia por parte de su querida.

A las doce de la noche salian Isabel y D. Juan, con el resto de la familia.

II.

....

"Triste de aquel que de mugeres fia."

Ocho dias habian pasado de estos sucesos: la calma y la tranquilidad habian renacido en el corazon de Enrique, que habia gozado muchas horas de inocente conversacion con Isabel. Mas siempre al despedirse le ecsigia los mismos juramentos de constancia.

Una mañana se dirigia Enrique á la casa de su amada, cuando encontró un amigo.

—¿Adónde te diriges? le preguntó éste.

—Voy á visitar á Isabelita ***.

—Estará contentísima.... Sabes, me repugna la dichosa Isabelita, por su vanidad.... casarse sin amor.... solo por el interes....

—¡Cómo! ¿Con quién se casa?

—Toma. ¿Pues qué no lo sabes?

—Nada sé.

—Pues señor, escúchame: la pretendia no sé quién, y ella correspondió; pero el novio era pobre, y esto bastó para desagradarla: un medio rico, D. Juan *** se presentó, ofreció dinero, y....pero ¿qué te sucede, Enrique? Tú pierdes el color, y se te encienden los ojos...Apostaria á que eres el amante desechado...Si es así, tienes razon...

—Dime, esclamó Enrique conteniéndose, ¿es cierto lo que dices?

—Como estar tú parado.

—¿Pero en qué te fundas?—No lo dudes, Enrique; mi hermano va á ser testigo, y esta noche es el casamiento.

—¿Esta noche?—A las ocho. Vaya, que siendo tú visita de la casa no lo sepas, es muy estraño. Nada, lo dicho, tú eres el novio.

—¿No me engañas, hombre?

—Dale: ¿quiéres mas pruebas?

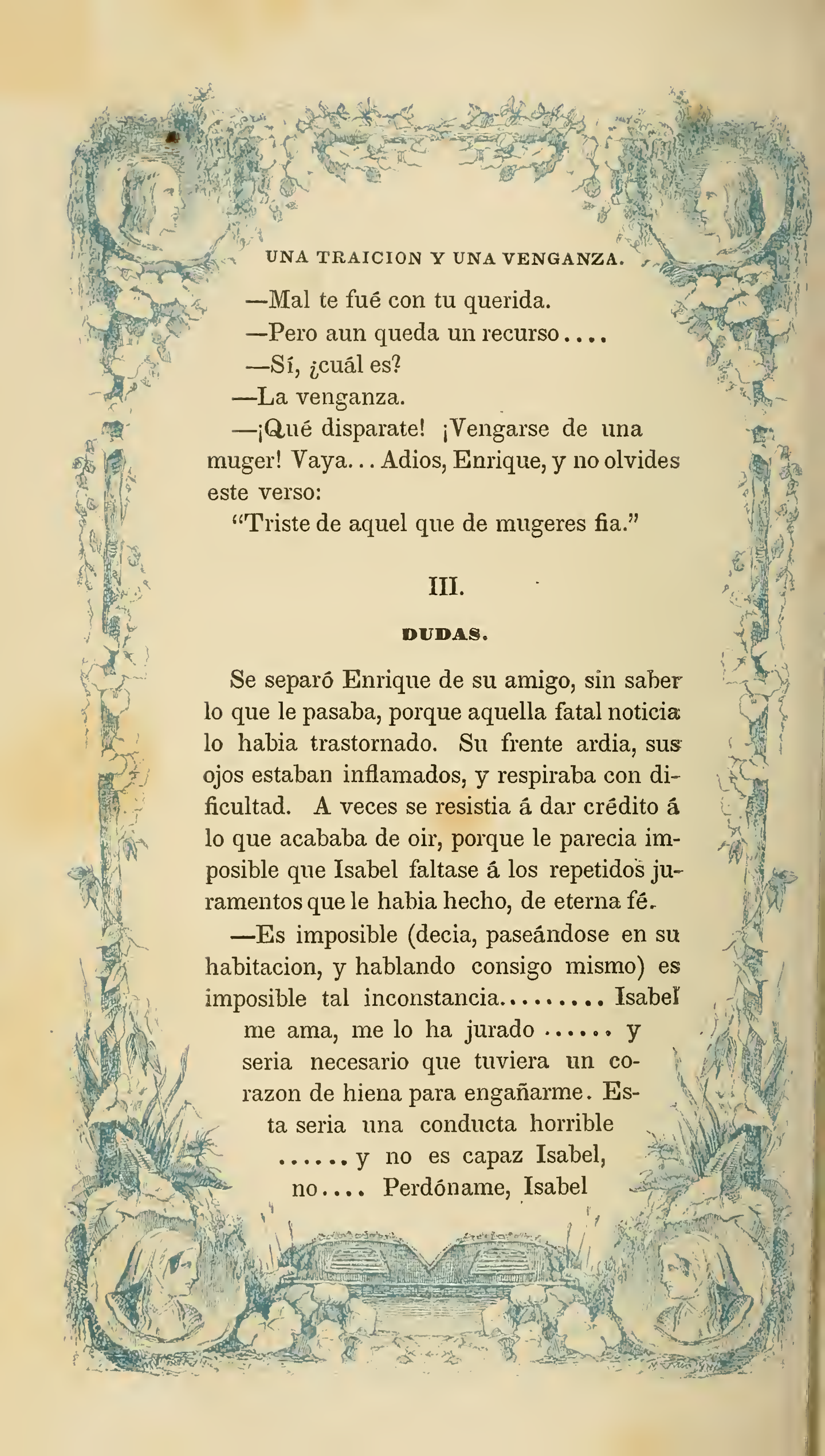
—Sí quiero.

—Mira: allí viene un criado de la casa; le preguntarémos.—Dispense vd., amigo, ¿qué fiesta hay en la casa?—Que se casa la niña con el Sr. D. Juan *** en esta misma noche. Ya viene el repostero, que ha de poner el refresco.—Gracias, amigo.

El criado siguió su camino.

—¿Lo ves? Te has quedado atónito con la noticia.—Adios; nos verémos.

—Espera un rato.—No puedo, adios.



—Mal te fué con tu querida.

—Pero aun queda un recurso....

—Sí, ¿cuál es?

—La venganza.

—¡Qué disparate! ¡Vengarse de una muger! Vaya... Adios, Enrique, y no olvides este verso:

"Triste de aquel que de mugeres fia."

III.

DUDAS.

Se separó Enrique de su amigo, sin saber lo que le pasaba, porque aquella fatal noticia lo habia trastornado. Su frente ardia, sus ojos estaban inflamados, y respiraba con dificultad. A veces se resistia á dar crédito á lo que acababa de oir, porque le parecia imposible que Isabel faltase á los repetidos juramentos que le habia hecho, de eterna fé.

—Es imposible (decia, paseándose en su habitacion, y hablando consigo mismo) es imposible tal inconstancia......... Isabel me ama, me lo ha jurado...... y seria necesario que tuviera un corazon de hiena para engañarme. Esta seria una conducta horrible ...... y no es capaz Isabel, no.... Perdóname, Isabel

mia....el que por un instante haya dudado de tu fé.... pero.... soy un nécio.... ¿no he oido á su criado? ¿No he visto con mis propios ojos los preparativos de la boda? ¡Oh!

Y Enrique se golpeaba contra las paredes, se mesaba los cabellos, y derramaba llanto.

—¿Boda dije?....No, no habrá boda.... sangre....sí, sangre es lo que deseo, y la derramaré á toda costa.... con mi mano. Yo veré á mi odioso rival.... le clavaré en el pecho un puñal.... y le despedazaré el corazon; y cuando él se revuelque en su negra sangre....conduciré á aquel lugar á Isabel.... y le diré: mira á tu amante ó á tu esposo....acércate....ese lago de sangre es tu....tálamo nupcial. ¿Lo entiendes? ¿No querias unirte con él? ¿Pues qué te detiene? Y caeria tambien sobre ella.... y me gozaria en sus tormentos.... y sus gritos de agonía.... me serian tan dulces....como el canto epitalámico.... me recrearia en sus convulsiones horribles.... y.... Mas.... ¿qué digo? ¡Desdichado! ¡Oh tormento! ¡Oh furia de los celos.... Isabel es inocente, y yo un débil....pero....y lo que he oido... lo que he visto.... no cabe duda....es cierto, es cierto mi mal. ¡Oh Dios mio!

Enrique cayó desvanecido en un sillon; cerró los ojos, y un sudor frio cubria su rostro; de cuando en cuando se estremecia y apretaba los puños. Una hora despues sa-

lió de su abatimiento, estaba pálido, y tenia el cabello erizado.

—Valor y serenidad, dijo levantándose. Yo me convenceré por mis propios ojos. Asistiré esta noche á su casa. Si es falso lo que se me ha contado, si Isabel me ama.... yo seré su eterno adorador.... pero si fuese cierto.... entónces .... mi venganza será horrible. Sí, lo juro.... Isabel no llegará al tálamo nupcial.

IV.

REALIDAD.

A las nueve de la noche del dia en que pasaron las escenas referidas, se observaba en el patio de la casa de Isabel un bullicio raro. Los criados entraban y salian con precipitacion, y algunas familias, lujosamente puestas, se dirigian á una sala ricamente adornada. Despues de un momento entraron á ella un eclesiástico y tres acólitos, con un mozo, llevando en una bandeja los paramentos religiosos.

—Todo está dispuesto por mi parte, dijo el sacerdote despues de saludar á la concurrencia: ¿falta algo por la vuestra?

—Solo la novia, respondió Don Juan *** alargando la mano al ministro sagrado.

—No habrá concluido sus adornos.

—Aquí la teneis.

Isabel se presentó con la mayor elegancia, y su llegada causó un murmullo entre la concurrencia.

—Solo á tí se te aguarda, Isabel, dijo un calvo anciano, que era su tio; pues Isabel quedó huérfana desde muy niña.

—Ya estoy dispuesta, dijo á media voz.

El sacerdote se revistió, los acólitos tomaron los ciriales, se les dieron luces á los novios y á los padrinos, y se comenzó la ceremonia de dar las manos. El ministro leyó las oraciones rituales; le hizo á Isabel las preguntas acostumbradas, y al llegar á aquella: "¿Teneis dada á otro palabra de casamiento?" ámbos novios se miraron furtivamente, y no respondió Isabel. El sacerdote reiteró su pregunta; Isabel palideció, y dirigió sus ojos á un grupo de gente que se hallaba en la puerta, presenciando la ceremonia; los bajó luego, y con voz cortada, dijo: "No."

—Luego quereis, continuó el cura, recibir por compañero y esposo á D. Juan * * *

—Sí, respondió Isabel.

En este momento se oyó en el patio claramente una voz que cantaba: "La perjura esposa no llegó al tálamo nupcial: la venganza cayó sobre ella."

Isabel se puso pálida, y su esposo se estremeció involuntariamente; pero los concurrentes nada observaron, y la ceremonia concluyó.

Despues de un esquisito ambigú, se retiraron los convidados, y D. Juan tambien salió, habiendo sido citado para la *velacion*, al otro dia, á las seis en punto.

Un hombre embozado siguió á D. Juan; la noche estaba oscura y horrorosa, y el viento soplaba con furia. Al llegar á una esquina por donde debia pasar, cuatro hombres robustos lo sorprendieron: quiso gritar; pero uno de ellos le tapó la boca, y lo amenazó con un puñal. El hombre embozado mandó á los otros que le vendaran los ojos; así lo hicieron, y despues de bien sujeto, lo metieron en un coche, que allí estaba prevenido.

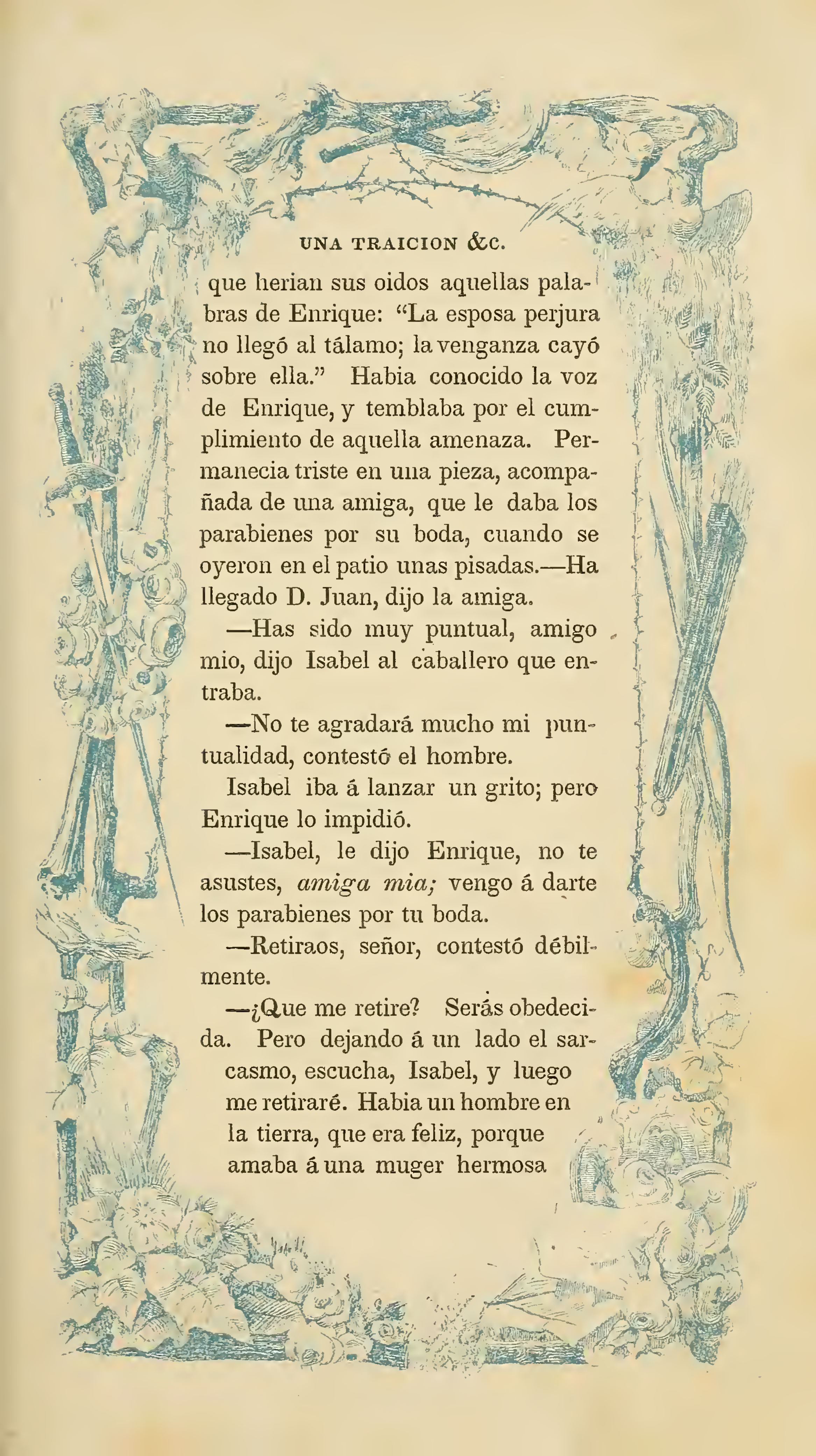
—Vamos, dijo el embozado, os espera vuestra virtuosa esposa. Ya vereis vuestro tálamo nupcial.

El coche partió, y el hombre oculto dijo con risa amarga: "Me he vengado, y soy feliz." Era Enrique.

V.

EL DIA DE LA VELACION.

Enrique condujo á D. Juan, en aquel coche, á una casa distante de la ciudad; lo encerró en un cuarto, y con aquella seguridad, se dirigió al amanecer á la casa de Isabel. Esta no habia podido encontrar el reposo; los remordimientos la atormentaban, y parecia



que herian sus oidos aquellas palabras de Enrique: "La esposa perjura no llegó al tálamo; la venganza cayó sobre ella." Habia conocido la voz de Enrique, y temblaba por el cumplimiento de aquella amenaza. Permanecia triste en una pieza, acompañada de una amiga, que le daba los parabienes por su boda, cuando se oyeron en el patio unas pisadas.—Ha llegado D. Juan, dijo la amiga.

—Has sido muy puntual, amigo mio, dijo Isabel al caballero que entraba.

—No te agradará mucho mi puntualidad, contestó el hombre.

Isabel iba á lanzar un grito; pero Enrique lo impidió.

—Isabel, le dijo Enrique, no te asustes, *amiga mia;* vengo á darte los parabienes por tu boda.

—Retiraos, señor, contestó débilmente.

—¿Que me retire? Serás obedecida. Pero dejando á un lado el sarcasmo, escucha, Isabel, y luego me retiraré. Habia un hombre en la tierra, que era feliz, porque amaba á una muger hermosa

como el cielo al despuntar la aurora; y todo su porvenir, todo su embeleso, era llamarla esposa, estrecharla contra su corazon.... para que sus latidos le revelaran toda la intensidad de su amor.... porque su amor era inmensurable como el espacio, profundo como los abismos del mar.... ¿Lo oyes, Isabel? La amaba con toda su alma..... con todo el vigor y el entusiasmo de un pecho vírgen y virtuoso......y mil años de vida hubiera dado....por gozar un solo momento la dicha inefable de llamarla esposa....vivir con ella....respirar su dulce aliento....¿qué digo? besar donde ponia su planta....le habria sido mas venturoso.... que disfrutar todas las riquezas del mundo....porque todas las riquezas del mundo las habria dado por una sola mirada. Pues bien; este hombre recibió de su adorada muchos juramentos de constancia....y él, débil é insensato, los creyó....y la muger... la harpía detestable.... lo engañó horriblemente, y anoche.... se unió con otro hombre....esto es....cometió un sacrilegio.... porque profanó el sacramento. Y ahora, ¿sabes quién era ese hombre y esa muger? Responde, *amiga mia.*

—Isabel solo lloraba.

—Pues el hombre soy yo, y la muger tú, infame Isabel. Pues bien; oye el objeto de

mi venida. Escucha primero el lenguage del hombre apasionado que te amó hasta ayer. Mira este anillo, mira este rizo de tu pelo. ¡Oh! ¡Con cuánta ternura lo besaba todos los dias! ¡Cuantas lágrimas de amor lo regaban! Porque te adoraba, Isabel, con todo mi corazon.... con toda mi alma.... porque eras mi primer amor..... porque eras el único objeto de mis ansias.... mi dicha..... mi consuelo..... mi porvenir. Estaba yo pendiente de tus lábios, para servirte en lo que me pidieras, porque era yo tu esclavo ...tu....

—Por el amor que me tuviste....Enrique, dijo Isabel, te suplico....te retires.

—¡Por el amor que te tuve! ¿Y te atreves á invocarlo, vil perjura, cuando ese amor volcánico, poderoso, se ha convertido en un ódio atroz, implacable, en un deseo ardiente de sangre y de venganza?

—¡Enrique! por piedad.

—Y tú, ¿tuviste piedad de mí, cuando solo te pedia por única recompensa de mi adoracion, una mirada?

—No me castigues, Enrique.

—Hasta aquí no sabes nada; escucha: este rizo de tu pelo y este anillo, los tenia como prendas de tu fé; ésta ha faltado....y así, os las devuelvo; pero de este modo, mirad, hollándolas con mi pié; caigan, aniquílense....y no me quede mas memoria....

de esta infame muger. . .que el recuerdo de mi venganza, sí, mi venganza. ¿Oísteis anoche mi voz? ¡Oh dulce, divina venganza! Tú me harás de infeliz el mas dichoso de los hombres. Isabel: os dije anoche. . . .que la esposa perjura no llegaria al tálamo, y vos no llegareis.

—¡Oh! Enrique, no me mateis.

—Serenaos, no os mataré, señora, porque no soy asesino; pero no volvereis á ver á vuestro esposo.

—¿Qué decis?

—Lo que ois, señora. No ecsiste ya para vos vuestro marido.

—¡Cómo! ¡Oh! ¿Sereis tan vil? Pero no, nada podeis hacer, porque á las seis viene mi esposo para la velacion.

—Esperadlo en buena hora; pero temo mucho que solo lo veais. . . .en. . . .la eternidad.

—Enrique. . . .sois un infame.

—Y vos una santa.

—Yo no tenia obligacion de quereros.

—¡Ola! ¿Y teníais obligacion de ser virtuosa, de cumplir un juramento, ó al ménos de no cubrir con un velo de hipocresía una alma perversa? Por Dios, señora, que no esperaba hallar una alma tan corrompida.

—Devolvedme mi marido, gritó Isabel.

—Devolvedme la vida, devolvedme la virtud, que me habeis robado.

—Isabel no oyó mas; comenzó á gritar, corriendo por todas las piezas de la casa.

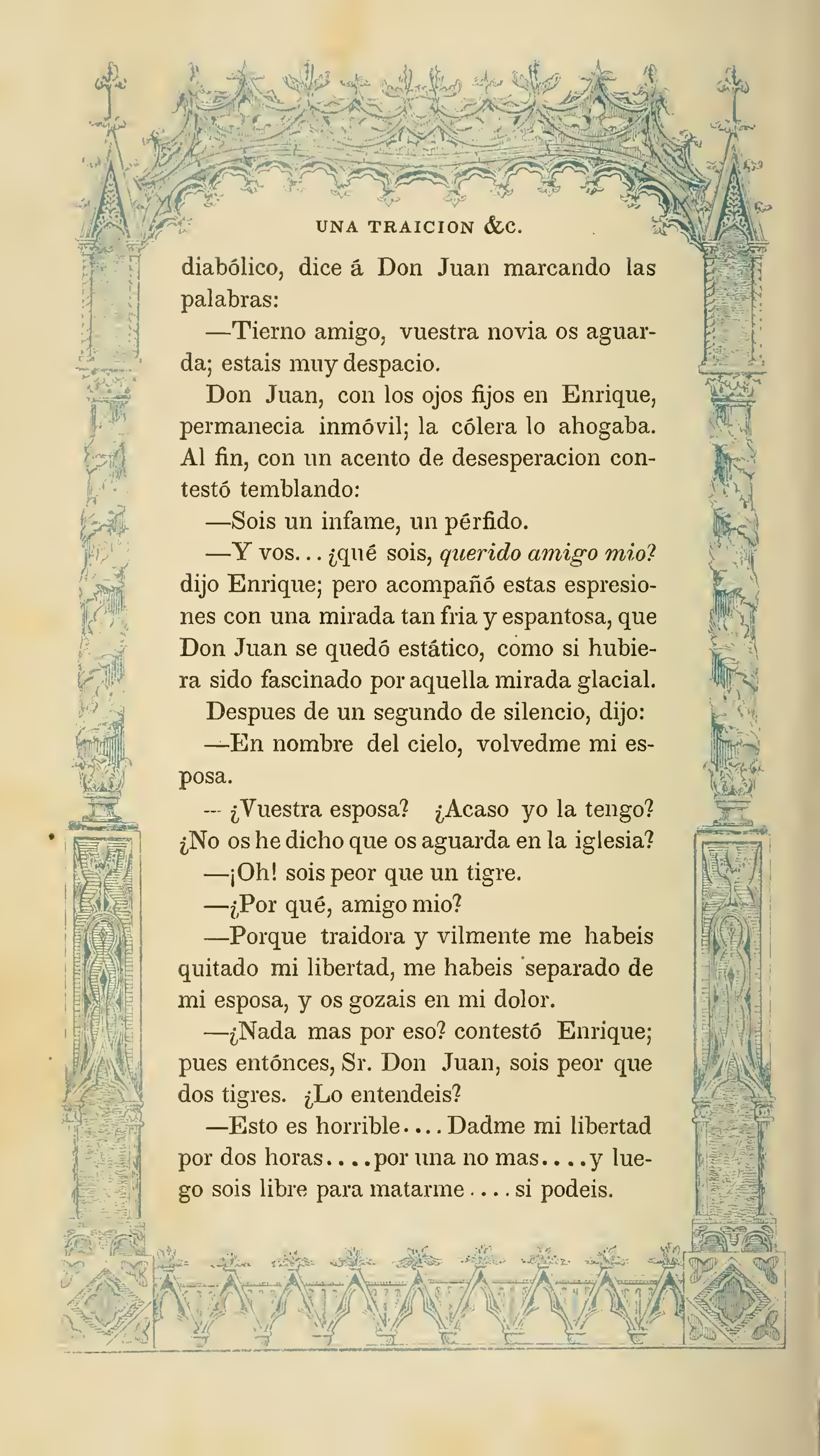
Su amiga desde el principio habia desaparecido, y Enrique tambien se salió.

No solo dieron las seis de la mañana, sino las ocho, y D. Juan no habia llegado, por lo que no hubo velacion.

VI.

LA VENGANZA.

Enrique, dejando á Isabel, se dirigió á la casa lejana donde estaba encerrado D. Juan. La espresion feroz de su semblante daba á conocer la ardiente sed de venganza que le consumia el alma: llega al lugar de su víctima, abre la puerta, y la cierra luego por dentro con precaucion. Don Juan se puso en pié; su rostro estaba cubierto de una palidez mortal; sus megillas lívidas se inundaron en un sudor frio. Tenia los ojos encendidos, la nariz entreabierta y los cabellos erizados. Al ver á Enrique, se demudó totalmente; su fisonomía tomó un aspecto mas horrible aûn: sus ojos brotaron fuego, sus lábios se contrajeron con un movimiento de furor mal reprimido, y un temblor convulsivo se apoderó de su cuerpo. Enrique se pára frente á su rival; una sonrisa amarga asoma en sus lábios, y con aire burlon y



diabólico, dice á Don Juan marcando las palabras:

—Tierno amigo, vuestra novia os aguarda; estais muy despacio.

Don Juan, con los ojos fijos en Enrique, permanecia inmóvil; la cólera lo ahogaba. Al fin, con un acento de desesperacion contestó temblando:

—Sois un infame, un pérfido.

—Y vos... ¿qué sois, *querido amigo mio?* dijo Enrique; pero acompañó estas espresiones con una mirada tan fria y espantosa, que Don Juan se quedó estático, como si hubiera sido fascinado por aquella mirada glacial.

Despues de un segundo de silencio, dijo:

—En nombre del cielo, volvedme mi esposa.

—¿Vuestra esposa? ¿Acaso yo la tengo? ¿No os he dicho que os aguarda en la iglesia?

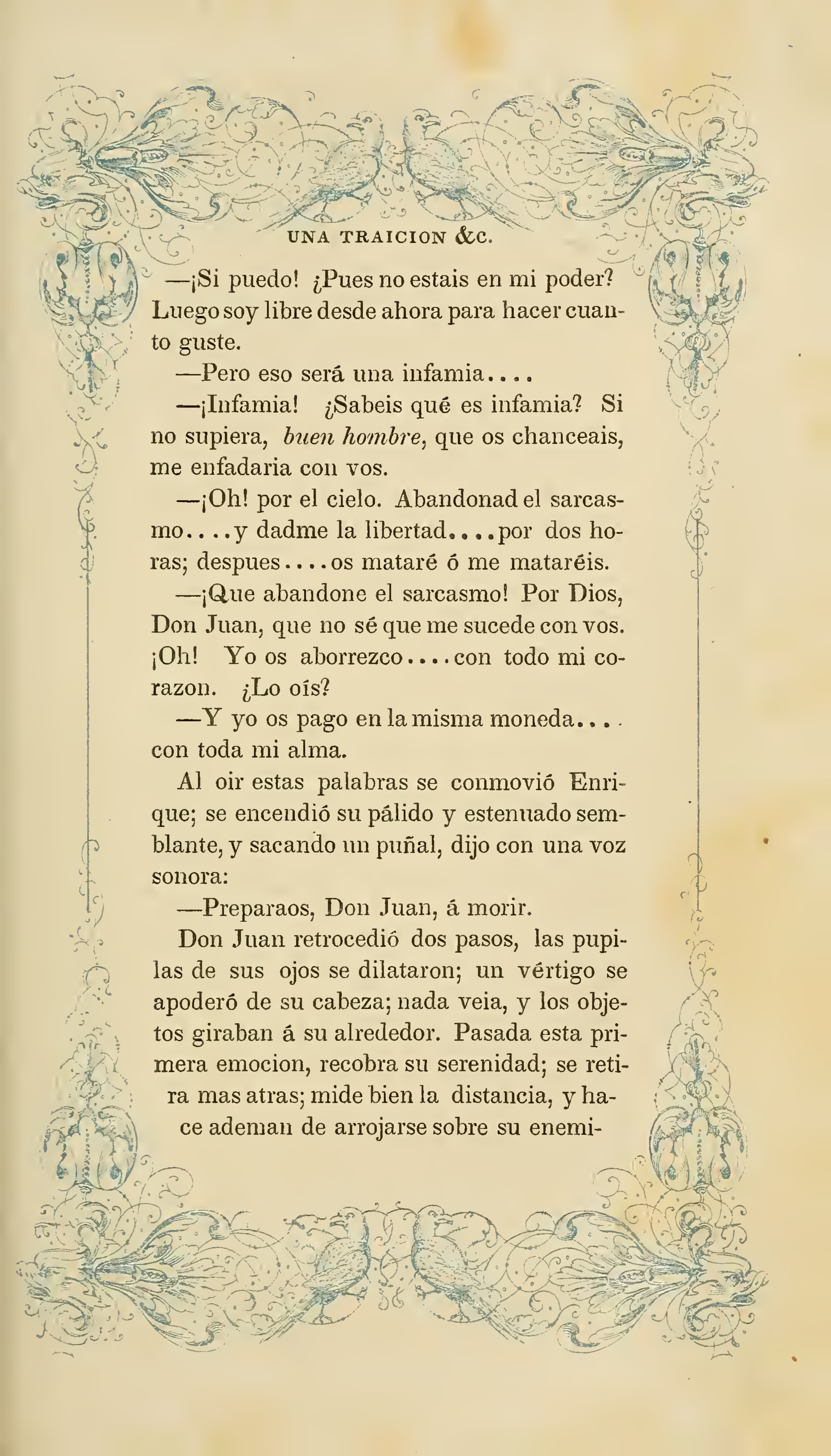
—¡Oh! sois peor que un tigre.

—¿Por qué, amigo mio?

—Porque traidora y vilmente me habeis quitado mi libertad, me habeis separado de mi esposa, y os gozais en mi dolor.

—¿Nada mas por eso? contestó Enrique; pues entónces, Sr. Don Juan, sois peor que dos tigres. ¿Lo entendeis?

—Esto es horrible.... Dadme mi libertad por dos horas....por una no mas....y luego sois libre para matarme.... si podeis.



—¡Si puedo! ¿Pues no estais en mi poder? Luego soy libre desde ahora para hacer cuanto guste.

—Pero eso será una infamia....

—¡Infamia! ¿Sabeis qué es infamia? Si no supiera, *buen hombre*, que os chanceais, me enfadaria con vos.

—¡Oh! por el cielo. Abandonad el sarcasmo....y dadme la libertad....por dos horas; despues....os mataré ó me mataréis.

—¡Que abandone el sarcasmo! Por Dios, Don Juan, que no sé que me sucede con vos. ¡Oh! Yo os aborrezco....con todo mi corazon. ¿Lo oís?

—Y yo os pago en la misma moneda.... con toda mi alma.

Al oir estas palabras se conmovió Enrique; se encendió su pálido y estenuado semblante, y sacando un puñal, dijo con una voz sonora:

—Preparaos, Don Juan, á morir.

Don Juan retrocedió dos pasos, las pupilas de sus ojos se dilataron; un vértigo se apoderó de su cabeza; nada veia, y los objetos giraban á su alrededor. Pasada esta primera emocion, recobra su serenidad; se retira mas atras; mide bien la distancia, y hace ademan de arrojarse sobre su enemi-

go; mas éste se pone en defensa, y le dice con frialdad:

—Son inútiles todos vuestros esfuerzos; tengo mis medidas bien tomadas; mis criados aguardan mis órdenes, y por nada evitareis mi venganza.

—Pero esto es horrible, dijo el infeliz D. Juan con el acento de la desesperacion, y casi sin poder sostenerse; es horrible matar á un hombre....indefenso....que no tiene armas....que....

—Oid, D. Juan; es mas horrible arrojarse uno en los brazos de un *amigo*, para que éste lo ahogue entre ellos.

—Enrique....¡por Dios!....no....

—Es preciso, morireis.... Escuchadme: ¿Recordais, D. Juan, aquella noche en que viéndome vos triste y abatido, me preguntásteis la causa de mi duelo? Pues bien; yo os respondí con las lágrimas en los ojos: "Amigo, padezco por un amor cruel que me atormenta. Yo amo á Isabel con todo mi corazon; mas no estoy correspondido. La amo con ansiedad, como ama el ciego la luz del dia." Entonces vos me consolásteis, diciéndome que Isabel seria mia con vuestra mediacion. Confiésoos, Don Juan, que en aquel momento os estaba mas agradecido que si me hubiéseis dado la vida, porque me dábais una esperanza....mas grata que la misma ecsistencia. Despues....habia



pasado un año....me preguntásteis si todavía amaba á Isabel, y os respondí: "Lograr su mano, llamarla mi esposa.... mi compañera....y morir ...será la felicidad suprema de mi corazon." Vos me dijísteis: "Temed, Enrique, no sea ese amor correspondido.... con una deslealtad." ¡Ah, infame, aun no comprendia tus palabras! Entónces, y despues de saber que yo.... amaba.... idolatraba con frenesí á Isabel....vos, mi sincero y *servicial* amigo....me robásteis la muger única que formaba mi encanto....mi gloria....mi porvenir....

Derramásteis gota á gota en mi corazon la copa de amargura....lo desgarrásteis... deshicísteis mis ilusiones....hundísteis en mi pecho un puñal....me hicísteis sentir las penas del infierno....en fin, ¿quereis saberlo de una vez?....me habeis quitado tal vez la salvacion eterna....porque solo quiero sangre....venganza....sí....sangre quiero....aunque despues espire....

Y Enrique giraba por la estancia, como el lobo que ha olfateado su presa.

Renunciamos el pintar la fisonomía cadavérica y espantosa de aquellos hombres, ámbos ardiendo en cólera.

Hubo un momento de silencio.

Al fin lo interrumpió D. Juan.—Oidme, Enrique, dijo juntando sus manos; dadme un poco de tiempo para arreglar mis intere-

ses ... renuncio á.... mi .... Isabel.... y despues nos....batiremos....

—¿Y quereis que yo me bata con vos?... No, D. Juan; habeis de morir á mi puñal; pero habeis de morir lentamente, ¿lo entendeis? Sí, lentamente, porque lentamente me habeis asesinado. No acabásteis de un solo golpe con mi felicidad, sino poco á poco; no afligísteis de una sola vez mi corazon, sino gota á gota fuísteis derramando en él la amargura. ¡Oh! D. Juan....oid ....No tenia en el mundo mas que dos objetos que me hacian soportar la vida....mi madre... mi virtuosa madre....y esa muger....Isabel....Me la habeis arrebatado....¿qué me resta? ¡Ah! mi misma madre me echará en cara mi debilidad.... Ella que.... amaba tanto á Isabel....que me la deseaba por esposa....¿qué diria ahora?....y mis amigos ....No, no, esto es horrible; morireis; pero lo repito, lentamente...... Me gozaré en vuestros tormentos... veré complacido vuestra pausada agonía.... y vuestros ayes me causarán las mismas sensaciones que una melodiosa orquesta. Preparaos.... quiero vuestra sangre. Y al decir esto, los ojos de Enrique se nublaron; se contrajeron sus facciones, y se precipitó sobre su rival. Éste paró el golpe como pudo; despues, con la velocidad del tigre que se avalanza sobre su víctima, se arrojó sobre Enrique, y comenzó

una lucha fuerte y horrible. Ninguno hablaba; solo se oia la respiracion de ámbos, y así luchando, duraron algun tiempo. Sin embargo, Enrique hizo un movimiento violento, safó el brazo armado, vibró el puñal en lo alto, y lo clavó en el pecho de su víctima. D. Juan dió dos pasos atras, y cayó en un lago de sangre.

VII.

EL ENCUENTRO.

Era la hora del crepúsculo. Los últimos rayos del Sol, reflejándose sobre el estenso cementerio de Santa Paula, despedian esa luz melancólica y apacible, que llena de un encanto misterioso, se hace amar del corazon del triste. Diferentes eran los objetos que en aquel lugar recordaban el pensamiento de la muerte; diversos órdenes de sepulcros con gran variedad de lápidas é inscripciones, último testimonio del amor, de la amistad, y aun á veces tambien de la vanidad, se estendian en los prolongados corredores de aquel sitio. En una de las puertas estaba escrito este verso de Job: "Llama, si hay quien te responda." Seguian despues mas sepulcros, y en uno se leia:

AQUI YACE

EL CUERPO DE DON JUAN***

MURIÓ A LOS 38 AÑOS

DE EDAD.

R. I. P.

Reinaba un profundo silencio: todo estaba solitario, y solo se veia en una de las estancias un bulto negro....era Isabel arrodillada ante un sepulcro.... Suena el toque de las oraciones, é Isabel se levanta para retirarse. Caminaba melancólica y abatida, cuando de repente mira delante de sí un hombre que la detiene. Al verlo, lanza un grito de espanto, y dice:

—Retiraos, Enrique....me horrorizais.

—¿Os horrorizo? preguntó Enrique.

—¿Y osais preguntármelo, despues de haber derramado la sangre inocente de mi esposo?

—¡Oh! Isabel, no aviveis en mi corazon una herida que jamas se cicatrizará....

—Tambien.... yo padezco por vuestra causa....

—Mirad en ello, señora, el castigo de un delito....la mano del cielo.

—Y vos al hallaros manchado de sangre, ¿no veis esa mano del cielo amenazando vuestra cabeza?

—¿Y quién sino vos ha sido la causa de esa sangre derramada? ¡Oh! no lo dudeis,

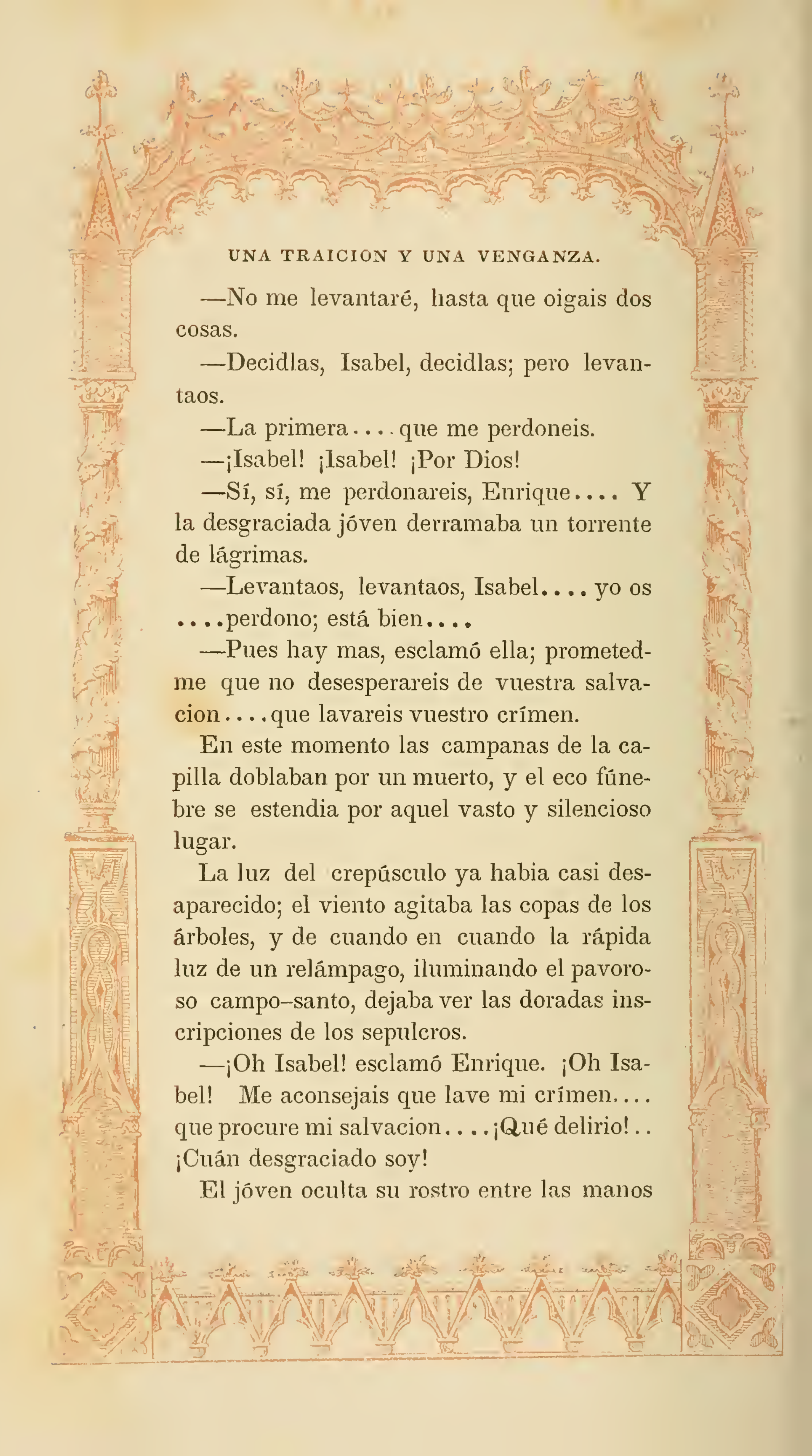
Isabel; estos remordimientos os seguirán todo el dia, y en la noche se sentarán á vuestra cabecera como negros fantasmas......
Continuamente oiréis una voz, que os dirá: "Muger sin fé, tú pudiste hacer la felicidad de un corazon recto y puro, inclinado á la virud, y has sido la causa de que se abandone al crímen; tú despedazaste ese corazon, y tal vez por tí va á arder para siempre.... en el infierno."

Mientras Enrique hablaba, se iba demudando completamente el semblante de Isabel, que abatida, y no pudiendo sufrir ya tantas emociones, apenas podia sostenerse: su angustioso llanto no la dejaba articular una sola palabra, hasta que al fin con voz trémula esclamó:

—¡Oh! Enrique; por piedad, no me recordeis mi falta....no me hableis mas de esa sangre.... de esa muerte.... de esos remordimientos, que me seguirán cual fantasmas invisibles....Oid: Dios me ha oido .... le pedí ser su esposa.... y mañana ....sí, mañana mismo diré un eterno adios al mundo... Pero escuchad, Enrique; os he hecho infeliz; mas os pido perdon; miradme.

Isabel habia caido de rodillas.

—Levantaos, esclamó Enrique llorando y sin saber lo que hacia; levantaos, Isabel.... ¡Oh! ¡Dios mio!



—No me levantaré, hasta que oigais dos cosas.

—Decidlas, Isabel, decidlas; pero levantaos.

—La primera.... que me perdoneis.

—¡Isabel! ¡Isabel! ¡Por Dios!

—Sí, sí, me perdonareis, Enrique.... Y la desgraciada jóven derramaba un torrente de lágrimas.

—Levantaos, levantaos, Isabel.... yo os ....perdono; está bien....

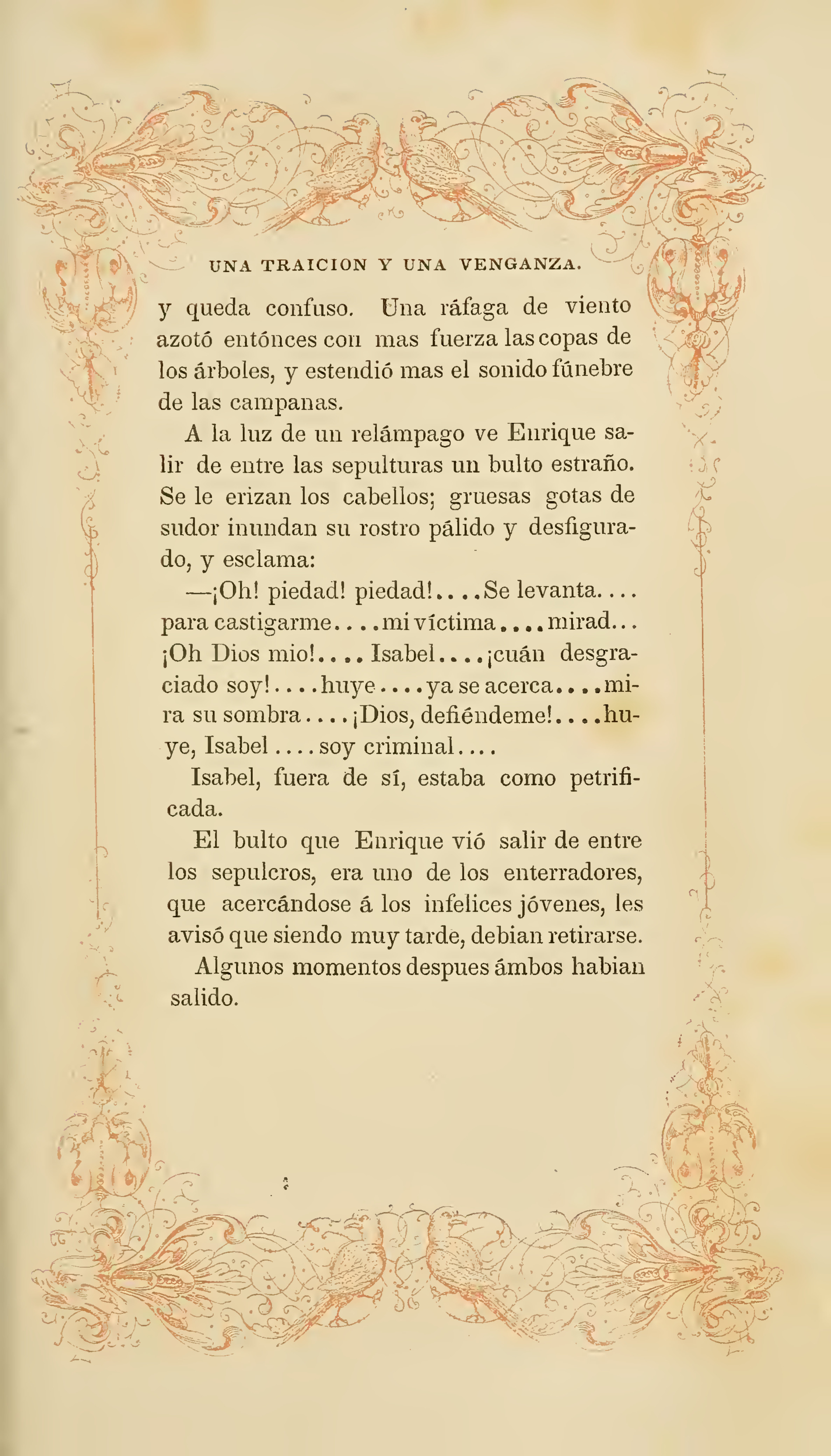
—Pues hay mas, esclamó ella; prometedme que no desesperareis de vuestra salvacion....que lavareis vuestro crímen.

En este momento las campanas de la capilla doblaban por un muerto, y el eco fúnebre se estendia por aquel vasto y silencioso lugar.

La luz del crepúsculo ya habia casi desaparecido; el viento agitaba las copas de los árboles, y de cuando en cuando la rápida luz de un relámpago, iluminando el pavoroso campo-santo, dejaba ver las doradas inscripciones de los sepulcros.

—¡Oh Isabel! esclamó Enrique. ¡Oh Isabel! Me aconsejais que lave mi crímen.... que procure mi salvacion....¡Qué delirio!.. ¡Cuán desgraciado soy!

El jóven oculta su rostro entre las manos



y queda confuso. Una ráfaga de viento azotó entónces con mas fuerza las copas de los árboles, y estendió mas el sonido fúnebre de las campanas.

A la luz de un relámpago ve Enrique salir de entre las sepulturas un bulto estraño. Se le erizan los cabellos; gruesas gotas de sudor inundan su rostro pálido y desfigurado, y esclama:

—¡Oh! piedad! piedad!....Se levanta.... para castigarme....mi víctima....mirad... ¡Oh Dios mio!.... Isabel....¡cuán desgraciado soy!....huye....ya se acerca....mira su sombra....¡Dios, defiéndeme!....huye, Isabel....soy criminal....

Isabel, fuera de sí, estaba como petrificada.

El bulto que Enrique vió salir de entre los sepulcros, era uno de los enterradores, que acercándose á los infelices jóvenes, les avisó que siendo muy tarde, debian retirarse.

Algunos momentos despues ámbos habian salido.

VIII.

EXPIACION.

Pasado algun tiempo despues de la escena del cementerio; en una de esas noches oscuras y silenciosas, en que solo se distingue la débil luz de las estrellas, se oia á lo léjos el pausado sonido de una campana: era el toque de maitines que en un retirado convento llamaba á los siervos de Dios á la oracion.

Por un angosto y dilatado tránsito, casi enteramente oscuro, pues solo recibia la luz de una lámpara moribunda, se dirigia con paso grave al coro un religioso; llevaba la vista baja, calada la capucha y los brazos cruzados sobre el pecho: en todo su aspecto se echaba de ver al austero penitente del claustro.

Al despuntar la aurora del siguiente dia, alumbrando con su apacible luz las elevadas cúpulas de los templos, una jóven, vestida con el hábito de las esposas del Señor, oraba en el coro de un monasterio, postrada con modestia y humildad ante la imágen del Redentor crucificado....

Enrique é Isabel, expiando sus estravíos en el retiro de los claustros, encontraban un alivio á sus penas....

En medio del infortunio, no hay bálsamo mas dulce para el mísero mortal que padece, como los consuelos de la religion.

R. S.



LITERATURA DRAMATICA.

Escena primera del primer cuadro de una tragedia bíblica, titulada: JUDITH.

La accion pasa, 657 años antes de Jesucristo, en Bethulia.



Habitacion pobre de Judith. (Esta ciñe su cuerpo con un silicio ó saco penitencial.)

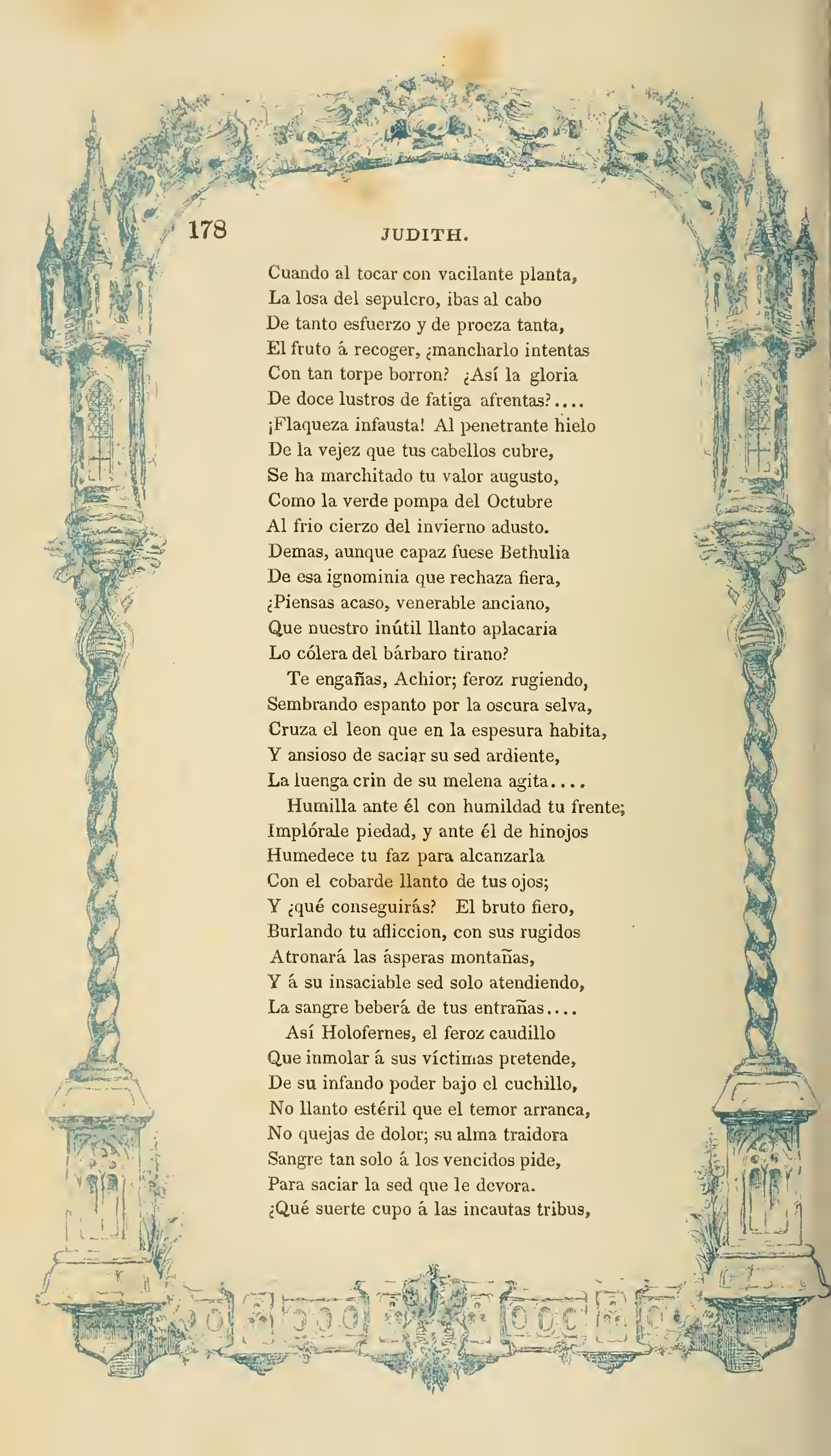
Achior.—Judith.

JUDITH.— ¿Conque es verdad? ¿De esclavitud el sello
Bethulia sufrirá de oprobio llena,
Y ya su erguido y no abatido cuello
Dócil prepara á la servil cadena?
Y la impiedad de esa rebelde tribu,
Que de la nuestra la miseria insulta,
¿Impune ha de quedar? y de mil héroes
A su impura ambicion sacrificados,
¿Habrá la sangre de quedar inulta?
¡Oh tú, Supremo Sér! tú que nos miras
A tanto oprobio y abyeccion cercanos,
Suspende el fuerte brazo de tus iras;
Tiéndenos ¡ay! tus compasivas manos....

Si desde el trono escelso en que te asientas,
La débil voz de mi plegaria escuchas,
Tú, Padre de la luz, no, no consientas
Que al filo de la espada triunfadora
De un bárbaro rebelde, se aniquile
La tribu fiel que tu grandeza adora:
Pasto mas bien de tigres carniceros,
Sin fuerzas que oponer á sus furores,
Embotados sus ínclitos aceros,
Sea Israel, y destrozada gima,
Y en sangre tiña las silvestres flores,
Del valle herboso á la riscosa cima....

ACHIOR.— En vano, en vano tu clamor diriges
Al invisible Ser: débil Bethulia,
De su misma ignominia haciendo alarde,
Ríndese al yugo, y á sufrirlo marcha
Con flaca mano y corazon cobarde.
Del ominoso triunfador las huestes,
A guisa de langosta asoladora,
Devastan ya nuestra fecunda tierra;
Y desparcido en ecos el acento
Del bélico clarin, nuncio de guerra,
Puebla el espacio del sereno viento....
Y ¿quién ¡ay Dios! en desconsuelo tanto,
Quién en la angustia que tenaz la asiste
Podrá á Bethulia consolar? El llanto;
¡Bálsamo grato al corazon del triste!....

JUDITH.— ¡Oprobio! ¡¡Ecsecracion!! ¿Eso pronuncia
El ínclito varon, el héroe invicto,
Cuyo bruñido alfange en sangre impía
Mil veces se tiñó, y en tal conflicto
Se atreve á proponer llanto cobarde,
Que audaz rechaza la flaqueza mia?
Hoy, que cual nunca resplandece y arde
De atroz discordia furifunda tea,
¿Tu fuerte brazo los combates huye?....
¡Oprobio! ¡¡Ecsecracion!! ¡No, sangre hebrea
Ya por tus venas, Achior, no fluye!....



Cuando al tocar con vacilante planta,
La losa del sepulcro, ibas al cabo
De tanto esfuerzo y de proeza tanta,
El fruto á recoger, ¿mancharlo intentas
Con tan torpe borron? ¿Así la gloria
De doce lustros de fatiga afrentas?....
¡Flaqueza infausta! Al penetrante hielo
De la vejez que tus cabellos cubre,
Se ha marchitado tu valor augusto,
Como la verde pompa del Octubre
Al frio cierzo del invierno adusto.
Demas, aunque capaz fuese Bethulia
De esa ignominia que rechaza fiera,
¿Piensas acaso, venerable anciano,
Que nuestro inútil llanto aplacaria
Lo cólera del bárbaro tirano?
Te engañas, Achior; feroz rugiendo,
Sembrando espanto por la oscura selva,
Cruza el leon que en la espesura habita,
Y ansioso de saciar su sed ardiente,
La luenga crin de su melena agita....
Humilla ante él con humildad tu frente;
Implórale piedad, y ante él de hinojos
Humedece tu faz para alcanzarla
Con el cobarde llanto de tus ojos;
Y ¿qué conseguirás? El bruto fiero,
Burlando tu afliccion, con sus rugidos
Atronará las ásperas montañas,
Y á su insaciable sed solo atendiendo,
La sangre beberá de tus entrañas....
Así Holofernes, el feroz caudillo
Que inmolar á sus víctimas pretende,
De su infando poder bajo el cuchillo,
No llanto estéril que el temor arranca,
No quejas de dolor; su alma traidora
Sangre tan solo á los vencidos pide,
Para saciar la sed que le devora.
¿Qué suerte cupo á las incautas tribus,

Que torpes halagando á su verdugo,
Lleno de miedo el corazon, doblaron
Su noble cuello al detestable yugo?
¿No nos presenta su contraria suerte
De la crueldad del tigre mil ejemplos?
Entrando á saco sus ciudades todas
Taló sus muros, debeló sus templos....

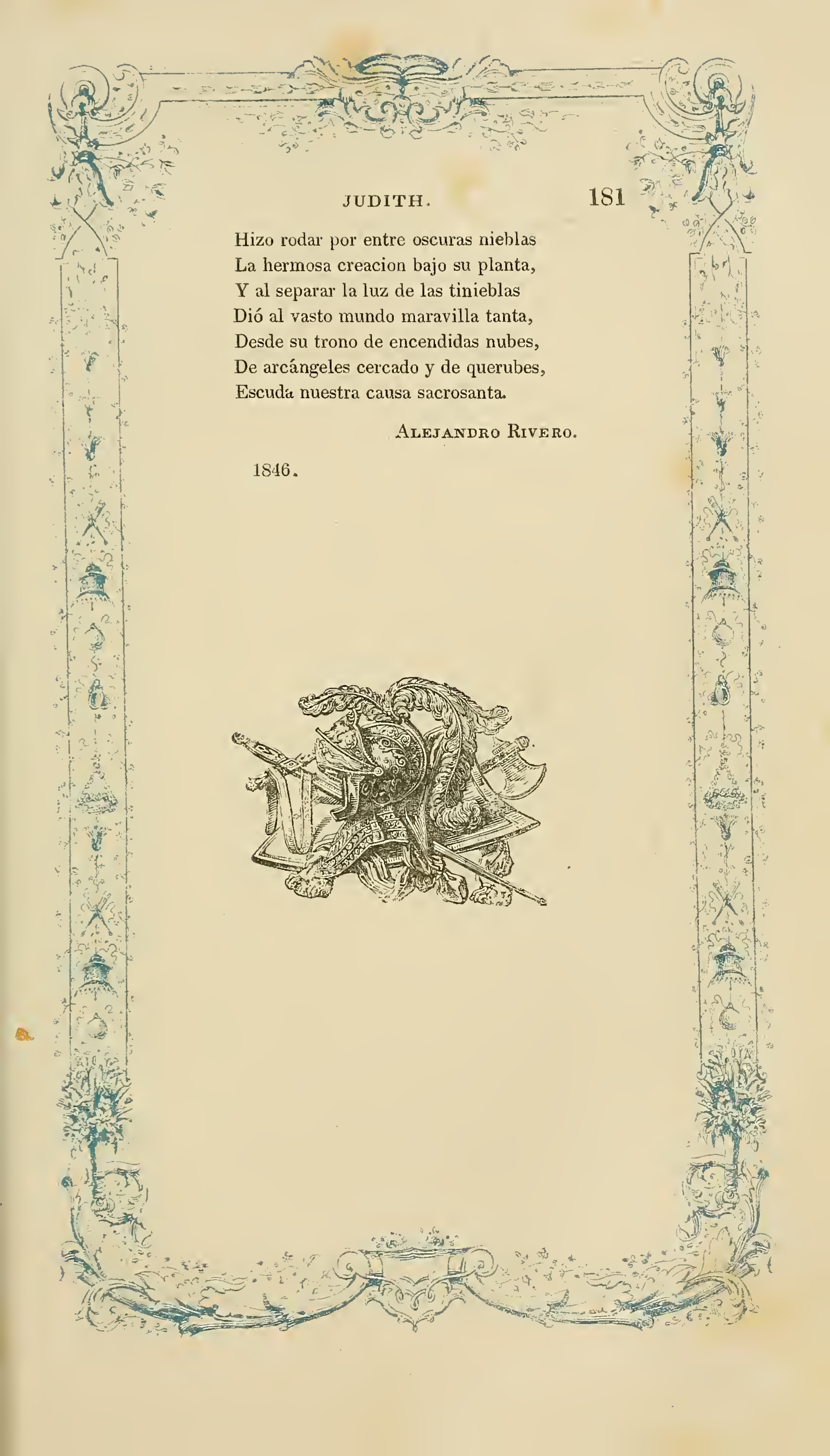
ACHIOR.—¡Ay! que al ayuno dada y las vigilias
La ilustre sangre del postrer Merani,
De Manassés la viuda, no ha podido
Desde su pobre estancia solitaria
Reconocer al pueblo corrompido
Por quien dirige al cielo su plegaria:
Pero óyeme, Judith; miéntras que ociosa
Entregada á los vicios y placeres
En brazos de sus lúbricas mugeres,
La inerme juventud muelle reposa,
¿Quieres que muera el trabajado brazo,
La helada ancianidad, por defenderla,
Presa infeliz en licencioso lazo?....
¡Ay! viérasla yacer cual yo la he visto
Al grato abrigo de suntuosos techos,
Dó encuentran al deleite apercibidas
Ricas estancias, regalados lechos.
Allí en pebetes de arabesco estilo
Toda la rica goma se consume,
Que el márgen brota del fecundo Nilo:
Al grato olor de su oriental perfume,
Cansada de gozar, torpe belleza,
Reclina en brazos de su amor bastardo
Su perfumada adúltera cabeza:
Casi desnudo el seno palpitante,
Suelto el cabello que perfuma el nardo,
El sueño vela del gentil mancebo,
Que al despertar de su letargo impuro,
Vuelve al deleite con encanto nuevo....
....Esta es Bethulia; y ¿piensas que atrevida
A la voz del leon, que aterra el alma,

Abandone la estancia fementida,
Dó al dulce halago del amor rendida
Yace tranquila en indolente calma?....
No lo esperes, Judith; vendrá sangrienta
La béstia horrible á sorprenderla inerte;
Destrozará sus miembros, y en su afrenta
A esa turba verás pasar contenta
Del sueño del placer al de la muerte....

JUDITH.— ¡Ah! calla, por piedad! Pues ¿qué se hicieron
Los ínclitos varones que triunfantes
Por la estension del mundo derramados,
Del espantado mundo asombro fueron?....

ACHIOR.— De esa gloriosa raza de gigantes
Ni un vástago quedó; todos murieron.
Murieron ¡ay! y como suele el campo
Infecundo quedar tras la tormenta,
Cuando le torna en erial inmenso
El fuego abrasador de las arenas
Con que se cubre el torbellino denso,
Así Bethulia, bajo el polvo hundida,
De torpes vicios y molicie insana,
Ni un hijo encuentra, cuyo brazo fuerte
Con ánimo esforzado la liberte
Del hondo abismo á que se ve cercana.
Ahora, recorre el espacioso campo
Que esta ciudad apática circunda,
Y asómbrate, Judith: de asyria gente
Inmensurable ejército la inunda,
É invaden las inmensas cordilleras
De esas montañas que la vista alcanza;
Y al viento desplegando sus banderas,
Cual tropa de famélicas panteras,
Se apresta al esterminio y la matanza.

JUDITH.— ¡Oh, cálmate, Achior!....Corra, aunque débil,
Rauda Bethulia á la sangrienta lucha,
Y esperemos en Dios; él nos defiende;
Fuerte es su brazo y su clemencia mucha.
Sí; el que al poder de su palabra sola,



Hizo rodar por entre oscuras nieblas
La hermosa creacion bajo su planta,
Y al separar la luz de las tinieblas
Dió al vasto mundo maravilla tanta,
Desde su trono de encendidas nubes,
De arcángeles cercado y de querubes,
Escuda nuestra causa sacrosanta.

ALEJANDRO RIVERO.

1846.

JULIO Y ADELA.

I.

Era una hermosa mañana de Abril: el cielo estaba limpio y despejado; gorjeaban las aves en los bosques, y se percibia el suave aroma del aura, que se embalsamaba al pasar por las florestas.

En una pieza contigua á un hermoso jardin, se hallaban jugando dos tiernos y graciosos niños. Era el uno una bella jovencita de agradable fisonomía, ojos azules y espresivos, boca pequeña y rubios cabellos: su trage era sencillo, pero de gusto. Esta niña se llamaba Adela: su hermano Julio, que era el otro niño, tenia casi las mismas facciones, con la diferencia de que su aire era mas vivo y mas picaresco que el de Adela.

La pieza estaba algo oscurecida por varias yerbas, que enredándose en las verjas de la ventana, formaban un verde cortinage. En un lado de aquella especie de cenador estaba la puerta que conducia al jardin.

—¿No te dije, Julio, esclamó Adela; no te


G. Parker Sculp.

dije que todavía estaba cerrada la puerta? Seguramente no se ha levantado Doña Rita.

—¡Hum! contestó Julio; la tia Rita está volviéndose del otro lado; con razon, es tan ....vieja.

—Vamos, Julio, papá nos ha mandado que respetemos á Doña Rita.

—Pero ¿sabes por qué? Porque....oye, Adela.... y Julio, bajando la voz y ahuecando sus manos, dijo:—Porque papá.... tambien es señor grande....como la tia Rita. Y soltando despues una carcajada inocente, empezó á saltar por el cuarto.

—Calla, Julio, repuso gravedosa Adela; no sabes lo que hablas, eres un muchacho travieso no mas.

—Como que si vieras la travesura que le he hecho á la tia Rita...

—¿Qué has hecho, Julio?

—Nada....le cojí sus anteojos, y se los llené de tinta; de modo que ahora ha de ver negro hasta el jardin.

—¡Julio! ¡Por Dios! dijo asustada la niña.

—Pues hay mas: sobre su silla he puesto un zapote prieto; ella no ve dónde se sienta, y quiera que no, lo aplasta y....ja, ja, ja... andará de parche.... y sobre el túnico blanco....

—Pues mira, Julio; Dios te ha de castigar. Y ademas, entónces ya no te quiere esa señorita que viene á vernos.

—Sí me ha de querer, porque no le he entintado sus anteojos, ni le he puesto zapote prieto; y ademas, le voy á hacer un ramillete de flores, y le voy á dar maripositas amarillas, para que las ponga en su florero.

—Yo tambien, gritó Adela, olvidándose de reprehender las travesuras de su hermano; yo tambien voy á coger flores, sí, y muy bonitas. ¿A qué horas vendrá la señora Rita?

—Ya viene, ya viene, ¡qué gusto! dijo Julio saltando por el cuarto.

Adela corrió á encontrarla, y Julio se puso á cantar este verso:

Una vieja muy revieja
Se miraba en un espejo,
Y colérica decia:
Mal haya el vidrio tan viejo.

Despues con voz muy cariñosa le dijo á su aya:

—Buenos dias, señora; ¿qué dice la tos?

—Ya verás conmigo, diablito, contestó la tia Rita asomando á sus lábios una risa afable. ¿Qué quieren tan temprano los dos angelitos?

—Ir al jardin, respondieron ámbos.

—Mira, Adelita; á tí, porque eres tan humilde y buena muchacha, te ha mandado esa señora que los viene á ver, esta perrita.

Y descubrió una perrilla muy fina de la

raza de Chihuahua. Adela la tomó en sus manos, la besó muchas veces, se la pegaba al pecho, y la llenaba de caricias.

Julio, un tanto envidioso, dijo á la señora poniéndose muy tieso: y á mí ¿qué me mandó esa señora?

—Nada, nada.

—Bien, contestó; ni yo le daré mariposas ni flores, hasta que no me envíe un perro galgo.

—Vayan, hijos mios, dijo la anciana abriendo la puerta; vayan á divertirse, pero sin correr mucho. Y tú, Julio, cuidado con destrozar las plantas.

Julio, enderezándose hácia su aya, le dijo:—Cuidado con la tos, querida señora.

Los dos niños salieron al jardin: Adela se sentó en una silla que habia quedado olvidada junto á un árbol el dia anterior, y Julio, apoyando su brazo en el hombro de su hermana, empezó á invitarla para que lo acompañase al estremo opuesto á coger mariposas.

II.

Apenas habian comenzado á correr aquellas graciosas criaturas, cuando se presentó una jóven bastante hermosa, aunque su semblante estaba desfigurado y recientes lágri-

mas acababan de inundar sus rosadas megillas. Su cuerpo era alto y bien formado, y su andar firme y magestuoso. Su vestido era sencillo, pero decente y de buen gusto. Cuando entró esta jóven (que era la que iba á visitar á los niños y que habia regalado á Adela la perrilla) se puso en pié la buena anciana Doña Rita, cuyo venerable rostro y cuerpo agobiado por los años, ofrecian un contraste singular con la hermosura y gallardía de la jóven.

Pasados los saludos, y habiendo tomado asiento, dijo la recien venida con voz débil:

—Señora, ¿cómo están los niños?

—Muy buenos, señora, repuso la aya; y despues que la tos le dió lugar de continuar, añadió: Adelita está muy contenta con vuestro regalo, y el travieso de Julio está esperando que le mandeis un galgo.

—¡Pobres niños!... Decidme, señora, ¿podré darles un abrazo?.... Porque (agregó con voz cortada por el llanto) estoy.... de marcha.

—¡De marcha! ¡Santo Dios! ¿Cómo es eso?

—Señora, ya sabeis que vuestro amo Fernando es mi esposo.... y padre de estas criaturitas; pero hemos tenido la dura necesidad de estar separados casi siempre, porque mi padre aun ignora nuestro enlace. Ya se ve, ¿cómo queríais que se lo comunicara,

si cuando se ausentó hace ocho años por causa de la guerra, me dijo: "Hija querida, á mi vuelta te enlazarás con un amigo mio, que hará tu felicidad. No dispongas de tu mano, y si tal hicieses en favor de otro.... ¡tiembla!" Y mi padre se ausentó. Yo, á pesar de su órden y de su terrible amenaza, me enlacé con Fernando....dí á luz á estos preciosos é inocentes niños.... que teniendo madre no la conocen, porque estoy obligada á prodigarles caricias; pero caricias de amiga, no de madre. Hay mas, mi buena señora: Fernando se ha ido á la guerra, y ayer he recibido carta suya, en la que me dice que está herido á consecuencia de un desafio que tuvo con.... un hombre odioso....

—¿Quién es ese hombre, señorita?

—¡Oh señora! no quisiera nombrarlo.

—No os insto.

—Su solo nombre hace temblar.

—¿Cómo?

—Al oirlo, enmudecen todos de temor y de cólera.

—¿Quién podrá ser, señorita?

—Ese hombre....es.... ***

—¡Callad, señorita! Terrible es eso....

—Ya veis....un duelo....

—Pero ¿qué motivo lo ocasionó?

—¡Oh, señora!... Una venganza.

—¿Una venganza?

—Sí, señora. Ese hombre era el esposo

prometido por mi padre.... yo lo renuncié, despues.... lo desprecié.... y hoy, sabiendo que Fernando es mi esposo, ha provocado un desafio, y lo ha herido.... Pero ademas ha prometido vengarse en los inocentes niños.... Cuidadlos mucho, mi buena señora, mientras yo vuelo á socorrer á mi esposo...

En este momento se oyeron en el jardin unos gritos que lanzaban los niños. Abrió la puerta la aya, y se precipitaron en sus brazos los inocentes, gritando:

—Unos hombres....por la tapia... se brincaron.... y nos querian coger....

Poco á poco se fueron serenando, y con las caricias de su tierna madre, olvidaron el susto. El travieso Julio, volviendo á su humor acostumbrado, decia:

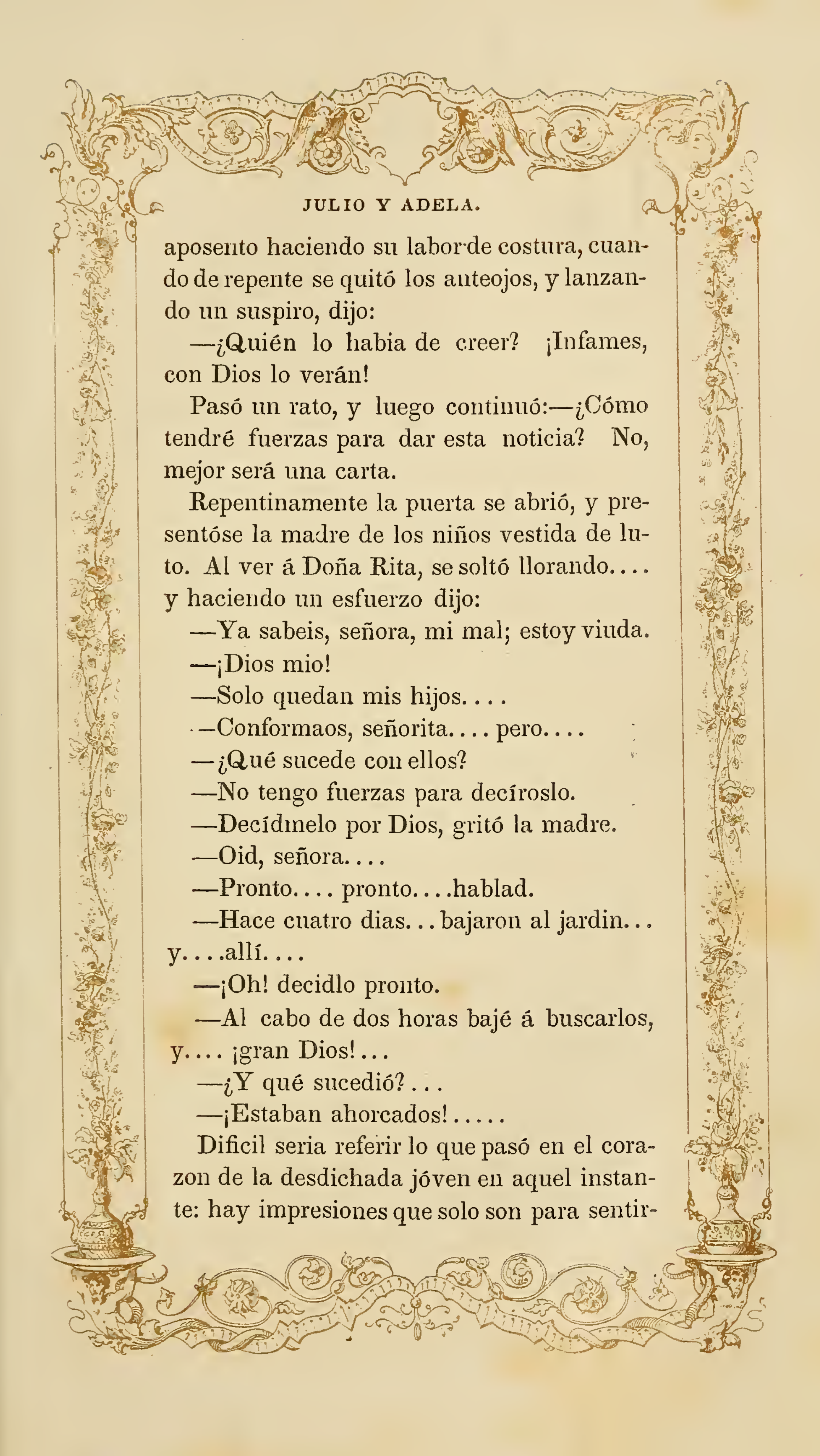
—¡Ay señora! corrí tanto, tanto, que hasta la tos me cogió.... como á Doña Rita.... ¡qué tos! ¡qué tos!

....

A poco rato, haciéndose un violento esfuerzo, y con sacrificio verdaderamente maternal, en medio de un llanto amargo y doloroso, se separó aquella madre de sus tiernos hijos.

III.

Diez dias habian pasado de este suceso. La buena anciana Doña Rita estaba en un



aposento haciendo su labor de costura, cuando de repente se quitó los anteojos, y lanzando un suspiro, dijo:

—¿Quién lo habia de creer? ¡Infames, con Dios lo verán!

Pasó un rato, y luego continuó:—¿Cómo tendré fuerzas para dar esta noticia? No, mejor será una carta.

Repentinamente la puerta se abrió, y presentóse la madre de los niños vestida de luto. Al ver á Doña Rita, se soltó llorando.... y haciendo un esfuerzo dijo:

—Ya sabeis, señora, mi mal; estoy viuda.

—¡Dios mio!

—Solo quedan mis hijos....

—Conformaos, señorita.... pero....

—¿Qué sucede con ellos?

—No tengo fuerzas para decíroslo.

—Decídmelo por Dios, gritó la madre.

—Oid, señora....

—Pronto.... pronto....hablad.

—Hace cuatro dias... bajaron al jardin... y....allí....

—¡Oh! decidlo pronto.

—Al cabo de dos horas bajé á buscarlos, y.... ¡gran Dios!...

—¿Y qué sucedió?...

—¡Estaban ahorcados!.....

Dificil seria referir lo que pasó en el corazon de la desdichada jóven en aquel instante: hay impresiones que solo son para sentir-

se, y únicamente á una madre le es dado comprender la pérdida de los inocentes frutos de su amor.

Rosalía, que tal era el nombre de la esposa de Fernando, cayó en el acto desmayada.

IV.

Algunos dias habian pasado despues de aquella triste escena. Rosalía, que quedó viviendo con la aya de los niños en la misma casa del jardin, lloraba continuamente sin consuelo, y sus sufrimientos y su inquietud eran mas crueles, porque no habia vuelto á tener noticia de Fernando.

En una noche oscura y tempestuosa se hallaba la infeliz en su habitacion, entregada á los mas tristes recuerdos, y de cuando en cuando se llenaba de pavor al oir el furibundo estallido de los rayos, cuya luz, al entrar por la ventana, corria con rapidez por la pieza en forma de una culebra de fuego. Repentinamente oye el ruido de un carruage, que se detiene á la puerta de la casa: acude presurosa para ver quién llega en aquella hora, y apenas se dirige hácia fuera, cuando se presenta ante su vista en un corredor, Fernando acompañado de los dos niños.

En vano seria pretender pintar aquel súbito encuentro, el mútuo llanto y los continuos abrazos de aquellos esposos y aquellos hijos inocentes, en el instante de hallarse unidos despues de haber perdido la esperanza de volverse á ver alguna vez. A poco se dirigieron todos al aposento de Rosalía.

Doña Rita estuvo tambien en la escena, y aunque se mostró sorprendida y muy contenta, se advertia, sin embargo, en ella una estraña inquietud y cierto aire de desconfianza, que apenas podia disimular.

V.

Es bien sabido que los desengaños en asuntos de amor suelen herir el amor propio de algunas personas, de tal manera, que las impelen á tomar de su ofensa una horrible venganza.

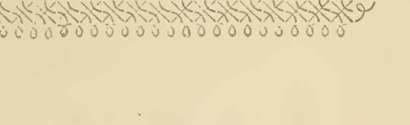
Tal sucedió al amante desdeñado por Rosalía, el que no satisfecho con haberse batido con Fernando, se propuso tambien vengarse de aquella. Al efecto hizo robar á los niños del jardin, y sedujo á Doña Rita para que hiciese creer á la madre que habian sido ahorcados; mas al ser conducidos por sus raptores al poder de *** los encontró en un camino Fernando, el que sano ya de sus heridas, y temeroso de algun desastre en su

familia, iba en busca de ella con inquietud. A fuerza de oro y de promesas logró que los bandidos le entregasen á sus hijos, y partió con ellos en busca de Rosalía.

A la mañana siguiente de aquella borrascosa noche en que llegaron, Julio y Adela corrian gozosos como ántes, buscando mariposas en el jardin.

R. DE LA S.





UNA NIÑA

A SU HERMANA.

Si torpe mi lengua
No puede decir
Cuanto el alma siente
¡Oh hermana! por tí;
Ya que solo puedo
Mirarte y sentir
Amor en mi pecho,
Violento, sin fin,
Cuando en tu alabanza
Quiero prorumpir,
Hablen las acciones,
Ya que no hay en mí
Palabras que puedan
Mi afan esprimir,
Y en un beso amante,
Y en ciento, y en mil,
Te vaya una parte
De mi frenesí.
¿Y cómo no quieres
Que te adore así,
Si de tu alma es copia
Tu lindo perfil?
Tu cándida frente
Da envidia al marfil;
Tus lábios los forman
Coral ó rubí;

Tus ojos ardiendo
Con fuego sutil,
Mirando dormidos
O fijos en mí,
Con célico brillo
Revelan aquí
La santa mirada
De algun serafin.
Tu talle flecsible
Cual lirio de Abril,
Tu rubio cabello,
Tu acento por fin,
Que aun siento de mi alma
Las cuerdas herir,
De pálida muestra
Pudieran servir
Del alma que encierra
Tu cuerpo gentil.
Y á prendas tan raras
Como encuentro en tí,
¿Amorosa el alma
No se ha de rendir?
¿No es cierto que debo,
Vida mia, dí,
Con amarte ufana
Te amo, repetir?
Pues bien, lo repito:
Yo te adoro, sí,
Y en cambio tan solo
Te quiero pedir,
Si caber pudiese
Tanta dicha en mí,
Que me ames, hermana,
Como te amo á tí.

M. E. y U.

Septiembre de 1846.

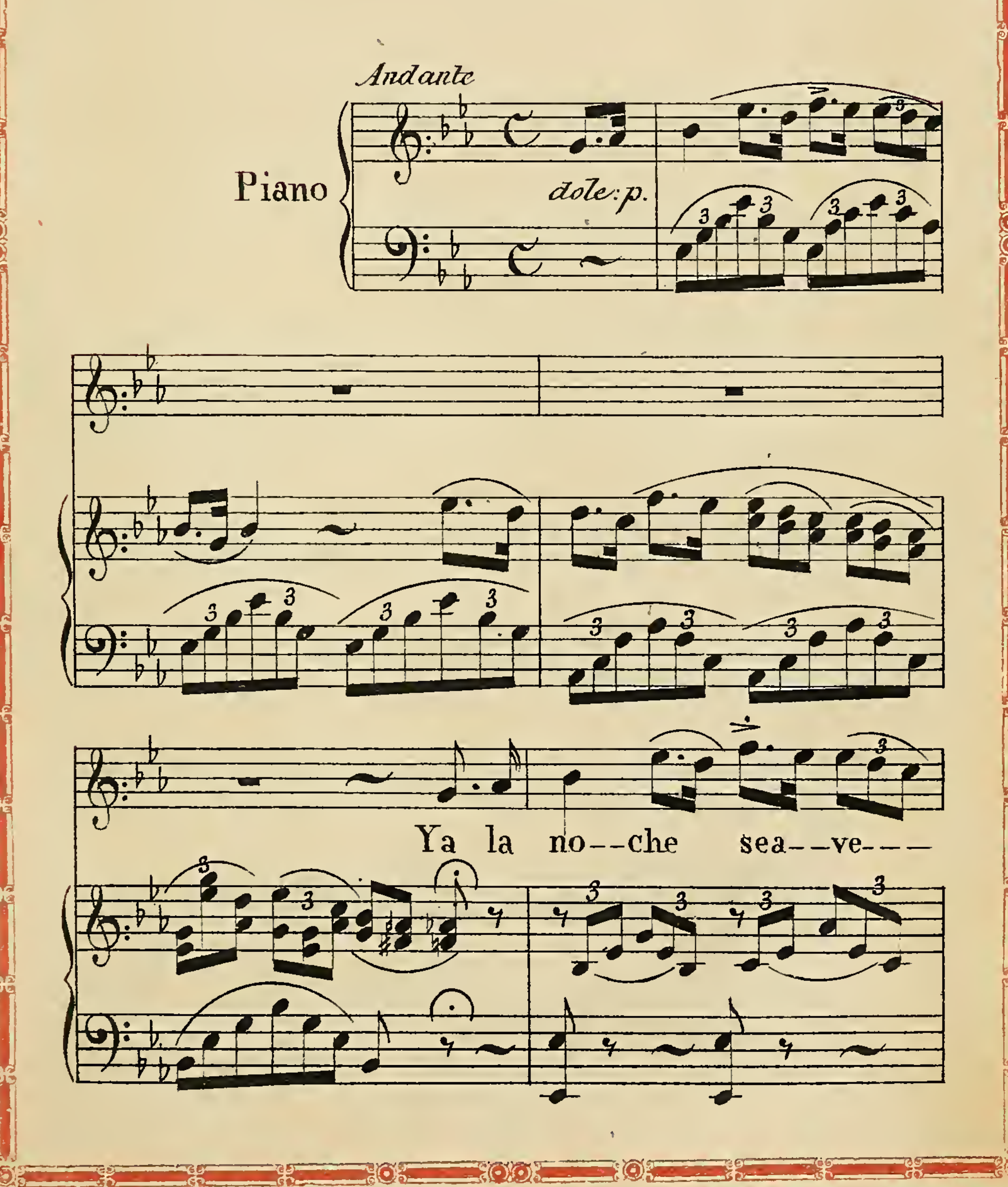
LA MIRADA DE AMOR
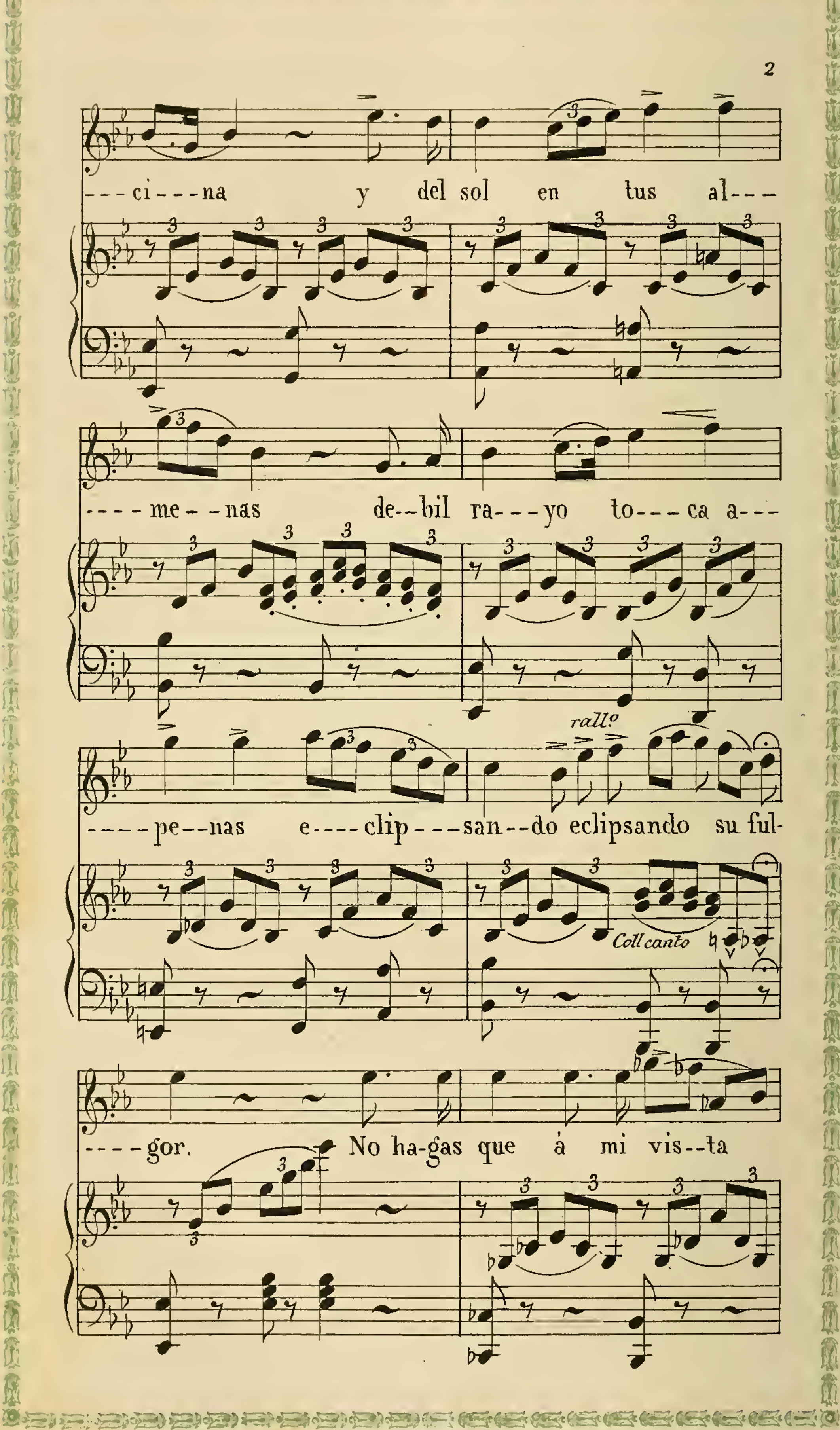
ROMANZA
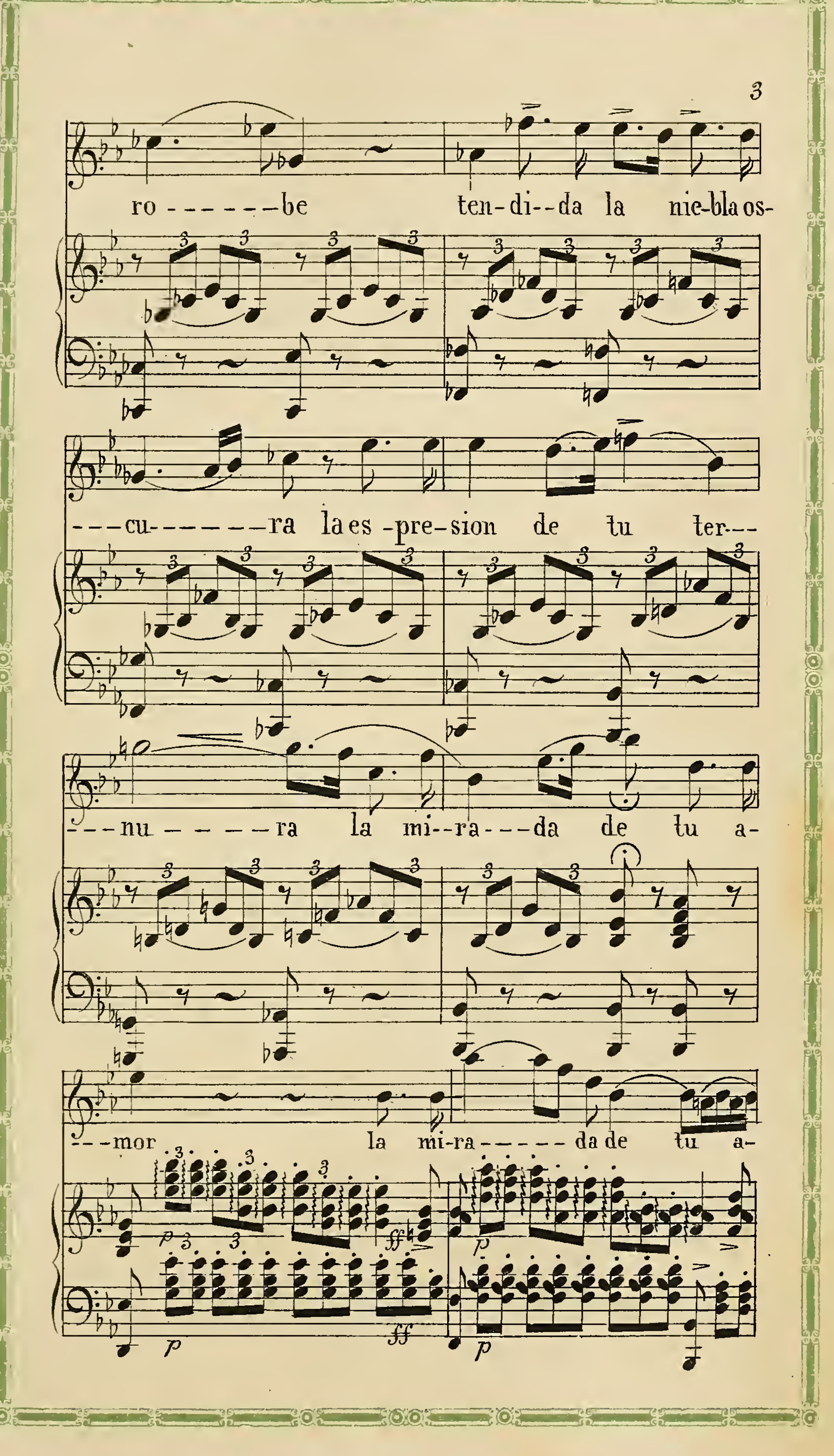
PARA VOZ DE SOPRANO Ó TENOR,
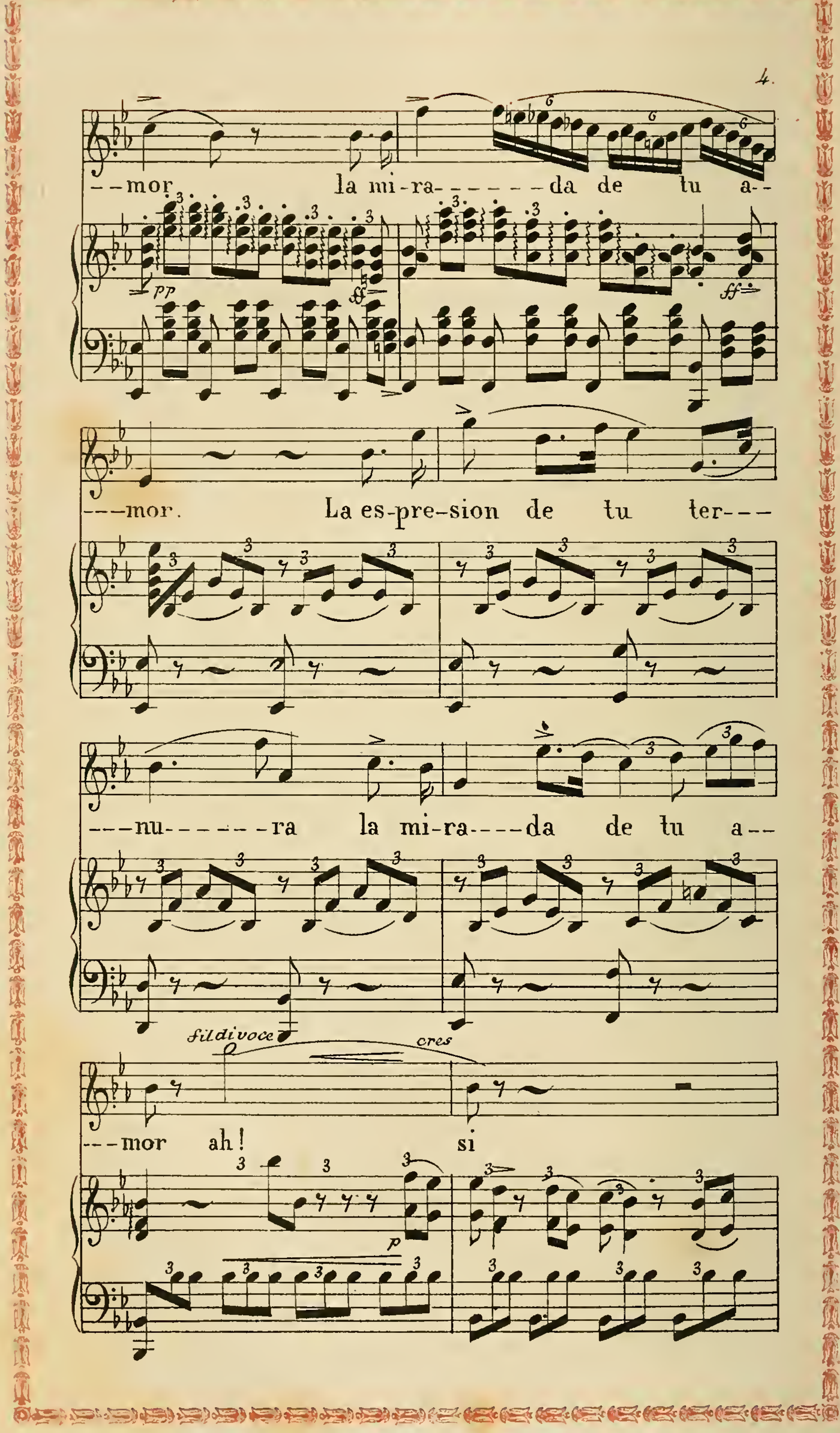
POR
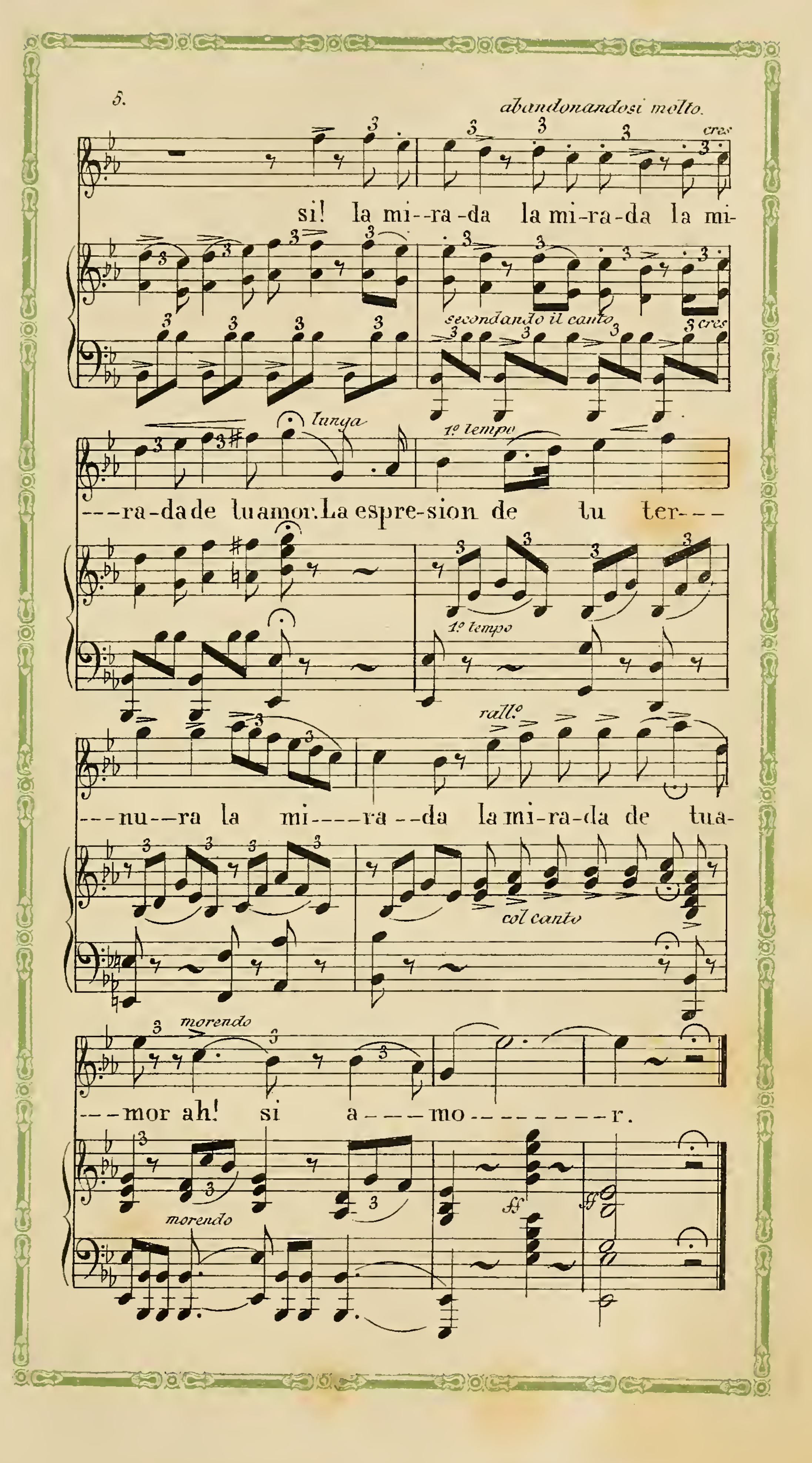
la Señora Doña Ignacia Elizaliturri de Caballero.

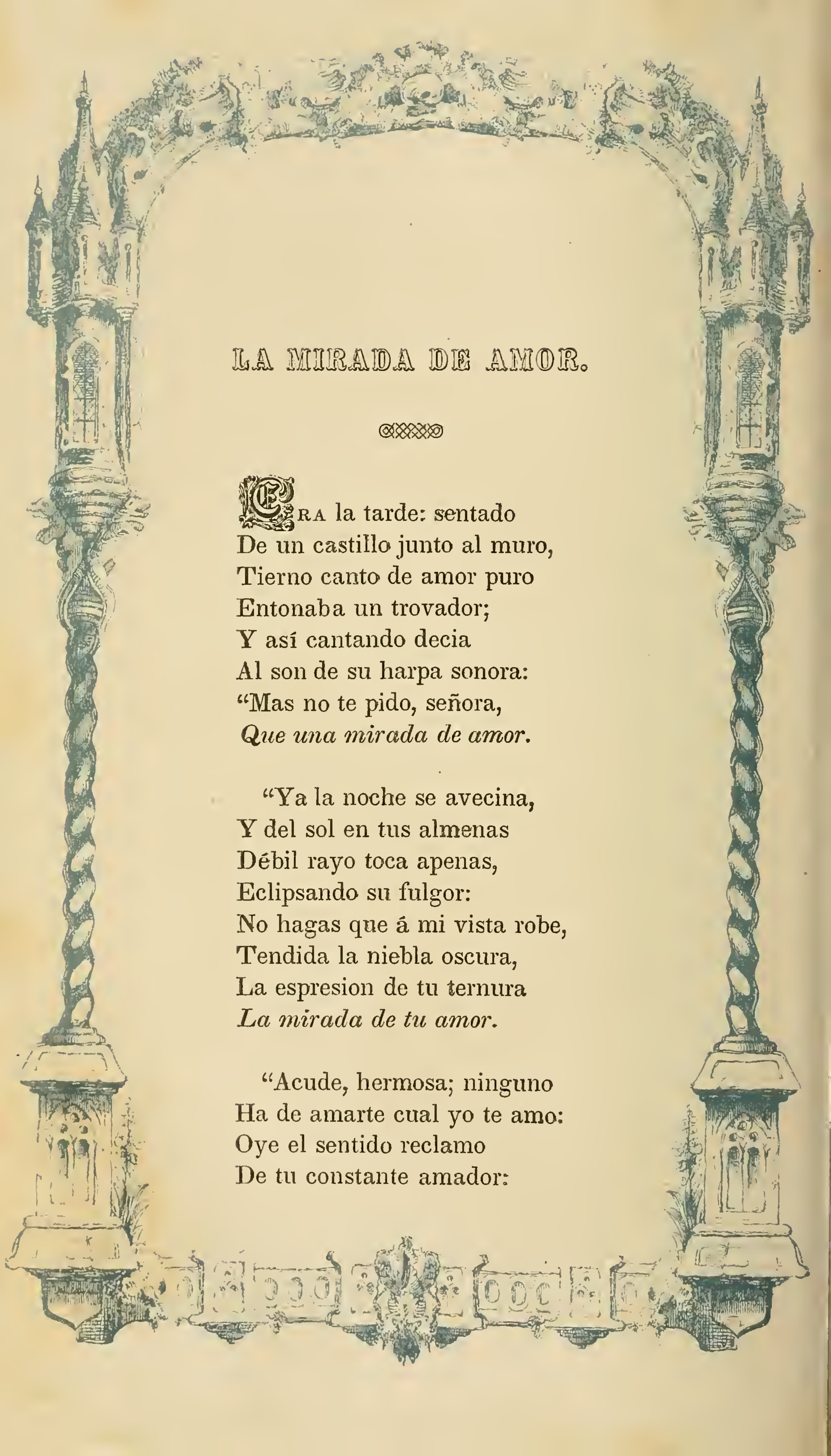



---ci---na y del sol en tus al---
----me--nas de--bil ra---yo to---ca a---
----pe--nas e----clip---san--do eclipsando su ful-
rallº
Coll canto
----gor. No ha-gas que á mi vis--ta


ro - - - - - - be ten-di--da la nie-bla os-
- - - cu- - - - - - - ra la es -pre- sion de tu ter- - -
- - - nu - - - - - ra la mi- - ra - - - da de tu a-
- - mor la mi-ra - - - - - da de tu a-


--mor la mi-ra------da de tu a--
pp
ff
---mor. La es-pre-sion de tu ter---
---nu------ra la mi-ra---da de tu a--
Fil di voce
cres
---mor ah! si
p


abandonandosi molto.
cres
si! la mi--ra-da la mi-ra-da la mi-
secondando il canto
cres
lunga
1º tempo
---ra-da de tu amor. La espre-sion de tu ter---
1º tempo
rall.º
---nu--ra la mi----ra--da la mi-ra-da de tua-
col canto
morendo
---mor ah! si a---mo--------r.
morendo
ff
ff

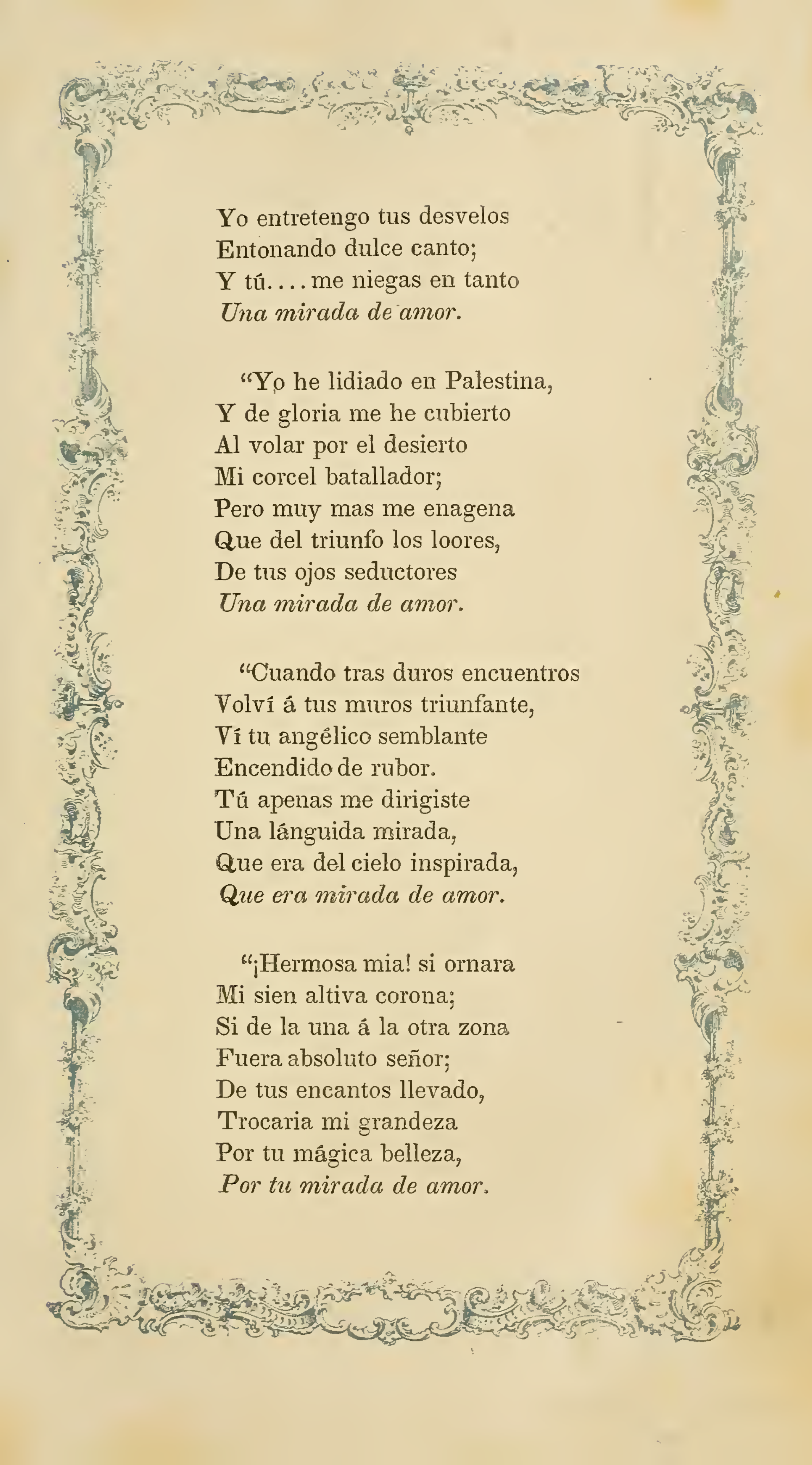


LA MIRADA DE AMOR.

Era la tarde: sentado
De un castillo junto al muro,
Tierno canto de amor puro
Entonaba un trovador;
Y así cantando decia
Al son de su harpa sonora:
"Mas no te pido, señora,
Que una mirada de amor.

"Ya la noche se avecina,
Y del sol en tus almenas
Débil rayo toca apenas,
Eclipsando su fulgor:
No hagas que á mi vista robe,
Tendida la niebla oscura,
La espresion de tu ternura
La mirada de tu amor.

"Acude, hermosa; ninguno
Ha de amarte cual yo te amo:
Oye el sentido reclamo
De tu constante amador:



Yo entretengo tus desvelos
Entonando dulce canto;
Y tú.... me niegas en tanto
Una mirada de amor.

"Yo he lidiado en Palestina,
Y de gloria me he cubierto
Al volar por el desierto
Mi corcel batallador;
Pero muy mas me enagena
Que del triunfo los loores,
De tus ojos seductores
Una mirada de amor.

"Cuando tras duros encuentros
Volví á tus muros triunfante,
Ví tu angélico semblante
Encendido de rubor.
Tú apenas me dirigiste
Una lánguida mirada,
Que era del cielo inspirada,
Que era mirada de amor.

"¡Hermosa mia! si ornara
Mi sien altiva corona;
Si de la una á la otra zona
Fuera absoluto señor;
De tus encantos llevado,
Trocaria mi grandeza
Por tu mágica belleza,
Por tu mirada de amor.



"Oye benigna, señora,
Los tristes suspiros mios;
Qe yo temo tus desvíos
Mas que del moro el furor:
Que yo rendido te adoro,
Que yo pongo mi ventura
En mandarte mi ternura
Y *una mirada de amor.*"

Ruido entónces se apercibe,
Y una ventana se abria,
Dó la reina aparecia
Del alma del trovador.
La voz cesó: brilla luego
De la hermosa enamorada
Una lánguida mirada,
Una mirada de amor.

M.

LA SEÑORA

DOÑA IGNACIA ILIZALITURRI DE CABALLERO.

Si hay siempre un placer en elogiar á las personas que sobresalen por su talento en la sociedad en que vivimos, aquel es mayor cuando la gratitud ecsige de nosotros tributar un homenage de admiracion al artista.

Tal es el caso en que nos hallamos con respecto á la Sra. Doña Ignacia Ilizaliturri de Caballero, cuya modestia y timidez, propias del verdadero mérito, logramos vencer en fuerza de repetidas y acaso importunas instancias, para que compusiese la preciosa y melancólica pieza de música que ofrecemos á nuestras amables lectoras, y que es

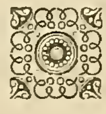
tal vez el mas bello ornato de nuestro libro.

Acepte, pues, tan apreciable mexicana esta manifestacion de nuestro reconocimiento, y menos desconfiada de sí misma, continúe contribuyendo con las hermosas creaciones de su génio al triunfo de las bellas artes en nuestra patria.

LOS REDACTORES.



INDICE.





SANCHEZ DE BUSTAMANTE 1876
(1425) BUENOS AIRES
ARGENTINA

NEW PHONES: (5411) 4822-7178
(5411) 4821-8359
NEW FAX: (5411) 4821-2532
E-MAIL: info@antano.com.ar

Dedicated to the "Mexican ladies" by the initiator of chromolithography in Mexico

101- [Mexico - Chromolithography]. *Presente amistoso dedicado a las Señoritas Mexicanas.* México. (Ignacio Cumplido, Publisher).1847.

8vo; fine contemporary binding, finely illustrated with chromolithographs.

FIRST VOLUME IN THIS SERIES titled "Presente Amistoso" that Ingnacio Cumplido, the printer, published during various years. In Mexico, following the Wars of Independence, the upper classes adopted the styles and customs in vogue in Europe and the United States. With the end of establishing these ideals among the women of Mexico and following the example set in the Old World, the famous Guadalajara publisher and printer, Ignacio Cumplido, published, beginning in 1847, this Presente Amistoso dedicated to the Mexican Señoritas with the intent of making it an annual publication by renovating its contents and plates to contribute to the instruction and pleasure of the assiduous readers. It is important to point out that the printer Ignacio Cumplido introduced chromolithography to Mexico. (P01C000028)

